

ridad, poca fé, poca lealtad, así en grandes como en medianos y pequeños, y la nobleza desdecía de sus obligaciones de la justicia, y abusaban de ella, porque no se guardaba, y de buenas leyes en que estaban constituidos por larga carrera de años por servicios hechos á la Corona; estragadas las buenas costumbres por los vicios y excesos de los trajes: el español se habia vestido de otra no más generosa virtud que del traje francés, y el francés se habia investido el traje español y el valor, y astutamente se lo habia quitado y alzado con él, la reputación caída: no se ponian sobre plaza que no saliesen con ella; no habia Príncipe ni potentado, así alemán como italiano, que no siguiese el partido y la voz de Francia. Es menester tomar á veces la alianza, y otras el dinero, para hacer amigos y aliados: donde la mano anda escasa, anda tibio el corazon del súbdito, y donde no se reconoce otro premio que el agravio y no dar lo que le toca al hombre, tiembla la Corona y huye de aquella cabeza, se cae y busca otra mejor y más justa. Ibase refrescando cada año aquella Liga de los enemigos; conspiraba contra nosotros, nos querian deshacer, armaban lazos para destruirnos y hacernos caer de la grandeza y prosperidad antigua en que nos constituycion nuestros mayores y mejores Monarcas; no pareciamos aquellos que fuimos, sino ántes los más ínfimos de los que son ahora; el disfavor, el agrado, que nunca se me caerá del corazon, y las pocas mercedes, tenían los espíritus más heróicos por el suelo, y la necesidad postrados los bríos más poderosos, sin haber un hombre que se atreviese á tomar una pica, un coselete ni un arcabuz: malos Ministros y malos capitanes, por el mal ejemplo de la cabeza; poco valor y poco aliento en las empresas necesarias y gloriosas. Por el pésimo agravio de la pérdida de Tortosa, tan sin cuidado ni defensa ninguna, habia desmayado mucho el ánimo de nuestra gente, bajado de su punto y emporcado el honor del Estado; querian mudar al Príncipe y querian elegir ó escoger el Gobierno de la aristocracia; ya querian ser tumultuario: y de estos espíritus habia muchos, que en lo de adelante veremos naufragar algunos;

la cautela. Así la armada de los franceses velaba y atendia siempre á los movimientos y alteraciones de Italia, su mayor estímulo para medrar en ellas; y así su mayor consejo y designio es el artificio, y lo que no se puede con el arcabuz comprarlo por el dinero, y éste tasado, y algunas veces dado en humo á los pocos fieles. En Sicilia se volvieron á remover los humores de aquella gente, sobre no pagar los tributos, y que se habia de hacer con ellos lo que con los napolitanos que los habian reservado de ellos, de que se hallaban contentos y muy gozosos, sustentándose bastante con muy poco y moderado dinero: habian aprestado armas, gente, y fortificado puestos; mas el Cardenal Tribalcio, Virey de aquel Reino, lo dispuso de manera que los sicilianos, y juzgo yo que serian no los de Mecina, sino los de Palermo, aquel Cardenal levantó gente y excediólos con número y redújolos con la fuerza á la obediencia y al respeto de la Majestad, y castigó á los culpados con borcea y cuchillo, y se postraron de nuevo á las coyundas del Príncipe; rindieron las armas y las demás cosas marciales, los bastiones y otros fuertes, y pidieron, tocados del miedo, corriesen las imposiciones y pasasen adelante todas estas cosas y movimientos. Estaba atenta la armada de los franceses, y en todas partes, así en Italia como en España, se sentian mudanzas de condiciones y conmociones turbulentas; no quiso el Cardenal con destreza concederles lo que pedian los sicilianos, y aunque era contra ellos, por imponerlos en la obediencia de lo malo y de lo bueno, y por castigarlos en la voluntad más á la verdad, por sacar de este riesgo, en que fracasaba Italia, el disfavor de muchos y el agravio de todos, tenían resfriado el ánimo del Príncipe. ¿Quién agravia y no se ve en su corazon otra cosa que el agravio? Quien no guarda sus derechos al vasallo, al criado, al que sirvió, cerca está de no reinar y de perder el Reino: es feo el agravio, y el que no lo enmienda tan enemigo es de la ley divina como de la humana. Prorumpian los vasallos, y decian sufrían á un mismo tiempo los tributos y la guerra: de todo esto nacia poca segu-

aquellos, al fin, á ejemplo de los catalanes, de los portugueses, de holandeses, de ingleses y de napolitanos, y de otras Repúblicas, que se gobiernan por los mejores y más escogidos de ellos, como genoveses y venecianos, cansados de sufrir el poder absoluto en la vanidad y fuerza de los privados, de sus gentes y colegas, que todo lo quieren para sí, y todo lo toman, y no parece que el Príncipe conoce á otros, ni debe á otros, ni le sirven: de éstos no se puede sufrir la inmensa tiranía ni el agravio.

Por estos dias, que eran los últimos de Agosto, vimos en la Córte una novedad escandalosa en uno de aquellos que quieren ser el espejo de la República, si lo fueran, y sus obras y virtudes para mirarse en ellos; mas es todo al revés y al contrario, porque siempre vive y vivió en ellos la traición y la malicia, como viven los vicios, y muchos están premiados, ántes por sediciosos que por fieles: las historias, que es el espejo claro y verdadero de la antigüedad, y donde nos habíamos de mirar, todas nos ayudarán á fortificar esta verdad, si atentamente las leyéramos y meditáramos. Dicese que el Príncipe del Consejo, Riaño, envió á llamar al duque de Híjar, y que el día que le envió á llamar no vino, y que otro día vino á su casa, y que en ella le entretuvieron, y entre tanto vino el Alcalde, D. Francisco de Valcárcel, mostró Cédula real de Su Majestad que tenía, y allí lo prendió; le quitó la espada y la daga, y pidió las llaves y papeles que tenía en la faltriquera, y con doce alguaciles de guarda le llevó y metió en un coche de seis mulas de la caballeriza del Rey, aparejado para esto, y no le dió, con ser Grande, el primer lugar, ántes le dijo al Alcalde que no se le daba porque era reo, y él era juez que representaba la persona de Su Majestad; y llevó al castillo de Santorcáz, prision de casos graves, como ya se ha visto en otros: y de este hecho lo que la Córte y el pueblo comenzó á escoger fué cosa tenida por temeraria, en el mejor sentir de los sanos de intencion, y dificultoso de discurrirlo ni pensarlo. Al fin lo diré todo porque se sepa lo que se mintió y lo que tuvo algun género de similitud ó sos-

pecha, porque la verdad andaba muy encubierta y embosada hasta la declaracion y el fin; y esta vez no hemos de dar al pueblo la sentencia ó la autoridad de voz de Dios: fué notable el ruido, el asombro y espanto, por el modo y la novedad, y á muchos les tembló la barba; y porque el día ántes vieron prender á dos personajes de consideracion, que luego diré, y despachar correos por todas las puertas de Madrid á toda diligencia á prender, ó avisar á gobernadores ó á cabos de ejércitos para la vigilancia y resguardo de plazas, de tropas ó de ejércitos: al fin el tiempo lo dirá, porque ir desde el año 33 dejando escritos más de cincuenta y cinco de lo de atrás, voy escribiendo como sucede. Finalmente, el Alcalde marchó con el Duque, le metió en Santorcáz, le estrechó, y en un aposento, que entraba la luz por lo alto, le rodeó de los doce alguaciles, mandóle depositar 2.000 ducados para los gastos de su persona y de las justicias que le hacian guardia y escolta.

De la condicion de este caballero, algo dejamos escrito en los libros de atrás de Córtes; y pueblo decian era tenido por discreto: con dificultad quieren algunos hombres cuerdos que lo sea quien ha andado tantas veces en manos de justicia; y esto lo dicen los que saben y oian, por algunos chistecillos que se le caian de la boca, aprendidos de su padre, el que fué gran pecador, y de que gustan continuamente los simples cortejantes. Eran aquéllos contra Privados y Ministros, cosa que de ordinario apetece la muchedumbre y los detractores, por la mayor parte; es natural de maldicientes, que las más veces, ó todas, aquellos chistecillos son necesidades y no hijos de la prudencia, en que se ha de constituir aquel que tiene el lugar de grandes en el mundo. Dejamos ya dicho algo, como dar á entender al Rey, el año de 43, que era eficaz para volver plazas en Cataluña, como la de Lérida, ántes que se tomase, siendo falso, de que en el concepto del Príncipe quedó por hombre de poco genio y sustancia: la junta que despues hizo en la Córte de algunos grandes hombres, sobre si habia de volver el conde de Olivares y rechazar á D. Luis de Haro; sobre que

estuvo detenido ó preso en Villarubia de los Ojos, lugar suyo en la Mancha, y muy malo, y otras cosillas que le hacían de presunción ambiciosa é inquieta y poco segura. Otro duque de Híjar estuvo preso en una de las fortalezas de Castilla la Vieja en tiempo de D. Felipe II, que murió en ella cuando el levantamiento de Zaragoza, sobre lo del Secretario Antonio Perez, que tanto ruido hizo en el mundo: su padre de éste fué poeta, y bueno, si bien el conde de Villamediana, que sabía fiscalizar á todos los ingenios desta Corte, decía que sus versos eran pendencia de borrachos: si es ó no es, porque todo era contrapositiones, á mí me parecían bien sus coplas; y éste, en el tiempo pasado y en el Gobierno, persiguió con tramoyas al duque de Lerma y á D. Rodrigo Calderon, marqués de Siete Iglesias, y los traía en el aire, y los hacía sus sátiras tan perjudiciales; era un espíritu bullicioso: por eso es bien guardarse de semejantes y de este linaje de poetas. El hijo, como le heredó la hacienda, le sucedió en la condicion, y en el genio no hemos sabido que fuese poeta tan gustoso como el padre; cansado, sí, y entrometido, queriendo meter la mano en el Gobierno; émulo del conde de Olivares, que bien le conoció el impulso de la intencion, y de D. Luis de Haro, que se le quiso oponer con vagas fuerzas, si había de ser privado ó no lo había de ser; quería quitar y poner, y meter la mano en la voluntad del Príncipe, siendo en sus mancebos, talle y forma cansado. Fué éste nieto de Rui Gomez de Silva, primer privado del Rey D. Felipe II en sus primeros años y en los de su reinado, portugués de nacion, pecado original de Príncipes; pero despues de su muerte, de la de Rui Gomez digo, mas recabado; de donde, de sus hechos de gran político y gobernador, alcanzó el gran renombre de prudente, y en lo militar fué altamente heroico y maravilloso; hizo aquél la casa de Pastrana, de donde vino éste, con raza de portugueses, como dicho queda, de que se intituló marqués de Alenquer por Portugal, en el padre, digo, ántes conde de Salinas, y de Rivadeo, por lo Villandrando ó Sarmiento, y por aquí gallego, dos pecados gravísimos; duque de Francavilla por la Princesa Melito

en Italia, y aragónés por el ducado de Uijar; háse de entender el Duque, mas no por la sangre, porque la mujer era la Duquesa: tenía lo Mendoza, que es lo mejor y lo más esclarecido, por la abuela Princesa, que llamaron la tuerta, cuya hermosura, sin embargo, nos dicen los viejos fué muy celebrada, con quien casó Rui Gomez de Silva, y por aquí, como dije, napolitano, descendiente del gran Mendoza, que se halló con el Gran Capitan Gonzalo Hernandez de Córdoba en las dos conquistas del Reino de Nápoles, y de allí le dieron los Reyes Católicos el Principado de Melito: lo de Silva dicen que es de la casa de Montemayor. Dejo esta genealogía al más docto y genealógico de la Bibliavana, y que lo comienza si voy errado, que no me quiero meter más en ello, si ir discuriendo en el caso presente; pero lo que más me espanta, que tantos dictados no le hinchescen el ánimo, y le serenasen el espíritu, y concertasen el corazon; porque verdaderamente todos estos impulsos y movimientos parecen hijos engendrados de codicia y ambicion, que lo hacían imprudente, detentar y desasosegado: defectos que, sin duda ninguna, todos dan en la cara, y alteracion de juicio.

Esta prision se desató el pueblo, y considerando el modo tan desigual y riguroso de la prision, dieron en decir había conspiracion y delito de lesa Majestad, y que querian tentar contra el Estado y la vida del Príncipe, acabar con los Grandes y con los padres de la patria, con los Ministros: tan desparadamente se hablaba, y no se escribe con otro fundamento, sino de lo que se decía, porque si algunos de éstos escritos lo dijeron, que se sepa que se escribe lo que se decía, si bien al fin diremos lo que fué. Proseguian y echabanlo por Francia, y que con la falta del Príncipe (Dios nos libre, que no quiero decirlo de otra manera), y casar á la Infanta con el Rey de Francia; y que demás de los derechos que pretende sobre que es la guerra, y dice tener á nuestra Corona, juntar á Francia con España, y que lo heredase todo, y unidas estas dos Potencias, poner el fin al combate de las competencias y hacerle Señor en el mundo. Encontrada materia de Estado: ¿qué fin

tendría lo de Portugal y su conservación? porque luego había de querer el francés, recabar el derecho que dijo tener la Reina Catalina de Francia por la condesa Matilde, cuando por la muerte del Cardenal D. Enrique, Rey de Portugal, se antepusieron á la Francia muchos Príncipes de la Europa; mas esta proposición, como todas, quedaron por vanas y sin fundamento: sólo prevaletió la del Rey D. Felipe II, y la potencia de sus armas, cosa que á mi ver y á la de muchos varones sabios, y de todo buen pensar, y añadan á esto que cuando el Rey D. Fernando el Católico casó con la Reina Isabel de Castilla, capituló, que el hijo segundo que procediere de ellos, ó de sus hijos, había de suceder en Aragon, Valencia y Cataluña, y que queriendo deshacer y borrar esto el Emperador Carlos V, cuando vino de Flandes á España, quitó á su hermano D. Fernando de los criados que tenía, y le envió á Flandes para que se hiciese, por esta sospecha y causa, á la costumbre y condicion de los flamencos, y olvidase las cosas de España, y los aragoneses no intentasen alguna novedad; y despues, y cuando se retiró á ella le contentó con la remuneracion del Imperio, con ambas Asturias, la Silesia y la Moravia, Istria, Corintia, Carniola, Estiria, Friuli, Alsacia y Condado de Tirol, y haberle dado, por matrimonio, los Reinos de Hungría y Bohemia, desviándoles de otros intentos, porque no le pudo dar, ni él podía esperar, mayores dictados y Coronas. En cuanto yo he leído de las historias castellanias y aragonesas no he topado esto, si no es que lo callan; pero algunos extranjeros hacen memoria de ello. Proseguitan tambien y decian, que la Reina madre de Francia, Ana, que casó, que su padre le hizo renunciar los derechos y acciones que en algun tiempo podía tener á España y á las otras Coronas, no podía ella perjudicar á sus hijos, particularmente que sería esto más válido si la Infanta de España, María, su sobrina, casase con su hijo el Rey de Francia, dado que ahora en España no había otro sucesor: pero á mi entender la union será muy dificultísima, y si bien para Cataluña, por cuanto están debajo de

aquella Corona, lo tenían ganado por su parte, mas para Portugal no era bueno el intento, porque de todas maneras era de riesgo para el Berganza, y el pensamiento inútil. Parece que estoy escribiendo fábulas y patrañas, pero el suceso es de ocasion, y dá lugar á responderles, á rechazarlos, y aun, más adelante, á tenerlos por locos; porque se sepa cuáles son las opiniones falsas y cuáles las verdaderas, como se dirá, y que no corran despues por cartas, como hay muchos que sirven más de ofensores que de defensibles; porque cuando los Reyes que sucedieron á Pelayo no tenían más en España que el corto Reino de Oviedo, Leon y algo de Galicia, porque todo lo demás era de Alarbes, reinando Alfonso que llamaron el Casto, que lo quiso dejar á los franceses por no tener sucesor: un solo bastardo, sobrino suyo, hijo de su hermano, reconociendo la ofensa, tuvo tanto valor, y que llamaron Bernardo del Carpio, que convidando los hidalgos leoneses y asturianos, y haciéndose caudillo, impugnando el intento, salió á los franceses al paso de Roncesvalles, que bajaban con Carlo-Magno, su Emperador, á la herencia, y que no se la diese, ni tomar el Reino por fuerza; y entre muchas gentes que traían venció á aquellos doce que llamaron Pares de Francia, de quien nos venden muchas patrañas y valentías los libros apócrifos de caballería, y allí los hicieron pedazos; cuya espada, que fué del más bravo que llamaron Roldan, nos enseñan hoy en la Armería del Rey. Que si tan pocos españoles vencieron tanto número de franceses, debajo de la conducta de su mismo Rey y Emperador de Alemania, que entónces había alcanzado aquella dignidad (dejo aparte las otras victorias, tantas, y tan notables, escritas por tantas plumas, así naturales como extranjeras, conseguidas de nuestra Nacion sobre la suya, ¿cómo había de ser posible á que ahora, con tanto número de nobleza, tanta gente, tantos Reinos y Provincias juntas, se había de poder coadyuvarlos, ni querer someterlos á franceses tantos Señores, que cada uno por sí se hicieran cabezas, hicieran tropas y gentes para la oposicion? Pareceia dislate. A eso respondian, no los que querian que fuesen, sino es los que los

reclaban por el estado de las cosas y por la malicia ó inconstancia y achaques de los tiempos, que cuando se va á una conjuración y levantamiento, no se repara en el fin, y que salida tendrá el suceso, si no tira á remover y alterar y salga como saliere, que cuando se hace por agravio, que ya se sabe lo que duele, se arrojan á la rebelion, y con el robo á entrar á la parte de las presas y las dignidades.

Decian que en otros motines de Castilla y conmociones, que no se habia hecho reparo en qué pararia, sino que lo comenzaron y salió como quiso la fortuna, y que no por eso se dejaron de excusar las muertes, las quemas de pueblos y castillos, las talas, las rapiñas, aunque despues lo pagaron las cabezas, y las familias y casas de aquéllos; de una pequeña centella se ha visto emprenderse un gran fuego, y muchas veces de un hombre ordinario, sedicioso, á reinar un Imperio. Asian de más atrás y revolvián las historias, y se acordaban cuando los romanos cecharon á los Reyes de Roma, y cuando ántes no quisieron regirse por ellos los atenienses, por sus escándalos y atrocidades; y en aquella insigne ciudad de Roma no fué menester más de un Bruto para aquella expulsion. Para matar á muchos de sus Emperadores, ¿qué fué menester más que su Liberto, y los mismos soldados de la guarda para echar á los demás tiranos? para matar á César, ¿qué más que un Senado y otro Bruto que encendió los ánimos de aquéllos para el hecho? para cechar los Dionisios de Sicilia, ¿qué más que algunos pocos, los mejores y más celosos de un buen gobierno? Y en nuestra Castilla, para matar á D. Sancho, ¿qué más que un Bellido? para acabar con D. Pedro, ¿qué más que un bastardo? y en Francia, para quitar la vida á D. Enrique III y IV sucesivamente, ¿qué más que un fraile y otro hombre plebano? Todas las historias están llenas de cosas semejantes desde el principio del mundo, y muchas pudiera traer á este propósito si no fueran supérfluas. Los Reyes godos muchos murieron á las manos de sus Capitanes: y prosiguiendo las cosas de nuestra España, ¿qué más que unos vasallos y unos ventureros holandeses han sido el principio de la des-

truccion de la Monarquía? y en el caso presente, ¿qué más fundamento y origen tuvo, ó qué reparo hizo Cataluña para levantarse, no más de por unos pocos hombres, bajos, y sediciosos, para quitar la vida á su mismo Virey y á muchos castellanos, negar la obediencia del Príncipe, que solamente les pedia le concediesen algun servicio para defeuderlos de las invasiones de los enemigos que comenzaban á moverse despues del reposo, que querian hacer entradas por el Condado de Rosellon, en Salsas y Perpiñan, y no pudiendo sufrir esto pasaron al yugo y proteccion de franceses, y se lo dieron todo, con capa de que los amparasen y defendiesen, dándose por agobiados de esto, y nos toman la tierra? ¿qué reparo hizo Portugal para levantar sino la carga insufrible, prender la Gobernadora, tia del Rey, matar sus Ministros y arrojarlos por la ventanas?; hacer Rey á un ilegítimo, sin ningun derecho y accion, por dos veces, una en tiempo de Enrique III, Rey de Castilla, y otra en tiempo de Felipe IV, Rey de España; y más extraña cosa, que ellos pusieron uno de no más estofa y calidad que de ellos mismos, para obedecerle y dejarse mandar dél, ¿qué reparo en los napolitanos para su levantamiento y el del Reino? Y en todo, dominando el poder de los franceses ó sus inteligencias y aliados, tambien no hicieron este reparo; pues recayeron á los daños que exponian y antevieron los ejércitos que habian de ir sobre ellos, las muertes, las destrucciones de sus tierras y posesiones, más arrojáronse los sicilianos; y habiendo estado este año y el pasado, con enemigos y rebeliones, para perderse Italia, unos se defienden y ofenden otros; otros se mantienen en sus primeros atentados á la sombra de otros Príncipes, y otros se dan á concierto, y son recibidos y remunerados, y sacan premios de sus rebeldías. Para prender á Carlos en Inglaterra, ¿qué ha sido menester más que la resolucion de un Parlamento, que hoy le está residenciando y le ha quitado el Reino, con no más fuerzas que haberlo dejado todos?; decian que estaba muy vecina y cerca la traicion, y que se podia pasar por ella y ponerse como mal contagioso; que era menester abrir los ojos,

y quien guardase sus puertas de la peste, las cerrase á las asechanzas, tratos cautelosos y maquinaciones de malos vasallos: pronunciábase esto y otros dislates, y no habia taparles las bocas ni poderlos corregir. Otros muchos querian, por el Gobierno del *hitecracia*, que mandaran los mejores y los más vicios; mas esto tampoco está libre de ambicion, de las envidias y tumultos, y querer mandarlo sólo ellos; y en esta forma están muchos exaltados: otros lo echaban por Portugal, y casar á la Infanta con el hijo de Berganza, y fenecer esta contienda, y poseer el Reino en paz, y no estar siempre tributando para la guerra y en duda lo que se posea; tambien era locura someterse á un igual sino tanta nobleza. Pero la gente, aunque más oprimida, cargada de gabelas, necesidades y malos sucesos, falta de honra y de reputacion en las armas, de los sin duda grandes, más vivo en ellos que ninguna otra infelicidad, no faltándole, como buenos y mejores que otros, el amor y el celo universal de la vida del Príncipe, de su conservacion y fortuna en las materias de Estado y las Coronas, repelían: si se hubieran castigado los intentos de malos súbditos y pocos fieles; si se hubiera cortado aquella y la otra cabeza, y si se hubiera puesto un cascabelo en Valladolid y otro en Segovia, dando al cordel y al palo á malos Ministros, que en este estado, el daño y el descaecimiento de la Monarquía si se hubiera limitado á mucho, y lo robado, forzándoles á la restitution: si á más los Generales que no han sabido ni querido vencer ni pelear, si á más los Gobernadores y defensores de plazas, se hubieran castigado, fuera preciso el escarmiento en otros de semejantes inclinaciones y abusos; venlos prender, y los cargos no surten á otra cosa que á soltarlos y hacerlos merced; y así temian que habrán de ser esto ahora, y que habia de parar en humo y en alguna suspension de cárcel, y prorumpian, llevándolo impaciencientemente, sin embargo del agravio que siempre estaba pendiente del labio y de la mano, y áun queda razonado que habian de hacer y deshacer hasta demoler las estatuas y las casas: alababan demasadamente la clemencia y humanidad

del Príncipe, y decian era ya supérflua, y que debia usar de rigor y de justicia el castigo, y hacer temblar á los malos, á los atrevidos y adversarios y detentores; y tratan los ejemplos pasados, en que los Reyes habian hollado Grandes: el de Enrique III cuando hizo convocacion de ellos, y el del Rey Don Fernando el Católico cuando puso en templanza sus dictámenes al de los otros Reyes, vecinos y forasteros. Pero entre estas tres cosas, en que el pueblo neciamente discurría con temeridad y descuello, añalaba á la lengua y la tenacidad, lo que más se llegaba al buen juicio de los Señores, digo, mejores, de más noticia y consejo, era que el duque de Híjar habia pedido á Su Majestad, encaminándolo por el valido D. Luis de Haro, le diese licencia, que la renta que tenía en Portugal hiciese diligencia con el Berganza se la diese, y si se la quisiese dar, la tomase: quién dice que se la dió, y le enviaba aquí 4.000 escudos cada año, ó más; sea lo que fuere: necia pretension, demasada, y fuera de tiempo obligarse del traidor, que recibir de él, porque forzosamente era inclinarse á la correspondencia, y está bien claro que ésta no puede ser llana, y haber debajo de ella muchos áspides venenosos. Y si es así, debemos confesar ingénuamente que es reo contra la Majestad y contra el Estado, y que es sujeto tan bullicioso no carece de sospecha ontrar en partido con el rebelde, que se ha alzado con un Reino poderoso y sobre que verdaderamente no tiene derecho, de que hay tan bastantes y fortificados testimonios, y otrosí, y enemigo del Rey: gran locura, dislate y atrevimiento, y poca ó ninguna fidelidad. y causa legitima de cualquiera sospecha, y de que digan, it armuren y prorumpen en discursos, aunque sean de poco fundamento. ¡Qué cosa para el marqués de Castel-Rodrigo, que después de arrojado de Palacio, peregrinando por Italia y por ambas Germanias, por el gasto de un poderoso, probado de haber perdido 30 ó 40.000 escudos de renta que tenía en Portugal, quedado en las manos del hambro y de la vilísima necesidad, ofreciéndole el marqués de Ferreira, su cuñado, hermano de su mujer, uno de los principales de la rebelion

y levantamiento de aquel Reino, mirase dónde quería que le pusiese 2.000 escudos cada mes! Dijo que no los quería, y pasó su fortuna, y la de seis hijos, con buen semblante y serenidad de espíritu, y con más la corta remuneración de sus servicios. Por esto dicen prendieron al duque de Híjar, mas tampoco lo dan por cierto; y como la Corte y pueblo vieron una demostración tan grande, dado que no llevaba eso camino, no quisieron creer sino que se encerraba gran misterio en esta corteza; y por eso se discurre y han discurrecido y tropezado tan largamente los investigadores de tan grandes cosas: la verdad, que está encubierta entre Ministros y Juntas, porque se hacen muchas, no se ha dejado consentir tan presto poderla sacar á campaña rasa, esperándola por sentencia y voz de pregonero, si la ha de haber; el hecho ha sido notable, y lo que nos ha hecho hablar. Vuolvo á decir, que tomar dinero del enemigo no es de fiel, no es de verdadero vasallo; aunque lo queramos callar, siempre fué un género y especie de traición, ó la misma traición. Decían personas de crédito, que oyeron decir al Rey, había más de seis meses que sabía la conspiración, y que la sabían otros Gentiles-hombres de su cámara: el buen vasallo ha de correr con las pérdidas de su Príncipe, sin pretenderlas cauciosa ni subrepticamente, porque arguyen flaqueza de fé y ninguna constancia en el sujeto, y es lo mismo que cohecho y soborno en el Ministro: también podía pretender lo que tenía en Cataluña, traer con ellos catalanes y franceses, y corresponderse con ellos; no es lícito á un legítimo vasallo de sangre y calidad, ni á un plebeyo sin obligaciones, cuanto y más al que le corrían tantas y tan grandes.

Vamos ahora á los dos que dijimos que prendieron ántes del duque de Híjar, que hizo hacer un confuso discurso popular: éstos fueron D. Carlos de Padilla, que fué capitán de caballos en Flándes, y D. Pedro de Silva, hijo segundo del marqués de Monte Mayor, á quien dejó por heredero D. Felippe de Silva, de nación portugués, y soldado en el Marquesado de la Sagra, por sus servicios que el Rey le hizo en Castilla; éstos, finalmente, fueron presos y llevados á la

cárcel pública, y dados rigurosos tormentos, de que confesaron que eran amigos del duque de Híjar. Este apellido de Padilla, ya es muy conocido en título del Adelantado mayor de Castilla, y lo hemos de expresar en las historias antiguas de Castilla, en tiempo del Rey D. Pedro que llamaron el Bravo, y otros el Cruel, aunque la erudición del conde de la Roca en su defensa no quiere que lo sea, habiendo publicado ahora un libro en su defensa, si bien no les ha parecido á muchos ingenios, ántes que le ha dejado de peor condición y calidad. Oyóse este apellido en Doña María de Padilla, dama de aquel Rey, á quien costó el repudio y la vida de la Reina Doña Blanca; así lo escriben, aunque yo corro con mucho tiento en esto de muerte de Príncipes, porque no sé si son violentas ó naturales: remítome al mejor parecer de los escritores en esta parte. También le oímos en Juan de Padilla, que fué vencido en la batalla de Villalar, cuando las Comunidades, por el Almirante y Condestable de Castilla, cuyo padron y pilar se ven hoy de aquel caso junto al puente de San Martín en Toledo; y en aquella ocasión, dicen los versados en historias ó papeles curiosos y manuscritos, que en viéndole el Almirante de Castilla suspenso, el rostro bajo y cargado sobre la lanza, diciéndole de qué se suspendía, que no era tiempo de estar de aquella manera, sino de alegría con una victoria tan señalada, que había de ser todo el desahogo del Emperador Carlos V, y grande cobro y ampliación de Su Majestad; respondió: estoy pensando, que si éste nos hubiera vencido, esta era la hora que le estábamos besando las manos: tanto es do recelar y temer cualquier accidente de movimiento ó trasmigración de Estado, donde es tan inconstante lo propio, y pasa á otros que no tenían nada, y deja vacíos y exhaustos á los que tenían, los deja por puertas y mercenarios. De este Padilla se decía, que tenía un hermano castellano en Berceú, plaza del Piamonte frontera al Estado de Milan, y solamente la que el Rey ha tomado á los enemigos en todo el tiempo que ha reinado, habiéndole hecho guerra por espacio de veintitres años, tomándole muchas en Flándes, en España y alguna en

Italia, muchas en Oriente y Occidente sobre esta plaza, y por recobrarla anduvo muy vivo el Príncipe Tomás, por volverla al duque de Saboya, su sobrino; ya engañando á los Ministros de España con ligas siniestras y suposiciones, ya pasándose á Francia, ya volviéndose á España y volviéndose aquel Reino enemigo, haciendo entradas en el Estado de Milan de poca consideracion; ya solicitando á los vecinos que las hagan con franceses á las riberas de la Toscana, á las plazas que tiene allí el Rey Católico, como Orbitelo y otros puestos, que expidió gallardamente con arte y diligencia el Gobernador Carlos de la Gata, como se verá en la segunda parte de estos Comentarios; deseando coger algo para darlo en trueque de Berceñí, y reducir al Rey Católico, y constreñirle á que lo haga. Y parece que tiene esto alguna forma de apariencia y probabilidad, porque este año y el pasado no declarándose en aquella parte el Príncipe Tomás, por disimular la cautela, anduvo el duque de Módena, que hospedamos en España, se le dieron rentas, oficios, preseas y dineros, con el marqués Villa, General del duque de Saboya, y con él, ya tocando en Tortona, ya en Casalmayor, ya en Cremona, plaza del Milanes, no por el valor que se podian prometer de sus hechos maravillosos y empresas, sino esperando con las armas á lo que se les podia vender y entregar por trato, y acudir allí en llamando la ocasion. Por otra parte, decian, habia inteligencias secretas del Berganza para redimir de la prision á D. Duarte de Portugal en el castillo de Milan, y que daba cada año al Padilla 2.000 ducados: queda la verdad en su lugar.

Del Silva, marqués de la Sagra, no se decia más de que era allegado, neciamente, por hombres desvalidos, poco benéficos, y con dificultad de poder alcanzar y conseguir las mercedes: el apresto de la prision era grande, y tambien se sospechaba que habia otros inclusos, y un Capitan portugués, grande embustero, como necesitado, que habian ido por él á Sevilla, que habia ofrecido con engaño lo que vamos diciendo; y por esta causa se despacharon luego correos á distintas

partes, para avisar á los Gobernadores y Asistentes, para prender, porque estuviesen atentos, así á Milan como al Andalucía, á las fronteras de Galicia como de Aragon. Pero poco despues, como suele acontecer que en corriendo algo de tiempo afloran los cuentos, dijeron que no era nada, ni se veria cosa considerable, ántes que saldría el Duque de la prision y le harian merced, como se ha visto en otros, y le verian bien despachado: esto tiraba á otros fines, y era hablar de letrados de poco saber y prudencia, y que habian tomado á su cargo la defensa del Duque; pero el caso estaba muy sangriento, y para tomar satisfaccion en ellos y en otros, pero todo esto y semejantes humores proceden, en esta Era, de la corrupcion del tiempo, vicios y malas costumbres, y ver premiados los indeméritos, lucidos y colocados en altos puestos. La mayor victoria y política de los Reyes, y su más esencial prudencia, habia de ser tener tan concertados los vasallos, y tan sazonados en sus bienes, haciendas y derechos, que no se desemplasen en el amor y fidelidad, ni prorumpiesen en levantamientos y rebeliones; porque no hay ninguno, por perverso y malicioso que sea, que no dé causa por qué lo fué. Decian asimismo, que este aviso habia venido por Francia: no puedo creer yo que de allí venga cosa de consideracion de aviso, ni reservacion de riesgo, cuando se desea de todo corazon todo nuestro mal y perdicion. Murió el marqués del Carpio, y dieron el oficio de Caballerizo mayor á D. Luis de Haro, su hijo, no quedándole ya nada por heredar, así en bienes como en valimiento y buenas fortunas: bien lo recelaba aquel que murió, que habia de dar la potestad, y lo demás sobre su cabeza, que en Palacio todo lo dan á uno y sus allegados, sin conocer á otros, aunque de necesidad lo merezcan y hayan servido; y esto es el achaque y el bajío donde se malogran las voluntades, se resfria la fé y el amor de los súbditos; sin embargo, no alabo ni apoyo á ningun traidor: al fin es necesario esperar la verdad de este caso á la postre y el castigo, por quedar mejor informados y dar más expresa y clara noticia de la verdad, y que no sea de ningun valor ni certeza lo que hemos

dicho, por ser todo popular y de vulgacho. Adoleció el Rey á los principios de Setiembre de este año de una calenturilla, originada de un catarro, y por ser cercana á este suceso, y cuando estaba la habilita más resfriada, y corriendo por la Côte la voz de hacha, que creyeron ya que la cuerda había llegado á la mina, y querían dar fuego, con que la murmuración, y el recelo cobró fuerzas, y todo lo daban ya por hecho; pero Dios fué servido que mejoró, sin que se viese en él ningún accidente de malicia ni sospecha más de lo que contaba el pueblo y el Reino; habiendo ya volado todo, á largas jornadas, á las otras partes del mundo.

Entre las desdichas de nuestro tiempo, la que ahora se refiere (si bien parezo historiador fatal) es de gravísimos sentimientos y de ponderación para los más celosos del bien del Estado, y la más infelice de todas nuestras pérdidas: porque si bien estarian aquellos dos Reinos, Bohemia y Hungría, pegados al Imperio, lo que se pierde allí por el parontesco es como si se perdiese en España, y lo que se pierde en España es como si se perdiese en Alemania, en Hungría y en Bohemia, y en las otras Provincias del César. Perdióse Praga, ó la mejor parte della, porque en perdiéndose aquélla es como si se hubiera perdido toda la Côte y Colonia maravillosa y admirable del Reino de Bohemia: ¡todo, al fin, muere de descuido! Llegaron al castillo de aquella nobilísima y populosa ciudad, á más de la mitad de la noche, 20 soldados suecos, con voz de alemanes, con banderas del Imperio, y con la oscuridad fingieron ser soldados del Emperador, y que toda la noche habían sido seguidos del enemigo, y huído de sus manos; que les abriesen para resguardarse y tomar algun poco de descanso y tambien para los caballos, que la mayor parte de ellos no habian comido y venian desherrados. Las guardas, que eran pocas, y estaban en las murallas, creyéndolo, y conmovidos de los ruegos y lamentos de aquella gente y de sus trabajos, pensando ser propios y amigos, fué uno de las guardas á pedir licencia al coronel de la ciudad; mas los otros, viéndose constreñidos de los ruegos de aquéllos, de la necesidad in-

evitada y porfia, los abrieron, y llegada ya la ocasion sacaron las pistolas y mataron aquellos pocos soldados que estaban de guardia, sin quedar otro; y uno de éstos fué á dar aviso y á llamar á los demás, que eran en número de 600 caballos, que estaban embozados á media legua de Praga: entraron éstos, y una hora despues los siguieron otros 3.000, apoderándose del castillo, armas, municiones, baluartes y artillería, que eran en número de cien piezas, así de la plaza como de otras fortificaciones. El saco, el matar, el estruendo y ofiiccion de aquella gran Côte del Reino de Bohemia fué notable; tanto, que le hacen y valúan en más de seis ó siete millones de oro, con que aquella Nacion perversa y derramada puede hacer guerra diez años al Emperador. En la casa de Colorido, Gobernador de la plaza, hallaron más de 200.000 húngaros, que son escudos de mayor cauidad y subido precio que los nuestros, y no ha babido casa de Señor en la cual no han hallado al ménos más de 400.000 florines; en otras más y en otras ménos, demás del gran tesoro de Bohemia, de una ciudad tan opulenta y de un Reino tan esclarecido, que es el honor de Alemania, y la mayor y la más rica joya del Emperador y su primogénito, el Rey de Hungría; y Bohemia perdida de todas maneras lamentable, someida por un enemigo cruel y tirano, que quiere dar leyes, no sólo al Imperio, pero á todos sus Príncipes, y ponerse la corona Cesárea en la cabeza. Esta pérdida, y la nuestra de Tortosa, bajó mucho é hizo declinar las cosas de ambos Estados y la esperanza de arribar á ninguna empresa de calidad ni de fortuna; ántes insinúa abrir tod á un general precipicio y ruina: los prisioneros, que por aquí se conocerá su grandeza, fueron el Cardenal de Horac. Gifren este Reino en torno, como una corona ó anillo, la notable Selva herbina, en altísimos y encumbrados montes, á la manera y traza de un anfiteatro: riega aquella ciudad el poderoso rio Bultabia, que se desgaja y desprende del Albis: es tan populosa y extendida la Praga, y ciudad tan grande, que en ella se contienen tres, segun nos lo demarca y describe nuestro gran geográfico Abraham Ortelio, que en ella se contio-

poderse conservar en ella aquel enemigo, por el gran poder que aquel Reino tiene y por el valor de sus gentes, como lo describen muchos diligentísimos autores, y además de esto no han consentirle sobre ellos. Decían había sido roto el vizconde de Turena, ántes ó despues, hermano del duque de Bullou, General de los franceses, que militaba en Alemania, en la provincia de la Alsacia, contra el César, y otrosí en las tierras del Elector de Baviera, que aunque se escribió por Italia, salió falso; porque hay correspondientes apócrifos, enemigos también de nuestra Monarquía, que usan de poca fidelidad en la correspondencia, en los avisos y en el estar mal informados, y que proceden contra la honesta libertad y el conocimiento de lo más necesario. Es importante no pasar en silencio los trabajos, así de la propia patria como los de los aledaños, para aviso y lección de los venideros, y de aquellas Coronas que son de los deudos y parientes, así para ayudarnos como para dolernos dellos y de sus trabajos; porque su quiebra es la nuestra y la nuestra es suya. El Rey nuestro Señor recibió salud por la misericordia de Dios, y con ella la nobleza y el pueblo también la tuvo, por el amor y fidelidad que se profesaba entre los mejores.

El Archiduque Leopoldo, Gobernador de los Países-Bajos, consiguó y tomó la villa de Turnos á los franceses, que la tenían usurpada los años pasados, y con esta competencia se buscaron ambos ejércitos, el uno al otro, con ardor y desnudo; mas siempre el Príncipe de Condé rehusando venir á las manos con el Archiduque, porque hasta ahora se hallaba elablado en gente, y tener en su compañía al duque Carlos de Lorena, que siempre buscaba por allí la satisfacción de la pérdida de sus Estados contra franceses violentos, usurpadores de sus vecinos. El Condé, rehusando como digo, siempre iba delante de nuestro ejército dándole á la cola; con que ya el Condé, ballándose apretado de nuestra gente, mandó volver las caras con ánimo de probar fortuna y recibir la batalla, y hubiera sido muy dichosa de nuestra parte, si nuestra caballería, como lo tiene de costumbre ya en aquel país, no

nen tres, á saber: la vieja y la nueva, y la tercera que llaman la pequeña, por el río que la divide y aparta de las otras. En cada una de ellas hay edificios raros, así particulares como ordinarios, de mucha grandeza y calidad; tiene dos castillos: al uno llaman Visegrado, que antiguamente fué córto ó palacio de los Reyes, ya ahora, por las guerras civiles y antiguas, como las que en nuestros dias se prosiguen, está destruido y asolado; mas el otro castillo, que es hácia Praga la menor, con razon se puede llamar la Real, porque no parece castillo, mas tiene forma de ciudad, de altas y gruesas murallas, baluartes, fosos y palizadas; Reino poderoso de lindas y hermosas ciudades. Carlos, que despues fué Emperador, la dividió en doce regiones, á cuya más amplia narracion remito al lector, y á las cartas de los geógrafos que la han demarcado, y así cuanto más es de atender y pastar su narración, tanto es de sentir su pérdida. El eminentísimo palacio es obra del Rey Uladislao, algunos años há difunto; el templo es maravilloso, obra de Carolo. Todo es de pena, así para el César como para el Rey Católico, ver que los enemigos infestan con tanto poder ambas casas, se llevan las mejores plazas y las más excelentes, así en España, como en ambas Germanias. Quanto se afaná nuestra gran Monarquía de D. Felipe III el año de 620, por restaurárselo al Emperador Fernando II, padre del que ahora lo ha perdido, echando de ella con sus armas y tesoros al palatino del Rey intruso, usurpador y vecino de aquel Reino, ahora los sucesos aspiran á sujetar las ciudades y naciones, y á tener por ocasion de guerra el opósito de reinar, y á pensar vanamente que la grande gloria consiste en poseer y en conquistar un gran Imperio y dominio; y de estos Príncipes se han deshecho y desgajado muchos que se juzgaban por firmes ó incontrastables. Será necesario volver sobre él con todas las fuerzas posibles de ambas Majestades y ambos tesoros, porque en su recuperacion consiste la vida del Imperio y de toda la Alemania, así del mismo Reino de Bohemia y de la Hungría, que verdaderamente Dios como á mala castiga, por sus justos juicios; sin embargo, creo que ha de ser dificultoso

volviera la grupa á la primera acometida; con que el encuentro no pudo ser glorioso: peleó la infantería gallardamente, y sin embargo del azar referido, se halló Condé obligado á pelear por su persona, y estuvo tres ó cuatro veces preso de nuestra gente, y quedara en la red, y si Mr. de Caillon no hiciera esfuerzos por recobrarle. La rota, sin duda, fué grande, pero con muchos heridos de ambas partes; hicieron prisioneros á más de 50 cabos franceses, hombres todos de consideración y de cuenta, y de nuestra parte hubo tambien algunos señalados; tomáronnos más de 40 piezas de artillería, y al fin quedó el campo por los franceses. Con este destrozo de unos y de otros, quiso Condé tentar y ver si podía volver á embestir á Turnes; mas el Archiduque, volviendo á Bruselas, creció su campo, juntó gente en número de 40.000 infantes, y siempre acompañado del Duque Carlos de Lorena; y vióse aquí una novedad y maravilla nueva, que los holandeses, mudados de su natural y condicion, socorrieron al Archiduque con 5.000 hombres, que no fué poco de admirar, con que impidió que no tomase aquella plaza, poniéndose á resarcir los demás progresos del enemigo, poco pujante hasta ahora en el Milanés. Los Príncipes vecinos, como Tomás y el Duque de Módena, no desistían de sus intentos de accechar aquel Estado por la proteccion de Francia, por producir en las plazas de la frontera una nueva guerra, porque paraba la de Holanda, y, además de las referidas, cargaron ahora á Cremona; mas aquella plaza se defendió valerosamente, ahora revocando, ahora ofendiendo, porque aquellas armas, no sólo eran oneminadas á vencer, cuanto á sublevar todos los súbditos, como en las demás plazas de armas donde se usaba más el artificio y el engaño que el esfuerzo y la valentía y el ánimo, y ni áun con esto, aún no vencían. En todas partes nos defendíamos, mas no dejaban de tomarnos lo que teníamos, y nos hacían guerra cruel, civil y sangrienta: en la Côte de Castilla no faltaban tampoco enemigos, novedades y rumores de mal contentos, disgustados del estado presente. Trajeron de la fortaleza de Santorcáz al duque de Híjar, y pusieronle en

una casa, enfrente de la obra nueva de la Compañía de Jesus que llaman el Colegio, apretado de las guardas, encierro y custodia de puertas y cárceles, hasta ponerle rallos en las ventanas, tanto, que decían no se extendía su libertad á más que poder salir de una alcoba: todo parece daba á sentir cuidados forzosos de remediar y causas precisas que repetir. Otros decían que estaba en una jaula, donde no podía ver, oír, oler, gustar ni tocar; por manera, que no sólo el cuerpo, pero hasta los sentidos le tenían presos y atados, y áun las potencias del alma le tenían oprimidas y sujetas; y pájaro tan bachiller y garlador, hijo de otro que siempre estaba á los Príncipes y á sus Ministros gorgjándoles á la oreja, no con lisonjas, sino con sátiras, chistecillos y malicias, siempre me pareció que habia de parar en jaula. Los accidentes que cada día se veían no daban por sano al enfermo; habla el pueblo y no pára; sigue su rumor y la causa, y dicen que aguarda el Rey el mes que está para entrar, de Octubre, para pasar á San Lorenzo el Real: á la brama; se ha de ejecutar el golpe y la resolucion en él y en los otros dos; están presos en la cárcel de Corte; el modo y los progresos son malos y precien malos fines. Yo no aconsejaré jamás á ninguno que sea traidor, pero alabaré al que supiese salir airoosamente de ello, y á que no se dejase coger en la red ni en la liga; porque dura cosa es que esté siempre el súbdito pendiente del antojo y poder del Príncipe, del cuchillo, del azote del tirano: pues saben muchos cuántas leyes y cánones hay escritos contra esto, y las divinas letras abren puerta y dispensan largamente en semejantes casos, y en los juramentos que hacen de obediencia, de guardar fidelidad, cuando ellos alteran y derogan el derecho. Ninguno entendió mejor esta materia en los Estados de Flandes que Guillermo de Nasau, Príncipe de Orange: habian sido el conde de Agamon y de Hornos servidores al Rey D. Felipe II en los tumultos de aquellas provincias y pueblos; iba marchando allí al castigo de la sedicion, porque lo más principal fué contra la Iglesia, introduciendo las herejías, el duque de Alba (D. Fernando), con

un ejército poderoso; entró en Consejo el de Orango con los dos, viendo el riesgo que le esperaba, y dijoles: «¿Vosotros, pensais esperar?» dijeron ellos «que sí», y él respondió: «Pues yo, nó.» Metióse en Alemania, llegó el Duque y allanó aquello, y cortó las cabezas al de Agamon y de Hornos: ayudaron al de Orange los protestantes de Alemania, herejes y enemigos de esta Corona; bajó contra el Duque con un ejército; no le pudo haber á las manos; persistió pasar adelante con la rebelion; hizose fuerte en las islas de Holanda, de que era Gobernador por el mismo Rey; uniéronse con él, mandólas, gobernólas y defendiólas; dejó á los suyos en el Señorío, y fueron ayudados de todos los mal afectos, de los vecinos ingleses y franceses, y hoy le reconocen, y á la cabeza le tienen por Príncipe con nombre y título de Altoza; han manejado las armas contra los nuestros y alcanzado raro y heroico nombre en el mundo de soldados; han quedado en aquellas provincias con Estados y riquezas; los Príncipes del orbe han solicitado su amistad, comunicacion y ligas. Éste, por lo que vemos en él, y decimos sin duda ninguna, es señalado y digno de alabanza y de grandes oncomios, como lo hacen muchas y muy ilustres plumas, mas generalmente, en todas las naciones: éste, por mantenerse, quedó grande; los otros dos, por humillarse, pagaron con las cabezas, y por esperar quedaron sin fama, sin memoria ni reputacion: no es traidor el que huye, sino el que espera, mucho temo no lo queden éstos.

Decian estaban confesos y atormentados el Silva y el Padilla, como ya queda apuntado, y un Cabral, portugués, que trajeron de Sevilla: así la infidelidad baja á los hombres nobles al estado de plebeyos, los humilla, arrastra y trae por el suelo; al Duque le habian confiscado sus bienes, le habia mandado la Junta, que se hizo para esto por el Consejo de Castilla, elegir letrados que le defendiesen; mas que ninguno habia querido hacerlo, ni el que él tenía ántes para sus negocios, ántes que la materia iba caminando muy aprisa de esta manera; y por causas semejantes los hombres altos caen en los suplicios públicos y lugares bajos, los buellan, aniquilan y

deshonran. Mas no sea esto, y su causa, la necesidad en que todos andamos, que unos ni otros, ménos el plebeyo, no pueden tolerar la ira de la miseria, ni el tributar continuamente; entendidas estas cosas en la Europa, y explayados los designios mal cimentados de algunos españoles, y viendo que no se podia salir con ninguno de los referidos, que Nápoles se habia sosegado, y Sicilia de la misma manera, y Cremona en el Milanés, se defendió esforzadamente. La armada francesa pronta, no á otra cosa que á esperar novedades en Italia, á que poder asirse y sacar fruto de alguna de ellas, no habiendo podido conseguir nada, retiró sus pensamientos y sus bajeles á Tolon con propósito de invernar, porque ya el tiempo convidaba á ello; y los aprestos de la jornada de la Reina se iban confiriendo y tratando, si bien á lento paso, porque la edad estaba más reciente de lo que era menester. Al Cardenal Tiburcio habian pasado del reino de Sicilia al de Cerdeña, porque el Rey le habia enviado á decir tenia necesidad de poner allí al Sr. D. Juan de Austria, para efectos que pensaba hacer en la misma jornada, y colocar en ella al hermano del duque de Florencia por Príncipe de la mar, como lo tuvo ántes, para dar á entender y satisfacer al Gran Duque, aunque de paso, y endulzar el ánimo de aquel Príncipe hecho ya Cardonal de la Iglesia, y tambien queria sacar al Sr. D. Juan del Reino de Nápoles y dejar en él al conde de Oñate, y para disposicion de bajeles, avió y apresto de la armada Real del mar Océano, que habia de llevar á su cargo el General Pimentá, tambien para asistir al comienzo del viaje de la Reina, presentarse delante de su armada de galeras, dar calor con parte de bajeles al Veneciano contra el Turco, y dar brío al Mediterráneo y Adriático contra los émulos de la Potencia española.

Y volviendo á las cosas del duque de Híjar, á las que tenian alguna apariencia y á las que le acumulaba el vulgo falsamente, lo más cierto ora, que habian confesado contra él los demás reos y agravádole sumamente; y preguntado un gran Ministro, á quien le habian dado la noticia indi-

vidual para proceder contra él la causa, respondió que el duque de Híjar estaba convencido de traidor por dos testigos, los arriba nombrados. Finalmente, le dieron letrados para su descargo, si le había; entre ellos un D. Estéban de Prado, mal advertido, ántes que se hiciese dueño ó le hiciesen dueño de la materia, tomando los más leves puntos del descargo, más ufano del caso de lo que debía, le envió á decir, con su hijo, al duque de Híjar, que sus cargos no eran nada; con que le alentó, y extendido por la Côte, comenzaron á decir que no era nada, y que había sido la prision hecha con liviano acuerdo. Mas el presidente de alcaldes, D. Pedro de Amezcua, á quien se le había dado el cuidado de la prision, para volver por el hecho, y que no había sido con facilidad, ántes con mucho fundamento y acuerdo, reprendió al letrado de poco atento, prudente é ignorante, y á los demás que estaban por el duque de Híjar les enseñó los cargos y viesen la causa era de consideracion, cómo se batallaba en el Consejo, y el fiscal la agravaba, diciendo que tal hombre merecía estar fuera del mundo, sin admitirlo al perdón ni á la equidad, porque era reo de lesa Majestad y de tener contra la Corona. Y consiguientemente á esto, preguntando una persona grande en hora privada á sus criados por conversacion, qué decía el lugar, ó qué se decía del duque de Híjar, uno de ellos dijo que si lo quería saber lo vería, y sacó un papel que había corrido por el lugar, y aún se vendía, y le pagaban por saber, y leyó, en esta forma: «Cargos que le hacen al duque de Híjar por confesion de D. Carlos de Padilla y D. Pedro de Silva, presos en la cárcel de Côte: que era espía doble de Portugal; que quiso introducir los polvos de Milán en esta Côte; que había conspirado quitar el Reino al Rey, y para divertir al pueblo, poner fuego á cuatro partes de Madrid, y con esta confusion saquear las casas de los hombres de negocios, y tener paradas de mulas, prevenidas para robar la Infanta, llevarla á Portugal y casarla con el hijo del duque de Berganza, y sacar á D. Duarte, hermano de aquel Duque, de la prision del castillo de Milan; que dió aviso al mismo de la

conspiracion y celo que contra él estaba hecha en los años pasados para matarle, y dió ocasion para que degollase al marqués de Villarreal y al duque de Camiña, su hijo, y las horcas que se dió á los demás que trataban de Majestad al Berganza; que tenía trato por Galicia, y que se quería hacer Rey de Aragon.» A todo lo demás dijo que era mentira (que así hablan en la Côte), y que lo último tenía alguna verosimilitud; pero luego, al punto se hizo pesquisa del autor del papel, y se mandaron recoger, y se castigó á muchos: todo parecía dislate, novelas y patrañas, y lo peor de todo, que ya este papel había volado por el mundo, y corrido velozmente á las otras naciones, que casi lo creyeron, y reputacion, si bien ya manchada, peligrosaba la fama, y la buena opinion hundida. Finalmente, había mucho, pero no tanto ni todo lo que se decía; pero no dejaba el entendimiento humano de fatigarse y discutir cómo se podía hacer Rey de Aragon, ni lo admitiera un Reino tan fiel, de tan excelentes vasallos, gobernados por leyes y fueros tan ajustados y puestos en razon; porque si por franceses, mejor le tomarian para sí que darle á otros, y más cuando ellos tienen vino lo aguan, en lo de adelante en las armas el poder tentar á cualquier Reino, y al resguardo de Cataluña, para poderse recolar de Aragon; si por Portugal, aquel Reino está lejos y desacomodado para darle ayuda, y la que tienen la han menester para sí, para sus fronteras cubrirse y defenderse. Dicen que no se acaba de creer particularmente, que hombres de buen celo escribiesen todo porque se sepa lo que se miente; y por qué se dijo, y para qué, si hay algo verdadero, no se crea más que aquello. Pero habiéndose divulgado en Zaragoza, afirman que, llenos de ira y de rabia, quisieron quemar aquella casa los aragoneses, y fuera yerro manifiesto, y defraudar al sucesor, que no fué hallado en semejante delito; soltaron de la cárcel al punto á un Noroña, hijo del conde de Inares, hallándole sin culpa, de nacion portugués. Yo conocí aquel caballero, y sin duda ninguna lo es fidelísimo y gran servidor del Rey: algunas diferencias que tuvo con la duquesa de Mantua cuando gobernó

á Portugal, le descaecieron de la gracia del Rey, y ultra de esto, si peleó ó no quiso pelear, cuando le hicieron General de las galeras de España, con la armada de Francia cuando quiso invadir á Orbicelo, de que estuvo preso en Toledo; perdió su casa y hacienda en Portugal, por no seguir al bando de los tumultuarios ni al Berganza, y ahora preso un hijo inocente, si bien suelto, por si era ó no del bando del duque de Híjar. Cosa es, bien cierto, rara, ver cuál está este pueblo y esta Corte con semejantes cuentos, y cuán incierta es la seguridad y este reinado; ¡qué llena de tumultos, rebeliones y mudanzas la Europa y sus Príncipes! ¡qué abandonada está la fé en los súbditos, y la afición de la misma manera! Todo es pérdidas y portentosos ruidos de armas, las ganancias ningunas, muchas las pérdidas, y en desesperación el poderlas conseguir ninguna: todo rumores y alborotos, maquinaciones y atentados, disentimientos generales de pueblos y vasallos. ¡Qué poca mención harán de esto nuestros coronistas, atentos más á la lisonja que á la verdad y al consejo! ¿Quién podrá atreverse á fiscalizar el glorioso reinado del Católico Felipe III, y aquel Ministro admirable que fué en paz y consorcio con los súbditos y aun con todos los Príncipes del orbe? Nunca al fin de nuestra edad, así pacífico como guerrero, tanto que pudo llamarse dorada: no sé quién la desdoró, ó por qué; que bien se le lució, aunque no al Reino, que ha de ser el lustroso y acrecentado; mas no se administró á la causa pública, sino á las propias y la de la carne y sangre, con que se debe atender y repeler con todo juicio, mostrándose ministros de Dios, que se le cedió en su mano, y se lo ha de volver á ella en juicio espantoso más que tremendo.

Mas ¿qué nos podemos prometer de aquel en cuya mano debilísima se han puesto todas las cosas de la buena y legal distribución, si los más principales instrumentos de ella, de la Regencia y el Gobierno, los más honrados primados y favorecidos, son las libertinas diosas que eligieron los romanos entre la variedad de sus dioses, el apetito torpe y deshonesto, el alcabucte y el bufon? Lo que ha de pedir á Dios incessante-

mente con continuas oraciones y plegarias, es que nos libre de aquel que administra las materias, más por su voluntad y por su antojo, que por la razón y la justicia. Pero ¿cómo ha de partir, dar y ser de ánimo grande, excelso ni maravilloso, el que por varios caminos no ha tratado de otra amplificación ni ministerio en las Coronas militar y política, sino es despojar y quitar á todos lo que tienen, hacer Juntas y Consejos para ello, extinguiendo las demás buenas leyes que se erigieron, para el bien comun y universal del estado público, por los Príncipes mejores, si hay algunos, porque todos son tremendos, capciosos y ambiciosos, y no tratan de otras haciendas sino de las suyas, y convertir la suprema potestad en tiranía, y así á muchos los bandonan y abusan de ellos, sacuden el yugo y el peso y no le quieren sufrir, y los dejan para hombres particulares, destierran el señorío, el mando y el imperio, y busean por los más hombres ejemplares, y por las escrituras el mejor y más perfecto Estado y más tranquilo, donde gobiernan los mejores, los viejos, los prudentes, los avisados, que usan la templanza en todas las acciones, los más insignes ó ilustres en obras y perfeccion y de vida y costumbres de desinterés y buen celo, y de aquellos de quien quieren gobernados y asistidos? Y si éstos los hay por la demasia de los vicios, quieren más los plebeyos si son hombres de honra y lucen en ellos todos estos atributos, y son la idea y dechado de la República, no dragones ni tragadores de la naturaleza humana, ni de los bienes poseidos juntamente con las fatigas; huyen de aquel que no tiene otra mejor parte, ni virtud que soberbia y cuchillo que los desuelle. ¿Qué sentirán los extranjeros de aquel Principe que siempre anda empelotado con sus vasallos? Cosa que refuta precisamente la buena política y la razón de Estado, porque no es otra cosa que obligarlos á que se levanten y le sean rebeldes, y muy posible que no sean traidores, por ser la causa injusta, para que pueda ser bueno esto; pues no sirve de otra cosa que de dar parte á los enemigos para que nos arrasen los pueblos y las ciudades, y entren como río arrebatado á asolarlo

todo, y á los ómulos de la grandeza á que se entren por ella, y á que ellos la nieguen, se hagan al Bando contrario y parcialidad, le usurpen el Reino, el Estado ó la Provincia, con que el adversario se haga más formidable por allí, más poderoso y extendido, y el que ántes tenía á sus piés, por este camino se le ponga en la cabeza, triunfe de su poder y espada, y por aquí de la reputacion, y sea señor de aquéllos, y el que era Monarca apenas sea Rey, y cualquiera le dé avilanteza para pensarlo y á intentarlo; y ya hemos visto que alguno se ha salido con ello y se ha investido la corona. Así que el mayor arte de reinar, es guardar el derecho y privilegio al vasallo y á la Provincia, y no tomar de él más de lo que puede dar, y eso con palabras y estilo honorífico y agasajador, y retornandolo despues con las mercedes, y para volver con más gallardía de ánimo y humanidad al pedido; y con esta trabazon y armonía será el reinado dulce y sabroso, y no sólo dulce, pero será admirable: los otros Príncipes aprenderán de éste, vendrán á buscarnos y á pedirnos las leyes para gobernarse, las consultas y decretos para establecerse más perdurables en la posteridad, como las pidieron los romanos al Príncipe de su ciudad y fundacion, á los atenienses, que hicieron memorable á su legislador, el gran Solon. Todas las Monarquías, de que nos han dejado expresa noticia los escritores, mientras vivieron en paz los Príncipes con sus ciudadanos, todos se prometieron larga posteridad; mas entrando en digresiones los unos con los otros, luego comen- zaron á declinar, á desmembrarse y á padecer ruinas, y á ser desposcidos de otros, amenguar en la majestad y en la grandeza y á observar prodigios antecedentes, que lo precedian los mismos latinos, la veces que vieron vomitar fuego al Vesubio ó á la montaña de Soma, que todo es uno, en Nápoles; y desta misma suerte los volcanes sicilianos corren hasta la mar, hirviendo aquella materia, á quemar las peñas, tostar los peces, arder los navíos, derrctir la brea y la resina; y otra vez cubrir grandes espacios de tierra, sepultar los lugares; y otras señales notables, lo tuvieron por indicio de quereirse

acabar y mudar los Estados de unos Príncipes en otros. No ignoráramos los que hoy vivimos, que no ha faltado esto en nuestros dias: creo que dejamos expresado en los libros la ceniza que explayó el mismo Vesubio no bá mucho, los tomadores de tierra y aberturas que hizo la mar en la Calabria, dejando anegadas muchas poblaciones y edificios, lo mismo sucedido en Sicilia; y el volcan que se abrió en la mar, enfrente de las islas Terceras, parece que adivinó la pérdida de Portugal y las mismas islas. Otras señales refinera, mas voy hablando de ser fatal escritor; pero los tiempos provocan á la pluma á dar aviso á los que os han de suceder y á los que nos vienen detrás.

Dáse el Reino, el gobernarle, el cetro y la corona en la tierra los buenos Reyes, no tanto en beneficio suyo, como de las cosas divinas y humanas, para que sean bien administradas, y el que se le dá ó lo toman los malos, es en daño de aquellos y de los mismos que reinan, porque estragan y devoran el ornato de la República, y así se vé el culto del verdadero Dios ultrajado del hereje, del turco y del alarbe, y luego queda la libertad esclava, perdidos los bienes y las haciendas; pero para dar ánimo á los buenos y virtuosos, entiendo el bueno que aunque sirva es libre, y el malo aunque reine es esclavo, y no de sólo un hombre, sino de todos los vicios, y no hay mayor capa ó cubierta de tiranía, que cuando se acomete á los vasallos y á sus bienes en són de guerra, y se la hacen á ellos, y muy floja y cobardo á los enemigos. Y si echásemos mano de la antigüedad, más dichosos fueron aquellos tiempos cuando pasaban los hombres su vida sin codicia y vivían contentos con la templanza del caudal licitamente adquirido; pero despues que comenzó Ciro en Asia, los atenienses y lacedemonios en Grecia, á sujetar las ciudades y naciones, y á tomar por ocasion de guerra, ó en apetito de reinar, y pensar que la grande gloria consistia en un poderoso y dichoso imperio y dominio. Esto sin duda puso los Príncipes y al Estado en grande tribulacion y miseria, que á veces se truca la fortuna, y el que no era, es, y el que era,

no es nada: dimos grandes voces á los vecinos al principio de nuestro reinado con la guerra, llamámoslos y provocámoslos á ella con los aparatos y estruendos horribos de Marte; aceptáronnos el envite, no queriendo ser menores en la valentía del ánimo, hánnosla hecho con grande resto de aliados hasta convocar los últimos del Aquilon, y una vez entrados en ella, queríamos que la dejasen: no podemos con tantos; solicitamos la paz, no la admiten, ni la alcanzamos; vemos perdido el Estado, el caudal y la reputación, no arribamos á la esperanza ni á la mejoría del Estado, quiérennos dejar los vasallos por esta causa, y lo peor y más dañoso de todo, que proponiendo el ejemplo del Gobierno pasado, los pilotos, la aguja y carta de marcar de aquel gran Numa Pompilio, los refuta hinchados de pasión y rechazan y dan por bastardo el consejo; mas Dios, á cuyo cargo está la honra de los buenos Principes, castiga á los que no siguen las huellas, no metieron los pies en ellas y no las honraron, y así se ve, y lo experimentamos patentemente y sin duda ninguna, que no se agrada de lo contrario.

Toda la asistencia de los franceses á Fraga no era otra cosa que divertir á nuestra gente de querer recobrar á Tortosa, y cuando reconocieron nuestra flaqueza, pocas fuerzas y poco ánimo, llevaron las suyas y alojaron en el campo de Urgel y en las otras partes, sin tentar otra cosa: gran desventura y desmayo sin duda, notable y de poca gloria para nosotros, y de nueva felicidad para los enemigos y rebeldes, haber entendido que tan flexibles y postradas están las fuerzas de España, y es tan acabado el vigor de los españoles que no hayan podido restaurar una plaza, ni quitársela á los franceses, siendo de tanta importancia, sino que ya se deja rasamiento sin volver por ella, dejándolo perder todo, y que tenga aquel enemigo el pomo y la contera del Principado de Cataluña; los lugares intermedios que hemos podido conservar, destruidos de remedio, quemados, arrasados y saqueados dentro de España, no habiendo quedado en todos ellos sino sólo Lérida y Tarragona, como sorpresa que podía

esperar el verano siguiente, sino que todo aquello se acabará y áun pasarán más adelante. A esta hora, que eran los fines de Noviembre, ya todas las armas de la Europa estaban retiradas y en sus alojamientos: tambien Praga, Côte del Reino de Bohemia, seguia la misma infeliz fortuna de no poderla remediar ni restituir al antiguo Señorío, ántes los suecos se mantenian en ella: sólo la villa vieja y otra parte que estaba libre, pero todo rodeado; y el onemigo, para dejar lo que tenía, y donde se incluia el castillo en la mejor y más poderosa parte y más esencial, podía para dejarla 500.000 escudos; de suerte, que demás de haberse hecho rico con el pillaje, pedía aquella cantidad para hacer la guerra el año venidero; pero lo más desigual y peor de todo, que el Emperador no la tenía. Habia salido la casa de la Reina casi al fin del mes referido, llevándola á su cargo D. Jaime Manuel, duque de Nájera y Maqueda, como Mayordomo mayor de la Reina, porque el duque de Alba no la quiso aceptar, porque no le daban el oficio de Mayordomo mayor del Rey; haciendo memoria de los gastos que hizo su padre cuando llevó á Su Majestad á Trieste, puerto en el golfo de Venecia, que sólo tiene allí el Emperador, excusóse diciendo, que quien no era bueno para aquel oficio, ménos lo sería para otro cargo ninguno: el duque de Arcos, en quien se pensó cargar este cuidado, se hallaba retirado á su casa, olvidado y desfavorecido despues del alboroto de Nápoles; y en todo el Reino no se halló otro más á propósito para la jornada que el duque de Nájera. ¡Plegue á Dios que le acierte, por la crudeza de su condicion y poco liberal, como lo pide accion tan importante y digna de ser lucida. Hizose la marcha y alto para la embarcacion en Málaga, buyendo del Reino de Valencia y Cartagena por la sospecha de lo pasado y de la peste, si bien ya no hacia esto tanto ruido, y se decia estaba ya muy mejorada toda aquella tierra. Habia salido el Emperador por el mismo tiempo, con sus hijos la Reina do España y Roy de Hungría y Bohemia, de Viena de Austria: él se quedó á pocas leguas, y ellos pasaron adelante para Trento; habiéndose concedido

entre España y Francia salvoconducto y concordia para el paso de los puertos del golfo de León, si bien en París se levantaban tumultos entre la Reina Regente, entre el Parlamento y el pueblo, obligando á la Reina y á sus hijos á salir de aquella Corte para resguardarse á otros lugares, si bien se volvieron luego: quería gobernar y tener su parto el Parlamento, y decían se les habia arrimado mucha gente; mas son borrascas que se sorenan luego, porque ellos están más atentos á tomarnos cada año una ó dos plazas que á hacer malos á otros.

Habiase llamado á Cortes á los Reinos de Castilla: el intento, segun se rugió, jurar por Príncipes de ellos á la Infanta y al Rey de Hungría, caso que la sucesion del Rey Católico no subsistiese á efecto y viniese á faltar: finalmente, prevenciones de Estado; pero otros, que conocian la condiccion del Príncipe, lo arrimaban á pedidos, lo atribuian á subir los juros: habia dicho al principio de este año que no los tomaria, y habiendo y hecho por pocos meses suelto de ellos, no pudiendo prescindir deste vicio y exceso, salió luego con tomar la cuarta parte; porque dado que hubiese algun hecho ó invasion de guerra premeditado, ó alguna accion festiva ó yugal, luego lo habia de pagar el vasallo, y habian de ser á su costa, como si no tuviera indios, flotas ni galeones, los pechos y tributos cargados que pagar los Reinos de Castilla y León, y los otros, aunque ya de miedo ha levantado la mano de los de Italia. Pero ¿por qué no le harán alguna vez este beneficio á Castilla? Es más sujeta, es más esclava; pues cuando no fuera por esa causa, habian de usar de clemencia con ella, que tal vez ha dado algunos corcovos, y no son de ménos valor los castellanos que las otras naciones: no sé quién tiene hoy el Imperio y la Silla entre todas, y quién se lleva la primacia, porque aquellos han de ser aliviados; y no es tan mal ejemplo para la estimacion y autoridad del Príncipe, y para la firmeza y estabilidad del Estado, tener en pié y en union los vasallos, porque luego le asen de aquí los enemigos, y los rebeldes no quieren capitular ni hacer ningun asiento con

él, ni volver á su obediencia, porque dicen no tiene palabra, y refusen de caer en alguna trampa; y es de más importancia no perder los Reinos, el Señorío y la Majestad por esta causa, que por lo que pueden importar dos ni tres millones.

La gente de los Príncipes vecinos al milanés, como el Thomas y el duque de Módena, levantaron el sitio de Cremona y se retiraron á sus Estados, sin haber podido ejecutar accion de guerra considerable contra el Rey Católico, contra sus tierras y Estados; con que á esta hora se hallaba Italia puesta en sosiego y templanza, porque ya el tiempo, por ser entrado en el mundo el mes de Diciembre, retiraba las armas y los rumores: pidamos á Dios que así sea el año que viene, porque se vean bien logradas las bodas de nuestros Príncipes. Murió en la cárcel el portugués Cabral, que habia de conducir el dinero, quitándole al portugués, desde Sevilla á Madrid; los reos estaban convictos: una carta que escribió el Padilla á un hermano suyo que estaba en Milan por Gobernador de Berceíl, fué la total ruina de todos; encomendóla á un Consejero, quien dice que era de guerra, para que se la enviase, con tanto secreto, que hizo sospechoso el caso; la entregó á Don Luis de Haro, con que se reconoció la traicion, y salió del engaño que le iba armando el Padilla, de quien se dice que era horrendo: hablaba mal del gobierno; no excusaba al Príncipe ni á muchos vivientes en la Corte exaltados por malos medios, poco mirados por su reputacion; que esto eran los validos y los premiados, y otras cosas en esta forma, y con poco recato; veíase mal premiado y con poco dinero y caminaba por la vía de maldiciente. Tambien dijo á D. Luis de Haro, tenia modo y traza para hacer en París una paz muy ventajosa para España si le daban dineros y joyas: el Ministro, cosa natural entre la muchedumbre de los trabajos, deseando arribar á la bonanza de la paz, que es lo que más se desea, oyendo á todos, casi creyó á éste, por una carta en lengua francesa que hizo escribir á un lacayo, á quien dicen dió despues muerte, porque no se perdiese la trama y el secreto, y que estuvo á pique de recibir gran cantidad de

dinero y joyas para la empresa si la carta no lo hubiera declarado, y el no hallar mayores fundamentos, y escribió al hermano se dejase caer hacia Venecia, donde le buscaria. De esta manera vinieron cayendo todos hasta dar en la cárcel, en el tormento y en el precipicio de la muerte. Vióse el pleito del duque de Híjar, y no hallando testigos contra él, porque los dos que le habían condenado eran reos, y el derecho dispone que no puedan ser testigos; votando su causa los jueces, fueron de parecer que le cortasen la cabeza, otros que le diesen tormento, y al fin el alcalde Amezquita, de noche, prevenido de lo necesario, entró en la prision donde estaba, le mandó desnudar, pusieronle unos calzoncillos de ango, que aquel dia había comprado para el efecto el alcalde de la cárcel, púsole delante el potro, y el verdugo dióle un poderoso tormento que le dejó descoyuntado: él se mantuvo en no querer confesar; con que visto el caso, le condenaron á cárcel perpétua, en 40.000 ducados para la Cámara y gastos de justicia y alguaciles de guarda, como de hecho se hizo. Al D. Carlos de Padilla y al D. Pedro de Silva los sacaron, en la forma que se suele acostumar con caballeros, y en un teatro levantado en la plaza pública les cortaron las cabezas. Despues se batallaba en los corrillos de la Corte, como es de ordinario, y decian, los que de más cerca lo habían penetrado, que D. Carlos de Padilla, porque lo diga más pronto, dos caminos (*sic*) caballero del hábito de Santiago, y de aquella ilustre familia y apellido, que hoy está en las casas de los más esclarecidos Señores de Castilla, con el casamiento del hijo primogénito del duque de Lerma con hija del Adelantado mayor de Castilla, de que ya se sabe los muchos y grandes nietos que han procedido; decian, se había él mismo ocasionado la muerte. Hombre áspero de condicion, y soberbio, como lo son todos los de esta calidad, y pobre, que es lo que le hizo tropczar, había militado en Lombardia y en Flándes lo mejor de su vida, y servido de capitán de caballos, no muy aventajado, ni de nombre en la milicia. La guerra de Cataluña, como queda dicho, en estos años, ne-

ostiendo de hombres, como se veia, sacándolos de las plazas de armas, como de Italia y Flandes, y de aquéllos más principales, Cabos y Generales, y en esta forma se llamó á Don Felipe de Silva, á Andrea Cantelmo y otros, y de aqui hicieron á D. Carlos de Padilla, Teniente de General de la caballeria del Ejército Real de aquel Principado; y en los trances de la guerra, preso por el conde de Arcourt, General de los franceses, el Marqués de Mortara su General, y en estos launcos pretendió el Padilla sucederle; mas como el año adelante fué necesario proseguir en aquella guerra y volver á las armas, dieron el cargo de General de la caballeria al duque del Infantado aquel año, que hizo y forzó á levantar el sitio de Lérida al conde de Arcourt; prosiguióse despues en lo de adelante, y dejándolo el duque del Infantado, ó haciéndoselo dejar por ciertos respectos, cosa grande, y ser necesario acudir á la sucesion, habiéndosele muerto un hijo solo que tenía, se dió al duque de Alburquerque, ambos á dos Gentiles-hombres de la Cámara del Rey; de que, ofendido D. Carlos de Padilla, como es de ordinario, porque no se lo dieron á él, abandonó el puesto que tenía, dejó la guerra y se vino á la Corte á dar sus quejas al Rey, al valido y á los Ministros de Estado y Guerra; dándose á la vida simple y ociosa, donde tiene su posada el vicio, y á platicar con los mal premiados: era muy al propósito para todo, buscaba las audiencias, los pretendientes, donde, por más que se fatigaba, no hallaba nada; y faltando las mercedes y las recompensas de los servicios, rodeando á esto la necesidad y la falta de dinero para correr en la Corte, y tratarse como lo podia la calidad y las obligaciones, era forzoso dar en una desesperacion manifiesta y una melancolia cruel, aborrecer la vida y aun la honra. De aqui dió en tramar, sin discurrir los peligros, medios de su comodidad, no siendo otra cosa que desacomodarse, que á esta hora debía de ser muy corta, y lo que no había podido alcanzar por los servicios, remitirlo á la traza, al engaño y al atrevimiento; lazo en que muchos han caido en estos tiempos, pero algunos se han levantado, y salidos con ellos, y de

aquí se ha tomado aliento para osar y caer. Finalmente, discurrida la trama, luégo se acudió á lo ordinario (gran yerro); al Privado y al Rey, sin reparar primero que os dar de ojos en el cuchillo; pero el uso de una vida miserable, y el rigor de la necesidad infame, ya se sabe que tiene cara de hereje. Lo primero es entrar en la pretension con el poderoso, acudir á su casa, á la sala cortejante, á las audiencias; hablar del estado de las cosas de Italia, de Flándes y de Cataluña, de Portugal, y discurrir demás de los otros Príncipes: de los de Francia, en quien están todas las fortunas; de Alemania, en quien están todas las infelicitades, y en esta forma de todos los demás Estados y provincias. Y de aquí saltó la quimera, y decirle al D. Luis de Haro lo que podia hacer en Francia y en París con el conde de Pernon, y otros (en engañando), con que podia hacer la paz que dejamos referida, cimentándola, que sería de mucha importancia, firme y verdadera, y aún que haria volver plazas que estuviesen bien al crédito y reputacion de esta Corona; más que esto lo habia de hacer con la negociacion y el dinero: caso fraudulento engañar al Príncipe y al Privado, que casi lo aceptó, y disponia el dinero para entregárselo, y los despachos, engañando y ofreciendo cartas de creencia falsas, y inventando las personas. Mas como estos intentos no son fáciles de creer, ni tengo yo á D. Luis de Haro por tan dormido en el juicio, ni tan torpe en el discurso, que no le tuviese suspenso el fin y el artificio del hombre, y le hiciese vacilar en el hecho; á este tiempo, como es de ordinario acudir á las audiencias de los validos todo linaje de hombres, de varias y distintas naciones, como lo tienen de uso Cortes tan grandes, introdujo á D. Luis de Haro otro quimerista, el que queda expresado; un capitán Cabral, de nacion portugués, hombre embustero y artificioso, como lo son muchos de aquella Nacion, y más si toca en raza del judaismo, tambien necesitado, sin más alhajas y emolumentos que una capilla rota: trampa en que todos caian. Este tambien, aunque ya hemos hecho mencion de él, descando sacar algun dinero para alivio del hambre, para expresar mejor el hecho dijo,

que el Berganza, con una armada, queria tomar los galeones y flotas de las Indias, asaltar á Cádiz y entrar en la Andalucía, en su mayor colonia y trato, dando á entender que era Sevilla, donde tenia muchos confidentes de su Nacion y de la nuestra; y que para esto enviaba de secreto 600.000 ducados, y que él tenia modo y traza para tomarlos, y que viniesen á manos de Su Majestad. ¡Gran delirio y errado camino! esto se creyó y le buscaron una cantidad de doblones de á ocho para que fuese: al fin partió y fué allá; donde todo se crec, es cosa verosímil caer en muchos engaños. De aquí dicen que, trabando conversacion ambos, el Padilla y el Cabral, le dijo el D. Carlos, no declarándose totalmente con él, hablando y murmurando el estado de las cosas, como es de costumbre entre soldados mal pagados, traia entre manos un negocio muy grave, que algun dia se lo diria y le habria menester, y que tenia de su parte á un gran Señor, que lo habia de ayudar y hacer espaldas, y no sé si se resolvió en decirselo, que era el duque de Hijar; con que el Cabral entró en sospecha de algun trato, ó como ellos quisieron: iba al parecer conociendo el Padilla algunas personas; pero para hecho tan grande de muy poca ó ninguna importancia, y pudo atraer á sí á D. Pedro de Silva, hijo del marqués de Monte Mayor, Colegial mayor de Salamanca. De todo esto se reia el mundo; lo tuvieron por dislato y tentacion diabólica, y llegaron á tenerlos por locos, y insinuaban diciendo qué Reino ó Provincia tenia revelado que los abrigase y hiciese espaldas; qué ejército aprestado; qué Príncipe en su ayuda, formidable para salir con la empresa; y dado que lo tuvieran, era yerro manifiesto ponerse al trance de perderse al fin tan ignorado, y demás de esto darse á la cosa más ruin del mundo, que es ser traidor.

Murmuraban tambien del D. Pedro de Silva, que por no verse acomodado tomase resolucion tan contraria á su sangre y calidad, pero hervia de fraudes lo que tenian de portugueses, dióse por desdénado porque el Rey no le daba una plaza en alguno de sus Conscjos: á éste, dijo D. Felipe de

Silva, de nacion portugués, y buen soldado por heredero de los de aquellos que el Rey le prometió en Castilla quando le hizo General de la guerra de Cataluña, y intitulaba marqués de la Sangre por haberle dado este título á D. Felipe de Silva; la causa de seguir tan dañoso pretextó, ni se deja entender ni dar paso á ello, más que poder trascender obscuration de tiempos, que dañan los corazones más calificados, ó sea que en su pretension, y en seguirla, habia dilacion y tardanza, como es de ordinario, y haberse pegado por conversacion ó parentesco al duque de Híjar, y ambos al Padilla. De que aquí se siguió otra cautela, y fué que, como los Privados se recelaban de muchos, despues del suceso de la Junta, echó D. Luis de Haro á D. Carlos de Padilla al duque de Híjar, como se recelaba de su condicion, para que le oyese, le atendiese al corazon, le diese cuenta de lo que hablaba, de sus intentos, ó especulase su intencion; y supuesto esto, ó si ya se comunicaban, por que le revelasen lo más intrínseco de su pecho y se lo sacase hácia fuera: treta antigua y tomada, si bien muy usada, de la política del conde de Olivares, para leer y ver lo que tenía en el corazon de los que agravaba por instantes, y si los hallaba sangrientos y peras concertados con la paciencia, y si hablaban contra él, preparables el despeño y traerlos á mal traer: porque preguntaba un curioso cuál era el Tirano y de qué ropajes se vestía, y respondió: ronle que el poderoso. Esta union, junta y amistad se convirtió en veneno para ellos; hablaban en varios intentos, porqué dado que se refutaron algunos, aunque se oyeron, teniendo los por engañosos ¿quién dice que el traidor no intenta todos los caminos que le ocurren á la imaginacion para salir con su hecho, y con aquel que le estuviere más á cuento conspirar contra la Corona, contra el Príncipe, contra sus hijos, contra sus allegados, contra la patria, contra los pueblos, contra el comun, y so erige forzoso destructor de toda la Iglesia cristiana? no está seguro, y en esta manera hablarian, como es de creer. Y en semejantes casos lo más pronto es el gobierno, la condicion de los Privados, el estado miserable de

la Monarquía, el de la reputacion española, la que habian cobrado los enemigos; de todo lo demás que so suele platicar y de los trabajos en que nos hemos puesto; la necesidad, la falta de dinero, porque todo lo quiere uno y lo toma; los tributos, la grandeza de los magnates, donde están todos los oficios mayores de Palacio; las riquezas, las honras, y todos los demás pereciendo: y de aquí prorrumpieron el estado que cada uno tenía. El Padilla contaria su necesidad, la falta de premios y mercedes, sus agravios; el Duque diria lo mismo: lo que le tuvieron preso en Villarubia de los Ojos, sobre querer arbitrar cuál habia de ser Privado, si lo habia de haber, si habia de volver el conde de Olivares, no habiéndole á él pasado de la salida; si no lo habia de ser D. Luis de Haro, quando convocó aquella junta para esto, y expuso al duque del Infantado y á tan esclarecida casa á perderse, enviándole con esta embajada tan ridicula á Zaragoza, quando estuvimos allí, que no habia sido admitido al servicio del Rey, y todo aquello que admite el despecho. Finalmente, de estos discursos y conferencias se entraron á hablar contra la seguridad del Príncipe y atentar contra la fidelidad, á levantar el Reino y á querer el duque de Híjar hacerse Rey de Aragon, y á querer volar al firmamento con alas de cera. Verdaderamente parecia esto un negocio y una invencion soñada, porque no tenía fundamento ninguno, y así pareco que hablaban como locos. Ya hemos dicho lo que les faltaba para esto, porque no sabemos que Aragon estuviere de este parecer ni tuviesen parcialidad, séquito ni bando para poder alzar bandera, ni pueblo, ni amigos; porque el Híjar, por su fantástica persona y necia presuncion, no tenía ninguno, y cuatro hombres de los que se hallaban aquí delincuentes, en este caso, no eran de tamaño para cosa tan árdua y tan grande, de ningun valor ni potencia; pues teniendo los aragoneses tan cerca los Pirineos y las armas francesas y catalanas, de que pudieran haberse valido para sus particulares propios, no se les ha sentido ninguna flaqueza, ántes se ha visto en ellos un cristal y un dochado de toda fidelidad, y resistido los golpes de la

guerra maravillosamente, con intrépida constancia y buen corazón, y acudido á ello con la sangre y con las haciendas. De suerte que era dislate pensar que por allí se podía tentar contra la firmeza del Estado, tanto que no fuera topar con el verdugo y con el cuchillo, como al fin sucedió. Pasaban adelante en esta contienda, y decían que le escribieron al duque de Híjar, de Galicia, que todos los Señores de aquel Reino que tienen puertos de mar, tienen en ellos sus armas esculpidas y fijadas en las puertas, torres y frontispicios más principales; que por qué no pedía á Su Majestad él licencia para ponerlas en el Rivadeo, de donde era Conde: dejóselo llevar de esto, pidiólo y concediéronselo; y tambien dicen (mas era vulgar el cuento) que quería tentar por allí, porque no sabemos que en Portugal se sintiese movimiento ninguno, porque él quería ser Rey y en Portugal ya le hay intruso. Las conversaciones y concurrencias de los dos eran muchas, terribles y sangrientas, encerrándose y recalándose de los hijos y de los criados. A esta hora se atravesó una carta del Cabral para el duque de Híjar, que llegada á sus manos le extrañó, y le hizo novedad que aquel hombre le escribiese; no hizo caso de ella, la leyó y la dejó; pero D. Luis de Haro y el Rey, viendo lo que le traído con el Padilla y el Cabral no surtia efecto, que no venían cartas ni fundamentos de París más de lo referido para lo que se habia tratado, y que los 600.000 ducados del Ber-ganza que habia de descubrir el capitán Cabral, que así le llamaban, y entregarlos, como lo ofreció, no se venían, cayeron en que todo era tramoya, se suspendieron y paró por poco tiempo el engaño, doliéndoles el dinerillo que habia pescado el Capitán, porque el Padilla aún no habia tomado ni un puñado de tierra. Subió luego, pues, de punto el caso, y acabó de trastornarlo todo la carta, que queda apuntada, que escribió á Milan á su hermano, Gobernador de Berceú, en que derramaba y exprimió todo su corazón, y el veneno que tenia apostomado en él y en las entrañas, el despecho y la venganza que iba preparando, si bien con flacos fundamentos, y la que pensaba tomar de no haberle premiado y hecho merced. De-

jamós ya referido que no le dieron el Generalato de la caballería de Cataluña, de que era teniente. De otro tanto como esto se desgració el Conde Enrique de Vergas, al principio de este reinado, en Flándes, y después hizo lo que dejamos escrito en los libros antecedentes á estos y en su lugar, por dar la caballería, estando en la Côte, á D. Diego de Mejía, no habiendo servido muchos años; que es por lo que los hombres sirven, para arribar y subir al cargo que dicen que les toca, y de lo contrario se dió por agraviado: que es lo que ha de rehusar el Príncipe, suspender la pluma, no firmar ni escuchar la pretension injusta, aunque sea exornada de la sirena del Privado. Salióse aquel caballero, hombre ilustre y de los Países-Bajos, mal contento de Bruselas, fuése á Güeldres, de que era Gobernador, y temia perder aquella Provincia y la plaza, y de aquí otros sucesos poco felices, mal curado del primer agravio, de que pocas veces se cobra la salud: le hicieron rebelde, y se pasó á Holanda con el auxilio de Francia, que nunca falta, ni ha faltado, ni faltará en semejantes acciones; tanto, que le dieron aliento á tocar caja, levantar bandera, y convocar ejército contra el Rey, si éste hubiera esperado tambien pasara por la desventura del cuchillo; al fin acabó sus dias en Holanda. Y volviendo al Padilla, reprobaban mucho la ligereza y liviandad de aquella carta, el poco recato de ella, su exhortación y modo, y haberla fiado con quien se pudo hacer sospechoso; sin embargo, añadía la carta no quería el francés tomar á España, sino dividirla, ni esto es fácil como lo pretendió el Rey D. Felipe II en la misma Francia con todo su poder, y á la muerte de Enrique III, y cuando entró á reinar el IV, y tampoco pudo salir con ello por batallas que le dió y plazas que le tomó en la Picardía, y en el tiempo que goza la flor de los capitanes, y todo se volvió con la paz que se hizo, y fué su ánsia tan grande de deshacer aquel Reino, como cuando quiso deshacer á Inglaterra y Escocia; tanta, que se dejó perder á las espaldas ambas Trisas, oriental y occidental, y algunas plazas de Flándes. No oido encarecer aquella carta

notablemente de rara, descollada, tremenda y satírica: quería sacar al hermano de Milan y atentar entrambos en Venecia. Escribió Su Majestad al marqués de Caracena, Gobernador y Capitán general del Estado de Milan, y acertó la carta á llegar cuando estaban jugando; y estando el hermano allí, y leyéndola el Marqués y suspendiéndose del hecho, en la novedad del rostro del Marqués, conociendo el hermano lo que era por las premisas que ya debía de tener, si bien no le podemos dar por infiel, porque no se ha hallado nada contra él, dijo:—Esa carta viene contra mí.—Dijo el Marqués que era cierto, y mandóle prender. Vuelvo á decir, no porque hubiera sospecha en él, que fué por usar de lo que pide la prudencia, reparando ingenuamente y con maduro seso, segun los tiempos que corren y con la facilidad que se rinden y entregan plazas, y el fuego que se pensaba meter en España, hay mucho que agradecerle al Padilla; que no dijese y persuadiese al hermano entregase al Príncipe Tomás por el duque de Saboya á Berceñ y aliados, que andaba muy vivo por recordarla, ó satisfacerse en otra del Milanés, porque tocó en los años pasados en el Final, de donde fué expulsó: que quien buscaba el dinero por partes tan incógnitas y oscuras, no fuera mucho se diera á sentir, que por allí le hallara mejor y con más facilidad, y con que se le dieran, que no es plaza de poca consecuencia, sino de mucha importancia, y más cuando todos, con el duque de Modena, estaban armados á la frontera, y sobre Cremona se les diera paso, como en Tortosa, no les fuera dificultoso entrarse dentro, con que el Tomás y los vecinos hubieran logrado su gran desco de restituirse en ella. Mandaron traer al hermano á la Corte, y si no murió de traidor murió de sentimiento del suceso y de que su hermano lo fuese. Decia asimismo el Padilla en su carta, que se había de vengar aunque le costase la vida, y fué así, porque él se la buscó y se la trazó haciendo contra sí. Refieren. Pues, que contenía muchas cosas y muy árduas por el intento, y así parece; que si cogiera el dinero pensaba dar en Venecia, y para eso quería allí al hermano, y darlo á la buena

vida y gozarla, y más áína darlo al vicio, y al paso de la guerra reirse de nuestros Gobernadores. En efecto, iba el caso encaminado por esta manera: al fin dió en la trampa y la carta en manos de D. Luis de Haró, con que se acabó de declararlo todo, y entenderlo; y causados de tantos engaños y fábulas como les iban á proponer, y á sacarles el dinero, trataron de prenderlos. Entró un alcalde y prendió al Padilla en su posada, y D. Fernando Ruiz con él, y le pidió las llaves de los escriptorios; leváronle á la cárcel: prendieron al D. Pedro de Silva y lleváronle á casa de un alguacil de Corte, y metieronle en un sótano: prendieron al duque de Híjar, como queda dicho; despacharon correos á Milan y á Sevilla para prender al hermano y al Cabral, y metieronle en la cárcel de Corte: obraron los tormentos, y no pudiendo resistirlos, flacamente confesaron: el Cabral murió de repente en la cárcel, no pudiendo tolerar el sentimiento del hecho; dicen que el Silva, en Salamanca, donde era colegial; los mismos colegiales le ahorcaron la beca y sembraron el aposento de sal; mas éste disculpaba su inocencia, que aquellos Señores se partían los Reinos neciamente, y que á él no le daban una sacristía, y que no había sido más que un allegado. Verdaderamente parece este caso cuento de locos y juego de muchachos, porque el perderse tan vanamente y peligrar de balde no puede tener otro título. El fin del Duque ya se sabe: al Padilla y al Silva cortaron las cabezas públicamente y en teatro público, sábado, 5 de Diciembre de este año, en la forma que se acostumbra, y los enterraron en el cementerio de San Ginés, entre los homicidas, ladrones y hombres bajos. Este hecho y sus progresos, si bien se había suspendido largo tiempo, despertó la causa del marqués de Ayamonte, la aceleró, y salió un alcalde de Corte para Segovia con seis alguaciles, y sacándole del Alcazar, donde había sido su prisión, lo llevó á la cárcel y allí le cortaron la cabeza, relevándole de sacarlo á la plaza pública ni por las calles. También andaba á las vueltas D. Francisco de Melo, que le mandaron salir de Zaragoza, y le suspendieron en Almazan, sobre el

hecho de Tortosa; disculpábase no haber tenido gente para defenderla ni recobrarla, aunque tuvo á su lado al Virey de Valencia, conde de Oropesa, que si bien socorrió fué con moderada gente, al fin como de un Reino trabajado; mas al fin salió juzgado de los cargos. A esta hora vino aviso que á mediados de Diciembre se había desposado por el Rey Católico el Rey de Hungría y Bohemia con la Reina de España, Mariano, su hermano, en Viena de Austria, Córte del Emperador, y partido para Italia, á embarcarse en el Mediterráneo para venir á España á efectuar las bodas.

El marqués de Leganés, General de la frontera de Portugal por la parte de Badajoz, descando hacer alguna entrada en aquel Reino, y dañar á los portugueses en cuanto pudiese, pareciéndole tenía ociosa su caballería, ó parte de ella, dió orden secreta á D. Gregorio de Ibarra, Comisario general de la parte de Badajoz, para que con seis compañías de caballos entrase la tierra adentro é hiciese la mayor presa de ganado que le fuese posible, y en cumplimiento de esta orden la dió el Comisario á los capitanes D. Diego Quijada y á D. Andrés de Tratal, que sus compañías de caballos, que estaban de cuartel en la ciudad de Jerez de los Caballeros, los condujesen luego á la villa de la Higuera: el mismo orden envió á las compañías que alojaban en la Parra y Fuente del Maestre, para que juntas con otras dos que había en la Higuera, la una de su cargo y la otra de la guardia del Marqués General, hiciese la entrada en aquel Reino: juntáronse por todos poco más de 400 caballos y marcharon en esta forma á 8 de Noviembre Comenzaron á correr las dehesas, quinterías ó casas de campo que están en los términos de Corpa y Moura, recogiendo cuanto ganado y cosas de valor que había en ello. Con esta presa se volvió nuestra gente á Castiella á tener la noche en el lugar de Oliva, adonde entre los vallados de las heredades se recogió todo el ganado con mucha comodidad; desmontóse parte de la gente para descansar, y se enviaron centinelas para que á trechos estuviesen en vela toda la noche por si el enemigo, con el ruido, se movía. De este modo

estuvieron todos en silencio, cuando á las nueve de la noche oyeron las centinelas ruido de tropas de á caballo, juzgando que serian los nuestros que andaban corriendo la tierra; pero creciendo el rumor reconocieron que era de portugueses, y para avisar á nuestra gente lo hicieron disparando las carabinas. Luego que el enemigo oyó que nuestras centinelas le habian descubierto, se suspendieron un gran rato, y segun lo que pareció, fué para disponer sus tropas para embestir; con que dió lugar á que montase nuestra gente, y de que con toda presteza formase el Comisario general D. Gregorio de Ibarra dos tropas, una de 200 caballos para la guarda y escolta del ganado, y otra de 450 para hacer rostro al enemigo, con órden de que si éste embisticse lo dejasen pasar, dando muestras de estar derrotados, y en pasando se volviesen á incorporar, para con esto cargar reciamente á los portugueses en medio. Salió la traza como se pensó y se habia dispuesto, por que el enemigo embistió, y no hallando en los primeros resistencia, pasó adelante en busca de su ganado; y encontrando con el segundo escuadron trabó la escaramuza, que duró poco más de media hora; con que los portugueses, reciamente cargados, ya no procuraban el ganado, sino el modo de escapar del conflicto: al fin lo consiguieron tomando la huida á recta fuga por un lado, y tan desbaratados, que no quedaron con fuerzas para volver á rehacerse. Dejáronlos y no se siguió el alcance por la demasiada oscuridad de la noche; tomáronse 40 soldados prisioneros, pasaron á cuchillo 50, quedaron heridos 90, tomáronse casi 400 caballos, que donde hay tan pocas fuerzas de consideracion ni de valor, parece se hizo todo lo de potencia en caso al parecer mediano de nuestra parte. Salió herido D. Gregorio de Ibarra, cinco soldados muertos, un capitan reformado y dos soldados heridos. Quedó nuestra gente toda la noche con las armas en las manos hasta el día, y tomaron la marcha para Jerez de los Caballeros. Entró la presa, que se componia de 5.000 carneros, entre ovejas y cabras, 500 cabezas de ganado de corda, 200 bucyes y vacas, 70 bestias de carga, cinco esclavos: faccion razonable y

que no carece de consideracion; porque demás de la presa y venir los soldados ricos y aprovechados de ropa y otras pre-seas del saco de las quinterias, se ha conocido que es canalla su caballería, huyendo vilmente, siendo los suyos, como lo dijeron los prisioneros, 700 caballos en 12 compañías, cuatro que salieron de Olivenza, una de Mouron y otra de Moura y seis de Yelbes; y entro ellas una de no poca arrogancia portuguesa, como es de su natural, que se componia de los soldados más bravos de la ciudad de Coimbra, que llamaban la «Ira de Deus,» y éstos fueron los que en la refriega huyeron más cobarde y aceleradamente. Por esta parte parece el hecho, sin duda, de memoria, habiendo sido de 400 á 700, pues casi habia dos para cada uno de nosotros, en tiempos que hay tan pocos de nuestra parte que no podemos preciarnos de ninguno: cuando fueron tantos y tan grandes los pasados no dormian los enemigos, pues no los hallaron descuidados, aun-que era en el corazon del invierno; pretendiendo prevenirse y debelarnos con los consejos, nuevas ligas y atentados, y atrasarnos con el rigor de la guerra, que veremos el año siguiente, que ruego á Dios que sea mejor que el que acabamos de escribir: que demás de esto ha sido estéril y de pocas aguas y saturnino, como lo dicen los astrólogos, apestado con grande mortandad de infantes en ambos sexos y en hombres mayores, y en todos muchas muertes repentinas. Trabajos que envia Dios por muchos y graves pecados á nuestra gente; y este grave contagio, habiendo comenzado en Valencia, no sólo retrocedió á Cataluña, por levantada, mas pasó á Murcia y á Cartagena, ántes, y habia presunciones y sospechas maliciosas de correr á los lugares de la Andalucia, particularmente á Cádiz y Sanlúcar de Barrameda, sin pasar á Portugal, porque el brazo de Dios la detuvo, porque los enemigos tengan fuerza contra nosotros, que es harta peste.

Los Príncipes de Alemania y los estados imperiales hicieron apretadas instancias con el Emperador, para que hiciese la paz, buena ó mala, con Francia y con la Reina de Suecia, porque ya no les era posible sufrir ni tolerar la guerra tanto

tiempo. Decian estaban las ciudades, parte de ellas tomadas y destruidas, y parte quemadas y despobladas, desertas y aisladas las Provincias, muertos la prez de los alemanes, gastados los tesoros y las viandas. El Emperador resistia y no daba orejas á esto, porque se afirmaba se habia de volver lo tomado, y á los Príncipes interesados, como el Rey de España, al Duque de Lorena y otros, rebusábalo asimismo por España, y no desabrir al Rey, que era el más defraudado; y si todos los Príncipes de la Europa hiciesen paces unos con otros, y uno quedase fuera del contrato, seria un hecho muy peligroso para aquél, y aquella cabeza faltaria á la fé de la sangre, por cuanto ha sido siempre él y los suyos, el Atlante del Imperio, y le ha llevado en sus hombros; porque todas aquellas armas infaliblemente se distribuian en contenderse de unas partes á otras, cesando todas, cuanto mayor y más celado, porque poderoso vendria á recaer sobre él y acabarían de matarle, cuando casi lo está, si no es que algun grave accidente lo estorbasc. Y es cierto, que si el Emperador hiciese paces con el Francés, que lo que gastaba en Alemania lo retrocederia y lo emplearia en España, con que es fácil de creer que acabarían de destruirla, y habria de parte del Francés más armas y soldados para la invasion; mas resistiendo el César á las importunaciones de los estados, de hecho y de mancomun despacharon un correo á los Plenipotenciarios de Munster, que si no se hacia la paz se armarian todos contra el Emperador y acabarían con todo: con que aquel Príncipe, viéndose tan trabajado, se dió á la fuerza que le hacian; hizo la paz mal de su grado, quedándose los enemigos con las plazas y Provincias tomadas; y si bien la hizo con franceses, no la pudo acabar con los suecos, si bien rindieron la parte que habian tomado en Praga, Corte del Reino de Bohemia. Mas á estos tratados avisaba el Rey que no se hiciesen, y la hizo con todos; mas el Emperador la hizo por ocho por librarse de todo, y casi mostrándose, si bien paliadamente, por enemigo del Rey Católico; que un Imperio tan ligado á España y tan hermanado, dió en este bajío, culpa es de los tiempos; y so retrajo

de dar á la Infanta al Rey de Hungría, y así mandó al conde de Lamières, su Embajador, se le dijese que no se habían de casar; mas él se disculpaba no haber podido más, ni hallarse con fuerzas para combatir: mas los enemigos, con esta paz, mucho peor que la guerra, eran señores de las plazas imperiales, y él se tenía las armas en sus Estados, dejándolo al Rey solo en la Villa y en la palestra de la guerra, y el Francés, que le hería por Flandes, por Italia y por España, y desembarazado de los otros intentos, le abrasaba más recia y duramente. Muerto Ladislao, Rey de Polonia, en Varsovia, su córtic, hechas las exequias al difunto, entraron los polacos y las demás Provincias en elegir Rey, como lo tienen de costumbre: muchos, dicen, aspiraron á la Corona, así del Norte como de Alemania, y otros fueron llamados á la elección, ó puestos en plática; y esto, por sus maravillosas virtudes y grandeza de ánimos, particularmente nuestro Archiduque Leopoldo, hermano del Emperador Ferdinando III, que gobierna los Países-Bajos; mas ellos se inclinaron á elegir Rey de su Nación, de la Casa y sangre de aquellos Reyes. Al fin se portaron todos, y hechas, las ceremonias de la Iglesia en el gran templo de aquella ciudad; para el acto colocado y puesto en un trono Juan Casimiro, de rara Majestad, juró guardar las leyes del Reino; y hecho esto lo coronaron y besaron la mano: el primero de todos el Príncipe Carlos Ferdinando, hermano del Rey muerto, que Casimiro recibió en los brazos; tras este Príncipe, el gran Canciller de Polonia; el duque de Jorge, Príncipe del Imperio alemán; el Mariscal de la Côte; el conde de Adamo, Conosqui, Privado del Rey antecedente; el Arzobispo de Enessona; el Arzobispo de Poruania; el de Cracovia y Samogicia; el Vice-canciller del Reino; el gran Señorío, el Senado de aquella Corona; las Provincias y sus Diputados; segun su precedencia y antigüedad; haciendo cada uno una elegante y erudita oracion, significando al Príncipe el celo y amor con que le juraban: y á éstos siguieron los demás de la nobleza, Ministros y oficiales del Reino. El acto y el triunfo fué admirable, así en los gastos é invenciones que hicieron, en la can-

tidad de oro y plata que derramaron al pueblo, y so despendió en banquetes, como ellos lo acostumbran y suelen hacer; excediendo en la opulencia y majestad á los que nos proponen los escritores antiguos, y hacen largos exordios y narraciones de los Reyes Baltasar y Asucro, y los de la Titana menífica Cleopatra, con el romano Marco Antonio. Fueron de admiración los arcos, las justas, los fuegos, las inscripciones en loor y alabanza del Príncipe, de los mejores ingenios, no sólo en latin, sino en su lengua y en las de las otras Coronas adyacentes y forasteras; mostrando la lealtad en las plumas; esprimiendo la de los corazones; dando ejemplo de cómo las otras lo han de hacer con las espadas: levantaron estátuas de Príncipes y hombres grandes, en celebracion de las partes peregrinas del nuevo Rey, insiriendo las cuatro Monarquías de sirios, persas, griegos y romanos; aclamándole de la misma manera despues de Rey de Polonia, Rey de Suecia, que le tienen tiranizado, gran duque de Lituania, de Rusia, duque de Moscovia, Samogicia, Livornia, Corvicobia; alcanzándolo no sólo tener derecho á Suecia, sino á los vándalos y godos; teniéndole el Turco, con quien siempre tiene largas y encendidas guerras tiranizado mucho de lo referido arriba. Y es de ingenios flacos y torpes en la erudicion, y poco versados en las historias septentrionales, creer, ó dar asenir, que aquellas naciones son bárbaras, faltas de política y elocuencia, no más de porque nacieron en lo más retirado del Norte, en tierras frias, por la falta del Sol, criados en incultas, agrestes y altísimas montañas: por esa razon no los deslavoració la naturaleza, ántes los hizo de buena complexion y salud, robustos, dados al trabajo, de grandes y robustos cuerpos, y por esto más copiosos y poblados en la generacion. Estos fueron aquellos que se derramaron por toda la Europa; bajaron por Alemania á poblar las tierras, y á Italia, con nombre de vándalos, y godos, y suecos; éstos quitaron la púrpura y el laurel de la frente á los romanos y á sus Emperadores, y lo hicieron retirar á Bizanzo, que hoy es Constantinopla, por el Emperador Constantino; bajaron á la Es-

paña y se la quitaron: establecieron su Reino en varias partes de ella, de que hay memoria, y vestigios notables de sus sepulcros; si hiciésemos mención de Toledo, Silla principal de aquellos Reyes hasta que el último godo, Rodrigo, lo perdió todo en la batalla de Jerez de la Frontera; les ganaron el Reino los Alarbes de la Mauritania Tingitana, y se retiraron á las montañas; sin embargo, lo volvieron á restaurar debajo del estandarte y su gran caudillo Pelayo; consérvanse en nuestras tierras algunos apellidos de aquéllos, que hoy son Casas ilustres y grandes por sus hechos y hazañas; volvieron, si bien en largo tiempo, y con crueles y sangrientas guerras á echarlos de Africa de la otra parte de la mar. No es posible, cuando en nuestros escritos se llega á tocar algo de esto, dejarlos de encarecer y alabarlos: éstos son los que en grande multitud de caballería se oponen al poder indominable del Turco; últimamente han casado sus Príncipes en la Casa de Austria, conservan la fé y la religion Católica, y en nuestros dias hemos visto Embajadores en la Corte de España, unidos con el Nuncio del Papa, el Embajador del Emperador, y el de Venecia: solamente de aquella parte hemos visto descender los suecos y trabajar á Alemania, los templos y las aras sagradas, y las ciudades imperiales y colonias, no sólo con las armas, pero con la herejía, que destruye y abraza en mucha parte, ó casi á todo aquel Septentrion, toda aquella Noruega y Gocia, por donde, con la vecindad de Dinamarca, en tiempo de nuestros abuelos, entró en Escocia y en Inglaterra, y los herejarcos y dogmatistas lo han introducido en Alemania con nombre de protestantes, en muchos de sus Príncipes, por castigos de culpas.

LIBRO DÉCIMONOVENO.

ARGUMENTO.

Muévense nuevos y más rigurosos alborotos entre la Reina Ana, Regente, y el Parlamento. Degüellan los ingleses en teatro público, por justicia, á su Rey Carlos Estuarte. La Reina de España llega desde Viena de Austria, por sus jornadas, á Trento, fin del Condado de Tirol: embárcase la Casa en Málaga con el duque de Nájera y Maqueda, Mayordomo mayor, para recibirla en aquella ciudad ó en el principio de Italia. Las disensiones de Francia pasan muy adelante, y el Archiduque Leopoldo entra con ejército en ella de órden del Rey Católico, en favor y á ruego del Parlamento, y retirase por la mala acogida que halla en ellos, como es de ordinario: retirase y vuelve atrás, y sitia, sin embargo, con la gente que habia dejado en la frontera de los Países-Bajos, á Ippe y á San Viñan, plazas importantes, y tómalas. Suspéndense los franceses en sus diferencias, y juntan las fuerzas de ambas parcialidades: pasan á sitiar á Cambray, socorre el Archiduque que valerosamente, y hácelos levantar el sitio; y refiérense las demás cosas acaecidas hasta la mitad de este año en todo aquello que se pueden comprender.

Aquella ilustre y maravillosa ciudad entre las más insignes del orbe, no sólo no inferior á las más señaladas, pues de igual grandeza, si no más; que no sólo se contentó de abra-

zar los tres, sino todos cuatro elementos, por no carcer de nada, porque no sólo la sustenta la tierra y está fundada en el agua, la baña y fecunda la mar, la recrea el aire más puro y el elemento del fuego la sustenta desde su region; ésta, en fin, antiquísima en fundacion, fué la primera que ha dado reglas y preceptos vivos de cómo han de mantener y conservarse en libertad contra la insidia, codicia y voracidad de los tiranos; no se ha dejado llevar ni aspirado á entregarse á Príncipes, admitido la Corona ni los altos casamientos para crecer y aumentarse en herencias, cuyos litigios, por la mayor parte, suelen prorumpir en guerras, en desolacion de pueblos y ciudades, en estrago de súbditos y en perder lo mismo que se acrecienta por los casamientos, porque hay otros que asisténdoles derecho ilegítimo y mal cimentado, los tienen ántes por codiciosos; tanto, que los asaltan: éstos al fin han conservado sus límites, y conteniéndose en ellos, sin aptecer la ambicion, ni lo ajeno, han creado hombres togados y consulares que los gobiernan, sabios y de prudencia, y eligen un Dux por cabeza, viejo y reverente en canas y autoridad, á quien se someten las materias políticas y militares, y con él las deciden, sin introducirse sujeto novelero: éstos distribuyen los bienes y las dignidades y los haberes de la Patria, premiando los virtuosos y los letrados con rectitud, con justicia y templanza; y de aquí procedo la paz, la alegría y la buena andanza de los pueblos, las mejoras y los acrecentamientos, la abundancia y los frutos de la tierra. Esta es la verdadera y religiosa aristocracia, y estos son los venecianos, en cuya República y Señoría, ó Senado, no se ejercita el tumulto, el tributo ni el estrago; no poco admirados en el mando de los políticos, estadistas y filósofos: no vivo allí la injusticia ni la iniquidad, porque verdaderamente ellos son los filósofos y observadores de la integridad, si homos de seguir y estar por las huellas del gran historiador Paulo Jobio, Obispo de Nochera, y otros admirables que hacen famosos encomios de ellos. No se han entregado, como dije, á ningun Príncipe que dé todos los bienes y premios de la Co-

rona á uno, porque lo presentó los vicios y se los ministró, y aduló y lisonjeó, y le acumuló falsamente las gracias y virtudes que no tenía, y que estaba muy léjos y fuera de toneros; al que siguió las pisadas de los malos, al que sólo no vé por otra parte sino por el antojo, ni oye más que por aquel oído, al que se lo destruyó todo: huyeron de esto por defender el comun, ó la República, de que no pare en miseria y necesidad, y lo peor de todo en fuego y destruccion. De aquí se derivaron algunas ciudades de Italia, como Luca y Pisa, que por ser cortas de distrito las han acometido y querido quitarles la libertad: Génova de la misma manera ha prevalecido, si bien no le ha faltado la emulacion del Príncipe y querídola embestir; mas no se ha dejado echar el yugo, aunque tampoco le han faltado bandos y persecuciones de unos con otros, y se gobiernan por los más viejos y Dux, con que hacen Senado; se rigen y aumentan con el trato y la industria, y así son prodigiosos en tesoros y riquezas, sin tener Príncipe que los desuelle y los haga caer en servidumbre mezquina. En tiempo de nuestros abuelos procuraron este mismo gobierno los holandeses; pelearon por la libertad, y se salieron con ella, y la alcanzaron con las armas, teniendo Príncipe sólo con título de General, y gobernándose por magistrados y burgomaestros en forma de Estados: hoy siguen este diseño los ingleses y toda la Gran Bretaña, abandonando al Rey, que tienen destituido y preso por causas que ellos han juzgado por justas, y gobierna el Parlamento en forma de Senado, eligiendo cabezas para el manejo de las armas si las hubieren menester, porque la mar los ciñe y los rodea, y sus bajeles siempre han rodeado ambos mares con reputacion y respeto. Ya los hombres apetecen más gustosamente este género de Gobierno en forma de Senado, de que no el Imperio ó la Corona que les limite la vida, el aliento, el vigor y las fuerzas, y todo sea quitar y cargar, investigar los bienes y las haciendas; y lo han querido intentar los sicilianos, animados del peso intolerable de gabelas, pretendiendo resarcir las coyundas que duramente los oprimian. Nápoles,

ya lo hemos visto; pues ofreciéndonos el Príncipe Thomas y toda la Francia á tomarlos sobre sí y defenderlos con las armas, por ser Príncipes no los quisieron, y los primeros estuvieron á pique de salir con ello si á los de Palermo no se les hubieran opuesto los Mecinenses, ni á la segunda vez, como queda dicho, temiendo el mismo gravámen; ántes ellos querían gobernarse en un cuerpo de Estado libre: el milanés lo ha insinuado en libelos por las esquinas de sus cantones y calles; y París lo ha dado á sentir, no solo el Parlamento, sino el pueblo. Aquel tiene por materia de Estado en el Reino, que en tiempo de paz gobierné el Parlamento y en tiempo de guerra el Rey, y ellos, por hacerlo todo, lo introducen en las tierras de los Príncipes vecinos; y cansado de esto el Parlamento, y del Gobierno de la Reina Ana, y del Cardenal Mazarini, extranjero y siciliano, y de tan largo y prolijo ruido de armas, y de subsidiar los vasallos las Provincias y las ciudades y sus Parlamentos; ofendido aquel pueblo, prodigioso en búrjos y en gentes, no quisieron pasar adelante con ellos. De esta manera muchas, muy nobles y ricas provincias han fracasado por entregarse á Príncipes, porque los más de ellos ó todos son malos, y es milagro cuando hay alguno bueno, y de agradecer á la influencia y Providencia del cielo, y entónces se ve como en un cristal limpio cómo se luce á la República. ¡Qué digresion tan profunda y entendida podíamos hacer aquí si nos entrásemos por las memorias antiguas y desengiésemos las historias sagradas y profanas! ¡qué podíamos decir de Ciro, de Xerjes y Dario, de sus tiranías y crueldades! ¡qué de algunos de los Reyes de Judá y de los de Israel! ¡qué de los Faraones de Egipto! ¡qué de los Emperadores romanos, bárbaros en costumbres y viciosos! ¡qué de la soberbia de errores y herejías de los godos, qué de muchos que han dominado la tierra, y qué de muchos de nuestra España! ¡qué estrago la hizo Rodrigo por deshonesto, moviendo el mahometismo en ella! ¡qué Enrique VIII en Inglaterra, poblándola de herejía por una torpe sensualidad, abandonando la Iglesia, destruyendo las iglesias, destruyendo la Re-

ligion católica y perdiendo la reverencia á Dios y á los Santos! Opinión es esta muy debatida de políticos y estadistas, y muchos cargan el juicio en esto y dicen, que gobernarse por los mejores ciudadanos de canas y consejo es lo más acertado, y viven más descansados los pueblos y sin tanta adoracion de ídolos como tienen los Príncipes y lo rodean. Véase el Padre Mariana, de la Compañia de Jesus, en la segunda parte de la *Historia de España*, el capítulo que hace de esta materia, tal como de su ingenio. Y tomando el camino de nuestra jornada y prosiguiendo en ella, estaba la Francia, pues, y la ciudad de París, cansada del Gobierno de la Reina, del Cardenal Mazarini, Gobernador y Privado; de las imposiciones y tributos que pagaban con color de guerra, y de guerra tan larga y prolija, los vasallos cansados y afligidos, el Parlamento mal contento, y por la misma causa deseaban la paz con España. Mas el Cardenal no la admitía, por pasiones y motivos falsos, haciendo el gobierno tiránico, quererse alzar con todo y usurparlo, y por lo demás, referido arriba, ni la Reina, con ser hermana del Rey Católico, no daba oído á ella. Querían descansar los pueblos, vender sus mercaderías y entrar á la contratación con España, que es la que siempre da el oro y la plata á los extranjeros, por niñerías, por ropa falsa, telillas y otras cosas vagas. Ofendido, pues, el pueblo de París, como otros discurren, y entrando la Reina en sospecha del mal cariño, y otros Ministros suyos, de alguna conmocion peligrosa y digna de recelar y temer, porque corrió voz que los querían matar, miércoles 6 de Enero, dia de los Reyes, á las tres de la mañana, el Rey y la Reina madre de Francia, el Cardenal Mazarini y el Monsieur duque de Orleans, hermano del Rey difunto, y el Príncipe de Condé, con la mayor parte de los oficiales de la Corona y sus familias, dejando á París se salieron á San German, sin dar parte al Parlamento ni al pueblo; de suerte que causó á todos y á aquella populosa ciudad, derramándose por la Europa y de ella por todo el mundo, gran novedad; culpando al Mazarini y á todos los que fueron en esta resolucion, porque siendo el móvil de aquel Gobierno y habiéndose

dosele fiado y encargádosele, debía aconsejar muy diferentemente y más en pró del estado de la reputación de sus Príncipes, y no poner Reino tan belicoso al trance de que lo perdiesen los poseedores, cuando no hay pueblo que no los quiera abandonar por sus desafueros y felonías, si ya no es que dificultosamente se podía esperar de él que hiciera hacer, y de tan gran traidor, alguna lisonja á la Monarquía española, al Imperio y á los depuestos de sus Estados. Porque Enrique III, quando se salió de ella por diferencias que tuvo con la nobleza y ciudadanos, no sólo perdió el Reino, se ocasionó la muerte, si por inspiración del cielo, ó por sus atrocidades, permitió que le matara un fraile, dando por causa para hacerlo que le traía cartas de aquella ciudad: y Enrique IV, que no fué ménos desgraciado que él, que lo sucedió en el Reino, despues que hubo peleado con los naturales y forasteros, no fué más Rey, de quanto París le rindió las puertas. Así que, haber salido, no dejará de tener sus encuentros y dificultades al volver á ella, y costar mucha sangre; siendo muy posible poner en contingencia el reinado: y no se puede llamar buen Consejero al que dió el arbitrio sobre este caso; más es muy precisa la vida y digna de cautelarse. Aquel dia el Parlamento y los altos ó Grandes de la Corte se juntaron, con voz de trompeta y público pregon, mandando á todo el pueblo estuviesen en postura y órden de defensa con armas para seguridad de la ciudad, y que los burgueses, de noche y de dia, tuviesen particular cuidado y guarda de todas las puertas y pasos de la ciudad, para que á ninguna persona, de cualquier calidad que fuese, se le diese permision de salir de ella, sacar armas ni caballos sin licencia del Parlamento; lo cual se ejecutó así como se mandó, embargando el bagaje del Rey y de la Reina, queriendo salir fuera de la ciudad en su seguimiento. Consiguientemente á esto, el Parlamento propuso algunas dificultades á la Reina sobre el hecho, y á los demás, advirtiéndole que se podía seguir de resolucion tan impensada; y no habiéndolos querido oír ni dar audiencia (algo me huele esto á lo de Cataluña), se volvieron mal contentos: uso muy ordi-

nario en aquel Reino, que luego se arrodelan y se cubren con este achaque para declarar su sentimiento y su razon, mejorar sus quiebras á los desafueros que le hacen. A esto se juntó la noticia, que tuvieron, de que el Rey tenía todas sus fuerzas juntas cerca de París, en número de 6.000 caballos y 48.000 infantes; que habia hecho paces con el duque de Lorena, Príncipe de poca consistencia, arrimándose ya á España, ya al Imperio, y luego recayendo á Francia, como ha hecho otra vez, y juntado ambos sus fuerzas para sitiár á París, cosa bien dificultosa en ciudad tan grande y de un río tan poderoso (el fin lo dirá), con toda esta gente que estaban en armas, y estorbar el paso de entrar bastimentos, dividiéndose por las estradas ó caminos más principales por donde venian á la ciudad para impedirlos, quitárselos, estrecharla y apretarla con hambre. Juntáronse aquellos burgueses ó ciudadanos y echaron bando, dando por traidor á la Corona de Francia al Cardenal Mazarini, declarándole por principal autor del caso y atizador de semejantes movimientos (por eso le doy por necio, porque puso su potestad, valimiento y estado en balanza y á poderle, que podría ser, segun los principios de alteracion, y más alteracion francesa, dificultosa de sosgar: proseguia el bando, que dentro de ocho dias saliese del Reino, y no lo haciendo, fuese preso por traidor, y que nadie se atreviese á darle socorro, ni posada, ni otra ayuda ninguna: con que á toda diligencia se escondió, sin saber dónde estaba, embargándole sus bienes y hacienda, que puso en secuestro el Parlamento, dando traza de haberlo á las manos.

El Príncipe de Conti, hermano del Príncipe de Condé, y su cuñado el duque de Longavila, dejaron á San German y se vinieron á París, por causa de mal contentos con algunos de la compañía del Rey; y aquel dia los duques de Proof y de Bullon entraron en el Parlamento y votaron en favor del Príncipe de Conti y duque de Longavila: y lo que hacia admirar mucho fué la paz de ánimo del Monsieur duque de Orleans, tío del Rey, en esta ocasion, que podia lograr sus pensamientos mejor que al principio, quando comenzó á ser

revoltoso, sin salir con nada; mas hay quien dice que procedió contra el Mazarini, como se dirá, aunque yo no lo creo, si hemos de dar crédito á los que nos lo escriben. Hicieron á Conti General de las armas por parte del Parlamento, asistiendo en París con el conde de Longavilla y otros Señores del Reino, en el Palacio Real de aquella ciudad, y los duques de Prout y Bullon, aprestándose y buscando lo necesario para formar un poderoso ejército y oponerse á los intentos del Rey, que aunque de pocos años lo hacian alentado para salir en campo: así el odio andaba tan introducido en las pasiones de los unos y los otros. Parece que Dios enviaba este rayo de luz á España y á las demás Coronas para descansar de las insidias de aquel Reino. Reconociase ya tener alistados mucho número de infantes y caballos: otros hacen un número muy excesivo, que yo no me atrevo á señalar, y como aquel pueblo es tan grande, no hay que dudar de ello, porque es muy fácil armar allí 80.000 hombres si gran parte de aquel pueblo se armase. Parto de esta gente habia tomado el duque de Longavilla, para echar de los puestos que habia ocupado la gente del Rey y de la Reina en torno del ciudad, en que se trabó un recio encuentro con mucha efusion de sangre; apoderáronse los burgueses por fuerza de armas de una torre, la más principal de ellos, asegurando por aquella parte el poder entrar ni salir bagaje ni bastimentos algunos á la parte contraria sin gran riesgo de la vida. A los demás bandos se echó otro, que qualquiera ciudadano, de qualquiera calidad que fuese, de edad de diez y ocho años hasta cincuenta, saliese á hacer las guardas que se le repartiesen, con sus armas, y cada cosa (quiere decir que sean hombres de calidad) que tuviese grande puerta, diese caballo y hombre armado si la dependencia y el alboroto pasase adelante; resueltos á no admitir tributos y probar á resarcirlos. Era esto de no pequeño cuidado, y en esta parte ya comenzaba á obrar el estímulo de los poderosos y á padecer de nuevo los vasallos; pues los pedían no sólo las personas, pero que diesen armas y caballo á costa de las haciendas. Tomó el ejército Real todos los lugares

abiertos alrededor de París por donde pasa el gran río Laloire, como San Dionis, Charenton y otros; ocupó el puente de París por donde pasa el gran río Laloire, y tomó gran cantidad de víveres y puso sitio á todos los demás que estaban en las aldeas, do que se ocasionó que estuviesen los precios tres tantos más doblados que lo que ántes valian; por cuya causa, y por las demás referidas, está el pueblo resuelto á salir en campaña, y abrirse camino con las armas y resarcir el yugo violento de los tiranos: tempestad que corría en todas las Coronas de la Europa. Pretendian éstos desembarazar los pasos que el Rey les tenía ocupados, hallándose á esta hora con 20.000 combatientes prontos y armados, y la ciudad de París estaba toda aprestada para su defensa y no dejar salir un hombre en favor del Rey ni de la Reina; mas revelábanse que todo el Reino seguiría su voz y ostaría por ellos. Dió el Parlamento de nuevo por traidor á la Corona de Francia, al Cardenal Mazarini y á otros Ministros superiores del Estado y manutención; quitó algunas gabelas de las que pagaba el pueblo, que la causa de este levantamiento fué el haber impuesto una nueva gabela que no quisieron admitir, que con todo desembrazo y descolladamente la contradijeron hasta sacar la cara descubiertamente, segun lo sucedido: apoderóse de la Bastilla, que es un fuerte dentro de París, como un almacén de artillería y otros instrumentos militares para hacer la guerra cuando hay necesidad dentro ó fuera del Reino. Al fin rindiéronse: hallando en él casi todas las fuerzas de aquella gran ciudad, pugnaba una gente con otra: los del Rey por cerrarles las entradas, y los del Parlamento para abrir camino á los víveres; vinieron á las manos y á encontrarse reciamente, y murieron de ambas partes pasados de 2.000 hombres. Mandaba el ejército Real el Príncipe de Condé, como tambien las armas del País-Bajo; mas á esta hora todas sus gentes asistian allí: fueron llamados al ejército del Parlamento, los dispuestos de Cataluña, por vencidos y castigados del Mazarini, Monsieur de la Mota, el conde de Arcurt, el Duque su hermano, que tambien campeó en Cataluña; el Príncipe de Conti, hermano del

Condé, y otros muchos Señores que se confirmaron con el Parlamento. El duque de Longavila, sentido de que se barajase lo que tenía sentido acerca de la paz con España con el conde de Peñaranda en Munster, en Westfalia, habiéndole enviado allí por Plenipotenciario para la paz general, que desbarató el Mazarini, no queriendo venir en lo que él había ajustado; dejóse sentir el duque de Orlens, que seguía el partido del Rey y de la Reina Regente, y quién dice que prendió al Cardenal, como sabidor de la parte donde estaba, y le puso en prision con 400 soldados de guarda en la villa de San German, quizá para defenderle por aquí y dar esta táctica satisfacción á la ira del pueblo declarado contra él; mas la reputacion del Gobierno andaba en balanza, y los maldicientes no templaban las bocas y las lenguas. Enviaron las Provincias no templaban caso, porque casi en todas cundió el contagio de la alteracion, á muchos Señores, que los que las tenían cargo quisieron entrar y usar de la ocasion y satisfacerse por aquí de las injurias de los privados; mas visto el suceso, como queda dicho, enviaron sus diputados á la ciudad de París á disponer las cosas, sin resolverse á esta hora dónde se inclinaron, Roan, que se declaró por el Parlamento, las Provincias de Champaña y Picardía; mas no ardia el fuego como se quisiera, y como ellos merecian, por lo dañado de sus oficios contra la Iglesia y las tierras pacíficas de los Príncipes; porque Madama Regente, titubeando en lo comenzado y menudeando la ponzoña de aquel Reino para abrasarlo todo y que cundiese á los vecinos, envió órdenes generales para que todos los hugonotes, luteranos y sus heresiarcas se acercasen hácia Orlens, donde se sospechaba verse con ellos, sin haber hasta ahora reconocido el intento. El duque de Epernon, Gobernador de Burdeos, se prevenia de armas, ocupaba fuertes, puestos y colinas, y todas las ciudades haciendo lo mismo; pero siempre tomando muchos de una parte á otra, con que á veces servia de templar el furor y otras de irritarle; querian el Rey y la Reina ir á Roan para fortalecerse más, y avisando de su ida respondió la villa, que los admitiria con no más que 200 hombres de su

servicio y casa, y de otra manera les cerrarian las puertas; con que cedieron de la jornada. Declaróse el Ducado de Borgoña tiranizado por ellos, patrimonio antiquísimo de la Casa de Austria por el Parlamento de París, usurpado, como queda dicho, muchos años há, porque el Condado está por el Rey Católico, aunque maltratado, como todo lo demás, por la vecindad de invasion francesa.

El duque de Lorena se pasó con sus tropas al partido Real, no bien asegurado de sus cosas, deseando por varios caminos resituirse en su Estado y que se le volviesen; no habia hombre de alto, mediano ni bajo estado en toda la Francia que no diese voces y apellidase la paz general, por que se hallaban tan exhaustos y arruinados con las gabelas y haber tantos años que no habian entrado á la contratacion con España, Coronas y Estados, que no podian pasar adelante. ¡Plegue á Dios que no se vean en Castilla estas calamidades por las mismas causas! Mas en cuanto á la paz, se pasa adelante; la rotura será muy diferente, porque cada Príncipe hará segun viere el estado de las cosas; mas á mi entender, ello se compondrá para el verano que viene, y saldrán á tiempo á la guerra sobre Flándes, y no la excusarán y sacarán aquellos ciudadanos los mismos partidos con el Rey de España; mas al fin ambos, en un mismo fiel, menguarán en las fuerzas y en el dinero, porque faltando éste desfallecon aquéllos; de suerte que si ántes les daban mucho, ahora les darán poco ó nada, con que aflojarán las fuerzas de la guerra: ella por la Francia y él por España, ambos á dos hacen la guerra á los vasallos, ¡grande yerro el quitarles las haciendas! y de aqui unos á otros se la hacen. Pero ha querido la infelicidad, ó nuestra falta de consejo, que ha sido con reputacion de los franceses y descrédito de los españoles, que tuvieronlos largo tiempo debajo de los piés y ahora los tienen ellos sobre nuestra cabeza, y un siciliano seguia la victoria, y no queria la paz sino en gran mengua nuestra, y de otra manera no daban orejas á ella; mas ahora están las cosas en tal estado, que es imposible que deje de haber notable mu-

danza, y quieren abrogar el nombre del Rey, y gobernar el Parlamento, como lo ha hecho Inglaterra, notable en estos casos, que mató al Boquingán, privado de Jacobo, y ahora no respetó al hijo: rara Era y singulares hombres, los mayores á mi ver en la tierra respecto del hecho, mal ejemplo para otros. Mandó el Parlamento embargar las rentas Reales en todas las Provincias, con que los hombres de negocios se cerraron sin querer dar un real para los aprestos de este año. Dios lo lleve adelante, que no lo perderá su Iglesia: iban convocando la mayor parte de gente y guarniciones de las fronteras y plazas de armas de Flandes, España ó Italia, y marchando el ejército del Rey, dejando en ellas tan solamente alguna infantería: buena season para hacer algo en Cataluña, en Portolongo y en el País-Bajo; mas no se logró nada. También es menester rogar muy de veras á Dios por esto, y pedirle con ofrendas y oraciones: ahora era tiempo que se redujeran los catalanes, faltándoles aquel auxilio, que será fuerza les falte si se enciende la guerra, se divide el Reino y se han menester para sí, y con que nos dejen con los portugueses. No dejaban de tenerlos con cuidado la novedad, y tenerlos en centinela, porque el duque de Epernon y Baltea enviaron orden á Bayona, que tuviesen cuidado con la ciudad y frontera y estuviesen en vela; representándoles el estado á que habian venido las cosas de Francia por el riguroso gobierno de un Cardenal extranjerero, porque sería muy posible que los españoles quisiesen intentar alguna invasion por allí; (no sé de qué era el miedo, pues no se veía el movimiento, ¡mal pecado! que no los hay), y que se tenía noticia que se podía temer y recelar; con que el conde Tringon, hermano de aquel Duque, Gobernador de Bayona, dió orden en las provincias de Lebori y Navarra la Baja, estuviesen todos prevenidos con las armas, y en esta forma las descolgaban de las paredes, las limpiaban, aferraban las espadas y los escudos, y hacían sus alardes como si vieran nuestros campeones y estandardes á sus fronteras. Pero todo reposaba en silencio mudo, á esta hora: toda la alianza y confederación francesa

estaban en el aire, así de suecos como de protestantes y Príncipes italianos; las plazas tomadas en el País-Bajo, la Lorena, la Alsacia y las plazas del Palatinado y Piamonte, el Modenés ingrato, los Cardenales de la facción francesa, el Florentín, si le ha quedado algo en el corazon de la liga de los años pasados, que tan presto se arrepintió, el Principado de Cataluña, el Reino de Portugal: aquí se verá cuán necio fué el Gobernador y Consejero Cardenal Mazarini, pues ha puesto á aquellos Reyes en términos de no serlo, y habiéndolos desacomodado y melídotos en guerras externas, y de todas maneras peligrosas, si bien de utilidad para España, parece que se reconoció vasallo si quisiera penitencia, digo hacer penitencia de la deslealtad; mas al mismo tiempo estaban de refresco 40.000 franceses en Barcelona para la guerra de este año, y agregarlos á la demás gente que estaba acuartelada y en los invernales, para salir temprano y oponerse á nuestros intentos, si acaso quieramos tomar algo, y recobrarlo, ó se habia dejado sentir por las levas de gente y prevenciones que se hacían, y porque el Rey mostraba resolución á ello. Habia aplaudido mucho á los Ministros españoles la rebelion de Francia, pensando sacar de aquí alguna conveniencia para el estado público, por las muchas aflicciones que le agravan; pero era la desdicha, que no es tiempo en que se podia hacer nada sobre ello, por haber sucedido en el corazon de un invierno riguroso; porque la comocion de París, como hemos dicho y como queda referido, sucedió á 6 de Enero de este año que vamos escribiendo: de suerte que el Archiduque Leopoldo, toniendo el tiempo por contrario, no podia obrar cosa considerable, ni recobrase de las plazas perdidas en los Países-Bajos, ni ir sobre ellos en sus mismas tierras, ni acometer las plazas que nos tienen tomadas en Italia, ni hacer entradas en el Piamonte contra Saboya y el Modenés, vecinos al Estado de Milan, que si bien no han hecho pié en él, le infestan con ejército; en España, de la misma suerte, en Cataluña, y querrá la dicha que cuando el tiempo dé season y lugar de poderse hacer, porque no

se acabe esta furia y esta carga insidiosa de la guerra que asola nuestros Estados, y si el Poder Divino no la extingue con la fuerza de su brazo poderoso, los ha de acabar, y cuando podamos hacer algo, ya estarán convencidos, quietos y concertados; porque no faltará quien diga y haga una larga y elegante oración en esta sustancia: Ahora que habeis alcanzado la gloria y el prez militar, y habeis borrado con su sangre las injurias antiguas de los españoles que os hicieron en tantas empresas; ahora que el lauro del Marte sólo vivo en vuestra frente, consiguiendo en estos veinte años traerle ceñido, ¿quereis arrojar y abandonar en deshonra? que habeis extendido vuestros términos, y adelantándolos, coadyuvando los pueblos alemanes, así altos como bajos; que habeis domado naciones muy belicosas; habeis afirmado los piés y las armas en Italia y en España; que os llaman las naciones y se valen de vosotros, aquellos, digo, que están oprimidos de los tiranos, y reciben vuestras leyes, piden vuestro amparo, queriendo vuestra alianza y auxilio, y os tienen por árbitros en la Europa; ¿quereis abandonar por una misera conmocion sediciosa, y no sólo esto, sino es tantas virtudes como admira el mundo en vosotros? Volved por vuestra honra y vuestro valor, que los enemigos entienden y esperan de esta diversion sacar fruto; sometecios á la obediencia del Rey y á la Regencia de la Reina, y si el extranjero pretende subordinaros, y su Gobierno os desagrada, echadle de la Francia y precipitadle de altos escollos; pero no os desbagaís de vuestra alta fidelidad, ni la manilleis con manchas tan oscuras y torpes, ni deis triste remate á tanto cúmulo de victorias, y á la nobleza de la sangre de Francia: muchos se opondrán, de vuestros paisanos, á vuestros intentos; perecerá el estado y la política con tan ruidosos vientos de escándalos y pasiones; sabedlos ganar por las manos, con mostráros fieles, restituir la paz y la tranquilidad á la Francia. La desesperacion nunca obró cosas grandes; seguid vuestros hechos y victorias, pues tenéis á los españoles, vuestros antiguos enemigos, tan en baja fortuna con todas las naciones,

que hoy son más aborrecidos que ántes, abusan y afcan su Gobierno, y huyen de él; desterrad los bandos y admitid mi Consejo, que os será favorable, y si lo abrazais; deseansad vuestro espíritu; no perdais vuestra comodidad, concordia y quietud, destruyendo la buena y próspera fortuna que se os ha entrado por las puertas estos últimos años: reputacion tenéis, si os acordais, cuántas Eras há que os ha huido el cuerpo; si seguís vuestro devaneo, vuestras mujeres y vuestros hijos lo pagarán; vuestros lugares, tierras y posesiones se entregarán al fuego; los demás émulos las verán arder desde sus cantones con gozo y alegría, así como cuando Neron fué el mismo incendiario de Roma, enemigo de su misma ciudad y patria; y será muy posible que se restituyan en lo que les tenéis tomado, y aún que pasen á subprender lo vuestro y vuestras alquerías, como muchas veces lo han hecho, y entrar por vuestras fronteras á fuego y á sangre, sin perdonar á edad ni á sexo. Este os mi parecer y el que os convienc: suspended la ira, aunque sea justa, y las enemistades; refrescad el corazon y la cólera, no sea vuestro castigo y cordel el arrepentimiento ó el principio, hoy verdugo de vuestras concusiones.

Andábamos á buscar General para la guerra de Cataluña, y no lo hallabamos á propósito, y ninguno les contentaba, ni les venia á colmo de su medida; ¡tan fallida estaba de hombres vuestra Era! porque al General D. Francisco de Melo, con haberle retirado ó detenido á la raya de Aragon, en Almazan, por el hecho de Tortosa, le tenían preso y enervada la libertad: habíanselo encargado al marqués de Mortara, con título de Maese de Campo general; mas los aragoneses no le quisieron, y habian llamado segunda vez, y sacádole de su rincón á D. Juan de Garay, mas como el tiempo estaba tan á los principios del año, no se habia tomado resolution: siempre recatándole la merced del título que pedia, de que era el sentimiento, y otras con él; siempre abusando de que habia sido paje de D. Gomez de Figueron, duque de Feria. Si era hombre de importancia, hidalgo, el servir ó haber servido,

nunca pudo destruir á la persona, y más si ha sabido adelantarse á mayores y mejores puestos: Julio César no fué más que un ciudadano romano, las armas y la valentía del ánimo le hicieron Emperador, y él supo hacer para la toga y la púrpura; pero la desdicha es que, no habiendo hombres, si hay alguno, aturdidos con el desquido, con los vicios y los pasatiempos, no se hace caudal y échase mano por el poder del valimiento, ó por la carne ó sangre, no de los soldados, sino de los bisoños y los poco usados en la guerra que éstos. ¡Cuando (mayor desdicha), cuando en nuestros tiempos hemos visto conmovido el Septentrión con guerras inmortales y sanguientas; ver los campos y los ríos vueltos y teñidos en sangre humana, yermas y despobladas las provincias más populosas, ardiendo en guerras civiles toda la Europa, y con más admiración aquella parte que obra nombre en el mundo de la Gran Bretaña; depuesto aquel Rey, y metido en prisión como un hombre particular, encendiéndose en pasiones domésticas! Los Turcos no olvidaron la antigua enemistad con los Persas, ni con los Venecianos. No parece que Marte ha reinado en otro siglo, ni tenido su imperio sino en éste. Italia, llena de movimientos, hizo mociones, así en los altos como en los bajos; la China, penetrada de los Tartaros; la Etiopía de los moros de ambas Mauritánias, Tingitana y Cosariense; los Reyes de la India Oriental, trabados en vivas emulaciones; hasta la misma Moscovia no se veía libre de este contagio de la Francia, la España, y lo dejamos referido, por los atentados de la Francia, la España, bien se deja reconocer su trabajo por Poniente y Levante, por Catalanes y Portugueses: sólo la India Occidental era de poca maravilla vería reposar, por haber dado fin á la infestación de los Holandeses, si ya no es que con la contratación ha de quedar defraudada en mucha parte del oro y de la plata, de las perlas y piedras preciosas.

Habia llegado la Reina por sus jornadas desde Viena de Austria á Trento, con su hermano el Rey de Hungría y Bohemia; mas con alguna incertidumbre de pasar el Rey á España, hicieron allí alto para esperar la casa, donde los esperaba el

Cardenal Montalto, para recibirlos en tanto que llegaba, que iba á cargo, como queda referido, del duque de Nájera y Maqueda, Mayordomo mayor de la Reina; que hasta ahora no sabía el Rey si había llegado, escaseando los correos, que fué causa de desabrírse con él. A la postre eligieron á D. Juan de Garay por Macse de Campo del ejército de Cataluña, dando calor á la jornada, aunque tíbiamente, por algunas quejas que venían de los pueblos del Condado de Rivagorza, sobre el mal tratamiento de algunos cabos franceses que usaban del palo, y de otros lances afrontosos contra aquella gente conjunta á los Catalanes, castigo bien merecido á su traición; pero ahora era tiempo de acometerlos y echarlos del Principado, y sin duda ninguna temo que la guerra de este año ha de ser, con el modo y estilo que los pasados, floja y de poco brío, para señalarse en una ocasión que el mayor enemigo estaba divertido, y enzarzados unos con otros, y por el poco ardor que veo. En nuestros Ministros solamente se descubre y se deja ver el estímulo y la peste de pedir: el Presidente del Consejo, Riaño, iba llamando las personas de la Corte, les pedía los dineros, en plata, de catorce en catorce mil ducados, de seis en seis, de cuatro en cuatro, de dos en dos, de mil en mil, cuando estaba el tiempo de modo y tan acabado, que tenían más necesidad de que se los diesen, que pedirse; y sentado en una silla, litigaba con ellos lo que le habían de dar, y les decía, después de la contienda, que qué dejaban allí por donativo, ó que tomasen juros, y éstos se los quitaban después; de suerte que esta dolencia, difícil de remediar, era intolerable, porque no tenía fin, y la boda y la guerra no eran de gusto ni comodidad para el vasallo, sino de pena y tristeza. En las Cortes, que ahora se tenían, le habían hecho conceder á la afligida villa de Madrid 200.000 escudos, que harán cercenar y exprimir los mantenimientos, para que, cuando los vayan á comprar por razonable cantidad, les den una miseria, y sustenten del aire, como camaleones; y como siempre, con que se hallan desfallecidas las fuerzas para

tomar las armas, y con labor cortado las cabezas á dos caballeros, y puesto á un Grande en una estrecha y obscura cárcel, desjarretándole á tormentos, ya los parecia que estaba el terror y el miedo en las venas y en el corazón de todos los hombres de la Corte y de Castilla, para abrumarlos. Con este rigor les sacaban las entrañas, como se usaba en las tierras bárbaras con los que eran católicos; no reparando en los ejemplares presentes, que como se libertó Holanda y sus provincias, Nápoles, Sicilia y Cataluña, y Portugal, lo sería muy posible á Castilla, como en tiempo de las Comunidades, cuando en Navarra, Aragón y Valencia se toma la segur con más tiento, por el riesgo á que está todo, ó ya por más impacientes aquellos naturales, ó por más léjos, do estarlos siempre sacando el corazón con un cuchillo agudo, como lo hacen los herejes Anglicanos á los que son hijos de la Iglesia Católica Apostólica Romana; y no basta, por ejemplo y engaño nunca visto, el ser cosa que se ha llegado á decir, que el Rey de aquella Isla, no sólo ha sido depuesto, preso y residenciado, sino que le han quitado la cabeza por cosas semejantes á estas, y porque los queria oprimir y traer á la uelena, cuyo suceso es de esta manera:

Hallóse un papel escrito de la mano de aquel Rey despoes de preso, que ayudó mucho á acelerar su muerte, que se publicó por suyo cuando le prendió Forfois, en que le declaraba cuán mal le parecia el proceder del ejército, y es del tenor siguiente:

«Cuando largos pretextos paran en solas sombras de flacos cimientos, entónces las mayores labores producen mayores efectos, y llegando negocios de gran importancia á periodos, los oídos de todos están atentos hasta satisfacer sus expectativas; pregunta: ¿quién ignora cómo esta Nación destruida ha gemido mucho tiempo debajo del peso del yugo del tirano y opresion, y quién ignora que el ejército me haya echado la culpa de toda la sangre derramada en estos siete años de guerras civiles, siendo yo el que más ha padecido y el ménos culpado? era bien atajar el flujo que, sino parara, destruyera

absolutamente esta Nación: ¿y qué modo, qué modo habia para poner fin á estas distracciones, sino un tratado personal con mis dos salas de Parlamento, como ellas deseaban y yo condescendi? Confieso que hubiera ido la medicina para esta enfermedad, sino se interpusiera este imperioso ejército, atreviéndose á llamar en sus papelones impresos su enemigo capital. Júzguelo el mundo si no he hecho cuanto he podido con Real verdad en estos últimos tratados, y sino estuve tan pronto para dar, como ellos á pedir; y con esto no se dan por satisfechos, pues prosiguen sus ambiciosos intentos, con capa de bien público de este miserable Reino. Los corazones moribundos de mi pobre y oprimido pueblo volvieron á vida con las esperanzas que tenían de este tratado, ¡y qué presto quedaron frustrados! Antes me condenaban por haberme rendido á mi Parlamento, ahora me condenan por haberme rendido á él: encarceláronme por haber hecho guerra, y ahora me prenden por haber hecho la paz; si ántes de ahora reiné como Rey, ¿cómo ahora me tratan como esclavo?; ántes de ahora gocé de la compañía de mi cara mujer y hijos en paz y quietud, y ahora ni puedo gozar de ellos ni de la paz; hasta ahora mis vasallos me han obedecido, y ahora habré yo de obedecer á ellos; hanme condenado por haber tenido malos Consejeros, y ahora me condenan á no tener ninguno, sino es Dios. Estas son miserias indecibles: cuanto más trabajo por la paz, tanto soy ménos respetado, y ¿cómo sabré despues qué conceder, cuando ellos no saben qué pedir? Déjolo á vuestras conciencias, si he satisfecho vuestros deseos en cada particular de este tratado; si hallian que no lo he hecho, déjenme llevar el peso y pena de la culpa; pero si os he dado entera satisfaccion (como estoy seguro que he hecho), entónces estareis obligados de librarne de la furia de los que lloran sus pensamientos con sangre, porque, aunque pretenden celo, son lobos con pieles de ovejas. Otroí declaro, que ninguna cosa impide más la deseada paz de esta Nación, que la ilegítima ambicion que de los que de criados aspiran á ser amos y trabajan para introducir una democracia en lugar de monarquía:

fuerza será alterar las leyes fundamentales con destrucción del Reino y de sí mismos, porque aquel que quiere dar reglas con la espada, caerá por ella: sedición es la madre de ruinas, y los que como veletas vuelven á todos vientos, no aman á otra cosa que mudanzas, ni áun con éstas están contentos, sino *por tempore*, no más que por que la demasiada variedad confunde los sentidos y aborrecen una locura para dar en otra: el tiempo es el mejor cirujano de sediciosos, porque la sedición es como lepra, que hace á un hombre aborrecer su mismo cuerpo, y como los peces, que por amor al codo, tragan el anzuelo y quedan presos. Orosí declaró, y Dios sabe si será mi última declaración, que he trabajado seriamente por la paz; que mis pensamientos (lucron) sinceros y absolutos, sin fines siniestros, y que ni dejé de hacer nada de todo lo que mi conciencia consintió: tomo á Dios por testigo, que el ejército, como nube de malicia, ha disipado la gloria de la paz que comenzó á resplandecer en esta tierra: juzgue el mundo si es bien que un ejército contradiga los votos de un Reino, y con pretexto de mirar por las leyes y libertad, pervierta ambas: estas acciones han de producir extrañas consecuencias, y inundar el Reino con calamidades. En cuanto á mí, protesto delante del Cielo que mis propias aficciones, aunque son hartas, no me lastiman tanto como ver lo que padecen mis vasallos, y sé en quién confían mis enemigos; Dios consuele á ellos y á mí, y nos dé paciencia proporcionada á nuestras fuerzas y miserias, y sufrimientos; y cuando la malicia de mis enemigos haya hilado el último hilo, sepan que yo, por la gracia de Dios, seré tan pronto á padecer como ellos activos á acelerar mi muerte, y el corazón me dice que vendrá tiempo que las mismas nubes lloverán venganzas sobre las cabezas que pusieron barricadas á la paz; porque Dios ha dado su bendición á los que hacen la paz, á los que la quebrantan dará su maldición. Doy gracias á Dios que estoy armado contra sus furias; flechen las saetas de envidia contra mi pecho, para recibir las, y corazón lleno de paciencia para sufrirlas: Dios es una roca para mí y un

escudo; no temeré lo que los hombres pueden hacer contra mí, aguardaré lo peor, y si algo me sucediere mejor daré la gloria á Dios, porque en vano es el auxilio de los hombres.»

Prosigue, y hácese relación del proceso y muerte que la Junta de guerra y Parlamento popular de Inglaterra dió á su Rey Carlos Estuarte, primero de este nombre, cosa bien rara y nunca oída en el mundo, y digna de observación entre sus Príncipes. Sábado 20 de Enero de este año 1649, conforme la cuenta inglesa, trajeron al Rey preso con guardas al Salon del Consejo; entró cubierto, y asentándose así el Rey, como los jueces, que eran en número de 70, con su Presidente Bradscaw, y habiendo mandado que todos guardasen silencio so pena de prision, nombraron á cada juez por su nombre, el cual, levantándose, dijo: «Aquí estoy.» Luego Juan Caco, Solicitador general, señalado por el Consejo, habló al Presidente de esta manera:

«Señor, en nombre de las Comunidades de Inglaterra y del pueblo, acuso á Carlos Estuarte, aquí presente, de traición y otros crímenes gravísimos, y pido que el Secretario lea mi acusación que he dado escrita.» y leyóla el Secretario. La acusación es esta:

«Que Carlos Estuarte, despues de ser admitido por Rey de Inglaterra, con poder limitado para gobernar conforme las leyes del Reino y no de otra manera, se obligó con juramento de usar de este puesto, dignidad y oficio, para bien y beneficio del pueblo, y de guardarles sus derechos y libertad; no obstante, movido de un impío intento para levantar y mantenerse en poder tirano, sin límites, y para regir conforme á su antojo, derribando los derechos y libertad del pueblo hasta arrancar sus fundamentos y quitar los remedios que hay para estorbar el mal gobierno, que por fundamentos de las leyes de este Reino tenia y estaban establecidas, para la defensa del pueblo en la potestad de frecuentes y sucesivos Parlamentos ó Juntas nacionales en Consejo; el dicho Carlos, para alcanzar sus designios y amparar asimismo y á sus adherentes en sus impías conspiraciones, como traidores,

maliciosamente ha levantado guerra contra el Parlamento y el pueblo, y representado aquí particularmente á 13 de Junio de 642 en Berbeck; á 13 de Julio del mismo año en Forque; á 4 de Agosto, tambien del mismo, en Nolinghanoo, donde se sacó el Estandarte Real; á 13 de Octubre en Edghil y Ceutonfelo, en el Condado de Barbique; á 13 de Noviembre en Brauchford, Condado de Mideleses, y á 13 de Agosto de 43 en Caveshambredé, junto á Rindique en el Condado de Verches; á 13 de Octubre de 43, junto á Bloctister; á 13 de Noviembre de aquel año junto á Ancuberi, Condado de Berg; á 13 de Septiembre de 644, en Bodmin de Conubralia; á 13 de Noviembre de 45, en Ancumben Ubisupun; á 14 de Junio en Nasebifield, en Nortanter, el de 46: ha procurado sembrar cizaña, diversion y tumultos en este Reino, con insinuaciones de fuerzas forasteras, que procuró, y con otros muchos malos medios, renovar la guerra por mar y tierra, aún el año de 48, contra el Parlamento, y el buen pueblo de este Reino, en los Condados de Keulessex, Surey, Susex, Midelssex y en otras Provincias de Inglaterra y Valia: ha dado comision por mar á su hijo el Principe y á otros, para que sobornen los Ministros empleados en la Armada por el Parlamento, por ser prosididos maritimos de la Nacion, y los ha corrompido por sí y sus agentes á que se vuelvan traidores, revoltosos contra el Parlamento, y con cruels intestinas guerras y inhumanas ha derramado mucha sangre inocente de sus vasallos buenos, extinguiendo muchas familias y gastando el Tesoro público, cerrando el comercio y el País, en muchas partes, asolando con extrema desolacion.

» X, para proseguir sus malos intentos, ha dado comision al Principe y otros rebeldes ingleses y forasteros, como el conde de Hormud y los rebeldes irlandeses, que amenazan de acometer este Reino en nombre de Carlos Estuarre, y de todos estos maldicientes designios, guerras y invenciones de Carlos Estuarre, han sido y son para mantener y adelantar sus intentos y intereses personales de voluntad y de poder que pretende establecer para sí y su familia, contra el pueblo, digo,

público interés, el derecho comun contra la libertad, justicia y paz del pueblo, de esta Nacion, que lo ha dado y fiado el cetro. Por lo referido, parece que Carlos Estuar ha sido y es el autor que ha maquinado y ocasionado estas cruels, inhumanas y sangrientas guerras, y es culpado de todas las traiciones, muertes, robos, quemas, despojos, desolaciones, daños y desdichas de este Reino, que se han cometido en estas guerras; y así, yo, Juan Coque, salvo mi derecho de pedir en otros tiempos en nombre del pueblo de Inglaterra, acuso á Carlos Estuar como á traidor, tirano, homicida público, implacable enemigo, y ruego que la Sala mande á Carlos Estuar, Rey de Inglaterra, responder á todos y cada uno de los puntos, y que la Sala proceda á sentencia definitiva conforme á justicia.» Mientras leia el Secretario la acusacion, el Rey se sonrió de las palabras tirano, traidor y homicida, y acabando el Secretario de leer, el Presidente dijo al Rey: —«Ya ha oido el cargo, veamos el descargo que dá para satisfacer á las Comunidades de Inglaterra.»—Respondió el Rey: —«Primero queria saber con qué autoridad me traen acá: en la isla de Vicht traté con ambas Salas del Parlamento debajo de la fé pública, me trataron honradamente, y llegamos casi á conciertos; y así desco saber con qué poder y autoridad legítima me han sacado de allí. Bien sé que hay muchos generos de poderes en el mundo, como de salteadores y robadores, y sabiendo que la Sala tiene autoridad, responderé por mí; en el interin acuérdesse la Sala que soy su Rey, y Rey legítimo, y qué castigos acarrear para sí mismos y para todo el Reino; mireu bien, ántes que pasen adelante, lo que intentan, porque yo no tengo de faltar á lo que debo á mi puesto; y Dios me ha dado el poder por antigua línea de sucesion, y así no quiero ser traidor, respondiéndolo á nuevas ilegítimas jurisdicciones. Con algunas réplicas pró y contra de la misma sustancia, prosiguió el Presidente:—«Si hubiera estado atento á lo que aquí acaban de referir, supiera que la Sala tiene la jurisdiccion de las Comunidades y toda Inglaterra.»—Respondió el Rey á esto:—«Niégolo.»—Replica el Presidente:

—«Si no reconozco la autoridad de la Sala, ella procederá.»—
 Notóse que mientras leían al Rey sus cargos se le cayó la cabeza de su báculo, quedó espantado, y viendo que nadie la levantó, bajó el mismo Rey por ella. Mandó el Presidente á los guardas que volviesen al reo á la cárcel, y como bajó las gradas, algunos dijeron: «¡Dios guarde al Rey!» pero otros muchos: «¡Justicia!» Lunes, 22 de Enero, volvieron al Rey al Tribunal: el Fiscal repitió sus cargos, pidiendo que la Sala sentenciase, pues el Rey estaba contumaz en declinar fuero y jurisdicción; instó el Presidente que el Rey declarase lo que tenía que decir en su defensa de lo que el Fiscal le imputaba. Respondió el Rey «que no conocia mayor jurisdicción á la suya en la tierra, que las fuerzas sin ley no pueden hacer leyes de reinar, porque si esto no fuera verdad, nadie tenia segura la hacienda ni la vida, si otro más poderoso queria quitarla, y así, porque debo á Dios, á mi Reino, á mi pueblo y á mí mismo, no reconoceré vuestra jurisdicción sobre mi persona hasta que me dé bastantes razones para ello.»—Replicó el Presidente:—«En ningún tribunal se sufre que el reo ponga dolo, ni duda á la autoridad con que procede el Tribunal; y así, confíese ó niegue la demanda.»—Respondió el Rey:—«No halló ley que mando creer sin razon y contra razon.»—Replicó el Presidente:—«Acá no le han de permitir hablar de ley ni de razon, bien es que hay ley y razon, pero ambas tiene contra sí: el voto de las Comunidades en Parlamento es la ley y la razon del Reino, y por esta regla ha de ser regido y enfrenado el menosprecio que muestra de la Sala: sea notado.»—Respondió el Rey:—«Yo no alcanzo cómo un Rey pueda ser delincuente, y juzgo ser lícito que cualquiera delincuente pueda proponer dilatorias legales; yo no pido más sino que ambas Salas, la de la nobleza y la del pueblo, oigan mis razones, y si me niega esto, me niega la razon.»—Respondió el Presidente:—«No hemos de permitir dilatorias ni moras, si tiran á declinar fuera de las Comunidades de Inglaterra: denme ejemplo de lo que se hace conmigo.»—Entonces el Presidente mandó al Secretario leyese el decreto del Consejo,

que era como se sigue: «Cárlos Estuart, Rey de Inglaterra, ha sido acusado, en nombre del pueblo, del crimen de *lesa majestatis* y de otros graves delitos, y la Sala ha determinado que responda á estos puntos.» Dijo el Rey:—«Responderé sabiendo á quién y con qué autoridad proceden.»—A esto el Presidente mandó á las guardas que llevasen el preso: volvió á instar el Rey que le diesen tiempo para responder, y daría sus razones: respondió el Presidente, que los presos no han de pedir términos. Replicó el Rey:—«No soy preso ordinario.»—Nosotros sabemos la jurisdicción que tenemos, y si no respondiere á propósito, eche la culpa á sí mismo.»—Respondió el Rey:—«Hasta ahora no me la han oído, y muéstreme una ley que diga que sin oírme deben castígarme.»—Replicó el Presidente:—«La primera que volviere á la Sala sabrá la final determinación.»—Respondió el Rey:—«¿Cuándo se ha visto que la Sala del pueblo sea juez en una causa como esta?»—Replicó el Presidente:—«Anden fuera con el preso.»—Respondió el Rey:—«Acuérdesc de que no haya sufrido el Rey dar sus razones conforme la libertad y privilegios que tienen los vasallos.»—A 23 de Enero volvieron al Rey al Tribunal, donde el Fiscal hizo fuerza que la Sala diese sentencia, refiriendo los cargos arriba expresados, y el Presidente mandó á Cárlos Estuart, en nombre de la Sala, que diese sus descargos sin declinar fuero. Respondió el Rey «que la Sala no podia juzgarle.» Con esto las guardas, en número de 40, sacaron al Rey de la Sala. A 27 de Enero volvieron á llamar al Rey á la Sala de Uccsthminster; como otras veces, echóse bando que el Capitan de las guardas prendiese á cualquiera que hiciese ruido. Entrando el Rey, pidió que lo oyesen; y replicó el Presidente:—«Oiga al Consejo primero;» y el Presidente habló así:

«Señores, es notorio á todos, ó la mayor parte, como el reo aquí presente ha sido requerido varias veces en este lugar responda á los crímenes y traiciones que so le han opuesto en nombre de todo el pueblo de Inglaterra.»—Aquí una gran señora dijo:—«Ni en nombre de la mitad del

pueblo:» y luego la prendió la guarda. Prosiguió el Presidente:—«Y, no obstante, el rey no quiere responder al mandado de la Sala ni reconocer su jurisdicción, ántes continúa contumaz y contumeliosamente; y así, la Sala, por no faltar á hacer su oficio y administrar justicia, y teniendo plena noticia del hecho que le imputan, ha determinado á pronunciar sentencia contra el rey; pero ántes de pronunciarla, la Corte le oirá, si tiene algo que decir que no sea declinado fuero; y así, diga, Señor, lo que tenga que decir.»—Respondió el Rey:—«Supuesto que no me quieren oír en el punto de la jurisdicción, y dándome libertad de vasallo, pasemos á otra cosa, y digo: que me han quitado estos días lo que más estimo que mi vida, que es mi honor, y verdaderamente si yo no tuviera más oído del bien público que de mi vida, fácilmente pudiera yo escapar de la horrible sentencia que ha de caer sobre mí; pero porque tengo delante de los de la paz del Reino, y la libertad de mis vasallos, vendré á dar mis defensas, dándome tres días de término, y juntándose ambas Salas de la nobleza y del pueblo:» y así pidió á la Sala que entre sí comunicasen el punto, y que él esperaría allí fuera su resolución. Enceráronse los jueces media hora: la resolución fué que no había lugar; que diga luego á los jueces presentes sus defensas. Respondió el Rey:—«Pienso que importaría á la paz pública del Reino mostrar cómo tiene la Sala poder legítimo, y así lo pido, y confieso que dilataria (y volvió á decir que era importante á la paz del Reino): antiguo proverbio es que materias graves no se han de resolver de repente: hoy hace ocho días que me trajeron acá la primera vez; no es mucha mora dos ó tres días, más principalmente cuando una súbita sentencia puede atraer perpétuos inconvenientes al Reino, y que los niños no nacidos podran llorarla; y así, por lo que debo á Dios y mi puesto, pido que me oigan delante de la nobleza y el pueblo, y pienso dar satisfacción á todos: de otra manera, les cito para que respondan en el tremendo día del juicio.»—Replica el Presidente:—«Si no tiene otra cosa que decir, pasaremos á dar sentencia.»—Respondió:—«No tengo

otra cosa que decir sino es que escriban lo que he dicho.»—Con esto el Presidente hizo una larga plática para zanjar los intentos de sentencia, ponderando los grandes bienes de la paz, los daños que habían resultado á Inglaterra por haberla quebrantado el Rey, siguiendo reglas de mala política; los sentimientos que debía mostrar el pueblo, que debía haber gobernado conforme las leyes, pues la ley es superior al Rey; que él no podía ser juez y parte, sino el Parlamento, á que sólo toca hacer las leyes; y así ni los adherentes al Rey, ni el Rey mismo puede oponerse á las leyes. Verdad es que el Rey no tiene par en el Reino, y que es mayor que cada uno, pero no es mayor que todos; que los Barones antiguos de Inglaterra tomaban cuentas á sus Reyes cuando se apartaban del camino derecho, declinando tiranía, y los enfrenaba, y si ahora la nobleza se descuidaba, no lo haría así el pueblo, y si el Rey no guardaba su juramento, el Parlamento haría su oficio, dando remedios á los males que padecen los súbditos; que el Rey había intentado destruir los Parlaentos, para cortar de un golpe la cabeza de la libertad popular inglesa.» Muchos ejemplos hay en España, en el Imperio y en Francia, donde el pueblo ha tomado cuentas de sus Reyes, y en el Reino de Aragón al Justicia mayor, que es un hombre medianero entre el Rey y el pueblo, y guarda mayor de sus privilegios, como también lo eran los Tribunos en Roma, los Ephifanos en Lacedemonia, y ahora es el Parlamento en Inglaterra; pero ¿para qué son menester historias extranjerías? Vuelva los ojos á España, y desde el primer Rey Tergusio, que dejó dos hijos pupilos, y por ver que el mayor no se inclinaba á la paz, y se oponía á su tío que gobernaba bien, escogieron los escoceses al hijo menor por Rey, que de 109 Reyes que ha tenido España, no era menester nombrarlos, á quienes el pueblo ha castigado algunos con desterrarlos, otros con encarcelarlos, otros con matarlos. En ningún Reino de Europa hay tantos ejemplos de Reyes castigados, pongo por ejemplo la abuela del Rey, ni nos faltan ejemplos en Inglaterra ántes y después de la Conquista, como de los Reyes Eduardo II y Ricardo II,

y no hallarán en las historias que les hicieron cargos como los que hemos hecho á Carlos, y que de 24 Reyes que han sido despues de la Conquista, la mitad de ellos han entrado por el Estado, que el juramento que se toma por la coronacion demuestra que hay pacto y contrato entre él y el pueblo.—«Despues que el Presidente habia citado muchos lugares á este propósito, en relacion del poder de los Reyes sobre sus Reinos, y cuando puede el pueblo castigarlos, concluyó que el Rey Carlos era tirano, traidor, homicida y enemigo público de la República; rogaba á Dios que le diese gracia para hacer penitencia de sus pecados, salvar su alma, porque en cuanto al cuerpo, el Secretario del Consejo lo irá leyendo la sentencia siguiente:

«Por quanto que las Comunidades de Inglaterra han señalado una Sala de suprema justicia para averiguar los delitos de Carlos Estuart, Rey de Inglaterra, y ha ido tres veces á dar cuenta de las traiciones, crímenes y exorbitancias que ha hecho en nombre del Reino de Inglaterra, condenan al dicho Carlos Estuart, como tirano, traidor, homicida y enemigo público, á muerte, separando su cabeza de su cuerpo.» Púsose el Presidente en pié en señal que sí se sentenciaba, y con él se levantaron todos los jueces, mostrando en esto que consentian con el Presidente. El Rey dijo al Presidente: —«Señor, óigame una palabra.»—Respondió el Presidente: —«No, Señor.»—Cargaron las guardas con el preso. Replicó el Rey:—«No me dejan hablar, aún estoy vivo, despues de dada la sentencia; miren qué justicia podrán otros esperar cuando de esta manera me tratan.»—Martes, 30 de Enero de 1649, á las diez de la mañana, trajeron al Rey Carlos desde Santiago, caminando á pié por el parque, acompañado de un regimiento de infantería, parto delante y parte detrás, con banderas desplegadas, batiendo atambores, y con otra guarda privada de alabarderos, y algunos gentiles-hombres que iban delante descaperuzados, y otros detrás: el doctor Juxon y el coronel Homlinson iban más cerca del Rey, un poco detrás, hablando con él, descaperuzado. Subieron las escaleras

á la galería, y de allí al gabinete donde el Rey solia estar retirado, junto á una escalerilla secreta: allí hizo sus devociones, tomó el Sacramento Calvinístico, no quiso comer, sólo á las doce bebió un vaso de vino tinto y comió un bocado de pan; despues, el doctor Juxon y el coronel Homlinson, á cuyo cargo estaba, acompañados de la guarda de los alabarderos y con algunos mosqueteros á cada lado, lo llevaron por el salon de los Banquetes, al cual estaba arrimado el cadalso: el suelo estaba cubierto de negro; la hacha y el tajon estaban en medio del cadalso; muchas compañías de caballería y infantería rodeaban el cadalso para detener innumerable cantidad de gente que de todas las calles venia á ver el espectáculo. Cuando el Rey subió en el cadalso miró muy eficazmente al tajon, y preguntó al coronel Acher si no habia otro tajon más alto; y habló de esta manera, dirigiendo la mayor parte de su plática al coronel Homlinson:—«Pocos me oirán aquí; y si hablare una palabra, para que no parezca á alguno que mi silencio es señal de culpado, y que me he sujetado á la culpa con el castigo, paréceme que estoy obligado primero á Dios, y luego á mi Patria, de disculparme como hombre honrado, buen Rey y buen cristiano: comenzaré declarando mi inocencia, y no es menester insistir en esto mucho, pues el mundo sabe que yo no comencé la guerra con las dos Salas del Parlamento, y tomo á Dios por testigo, á quien dentro de poco tiempo tengo de dar cuenta, que nunca me pasó por el pensamiento cercenar sus privilegios; ellos comenzaron contra mí, digo, la milicia, confesando la milicia, y ellos mismos, ser mia, pero que convenia quitárnela; y para abreviar, quien quisiere ver sus comisiones, las mias y sus fechas, hallarán que las mias son las posteriores. Lo mismo digo de las declaraciones y manifestos: ellos comenzaron estos desdichados tumultos, yo no, y así confío en Dios me dará por libre de ellos: no quiero culpar al Parlamento, porque estoy en caridad con todos: pienso que no tienen culpa sino los malos medianeros que intervinieron en este negocio, y han sido causa de tanto derramamiento de sangre; y así espero en

Dios, y le ruego, que el Parlamento se halle tan limpio de esta sangre como me hallo. No soy tan mal cristiano que me atreva á decir que los juicios de Dios no son justos conmigo, ántes pago culpas con injusta sentencia, y es cosa ordinaria: solamente digo que Dios, que paga con una injusta sentencia, de otra que dí yo contra el conde Strafort. Esto basta, en cuanto á mi inocencia; para mostrar que soy buen cristiano, perdono á todo el mundo, y en particular á los que han causado mi muerte. Dios sabe que no deseo saber quiénes son, ruego á Dios que los perdone. Pero no para aquí mi caridad; deseo se arrepientan del gran pecado que han cometido, y en particular ruego á Dios Nuestro Señor, con San Estéban, que no los impute este pecado, sino que tomen el camino derecho para la paz de este Reino, y hasta la última boqueada rogaré á Dios por la paz; y hay algunos aquí presentes que me serán testigos fuera de aquí: ahora, señores, quiero decirles que van fuera de camino en querer llevar esto por vía de conquista, porque la conquista justa ha de tener algun título, y si no le tiene es robo andar en corso, como lo dijo el otro pirata á Alejandro. Créannme, que nunca aceptarán el camino sino dieron á Dios lo que se le debe, al Rey lo que le pertenace, y al pueblo, tanto quiero al pueblo como á cualquiera de los que están aquí, en cuanto si yo quisiera haber abierto puerta en Gobierno arbitrario, mudando las leyes con la espada, no estuviera yo ya acá en este estado: paciencia, soy martir del pueblo, Dios se lo perdone.»—En cuanto á la Religión dijo el Rey algunos disparates, como quien había tenido por maestro un escocés de los más perversos puritanos de Europa, y creo que su por erasísima afectada ignorancia y obstinacion en no declararse católico, Dios permitió que se le rebelasen sus gentes, y fué la principal causa de haberse todos sus tres Reinos procedido contra él, y de su afrentosa muerte, si bien en Irlanda y Escocia le quedó algun séquito; mas no han querido contrastar á la fuerza de Inglaterra, á quien es menester que los Príncipes de la Europa tengan alguna atencion, con ingenio muy del-

gado y ojos muy vivos. Dijo que protestaba que moria en la Religion en que siempre habia vivido, y que era la que le dejó su padre y halló que públicamente se profesaba en Inglaterra cuando comenzó á reinar; pero que se juntase un Concilio nacional para averiguar la verdadera Religion conforme á la Sagrada Escritura, porque la Religion que hoy tienen en Inglaterra iba fuera de camino, y que en el Concilio cada uno dijese libremente lo que sentia, para sosogar estas tempestades. Y vuelto á los soldados, dijo:—«Tengo buena causa y Dios benigno; no digo más.»—Y vuelto al pueblo, ó al coronel Acher, le dijo:—«Tenga cuidado que no me atormenten (á Dios agrada).»—Y viendo que un oficial estaba junto al cochillo ó lacha, el Rey le dijo:—«No bagais mal al cochillo, por no hacer mal á mi, embotando sus filos.»—Y vuelto al verdugo, dijo:—«Haré oracion muy breve, y cuando yo extendiere mis manos, haced vuestro oficio.»—Y habiendo pedido al doctor Juxon que le diese su escofia de noche, púsose la, y vuelto al verdugo, dijo:—«¿Embarazaos, por ventura, mi cabello?»—Respondió el verdugo:—«Póngale debajo de la escofia.»—Hízolo así, ayudándole el verdugo. Y al Obispo volvió y al doctor Juxon, y dijo:—«Tengo buena causa y buen Dios de mi parte.»—Respondió Juxon:—«Ahora falta la última cena, bien turbulenta y trabajosa, pero breve; ha de considerar que le llevará muy lejos, desde la tierra al cielo, donde hallará grande claridad, consuelo y alegría.»—Respondió:—«Voy de una corruptible Corona á otra incorruptible, donde no hay inquietudes mundanas.»—Respondió Juxon:—«Buen trueque es trocar una temporal Corona por una eterna.»—Y vuelto al verdugo, dijo:—«¿Está bien mi cabello?»—Y quitándose la capa y la venera de San Jorge, la entregó á Juxon, diciendo:—«Acordáos.»—Entiéndese que se la dió para dar al Príncipe Carlos, su hijo, aunque el Parlamento se la quitó despues; y consiguientemente á esto se quitó el jubon, quedando puesta la almilla; volvió á tomar la capa, y mirando al tajon donde se le habia de cortar la cabeza, dijo al verdugo:—«Es menester que le ponga de manera que esté firme.»—El respondió

que lo estaba. Replicó el Rey si podía estar más alto: dijo que no; y diciendo el Rey que en extendiendo las manos de esta manera, y habiendo dicho dos ó tres palabras en secreto en pie, y juntas las manos, y levantando los ojos al cielo, y arrodillándose, y poniendo su cuello en el tajo, y volviendo el verdugo á poner el cabello debajo del bonete, pensando que iba á darle, dijo:—«Hasta que yo os dé la seña no ejecutéis.»—Dijole que por agradarlo lo haria; y de allí á poco extendió las manos; entónces el verdugo, de un golpe separó la cabeza del cuerpo, y habiéndola cortado, la levantó y la mostró al pueblo: el cuerpo se puso en un ataúd cubierto de terciopelo negro hecho á propósito, y embalsamado, fué depositado en una cámara de su Palacio Real de Usbitul.

Buena lección y ejemplo tienen aquí los Reyes, y si á todos los hubieran de residenciar de esta manera, pienso que subiera el agua muchos codos más alta sobre la tierra: cosa rara y muy estopenda en el mundo, y que no se ha visto ni alcanzado por historia, aborrecerlos, y así se ha visto peor proceder con ellos, con auto de justicia sentenciarlos, y dar la cabeza al cuchillo: no habrá quien me lo dé en escrito ninguno, que aquí no hubo otra cosa que aborrecer la persona, el oficio y dignidad, como es de ordinario en todas las coronas: quitáronle el poder y las armas, y dejáronle sólo como un hombre particular, extinto y hecho pedazos; y á mi entender, mucho más aina fuera yo Presidente en aquel Reino que el Rey; pues si con éste no me puedo librar y el Presidente pudo juzgarne y deshacerme, aquí me pareco más Rey que Presidente. La Reina, bormana de Luis XIII de Francia, pudo escapar de aquel Reino, ó fué echada á lo méuos; el Príncipe se vió que tambien le querian haber á las manos, y aún daban muy gruesa talla por él para hacer lo mismo; tanto aborreçian el nombre Real, queriendo traducirle en Gobierno aristócrata: al fin ellos dispusieron su Gobierno y hicieron nuevas leyes para él. Aquel mismo día, que fué la muerte del Rey, dispuesto por el Parlamento, prohibieron

tenazmente que ninguna persona tomase título de Rey de Inglaterra, y fué pronunciada en esta forma: «Por cuanto Carlos Estuart, Rey de Inglaterra, por sus notorias traiciones, tiranías y homicidios en estas últimas inhumanas y crueles guerras, ha sido condenado á muerte y degollado, podría ser que algunas personas pretendan título y dignidad Real con aparente peligro de la paz pública; y para prevenir esto el Parlamento ha decretado: Que ninguna persona ni personas presuman de declarar, promulgar ni proveer á Carlos Estuart, hijo de Carlos, comunmente llamado Principe de Gales, ni otra persona alguna de ser Rey, ni principal Magistrado en Inglaterra, ni de Irlanda, ni de ninguno de los dominios que le pertenecen, so color de herencia, sucesion ó eleccion, ú otro título cualquiera, sin tener primero el libre consentimiento del pueblo y el Parlamento; y quien lo contrario hiciero será juzgado y tratado como traidor á la Patria; y todos los Magistrados, así civiles como militares, y otras cualesquiera persona bien afeetas, tienen licencia para prenderlos y entregarlos á la justicia más cercana. Londres 30 de Enero de 649.»—Con la muerte del Rey se mudó de todo punto el progreso del Gobierno, y á Milord Thomas Fairfax declaró el Parlamento por Generalísimo de él y de todas las fortalezas de Inglaterra; y propuso Fairfax los 40 artículos en nombre del ejército, que son los que siguen: «Para asentar una paz segura que se disuelva el Parlamento presente, antes del último de Abril, para prevenir inconvenientes que suelen suceder continuando por mucho tiempo las mismas personas en puestos supremos; que se haga un nuevo repartimiento de Provincias para escoger Procuradores de Cortes, hasta en número de 400; que cada dos años haya de haber nueva eleccion en el primer jueves de Mayo; que esta congregacion de Procuradores no se llame Parlamento, sino Representacion, y los Procuradores representantes se junten en Uestminster para el segundo jueves de Junio siguiente, ó en otro lugar que el Consejo de Estado declare: si hubiere mudanza en estos intervalos, señalará y avisará

veinte días antes á las Provincias del tiempo de las elecciones, y que esta Representación ha de durar hasta el segundo jueves de Diciembre siguiente, si no se disolviere la Junta antes; que los electores en cada Provincia han de ser naturales del Reino y personas que no vivan de limosna, sino que de ordinario residen, para remediar los pobres, ni han de ser criados, ni los que reciben gajes de otros; y en todas las elecciones, exmptas las Universidades, han de tener los electores veintin años, y han de ser cabezas de familias y moradores en la Provincia, y que, por espacio de siete años, ninguna persona ha de tener voto en estas elecciones de los que han seguido al Rey contra el Parlamento, ninguno ha de entrar en elección que no haya seguido al Parlamento contra el Rey desde 44 de Junio del año 641, sino es en persona, por lo ménos en dinero, plata labrada, armas ó caballos; tan poco han de entrar ningunos de los que se unieron con los Escoceses el año 647, quando acometieron este Reino en favor del Rey contra el Parlamento, ni de los que se juntaron con el Principe de Gales con la armada revoltosa; ninguna persona de estas es capaz de ser elector en siete años, ni de ser elegido en catorce, contando desde la muerte del Rey Carlos; y recomendamos á las Provincias que los electos sean personas de pecho, temerosos á Dios, y no avarientos. Si cualquiera persona de los excluidos en estos articulos pretuviere de estar presente en estas elecciones, ó procurare tener voto activo ó pasivo, que pierda la mitad de sus bienes para el Fisco, y si no tuviese bienes visibles hasta de 200 ducados, será encarcelado por un año, siendo convencido del delito dentro de tres meses despues de haberlo cometido. Ningun oficial del Consejo de Estado, ni Consejero, ni ningun oficial que tuviere á cargo puesto en la guerra pueda ser elegido, y en caso que eligieren algun letrado, durante la Representación no pueda ejercitar el oficio de letrado. Doce personas en Lóndres, que nombrará el Consejo de Estado, han de escoger en cada provincia tres Comisarios que sean Sobreintendentes en las elecciones y electores de cada pro-

vincia, que han de dar cuenta al Consejo de lo que on esta parte hicieron ántes de 14 de Febrero: estos Comisarios han de elegir dos personas fieles en cada provincia para recoger los votos, dando á los Comisarios, para remitir al Consejo, los papeles originales, quedando con traslados puestos en el Archivo del Ayuntamiento. Que quando se haya de hacer alguna ley que obligue al pueblo á guardarla, estén presentes 150 representantes por lo ménos, pero para pleitos é interlocutorias bastarán 60.

Que cada Representación, dentro de veinte dias que se juntaren, señalen Consejo de Estado para manejar negocios públicos hasta diez dias de la Representación siguiente, y que el Consejo de Estado guarde las instrucciones que le diese la Representación, y no siga otras: en casos repentinos de grandísimo peso podrá el Consejo de Estado juntar una Representación extraordinaria, que dure ochenta dias no más, con que no estorbe las Representaciones bienales. Que ningun representante, durante su oficio, pueda ser Receptor, Tesorero, ni tener otro oficio, salvo el del Consejo de Estado: que las Representaciones tengan poder absoluto y supremo para la preservación y gobierno de todo, sin concurso ni consentimiento de otra persona cualquiera, para exigir ó suprimir audiencias, y dar oficios públicos, para alterar las leyes, y dar sentencia final en causas civiles y criminales; pero no tocan á causas eclesiásticas, ni en los seis puntos siguientes: No les damos poder para obligar ninguna persona á servir en guerras fuera del Reino, ni por mar, ni por tierra, ni para gobernar la milicia dentro del Reino, sino solamente puedan dar orden para disciplinar y ejercitar el pueblo en ejercicios militares para que estén prontos para recibir invasiones forasteras; que no se tocan en las Representaciones, en corregir órdenes pasadas dadas por el Parlamento, ó presente el pueblo, acerca de los que se siguieron al Rey, si bien pueden tomar cuentas del dinero público recibido; que una Representación no pueda anular lo que debajo de fé pública concedió otra para pagar empeños, deudas, salvo si dió tierras y

dineros, ó oficios á los de dicha Representación; que ninguna persona por nacimiento sea excepto de las leyes futuras, de las cargas públicas, por más patentes y Cédulas Reales que presente; que ninguna Representación pueda dar ni quitar, contra el derecho comun, estado, ni hacienda, ni limitar la cantidad de ella, ni hacer todas las cosas comunes, y que en estas cosas fundamentales podrá cada representante no seguir la mayor parte de los votos. Y en cuanto á la Religión, se ordena lo siguiente: Que la Religión Cristiana se mantenga y se encomiende conforme la pública profesion de esta Nación; que deseamos por la gracia de Dios reformar á mayor perezosa en doctrina, culto y disciplina, conforme la palabra de Dios, instruyendo el pueblo por caminos públicos, pero no compulsivos, y para este fin sustentará maestros hábiles que puedan confutar herejías y descubrir errores, y todo lo que se opona á sana doctrina; estos maestros deseamos que sean sustentados del Tesoro público, y no de los diezmos, con condicion que papistería ni portadía no sean tenidas por profesiones públicas de esta Nación; que ninguno sea obligado á seguir por fuerza, ni por penas, la profesion pública del Reino, ántes procuren ganar á todos con sana doctrina y ejemplo de buena conversacion; que todos los que creen en Dios y en Jesucristo, opiniones diversas en doctrina, culto y disciplina de las que públicamente se profesan en Inglaterra, no serán impedidas, ántes amparados en la profesion de su fé y ejercicio de su Religión, conforme sus conciencias, en cualquier lugar, fuera de las diputadas para el público culto, con que no usen mal de esta libertad, ni hagan injurias civiles á otros, ni actualmente perturben la paz pública, no obstante que no entendemos incluir en esta provision que esta libertad necesariamente sea entendida á papistería ni profanidad; que todas las leyes, ordenanzas, estatutos y cláusulas contrarias á la libertad, proveida en estos dos particulares artículos antecedentes tocantes á Religión, sean nulias, de ningun valor ni efecto; que cualquiera que por fuerza de armas resistiere las órdenes de este Parlamento, ó de las fu-

turas Representaciones, sino es que sean contra las fundaciones del derecho comun, libertad y salud de la Patria, pierda luego el derecho y beneficio que tiene de la proteccion de las leyes, y sea castigado con muerte como enemigo y traidor á la Patria.

De la herejía en fuera no parece que han quedado otros hombres ni otra nacion en el mundo, sino es ésta, si bien repara y mira en la determinacion de este hecho, notable de todas las maneras, y digno de ponderacion. Ellos han erigido sus leyes y las han trazado conforme á su corazon, como si este fuera aquel tiempo en que los romanos, cuando comenzaron á florecer, las pidieron á los atenienses: verdaderamente, ellos se han descollado á todos los demás, y parece que se han trasladado en ellos Numa Pompilio, el gran Licurgo, ó los lacemonios, ó los dos Brutos, de quien hace tanta mencion la erudicion romana, porque el uno desterró los Reyes de Roma, y el otro conspiró contra la potencia imperial de Julio César, que se hizo Emperador; y habido con el puñal á la conjuracion y á su muerte. Estos han sabido desterrar la tiranía de sus pueblos y sacudido el yugo de la otra presion, y no otros miserables, que áun de mayor séquito y más ilustre gente la están padeciendo. Haber sabido y podido deslaciarse del poder y soberbia condicion de un Rey, no ha sido de poco valor, ni de ménos ingenio; ellos mataron al privado Boquingan, aborreciendo el nombre, que lo fué de Jacobo, padre de Carlos y de él tambien, y á él le degollaron en teatro público, con el mismo aborrecimiento ¡cosa bien rara y estupendal y tanto mayor entónces cuando desterraron la Majestad y echó decretos contra ella para anularla, dando vida y espíritu á la libertad, y abrazándose con ella, trocando por ella la corona. Mas el Parlamento de Escocia en Edimburgo, á 5 de Febrero de 649, conforme á su cuenta, declaró por el Rey del Reino al Príncipe D. Carlos, hijo mayor y heredero del Rey Carlos, con su primero difunto, y dijo que considerando que el Rey Carlos, contra la voluntad y protestacion de aquel Reino ha padecido muerte violenta, y que por la misericordia de Dios ha dejado

heredero y legítimo sucesor á Carlos, Príncipe de Escocia y de Gales, ahora Rey de la Gran Bretaña, Francia y Irlanda, nosotros, los Estados del Parlamento del Reino de Escocia, de un ánimo y de una conformidad, y muy alegremente, reconocemos su justo título y sucesion á los dichos Reinos, prometámos y declaramos á todo el mundo que el Rey Carlos II, de este nombre de los Reyes de aquel Reino, por providencia divina, es el legítimo indubitable sucesor por descendencia, Rey de la Gran Bretaña, Francia ó Irlanda, á quien todos los vasallos de este Reino han de obedecer, mantener y defender, conforme el pacto y confederacion nacional y solemne liga entre los dos Reinos, con sus vidas y haciendas, contra todos sus enemigos, como su solo recto y supremo Señor y Rey; y porque Su Majestad está obligado á gobernar, conforme las leyes fundamentales de estos Reinos, con equidad y justicia, á honra de Dios, bien de la Religión y abundancia de sus pueblos, aquí declaramos que ántes que entre á tomar posesion y ejercer el Real oficio dará satisfaccion al Reino, en lo tocante á la seguridad de la Religión y union entre los Reyes conforme la solemnidad y liga que han hecho: y á este fin hemos resuelto, á toda prisa posible de ir en busca de Su Majestad; y en testificacion de todo lo dicho, nosotros, el Parlamento de Escocia, publicamos este reconocimiento de sus justos títulos en la calle Mayor, junto á la Cruz del Mercado, de Edimburgo, con las solemnidades que se usan y acostumbra en casos semejantes, y mandamos que su Real sello, retrato y nombre se pongan en todas las escrituras públicas y judiciauras del Reino, como se hizo con su Real predecesor, y mandamos que este acto de Parlamento se pregone en todas las Reales ciudades de este Reino, y que se imprima para que nadie presuma ó pretenda ignorancia, ó otra cualquier novedad. Mas los ingleses, atentos á todo, y como más poderosos en aquella parte, obraron de potencia, como lo habian mostrado: el Palatino, á 49 de Febrero de este año, se despidió del Parlamento, pidiendo licencia de sacar del Reino las alhajas, coches, caballos y criados; era sobrino del Rey

difunto, hijo de su hermana, y temia no se hiciese otro tanto con él por el parentesco, ó si acaso queria entrar en pretension por que la Reina y el nuevo Rey estaban fuera del Reino; pedia asimismo el Palatino que le pagasen 26.000 escudos que le debian de sus alimentos: al fin partió con 30 caballos y con 40 gentiles-hombres; para el Palatinado, formaron un Consejo de Estado de 40 personas, mandándose despedir la militia en el Condado de Cuent, exceptuando una compañía de infantería, y que los realistas delincuentes pagasen á los soldados despedidos lo que se los quedaba debiendo; tratando de vender diezmos y tierras de particulares, repartieron 42.000 escudos entre los soldados que habian quedado heridos, mancos y estropeados de la guerra.

La fragata llamada el *Corazon* puso al capitán Bono en tierra y á todos sus oficiales, y pasó al servicio del Rey Carlos II; privaron al Conde Vuar del oficio de gran Almirante, y en su lugar pusieron tres coroneles, Pophan, de Auen y Blac, para mandar la armada y los cinco puertos. Mas contra estas acciones y las pasadas, los escoceses, armados de fidelidad, como si sus fuerzas pudieran competir con las de los ingleses, particularmente un Reino frustrado, falido y acabado, como de ordinario lo suele hacer la herejía, al fin era el intento, que de cada cuatro personas habia de ir uno á la guerra, enviaron al lugarteniente Milledleton á las Islas, y á D. Joseph Douglas por Embajador al nuevo Rey Carlos, pidiéndole que dejase sus Consejeros antiguos y siguiese su consejo; perdonaron á todos los que entraron en Inglaterra con el duque Admiltton, con que hagan ahora lo que les mandare el Parlamento, el cual mandó que no se junte gente sin su órden; han enviado nuevos Gobernadores y Coronales á todas las Provincias; hicieron nueva junta de guerra con nuevas instrucciones toda la nobleza de Escocia: señores y señoras se han puesto lutos por el Rey, pero los Presbiterianos se holgaron porque pasaron mejor su partido, y que el nuevo Rey no sería tan porfiado como su padre. Pero adonde está el Reino en la Sala de Suprema justicia de Westminster

hacían los procesos al duque Admilton, Milord Capel, al conde de Holanda y al conde de Comi; diéronles letrados para defenderse con resolución de condenarlos á muerte: dieron órden para vender las joyas y alhajas del Palacio Real para pagar la armada, excepto la librería, estatuas y otras cosas que están guardadas en el Palacio de Santiago: los soldados, que eran en gran número, daban peticiones al Consejo de Estado y al Parlamento que les pagasen los sueldos que les debían; tomöse por expediente enviar alguna caballería á Irlanda que estaba por el Rey, y peleando por él, y despedir la demás para aliviar el Reino. Ordenöse que de la milicia y de la armada solamente habia de conocer el Consejo de Estado todas las veces que se ofreciese ocasión para ello.

El Rey Carlos II, hijo del difunto, á 9 de Marzo estaba en la Haya, de Holanda, y toda aquella Corte llena de tuto, y con resolución muy poderosa en que los ingleses y el nuevo Príncipe de Orange, sin valor para dárselo la mano, ni ayudarle, aunque era cuñado, por estar casado con hermana suya, porque no tenía el poder ni la autoridad con Guillermo, Príncipe de Orange, ni con el conde Mauricio, ni como Enrique de Nasau, su padre, porque los holandeses no mostraban calor ni voluntad de hacerlo, ántes querían confederarse de nuevo y ligarse unos con otros para resarcir al intento Real y á cualquiera que lo pretendiese. Habiendo hecho leyes para extinguir y borrar totalmente el nombre de Rey en aquel Reino, los holandeses tomaron la herejía de los ingleses, que fué la primera Liga, y les dieron la mano y los favorecieron para abandonar la potencia Real, y negaron la obediencia al Rey Felipe II, y los ingleses tomaron la política de los holandeses, matando á su Rey y no queriendo otros, como hoy se conservan aquéllos, y lo han capitulado con los sucesores tercero y cuarto: finalmente, ellos se quieren gobernar por la aristocracia y democracia, que es el pueblo, donde se introduce mucha gente baja y de obscuro nombre, que es lo que ellos quieren, y destruir la nobleza y apocarla. Por esto dije que esta Era no ha sido otra cosa que una barra, ó roca donde

han dado al través grandes bajeles, reconociéndose en ella muchos despojos de árboles y jarcias; coronas abatidas, Príncipes deshechos, casas acabadas, señores despojados y hechos mercenarios, Provincias levantadas, capitanes abatidos por mal pagados y mal promiados, ejércitos rotos sin nombre ni reputación.

Habiendo concluido con lo de Inglaterra, será bien volver á la Francia, que todavía estaba tumultuando contra sus Príncipes y su Gobierno, que tambien lo querían abandonar por la tiranía que en todas partes profesaba el partido de la Reina Ana; sus hijos y todo aquel séquito se hallaba á muy pocas leguas de Flándes, viajando, y hacía aquella parte y hacía las Provincias más bajas quisieran guarecerse en aquellos países y en sus plazas tomadas, mas no se atrevían á tanto por no deshacerse del odio y enemistad contraída en estos últimos años, y porque no querían rendirse á la amistad ni otra ninguna de las plazas, y porque veían que las armas del Rey Católico se inclinaban á defender el partido del Parlamento, que ya habia proclamado el auxilio del Archiduque Leopoldo; si bien no admitiera yo á unos ni á otros, ni les diera soldados, antes gozando de la ocasión, les tomara las plazas que nos tienen tomadas, y que han servido los socorros y el dinero que les ha dado á muchos, sino de ponerse en campaña con las picas contra los españoles. Finalmente armaban de una parte y otra, y todo era recaer sobre el privado Cardenal; andaban todos desabruidos; el Príncipe de Condé de la misma manera, si bien tenía á su cargo las tropas que por ellos militaban. En Flándes los holandeses prevenían una poderosa armada contra el portugués para ir sobre el Brasil, tomarle y vengarse de la alevosía de los que degollaron de los suyos á sangre fría los años pasados en aquel Estado; pero no se oyó nada de consideración, debieron de ser mandados del francés que no tocasen á ninguna cosa de Portugal, por ser al lado del Rey Católico: se hallaba pertrechado para los movimientos de este año con 600.000 escudos, que se habian metido en la casa

del Tesoro de las personas á quien se habian pedido, y tomado por fuerza con dolor grande de los defraudados, diciendo que la naranja no tenía ya más égrío, dando á entender que ya no le darian más ó no lo tenían; mas hecho en que la seguridad de la paz y de la fé de los súbditos estaba á pique, y corría con tibiaza, y esto se habia perdido para los intentos premeditados sobre las novedades de Francia; y además de esto se debatió en junta particular si para esto mismo, traduciéndolo en el mejor metal, si se labrarian dos millones de tarjas, y sobre la novedad presente, prevenirse de dinero: no era otra cosa que querer desempeñar, así las tierras perdidas como la reputacion, demás de que la necesidad era tan grande y tan comun en todos, y la enfermedad, que cuanto no hubiera otra, pedia este remedio por la falta de moneda; mas el arbitrio no pasó adelante, recelándolo mucho por los daños causados de entrar en mayor dolo semejante.

Los dos partidos de Francia, de la Reina, porque no podemos salir, digo decir, del Rey, porque era niño, y el del Parlamento, andaban más reciamente encendidos y furiosos que á los principios, que es lo que nos convenia, porque salieron ambos en campo: caudillo de las gentes de la Reina el Príncipe de Condé, General de las gentes del Parlamento, el Príncipe de Conti, ambos hermanos; que esta Era y sus hijos no era para menos que para contender hermanos con hermanos, vasallos con vasallos, gentes contra gentes, deudos contra deudos: al fin el de Conti rompió al hermano, le mató mucha gente, y salió el de Condé muy mal herido. Roan, donde queria la Reina hacer alto, entre las dos Provincias de Picardía y Mos de Enao, ó retirarse despues de haberle negado la entrada aquel pueblo, se acostó á la parte del Parlamento, y otras plazas y puertos que están en la ribera y desembocadero á la mar de la Soma; mas el partido Real y la Reina reclamaban al partido y círculo de los herejes hugonotes y á los sectarios, para hacer séquito con ellos, y bando contra católicos, donde tambien se mudarian herejes, y el Parlamento á la suya de la misma calidad, reclamando á la

gente de Inglaterra que para abandonar sombra de Rey habia ofrecido 20.000 hombres armados, si ya no es Provincia por el suceso referido, y no de otra gente, sino de aquellos que les habia quedado y defendido de la potencia del Rey, de suerte que este partido prevalecia, y áun pienso que si invocasen el auxilio del Rey Católico, tambien lo haria, y áun del Emperador, como Príncipes ofendidos y defraudados; y si ya no está hecha por lo ménos sería falta de providencia, y no asistir á la buena razon de Estado, no aliarse ni conducirse con aquellos que han propuesto y deseado la paz pública de los términos y aledaños de la Europa, particularmente que es muy comun y ordinaria materia arrimarse al partido que prevalece. Que los franceses llaman en su ayuda á los herejes no hay que espantar, pues los tienen, los sufren, los conservan y los admiten á súbditos y vasallos, tiran el dinero de los súbditos, y gabelas que los imponen, y que los llaman los Reyes, de que ha resultado poca, porque hacen á todas manos, sin hacer distincion del católico al hereje, falta de templos, y que los mayores cabezas de aquel Reino son cabezas de herejes; pero la Reina Ana, Regente, hija del Rey D. Felipe III, el Católico, el Santo y el Piadoso, la hija, y descendiente de los Príncipes austriacos, á quien hizo Dios patrones y adalides de la Fé y del Sacramento de la Fé, la hija del Santísimo Sacramento, la nieta del Monarca Don Felipe II, que dijo, cuando se alteraron los Estados de Flándes, que ántes dejaria de ser Rey que admitir en Holanda la libertad de conciencia, ni la hereja; la que viene del religiosísimo conde de Aspurg, que subió en su caballo al sacramento que llevaba al Santísimo Sacramento á darle á un enfermo, y le llevó del diestro, y le prometió por aquel hecho el ensalzamiento de su causa sobre todas las del mundo; ¿herejes se han de llamar ni admitir? Por esto castiga Dios soberanamente los Príncipes, porque cometen semejantes crímenes y excesos. Finalmente, aquel partido no caminaba bien, y era fuerza que este otro prevaleciese y arrastrase toda la confederacion de los desposeidos y depuestos, ó los que tienen ó han tenido por

enemigos: quiso la Reina hacer ó hizo otro Parlamento en opó-
sito del de Paris y el de las demás ciudades amotinadas; mas
esto era inútil y sin fundamento, y querer dar con los ojos y
la cabeza en una roca. Sin embargo, estudiaron las cosas de
ambas partes para componerse, pero algunos puntos que no
se abrazaron bien, volvieron á las armas con mayor ira y
enojo: el ejército Real fué roto cuatro veces por el del Parla-
mento; pero aquel abrasó muchos lugares en derredor de
Paris, por quitarles que no saliese fuera á fortificarse, ó porque
de allí no llevasen bastimentos, de que padecian ya necesi-
dad; y cada provincia quería obrar por sí, y hacer partido,
particularmente el duque de Bullon, por la fortaleza que tenía
de Sedan hácia Picardía, y con más seguridad entónces,
cuanto pensaba atraer á sí y á su bando, y particularidad, á
Luis, conde de Turena, su hermano, que mandaba las tropas
que estaban en Alemania resguardando las plazas tomadas
al Emperador, y quería que se los trajese para sus fines par-
ticulares, y hacerse lugar en la Francia: de suerte que todos
tiraban hacer un cuerpo de division sospechoso. Mas el Parla-
mento, como se ha discurrido, reclamaba la ayuda y favor de
algunos Príncipes vecinos, particularmente tenía ya ganado
y de su parte al mayor, porque á esta hora ya el Archidu-
que Leopoldo, dejando parte en la frontera, como en Valen-
ciennes y altos de Erao, entraba por Francia con un poderoso
ejército, y el conde de Fuensaldaña salia de Cambray con
caballería para seguirle; y todo para fomentar los pretextos
del Parlamento, si bien con partidos muy saludables que
ofrecian al Rey Católico, como devolverle algunas plazas de
Flandes, á Racoi, Arras y Sabase: otros Cabos y aquel Con-
sejo querian dos de tierra, y dos de mar, á Gravelingas y Dun-
querque; mas ellos tenían las promesas en los labios, y muy
diferente el procedimiento en el corazon: de manera que no
hay que ajustar con ellos nada, ni creer sus asientos y con-
tratos. Esta rebelion de los franceses habia puesto en descargo
el ánimo de muchos Príncipes, que por rebelion de vasallos
se veian apretados ellos, y de sus coligados, y por aquí pen-

saban restitirse con brevedad en lo que les habian tomado;
mas á esta hora, si bien las relaciones nos habian encañado,
de que el duque de Lorena militaba por el Rey francés, ahora
estaba con el pensamiento neutral, ni bien de aquella ni de
esta parte, acechando por dónde podria recobrase; porque
se atrevió á decirle al conde de Peñaranda que enviase sus
tropas con las del Archiduque Leopoldo, que estaba ya en
Francia, y resistiéndose á esto, se alargó á pedir 200.000
ducados para la jornada; á que replicó el conde de Peñaranda
«que cuándo se cobaba de ver, ó correspondia con las obliga-
ciones que tenía al Rey, y haberle mantenido en sus trabajos.»
Quiso enfurecerse sobre esto, y replicóle «que si le decia
aquello de su propio motu ó como Embajador: él dijo lo
que decia de parte del Rey. Al fin envió algunos de sus tro-
pas, y se quedó con parte, meditando algunos de sus desig-
nios, en que siempre gastaba mucho de su cabeza; pero no
deja de inferirse que no siguen el dictámen del Rey Católico.
A favorecer el Parlamento de Paris, era porque lo tiraban de
la otra parte, como es de ordinario y de su natural condicion,
con promesas de alguna restitucion de sus Estados, que luego
saliera vana como en las pasadas; y así, se hallaba irresoluto
en lo que habia de hacer, como siempre en todos sus hechos;
esperando haber en Francia humos de lo comenzado, para
abrirse camino á la deposicion de su casa. Esto pasaba allí, y
en Madrid. Córte del Rey, una cosa jamás vista en ella, que
pasada la Cuaresma no habia una onza de carne para el sus-
tento de la gente; de suerte que esperaban todos pasar ade-
lante con ella, haciéndose al pescado ordinario, á la lenteja,
y al garbanzo, sin hallar remedio tan presto á esta necesidad.
Los hielos, frios, nieves y abundancia de agua que habia caido
sobre la tierra habia causado grandísima mortandad en el
gando, y, por otra parte, las grandes crecientes y avenidas
de los rios y arroyos, que lo parecian, eran el espanto de este
mercado, y las nieves tentan sepultada la yerba, y no deja-
ban pastar, y esto entrado en Abril de este año; de suerte que
parecia la Córte y padecia la hambre de Jerusalem, que escri-

bió Josepho de *Bello judaico*, con tan distinta y dilatada narracion, porque no falte la zozobra y la guerra en todas partes. Y volviendo á la Francia, se esperaba, con el auxilio Real de España, se haria alguna restitucion de plazas en el Pais-Bajo; mas el Parlamento, no deponiendo de sus artificios, queria ver entre tanto cómo comenzaba Leopoldo; trocaban las manos y ofrecian muchas personas principales en rehenes: á esto no se daba orejas, sino á las plazas; y tambien decian los Cabos, como el conde de Fucnsaldaña, Juan de Vert y otros, que, entrados en Francia, tenian necesidad de una ciudad para plaza de armas y alojamientos, y pedir á persona, y quedaban debatiendo sobre ello, mas no se alargaban ni resolvieron á efectuar nada; con que aquel ejército no hizo pié, ni tomó asiento, porque aquel Parlamento esperaba, como es de ordinario, componerse mañana.

Llegó el duque de Najera ó Maqueda, Mayordomo mayor, á 43 de Marzo, á Génova con la casa de la Reina, habiendo gastado mes y medio en el viaje: los contrastes del mar fueron muchos por causa de los recios temporales, ocasionados de las influencias del cielo, por haber sido en el corazon del invierno llovioso y tocado de recios aires; tuvieron borrascas muy peligrosas, desde Denia á Génova: los lugares de Cataluña, sin embargo del pasaporte, no les quiso admitir, ni dejar hacer agua, ni dar bastimentos; Barcelona y su Gobernador los despidió luego, y que saliesen de la playa, porque el miedo de la traicion aún vivia en sus corazones; en Rosas fueron algo socorridos del Gobernador francés; los demás puertos los aventaron, no dejándolos tomar tierra, hallando de peor condicion á Colibre, puerto de la Francia; hallaron más humanidad, que fué hecho particularmente, en Alou. Llegados á Génova, los salieron á visitar los ciudadanos con algunos médicos, para ver si venian apestados, y viendo que no, los dejaron tomar tierra, no habiendo puesto los piés en ella desde que salieron de Denia: salió el duque de Tursi y otros señores principales á ver y recibir al duque de Najera, presentándose para proseguir el viaje, si bien tibia y espaciadamente,

sin enviar correos, teniendo al Rey en cuidado del fin y progreso de esta jornada, que despues prorumpió en disgustos, porque descaba la brevedad, la entrada en Milan, en Trento, y su vuelta. Las cosas de Italia, con la digresion de los franceses, entraban en grande mejoría: estaba en la Côte el Embajador del gran duque de Toscana, para reducirse y componer sus diferencias, y ajustarse á la proteccion del Rey Católico, de cuya Casa recibió el Estado y la grandeza, y el haber casado en Alemania: el marqués de Caracena, Gobernador y Capitan general del Estado de Milan, entró con armas visto lo pasado en las tierras del duque de Módena, le cargó á Rezo y sus confines; con que aquel Duque y el Cardenal, su hermano, bajaron las cervices y doblaron las manos á la Majestad Católica, arrepiñándose de lo hecho en los años pasados y de la guerra cometida en el Estado de Milan, y ofrecido una de sus plazas en seguridad del contrato y de la sumision, y que el Rey le pusiese el presidio y guarnicion que quisiese, que seria, á mi entender, en Rezo, y capituló con el marqués de Caracena en la forma que se sigue:—Y hace demostracion, que el duque de Módena ha conservado siempre tan continuado deseo de manifestar la viva devoceion que tiene á Su Majestad, y para ser recibido de nuevo en su Real gracia, como así lo insta y suplica, declara estar pronto á cualquier demostracion, esperando de su clemente generosidad ser admitido debajo de su proteccion, no obstante las pasadas contingencias, por las cuales queda el Sr. Duque con el sentimiento debido; y porque ora, mientras se ofrezcan mayores ocasiones de ratificar con efectos lo que el Sr. Duque refiere, declara que despedirá luego las tropas y Ministros franceses que se hallan en su servicio, y debajo de su mando, así dentro como fuera de su Estado, encaminándolas por su camino derecho á la embarcacion del Deriche, para que desde allí pasen inmediatamente á Provenza; y en cuanto á la caballeria francesa, hará que vaya por el Genovesado, y pasando por el Final, se encamine á Suiza de Provenza, y desde allí inmediatamente á la misma provincia: renueva y promete infaliblemente de

observar todas las obligaciones que tiene para la defensa de los Estados de Milan, como desde luego la renueva y promete; en conformidad le tomará Su Majestad en su proteccion en qualquiera semejante occurrencia, como otras veces lo ha experimentado: promete no hacer liga con franceses ni con otro enemigo de Su Majestad, ántes bien de dar el ejército y tropas de Su Majestad Católica, paso, comodidad de viveres y otra qualquiera cosa en sus Estados; todas las veces que lo pida la ocasion recibirá Su Alteza presidio en correccion, y dejándole acostumbrada libertad y franquezas que gozaban despues del tratado del año 634; y atento á lo dicho y á la instancia que el marqués Gobredo ha hecho por parte de Su Alteza Serenísima de Parma, el Excelentísimo señor marqués de Caracena, en virtud del poder que tiene como Gobernador y Capitan general del Estado de Milan y General por Su Majestad en Italia, recibe, en nombre de Su Majestad, al señor duque de Módena en la buena gracia de Su Majestad, y debajo de su Real proteccion; y para la ejecucion concede S. E., de salir con todas, de los Estados del Serenísimo señor duque de Módena, luego que de los mismos habran salido las tropas francesas; declarandose tambien que por ambas partes cesar á todo género de hostilidad así como se haya firmado este tratado por Su Alteza. Pone la fecha en Reggio á 27 de Febrero de este año 649, y al fin de él, por un religioso capuchino, le quitó la guarnicion, le concedió otras gracias y todo cuanto le pedia: providencia discreta para serenar los ánimos de los Príncipes de Italia. Esto se hacía ahora en esta forma; pero luego, á cualquier nuevo viento de mudanzas, se vuelven las cosas de otra calidad y se echa mano á las armas; porque en Italia y en Alemania pocas son las veces que hay paz ni sosiego, por los muchos Príncipes que enseñorean ambas partes y por los muchos humores, pasion ó codicia que predomina en todos ellos.

El Príncipe Tomás y el duque de Saboya y toda aquella casa se hallaban suspensos y amedrentados, mirando por qué agujero habian de entrar para venir á la humanidad y clemencia con el Rey; pero estaba tan naciente el caso de poderse

desembarazar de tantos lazos como se tenían echados, que aún no podia tan presto sacar la espada para castigar á sus enemigos como lo merecian y habian menester: pero ya esta casa estaba totalmente dada por francesa por conocerse unos hermanos á otros, ni reparar que el Duque tenía una tia en España y el Thomas en la misma una hermana, los catalanes, discutiendo mal en sus cosas, y protervos como siempre en ellas, viendo el mal estado de la Francia, enviaron en favor del Rey y de su madre 4.500 caballos y 200.000 escudos, cosa para hacer reparo, que ellos los tuviesen por si solos, no dejando lugar á la buena razon de estado militar con que se habia de defender este año de las armas del Rey; porque forzosamente habian de tener sobre si, no sólo el ejército, pero la armada Real, así de galeras como de navíos, porque en Italia no habia armada de franceses, y así no se habia de menester ocurrir allá; si bien la nuestra á esta hora estaba en Sicilia, con el Sr. D. Juan, y ésta, en trayendo la Reina á España, que para eso está allí, si bien á dar vista á las riberas de Toscana, á reconocer el estado que tenían las plazas de Pionvino y Portolongo, tiranizadas de franceses, para cubestirlas y recobrarlas; y de buena razon se habia de emplear en algo, no teniéndola ociosa, cuando estaba tan bien pertrechada de todo lo necesario: sin embargo, no se hizo nada. Comienzan los aprestos con grande calor, pareciendo que se han de tragar el mundo, y resuélvense en solo apariencia: al portuques lo temblaba la contera con el estado de las cosas, mas no le quebraron una almena: los estados de Fiándes estaban gozosos de que este año no habian de tener sobre sí la carga y el peso de la guerra: en Alemania de la misma manera, si bien con la paz contraida por los suecos y por el desembarazo de los franceses, que se habia menester para sí, y de las otras gentes y aliados, habiendo de calmar con el hecho de aquel enemigo; mas tambien conviene avisar al Emperador, que ahora es tiempo de desempañarse y cobrar sus plazas y la provincia de Alsacia, y ¿quién quita que al Duque de Lorena no le ha llegado la hora de recobrar su Estado? A todos los Príncipes les han

dado ocasion para desquitar de las molestias recibidas y mirar por su derecho; pero todos están tan cansados de guerrear, tan salidos y consumidos de dinero, que cada uno se contenta que le dejen en su casa y domicilio, sin apotecer más distrito, y que triunfe el tirano.

Ventilábase y poníase en disputa entre los hombres sabios é ignorantes, si la resolución del Archiduque habia sido acertada al entrar en Francia; si se habia arriesgado mucho y aventurado más de lo que pide el recato y la prudencia, exponiendo una provincia tan combatida á todo rigor y poder de aquel enemigo: decian los ignorantes y poco expertos, si con licencia ó no con licencia, que habia sido aventurar las fuerzas y el ejército con gente tan conocidamente desgraciada, y que en cualquiera necesidad ó trance de fortuna se hallaria sin él, y sería irritar demasiado y nuevamente un Rey y una Reina madre y Regente que, nacida en España, era mortal enemiga de españoles y de la Monarquía; que era constreñir más á tomar venganza, y con duplicada ira en el País-Bajo, y á disipar las plazas; más que todo si era cierto entrar en Francia sin orden ni licencia del Rey Católico, de sus Ministros y Consejeros; á que respondian los hombres sabios de noticia y experiencia en las cosas del mundo, diestros en la política y marcial disciplina, que no era posible darse á creer que un Príncipe como el Archiduque Leopoldo, ya instituido en ambas facultades, entrase en Francia sin orden ni licencia del Rey y de su Consejo de Estado; porque si bien era hecho prudencial disimularse en parte, era muy verosímil en el intervalo del tiempo que se podia salir á la guerra quien tenía el poder de obrar, y si le ora dado por sí mismo, pareció dificultoso no darle cuenta de todo muy por menudo, ni pedirle licencia para el tránsito, cuando la buena fortuna presentaba la ocasion en la mano para dañar en aquellas tierras, ó si ayudando al uno desairar al otro, ó entrambos, que ese es el ardid; si ya es que se le habia dado, desde que entró en el gobierno de los Países-Bajos, orden expresa y licencia absoluta para hacer la guerra á su voluntad y sin dar cuenta al

Consejo de Estado, porque no falta allí Consejo ni hombres de escogido caudal y prudencia para dejar de dársela al Rey, tácitamente no era posible, y que el entrar en la Francia habia, sido muy acertado; demás de que, como queda dicho, no carecía de consejos diligentes y de sumo saber en los Países-Bajos, que comunmente llaman Estados de Flándes, para aconsejarle lo que en este caso se debió hacer, digo otra vez que fué muy acertado entrar en Francia y elegir partido en contra del otro, y aquel que nos pide la proteccion, aunque sea enemigo, si es contra el más poderoso, porque eso es más propiamente ser un Rey grande para dar la mano y ser protector de aquel que le invoca, y si quiero valor de él. ¡Cuántas veces ha faltado al Casa de Saboya á la fé y reconocimiento de España! y no obstante, cuando ha proclamado el auxilio se le ha dado, y no ha sido sin Consejo. La eleccion fué muy acertada en cargar hácia el Parlamento, porque al fin éste arrastraba mucho; se quitó entre los suyos y estaba victorioso, y habia descaído y traído la paz entre las dos Coronas, y no al de una Reina, y un privado traidor á las Coronas Reales y Católicas, siciliano, que le han hecho una guerra infame con tanto deservicio de Dios, de la Iglesia y de sus altares sagrados, sin respeto no sólo á Dios y á los Santos y á los hombres, pero ni al Santísimo Sacramento, con escándalo público, amparando y acudiendo hereses, enemigos del Evangelio Santo; pues dado que no hubiera habido la controversia que hay entre los franceses, precisamente habian de llevar la guerra adelante en los Países-Bajos, y el Archiduque contender con él de necesidad, defender sus plazas y conservarlas, recobrar algunas si le daban lugar para ello, que no se le veria ni se le dejaría respirar, so pena de perderlo todo y caer en una desdicha irrefragable y acabar con el mejor y más noble pedazo de tierra que el Rey tiene; y cuanto mejor es que Dios haya permitido la diferencia en las provincias del enemigo, y enemigo tan mortal, y que se vaya á campaar en ellos, y no en las propias, que tan combatidas y asaltadas se hallan! Y más cuando se tienen tan seguras las esperanzas con la paz de Holanda que,

cuando estamos fuera, nos hacen la guerra por allá, porque esta calumnia no es tiempo que caiga en el rostro del Rey Católico ni en la prudencia del Archiduque Leopoldo, que está mas cerca y á la vista, y como está más pronto vé lo que pasa; y lo que es menester en ocasion tan urgente y tan venida del Cielo, como le caia al Rey D. Felipe II en el mayor punto de su gran juicio que, irritado de que la Francia le socorria los holandeses, y le hacian notable oposicion para domarlos y traerlos á la obediencia por la muerte del Rey D. Enrique III, que tambien tuvo sus diferencias con aquellos vasallos, y se salió de París, á quien mató con un cuchillo un fraile de Santo Domingo (por secretos juicios de Dios), abrazó la herencia á la Corona Enrique IV, que se intitulaba entónces Rey de Navarra, que tambien murió á manos de un hombre bajo con otro cuchillo, habiendo querido valerse de la Francia y de muchos señores de ella, dándoles muy largos y crecidos acortamientos, sacando el Ejército de Flándes, metiéndolo en Francia y puesto sus banderas en París; y aunque le calumniaban que se habia encaigado del ajeno y desamparado lo propio, porque el conde Mauricio de Nasau, caudillo y Capitan general de holandeses, por las espaldas le tomaba las provincias y las plazas propias, y perdió casi toda la Frisa, pero con todo eso, por el daño que se le seguia, quiso probar si podia dividir la Francia y deshacer aquel enemigo; pero como no se puede conseguir todo, no negoció nada en Francia, ántes hubo de retirar sus gentes á Flándes, no con toda la reputacion que se requeria, quien habia alcanzado tanta en el mundo y en el buen concepto de todos los Príncipes del universo; mas al fin redujo aquel Rey á hacer una paz en España y á deponer las armas. Mas como he dicho, que ahora no hay guerra en Holanda, sino que aquella parte está toda en paz, flojedad grande é ignorancia hubiera sido y descuido notable estar ocioso, ántes seguir el camino y derrota que se habia tomado, aunque no surtiese á toda felicidad, como no surtió: entrar, finalmente, á hacer más rigurosa la contención y la division, aspirando al fruto de redimir la vejacion de las plazas de Flándes obteni-

das y usurpadas injustamente, si es verdad el ofrecimiento, porque aquellos siempre están inficionados de engaños, á señalarse y hacerse grande favoreciendo un partido en quo, si Dios quisiere, ha de ser la total restauracion, así de España como de las demás Coronas y las de los agraviados en toda Europa, y de la misma Iglesia Católica Apostólica Romana. Este es mi parecer, salvo si se acierta y surte á efecto, y de todas maneras entrar en la casa del enemigo, de cualquier suerte que salga; cuando él es tan cotidiano en infestar la de los vecinos, no se ha de tener por absurdo, ni cosa vana, ántes de gran oportunidad y sazón: y es intento de espíritu maravilloso y do hijo de la Casa de Austria: y en el progreso de aquel Reino, y en la revolucion que, se ha levantado, se hace mencion y memoria de una peticion de los Estados presentada al Parlamento, y en su respuesta el manifiesto del Rey, donde se verán las razones y las causas de la alteracion, así de una parte como de la otra; todo bien extraordinario y raro y de notable escándalo, y de haber querido desatar y dar que decir á las leaguas, porque toda la Europa está de este vudaval llena de pastones y movimientos; y es cierto que los Príncipes, por más que querrán disculparse, todos tienen la culpa por su poco recato y la demasiada mano que dan á sus Ministros, como se verá en los clamores y quejas de los Estados, como tambien en sus escritos y peticiones dadas al Parlamento en esta manera:

«Suplican con humildad los tres Estados del Gobierno de la Isla de Francia, juntamente con los vecinos y moradores de la buena ciudad de París, con seguridad y consentimiento de la union de las trece Provincias y Gobierno del Reino, y particularmente todas las ciudades, de cuya buena intencion y voluntad tienen valimiento, así de palabras como por escrito, como tambien por el interés comun, diciendo: que despues de la muerte del Rey Luis XIII, de feliz memoria, aunque los Príncipes, grandes señores y Oficiales del Reino, teniendo atencion á las muchas injusticias y males insufribles que han padecido ellos y todo el Reino, por culpa de los que han

usurpado la autoridad absoluta cerca del Rey, debajo del nuevo título de primer Ministro de Estado, ha profesado públicamente de no querer sufrir más adelante que un particular ensalce de esta manera, sobre el albedrío de los Reyes, con agravio de todos; con todo eso, por su demasiada bondad ha sucedido que un extranjero, llamado Julio Mazarini, se ha introducido en este Supremo Ministerio, al cual no le han promovido su nacimiento, ni servicios señalados que habia hecho á esta Corona, ni otro cualquier merecimiento; pues se sabe que es siciliano original y natural súbdito del Rey de España, de muy vil nacimiento; que ha estado por criado en diversas partes de Italia despues de haber servido en lo más abominable de aquellos servicios, y habiéndose introducido por sus embustes, gracias y enredos, se ha abierto con ellos el paso de Francia, donde se introdujo con los mismos medios en el afecto de los que gobernaban, los cuales le adelantaron, para servirse de él, de espía de su Ministerio, para sus particulares tretas; y con el progreso del tiempo ha cobrado mucho valimiento sobre la voluntad y consejo de la Reina, menospreciando con altivez á todos los Grandes del Reino, sin que se haya conocido en todo este tiempo, en todo el Gobierno de la Corte y del Reino, otra autoridad que la suya, con escándalo universal de toda la Casa Real y de toda la Francia, y con las risas de las mismas naciones extranjeras. Más, que, de seis años á esta parte ha hecho más estragos, pérdidas y daños á Francia, que no podian haber hecho sus más crueles enemigos si con armas victoriosas la hubiesen entrado; habiendo destruido y hecho prender, sin causa ni sin forma de justicia, á muchos Príncipes y Oficiales de la Corona y de la Corte, del Parlamento, grandes señores y los más fieles criados de los Reyes y Príncipes, habiendo muerto algunos de ellos con veneno, y entre ellos el Presidente Varillon, echándole por todo delito el tener demasiado celo del servicio del Rey y del bien público: mas, que tiene cerca de sí, no á otros, sino á hombres ruines, sin honra ni sin fé, traidores, desalmados sin conciencia; se ha arrogado así el mando, digo, cargo

de ayo del Rey, para criarle á su modo y desviarle de aquellas compañías que más eran necesarias para reinar bien, para que durase siempre con el mando y embelésele de adersion y aborrecimiento contra los hombres honrados, contra sus Parlamientos y contra sus buenas ciudades, porque no lleguen algun día á representarle de veras el estado lastimoso á que los quiere reducir: ha corrompido lo que habia de sencillez en la Corte, de fé y buenas costumbres, con artificios, fallerías y ruindades, y con su ejemplo ha dado ocasión en ella á los juegos de fortuna que son el desperdicio de las mayores casas, amparando á la impudicicia y robos de las mayores y doncellas, de cuyo exceso se han visto más ejemplos desde que él está en Francia, que se han visto de cien años á esta parte: ha quitado y depuesto injustamente á muchos hombres buenos de sus oficios, para proveerlos en sus hecueras; ha torcido y violentado la justicia, estorbando el efecto de ella contra los que tenían su amparo y dependencia, atacando el curso de los procesos contra delinquentes muy atroces, distinguiendo y anulando á cada paso las sentencias de las Cortes y Tribunales Supremos con abocaciones y decretos de Jueces supuestos, hechos por particular comision de su embeleco y capricho; y lo peor de todo, ha robado y maltratado la hacienda Real, y ha reducido á S. M. á suma estrechez, y á todos los súbditos á una miseria peor que la muerte; pues no sólo ha consumido todo lo que habia de dinero con contados, que suben cada año á 50 ó 70 millones, y haber gastado por anticipacion tres anatas de la renta del Rey, sino que ha confundido y embarazado para siempre la razon y órden de la hacienda Real: ampara y acredita mucho este maldito género de arbitristas, los cuales, haciéndose los más de lacayos y gente de este jaez, dando la ley con el palo á toda Francia, han comprado las gabelas, sirviéndose para el cobro de ellas de unas compañías de arcabuceros, que son tantos demonios sueltos, habiendo hecho cantidad de nuevos Oficiales de todo género, inventando cada día imposiciones y datos insuficientes, para cuya ejecución se han servido de

crudelidades y tormentos bastantes á sacar uno de los huesos de los pobres franceses, que han tomado por partido dejarlos todos sus bienes y pacer las hierbas como brutos, habiéndose visto de una vez 23.000 presos de las Provincias del Reino por las tasas de alcabalas y otros precios, de que murieron 5.000 con aquel rigor en el año de 46, como consta de los registros y libros de los Alcaldes; y se prueba ha consumido cada año más de 120 millones, según es fácil de averiguar por las cuentas, así en dinero sacado de alcabalas, arrendamientos, partidos casuales, gajes y derechos: no ha pagado á los soldados, ni los entretenimientos, de que sin embargo él enseña gran descargo para encubrir sus robos; no ha proveído plazas fronterizas, ni confines, de gente, municiones, ni tampoco satisfecho á los Oficiales de mar, ni de Artillería, á los cuales se les queda debiendo más de cuatro años, sin haber hecho merced á los hombres de caudal y méritos, ni dado premio á los que han derramado su sangre y perdido voluntariamente sus bienes en servicio del Rey, antes ha hecho morir de hambre y de necesidad los ejércitos del Rey, que no habiendo recibido de cinco años á esta parte más de dos pagas cada año, más de 120.000 soldados han perecido de necesidad y pobreza; de suerte que es cierto, y se puede averiguar de muchas personas dignas de fé y creencia, que ha repartido estas sumas inmensas de dinero entre aquellos que ha apoyado, y la mayor parte se ha tragado él, habiéndolo remitido á Venecia, así por letras y de contado, con muchas joyas, con color y capa de hacer la guerra en Italia, conquistar algunas plazas como Pombin y Portolongo, cuyos presidios, sin embargo, ha dejado percer de hambre, debiéndoseles hasta ahora ocho pagas; sin haber hecho las fortificaciones necesarias, de manera que no podrán resistir al menor ataque del enemigo además de éste, para tener ocasion de continuar la guerra, y con esto hallar pretexto á la tiranía y robos; ha atajado la paz cuando Francia la pudo alcanzar más ventajosa: cuando todos los ejércitos, parte vencidos y parte victoriosos, pudieron dar algunos progresos, él los atajó con secretos artificiosos, y no se le ha dado nada de

desperdiciarlos ni tampoco de arriesgar la vida y la reputacion de los cabos que los mandaban, como se vió en Cataluña dos veces, en el sitio de Lérida, con la sorpresa de Cutray en Flándes, y en las cosas de Nápoles, que ha dejado malograr, no sin mucha y muy grande sospecha de que él tiene inteligencia con los enemigos de esta Corona, por hallar acogimiento entre ellos, siempre que la Francia, causada de sus tiranías, se resuelva á cohartle; teniendo contra sí el ser extranjero y natural súbdito del Rey de España, y por esta causa inhábil para ocupar puesto en Francia por las leyes del Reino, por las Constituciones de los Reyes, que muchas veces han desterrado á los italianos, y por decreto auténtico del año de 1617 en consecuencia de la muerte del Mariscal Ancrios: sirvaos de representar á la Reina las grandes desdichas y daños que el Mazarini ha causado, y lo que podrá causar en adelante si él se estuviere en ese injusto dominio, como tambien os sirvais de representar á los Príncipes de la Real sangre el cautiverio en que los primeros Ministros del Estado han puesto á ellos y á todo el Reino desde tanto tiempo, y los extremos peligros á que los ha expuesto muchas veces; poniéndoles en consideracion el cargo que le hará la posteridad de haberse dejado enredar, y que no sufran más que un extranjero tenga en esclavitud al Rey y á toda la Casa Real, y que S. M. y los Príncipes, atajando los daños inevitables que de lo contrario pueden resultar, hagan prender al Mazarini con buena y segura guarda, pidiéndole cuenta de la hacienda Real, que ha hurtado, y dándole el merecido castigo de tantos delitos atroces que ha hecho; y para que la Francia, los Reyes y Príncipes y pueblos no vuelvan á caer otra vez en semejante esclavitud, y que los Príncipes se sirvan como hijos que son de la Corona y Casa, y su interés conjunto con el pueblo, atento que los validos franceses lo atraviesan todo ántes que se valgan de hombres de prendas, talentos y bondad conocida, sin sufrir más que entren en el Consejo hombres de pocas obligaciones y faltos de mérito, como son los que ha introducido Mazarini; con que quitados los daños y borradas las reliquias de la

tiranía pasada, y remediados los infinitos abusos que se han introducido, puedan ellos gobernar á Francia con las leyes de Dios y del Reino, concluir una buena y ventajosa paz, abrir la puerta al descanso de los pueblos, que no pueden más, y finalmente, poner á este Estado poderoso y próspero, así dentro como fuera, que no haya más que temer de malos Ministros ni de las fuerzas enemigas, protestando los Estados y los buenos franceses, los que gracias á Dios aún están en gran número, que de no proveer en lo alegado con el pronto remedio de que necesita el caso, emplearán para ello lo que les queda de sangre y bienes, valiéndose de todos los medios que la Naturaleza y el derecho enseña á los hombres para defender á su Rey, á su patria, y á su libertad y á su vida. Decretó el Parlamento, en junta de todas las Cámaras y Consejos, en 8 de Enero de 1649: En día de hoy, en junta de todos los Consejos y la Córte, teniendo atención á lo representado por parte de los Corsos regios, de que se han llegado á San German en Laia al señor Rey y á la Reina Regenta en Francia en ejecución del decreto del día de ayer, y de que les reserven audiencia, diciendo que estaba la villa cerrada, y ha decretado y ordenado que se represente con toda humildad, por escrito, al dicho señor Rey y á la dicha señora Reina Regente; y supuesto como es que el Cardenal Mazarini es patentemente el autor de todo el alboroto del Estado y del mal presente, le ha declarado y declara por perturbador de la quietud pública, enemigo del Rey y de su Estado; mandándole salir de esta Córte en todo el día de hoy, y en ocho siguientes del Reino, y pasado el tiempo encarga á todos los súbditos del Rey que le prendan, y prohibe que ninguno lo hospede; manda que hagan levas de gente de guerra en esta ciudad, en número suficiente, y á este efecto se darán patentes y comisiones para la seguridad de la ciudad, así dentro como fuera, y para convoyar á los que trajeren viveres, y procurarán que vengán y entren con toda seguridad y libertad; y que el presente decreto se lea, publique y ponga donde quiera que fuere menester, para que ninguno lo ignore, man-

dando al preboste de mercaderías y jurados, tengan la mano á su ejecución, y se firma.»

No dejó el Rey pasar en silencio la respuesta, como inclinado ó inclinados todos á esta secta de privados, y dice: «Luis, por la gracia de Dios, Rey de Francia y de Navarra. Los actos de relación y de inobediencia manifiesta, cometidos últimamente por la gente que dice gobernar nuestra Córte del Parlamento, dan hoy bastantemente á conocer la justicia y la verdad de los motivos de nuestra declaración de 6 de este mes, que nos obligaron á retirar á esta dicha villa para poner nuestra persona en seguro y no quedar expuesta al insulto que ellos maquinaban hacer: para comprenderla no es necesario buscar otras pruebas, para convencer de manifiesta rebelion á los que hemos declarado haber incurrido en crimen de lesa Majestad, que sus mismas acciones, que tanto han expuesto al conocimiento público, que no se puede dudar en ellas sin ser en alguna manera cómplices en su delito. La posteridad podrá apenas creer que los que estaban obligados á seguir las reglas y las formas de los oficios, no teniendo el poder soberano reservado á sólo el Príncipe para disponer en ellos, cuando juzgaran ser necesario para el bien de su Estado, se hayan escapado y llegado á término de menospreciar todo género de ley, y traspasado todos los límites que les son prescriptos, y más allá de ellos sus resoluciones no son más legítimas; háso visto un Parlamento, entredicho, acusar con calumnia y condenar sin autoridad y sin prueba á nuestro primer Ministro, que no tiene otro delito que la fidelidad, el celo y la firmeza que siempre ha tenido al servicio de esta Corona, y que ha merecido en tantos encuentros tan honrosas aprobaciones del Rey (que haya gloria) nuestro Señor y padre; que despues de haber aprobado su intencion, hizo acierto en la jornada de Casal, ganó la Francia por su medio una señalada victoria, sin haber derramado una sola gota de sangre, en la toma de Pinarol, por librar la Casa de Saboya del partido de España y en otras diversas negociaciones importantes, enviándole por su Embajador al Piamonte, y le destinó por su pri-

mer Plenipotenciario para la paz; nombróle para el Cardenato, púsole en lugar de nuestro primo el Cardenal de Richelieu (que sea en gloria), honróle con la calidad de nuestro padrino, le instituyó para la disposición de la Regencia por uno de las cabezas de nuestro Consejo, y en el curso de la última enfermedad dió testimonio de una afectuosísima pasión; habiéndole asegurado, por la Reina nuestra señora y madre, que permitiría servirse de sus consejos y no permitiría jamás que él se retirase de los negocios. Los sucesos no han engañado el juicio de este gran Príncipe, y nosotros dejamos á los enemigos de la Francia el decir que en el de nosotros y de ellos tiene causa de alabarse de la bondad y de la fidelidad de esta elección: la fuerza de la verdad les obliga á los mismos que no le aman á confesar, que ha sido uno de los principales instrumentos de la buena fortuna que ha acompañado la Regencia, que él ha mantenido en perfecta unión la Casa Real, que le amaba y le estimaba, y que se debía en gran parte á su cuidado y vigilancia el que no pase un año, después de haber entrado en la Corona, que él no se hubiese señalado por sucesos gloriosos, casi por todas partes. También estábamos nosotros con el cuidado de recoger los frutos de tantos trabajos pasados por la conclusion de una buena paz, si nuestro Gobierno no hubiera sido maliciosamente revuelto por la facción, que hoy ha turbado la tranquilidad pública del Reino debajo de los pretextos, siempre usados en las revoluciones, de destruir el Ministerio del bien comun, y cuando estos facinerosos que juntan los sabios de su compañía con votos que ellos aprueban, tuvieran alguna autoridad (que no es así) de censurar la direccion de nuestros Ministros, pudieran condenar á nuestro muy querido y amado primo el Cardenal Mazarini, sino haber tenido al mismo tiempo atrevimiento de hacer participantes en sus faltas imaginarias á nuestro muy querido tío el duque de Orléans y á nuestro muy querido y amado primo el Príncipe de Condé, sin el parecer de los cuales nosotros no hemos tomado jamás resolución ninguna por ménos importante que fuese; y que por su direc-

ción rinden un testimonio bien auténtico cuantas veces ellos han aprobado los consejos que nos ha dado nuestro primo el Cardenal Mazarini, y como han sido meditados para mayor bien de Estado y de nuestro servicio: y cuando por un tratado público el Emperador ha sido obligado á apartar sus intereses de los de la Corona de España, donde parecía que estaban inseparablemente unidos, vemos á los mismos franceses declararse por los españoles y formar una facción dentro de nuestro Estado, no solamente capaz de interrumpir el curso de sus prosperidades, pero de hacernos perder todo el fruto; y por eso mismo que estamos obligados á conservar nuestro poder y desear el acrecentamiento, nosotros no hemos omitido diligencia alguna para romper sus malos deseos, que bastante mento se veía que formaban: nosotros hemos intentado todos los caminos de dulzura y de condescendencia para traer á la razon los espíritus de aquellos que tanto se perdian; pero siempre han sido inútilmente, y nuestra bondad y nuestros beneficios no han servido de otra cosa que de hacerlos sediciosos, más insolentes y más atrevidos. Para llevar las cosas al último término, han querido enajenar el afecto de nuestros pueblos por los mandatos de nuestro Gobierno, tomando pretexto principalmente sobre los efectos de las fincas, como si fuera posible sustentar los gastos necesarios de una grande guerra sin descaecer en ella bien presto, ó sin ser forzoso el hacer levas sobre nuestros súbditos: nosotros, al contrario, teníamos grande causa para esperar más presto alabanzas y aplausos, de lo que nosotros hemos tenido debajo de las manos, después de haber librado á la Corona de una guerra pesada y que nosotros aún no hemos podido acabar por el tesoro de nuestros enemigos; bien que para reducirlos á la paz, por la fuerza hemos hecho por todas partes grandes esfuerzos, entre-tenido diversas armadas y más numerosas que hubo en el tiempo del Rey nuestro Señor y padre, y nosolamente no hemos crecido las imposiciones que entónces estaban establecidas, pero las hemos acortado mucho, y desde el primer año de la Regencia, disminuido la talla de 45 millones de libras, y des-

pues hecho diversas gracias á nuestros súbditos, y últimamente acordado una remision tan considerable que no montó ménos que 34 millones de libras, sin el alivio que le hemos concedido de todas las restas de talla y tasas que estaban obligados á pagar. Mas como el alivio de nuestros pueblos no es lo que mueve á estos facinerosos, sino la color solamente de que ellos se sirven para llevar adelante sus designios con mayor atrevimiento, así, esto que nosotros hemos hecho en favor de nuestros vasallos, que ha sido hasta disminuir nuestro poder y pasar mucho más allá, no ha impedido que ellos no hayan renovado hasta el fin sus malas prácticas y empleado otros medios para alterar el amor de nuestro pueblo, y particularmente los vecinos de nuestra buena villa de París, no obstante la liberalidad que nosotros venimos á hacerles en tantas gracias; pero nosotros esperamos que Dios, que ha derramado tantas bendiciones sobre nuestro Reino, no nos desamparará en los intentos injustos de aquellos que se levantan contra el poder legítimo de su Señor soberano; que Dios permitirá bien presto, para confusion suya, la ruina de tantos intentos desgraciados, y que el pueblo mismo á quien ellos engañan tan maliciosamente, cuando tenga los ojos abiertos, será Dios servido de que ellos sirvan de ejemplo á la potestad, de la justa venganza que ejecuta contra ellos, porque intentan turbar el establecimiento de las Monarquias, que son las obras perfectas de la sabiduría. Esto es una ceguedad, que no se puede conseguir en el entendimiento que los Magistrados, instituidos por el Señor soberano para administrar la justicia á sus vasallos, que no tienen autoridad que no sea formada de las manos de los Reyes, que pueden, por consiguiente, suspenderla ó retirarla cuando ellos usan mal de ella, y han intentado quebrantar esta autoridad sobre la de los mismos Reyes, ampararse del Gobierno y de la Administración del Estado por una usurpacion que no tiene ejemplo en los siglos pasados, y querer hacer su partido considerable, lisonjeando que el bien del Estado y nuestro servicio nos ha impedido el satisfacerlos en sus justas pretensiones. Los Reyes nuestros pre-

decesores mostraron siempre su prudencia, desde que los Oficiales del Parlamento de Paris han querido tomar algun conocimiento de los negocios de Estado, y jamás han dejado en este caso de hacerles conocer las muestras de su indignacion; estrechándolos prudentemente de los limites de su institucion, previniendo bien que, si la ambicion y la familia de algunos particulares del Cuerpo prevalecia á los pareceres de los sabios y de los bien intencionados, el aumento de este poder producía muy dañosos efectos, como los que ahora vemos.

¿Quién podrá creer en adelante que la desvergüenza y rabia de estos malvados hubiera llegado á punto de ejecutarla contra nuestra propia persona en casos indiferentes de su porte, más que su porte? Y lo que muestra bien el espíritu que los anima, es que hayan impedido que los oficiales de nuestra casa no vayan con nosotros para servirnos; deteniendo diez dias toda la ropa más necesaria para nuestra persona, hasta nuestra propia cama, no habiendo despues de esto dejado pasar más que una parte, y detenido generalmente todas las que eran para el uso de la Reina Regente, nuestra muy reverenciada señora y madre, por no olvidar el darnos alguna muestra de su mala voluntad y atrevimiento. Verdad es que no serán ménos de espantar, aquellos que en el mismo tiempo han faltado al derecho de genes y al derecho divino, impidiendo á los Embajadores de las Coronas y de los Príncipes extranjeros el estar cerca de nosotros, y que ninguno de los Obispos, que se hallaban en París, no pudiese salir de allí para ir á su residencia, como ellos todos han certificado que lo descaban afectuosamente; teniendo horror ver á su cargo una villa armada contra su soberano Señor, y no poder poner algun remedio en ella. ¿Cómo acomodarán estos facinerosos el alivio del pueblo, que ellos tienen tan á la vista, con las cargas intolerables que les hacen llevar, cuando en lo más fuerte de la guerra contra los enemigos de este Estado nosotros quitamos impuestos muy considerables, y más en particular á los vecinos de nuestra buena villa de París, y en tiempo de su autoridad privada

establecen allí los mayores tributos en los vecinos para hacer la guerra á su Rey? Tambien esperamos nosotros, que esta paciencia vergonzosa de nuestros buenos vasallos no durará mucho tiempo, y ellos verán muy presto que su salud, su honra y sus obligaciones es el quedar dentro de la obediencia, debajo de nuestra autoridad, y entónces conocerán quién es este mónstruo de Gobierno que pretende reinar sobre ellos para la destruccion del poder legítimo y establecer tiranía, poniéndose en los tronos de los Reyes que reinan tan feliz y gloriosamente despues de tantos siglos. ¿Con qué prudencia se pueden ellos persuadir que el orden eclesiástico, que ha contribuido con tanto amor y celo, todo lo que ha podido de sus bienes y de sus riquezas, para la conservacion y aumento del Estado debajo de nuestra autoridad, sufrió el verse despoocer del lugar que tiene con tanta justicia en el primer orden del Reino? ¿Nuestra generosa nobleza permitirá jamás que la degraden, del honor que tiene de ser el segundo orden de Estado y de ser el brazo derecho de los Reyes que tienen por cabeza, y no se opondrá ella con todas sus fuerzas á la pasion deregada de algunos sediciosos que pretenden abair nuestro poder, conservado siempre por la sangre más pura de sus antepasados. No será fácil para nosotros exprimir el sensible disgusto que hemos tenido; pues en el punto que esperábamos, y con razon, hacer que se alegrasen nuestros pueblos con una bien establecida paz, despues de los trabajos de nuestro Señor y padre y nuestros, los vemos anegados en nuevas miserias, y á pique de una ruina inevitable, sin el remedio que nosotros les tracemos para librarlos de ella; y de cuál debe ser el dolor de nuestro muy querido y amado tio el duque de Orlens de ver que, despues de lo acertado de sus consejos y por una ejecucion valerosa, ha contribuido tanto á la firmeza de las conquistas del Rey nuestro Señor y padre y hecho otras de grande importancia, exponiendo su vida á tantos peligros. Hoy corren riesgo de perderse tantas ventajas, y de lo que ha costado tanta sangre, y de la misma manera las más preciosas vidas del Estado, por los artificios

de estos sediciosos que, para levantarse, ó por intereses particulares, ó sentimientos injustos de aborrecimiento y de venganza, lo quieren trabucar todo y se entienden con los enemigos de la Francia. ¿Qué nuevo mérito no adquiere nuestro tio para con nosotros y todos los buenos franceses, por la firmeza y la pasion extrema que testifica en el apoyo de nuestra autoridad, y qué alabanzas no se deben á nuestro muy querido y amado primo el Principe de Condé, que, despues de haberse hallado en tantos climas diferentes y alargándose tanto de nuestro servicio, le llamaba, y despues de haber tenido allí continuos riesgos, alcanzado tantas victorias memorables contra nuestros enemigos, y no omite nada de un encuentro tan importante como éste para impedir que la malicia de este pequeño número de enemigos de su Rey y de su patria, no hagan una triste y dañosa mudanza del estado glorioso y floreciente de nuestros pueblos, y particularmente á los vecinos de nuestra villa de París, nos hace ver con una pena extrema la continuacion de lo que pasa y sufren, y el peligro en que los han empeñado: Nos, que estamos prestos á recibirlos en nuestra gracia, y darles más y más muestras de nuestra buena voluntad, y abrimos los brazos, y no pedimos de ellos sino que quieran consentir en su bien y felicidad, desamparando esa vergonzosa sumision á que se han querido sujetar, y no podemos dudar que se arrepientan bien presto, y que dé gran pena sufrir voluntariamente tributos excesivos, privándose de nuestra presencia, cayendo en delito, arriesgando su quietud, su sustentencia y su propia vida, cuando no puede ellos el hacer feliz su estado, que jamás ha sido, no teniendo parte en el castigo que conviene á nuestra seguridad; el cual hacemos en algunos de la faccion del Parlamento, que se han conjurado para la ruina del Estado y para anular nuestra autoridad, porque no pudiendo sufrir más sin faltar á lo que debemos á nosotros mismos, los intentos de una compañía que no tiene otro poder legitimo que el que nosotros le hemos dado, despues de haber visto que su rebelion ha llegado hasta armar

nuestros buenos vasallos de la villa de París contra nosotros y ordenar que las comisiones sean despachadas para leva de gentes de guerra dentro y fuera de la villa, hacer quintar soldados, poner la mano en las últimas rentas nuestras, deshacer los derechos é imposiciones que ellos mismos habian aprobado, y en fin, usurpar en todo las funciones de la dignidad Real y hacer todos los actos que no pertenecen á otro que á un Señor soberano. Estamos resueltos, aunque con disgusto, mirando por algunos buenos que están en el Cuerpo, deshacer y extinguir enteramente esta compañía y quitarle el poder que por nosotros tiene, y advertir al mismo tiempo á los vecinos de nuestra villa de París, de la resolución en que estamos de recibirlos en nuestra buena gracia, darles quietud, quedando en nuestra obediencia y no siguiendo más los movimientos de una facción que les precipitaria á su fin y ruina. Por estas causas, con acuerdo de la Reina Regente, nuestra muy reverenciada Señora y madre, de nuestro muy querido y amado duque de Orlens, de nuestro muy querido y amado primo el Príncipe de Condé, de nuestra cierta, acucia, plena potestad y autoridad Real, hemos cancelado, revocado y anulado, chancelamos, revocamos y anulamos todas las sentencias dadas, despues de nuestra declaración de 6 de Enero de este año, por las personas que dicen gobernar nuestra Côte del Parlamento de París, como dados por atentadas interpretadas, abierta por nuestra autoridad, y por gente que no tiene poder alguno; defendemos expresamente á todos nuestros oficiales y vasallos de obedecerlos ni de ejecutar las órdenes que ellos les dieren de armarse, ni sufrir alguna leva de las últimas que les han ordenado por las personas que dicen ser nuestros oficiales del Parlamento; de salir de nuestra villa de París dentro de ocho dias, que se han de contar desde la fecha de ésta, habiendo expresas inhibiciones y defensas de hacer juntas algunas, tener Côte ni jurisdiccion por falta de obedecer á nuestros mandatos, y de cesar las interpresas y acutadas que ellos han comenzado. Nosotros hemos de nuestra misma ciencia, poder y autoridad, ajustado á las penas dadas

por nuestra declaración precedente, extinguiendo, y vuelto á tomar extinguiamos y volvemos á tomar todos los oficios en que se hallan al presente proveidos los oficiales de la Côte, haciendo las defensas de hacer funcion alguna, y á todos nuestros oficiales y vasallos de reconocerlos por jueces, so pena de inobediencia. Declaramos, demás de esto, por nulas y de ningun efecto, de todos los efectos, digo, todas las dadas que se hubieren contraído y contrayeren por dinero prestado con las compañías soberanas ú otros de la villa de París y que hubieren empleado contra nuestro servicio: defendemos á todos los notarios de pasar ni signar contratos algunos de este género, pena de falsarios y de ser castigados con pena corporal; queremos, y es nuestra voluntad, que las deudas, si algunas han sido, ó fueren contraídas, sean aplicadas á los hospitales. Declaramos, demás de esto, como hemos hecho por nuestras letras cerradas y enviadas á nuestra buena villa de París, que estamos prestos á recibirla en nuestra gracia, de volver y hacer allí nuestra habitación y tratarla con las mismas muestras de amor y afecto que hemos hecho hasta aquí, despues que la Côte del Parlamento nos haya dado la obediencia que le ordenamos; y porque estamos bien informados, que la parte más sana de los oficiales de la Côte, empuñada en las resoluciones tomadas contra nuestro servicio por la fuerza y violencias que han ejercitado en ellos estos facinorosos, hasta amenazarlos de intentar contra su vida; nosotros declaramos que estamos prestos de recibir aquellos oficiales que se nos rindiesen, de conservarlos en sus cargos y repartir en ellos las gracias que merecen, por la resolución que tomaron de darnos esta prueba de obediencia y fidelidad. Mas, mandamos á todos nuestros oficiales y vasallos que obedezcan esta declaración y tengan la mano cada uno conforme su estado, en todo lo determinado en estos puntos, segun su forma y tenor, que tal es nuestra voluntad. En fé de lo que hemos hecho poner sello con nuestras letras, que hemos hecho leer y publicar en nuestro Consejo, presente la Reina Regente, donde tambien se halló el duque de Orlens, el Principe de Condé y

otros Príncipes, Duques, Pares y Oficiales de la Corona y otros grandes señores que están cerca de nosotros.—Dada en San German, en Laie, á 23 de Enero de 649, y de nuestro reinado el sexto.—Signado, Luis. Y más abajo; por el Rey, la Reina Regente, su madre: y sellado sobre cordones dobles sobre cera amarilla: impreso en San German.»

Estas son las quejas de los franceses, y así se echan las faltas en la calle y se esparcen en las cortes y en los palacios de los Príncipes forasteros: tienen que reír y admirarse: y ántes creceré yo á éstos y sus razones que el manifiesto del Rey, porque ¿dónde no hay un mal Privado y un mal consejero que se escape de las faltas que se escriben de éste, que no podemos llamar vasallo por ser siciliano? y en mis escritos se verá, que los que ellos añcan y reprueban no admirara yo; que siendo los franceses nación tan ilustre en el mundo, y donde hay varones y sujetos tan admirables en todas ciencias y materias, así políticas como militares, que se hayan dejado llevar y gobernar de un extranjero y de aquella nación, como si no hubiera hombres grandes y de virtud, valor y consejo en la Francia. Ya hemos oído á aquéllos, ahora oigamos al Rey niño en boca de su madre, que hubiera sido más acertado llevarlo por otro camino, porque si bien á los Reyes cualquiera de estas cosas le están mal á la prudencia y al Estado, pero á las mujeres mucho peor por la misma razón de ser reinas; mas la demasiada opresión de los súbditos y el apotito insaciable de reinar, y querer tragarse el mundo, acarrean semejantes movimientos, que por la mayor parte paran en adversidades y deposiciones de reinos. El ejemplo de Inglaterra parece que puede servir de espejo á cualquier intento ó temeridad; dá contra el Parlamento y furiosoamento, y si bien creo que estas materias estuvieron á pique de componerse totalmente, se vinieron á romper los tratados, y todo cuanto en esto se dice todos son artificios y suposiciones de príncipes, como se vé, y se considera en todos sus manifiestos de haberlo errado todo, y perdido la sustancia, y lo mejor del patrimonio, y abrasados los vasallos, favorece mucho y defiende al

Mazarini: propia condición de príncipes persistir tenazmente favoreciendo y haciendo mercedes sin número á quien los ha destruido y quitado la corona de la cabeza. Aplícale como gloria, falsa y vana, la jornada del Casal de Monferrato, habiéndola vendido en el manifiesto primero de la entrada del País—Bajo el Cardenal de Richelieu, otro que tal; y lo que dice que fué sin sangre, fué, porque se levantó de aquella plaza don Gonzalo de Córdoba por esperarle en disposición de batalla, á que se contentó entretenerse con las delicias y regalos de Turin que le hizo el duque de Saboya, no osando embestir á D. Gonzalo de Córdoba, que si le hubiera bien y fielmente socorrido España y no empatádolo las letras del dinero, probaran los franceses y su Rey Luis sobre sus cabezas y contra su repuración, cómo de ántes las gloriosas victorias del gran D. Gonzalo de Córdoba; y lo que ellos llaman hecho de Peñarolo, y querer librar la Casa de Saboya de las manos de los españoles, no fué otra cosa que robarla él y alzarse con ella, como lo hizo y ha hecho otras muchas veces, siendo este su principal dictámen; siempre nos hace demostración de la paz, y es engaño verosímil, porque no es otra cosa sino una capa de engaños para debajo de ella robar á los vasallos, que no le pueden ya tolerar: encarecen sus armas de guerra, y si hubiéramos nosotros dejado vivir á los vasallos y no los hubiéramos hecho rebeldes, que ha sido su mayor victoria, no se alabarán de su fortuna ni de algunas de sus empresas: procura defenderse de las imposiciones despues de cometidas, y cubriese jamás falsamente de las picles engañosas para engañar de nuevo á los miserables franceses, que publican el estado de su ruina y necesidad con los clamores de las heridas penetrantes que les han hecho en las haciendas y en las vidas, ánsia y dolencia general del Príncipe en esta Era miserable, en que todos andan fracasando de tiranos, y de adjudicarse así la suprema potestad; abrogando las leyes y pretendiendo derribar los cimientos sobre que se fundaron los reinos y los reyes, la libertad, la paz y la vida bienaventurada: hace grande alarde y ostentación de millones no más que para

espaniarnos, sabiendo que su caudal es corto, como lo insinúan los suyos mismos, y tambien que ha pagado á muchos de sus aliados en moneda falsa, obligando á dejarlos y apartarse de ellos, si son verdad las quejas que nos dieron de esto los reñmareses, y todo aquel partido y otros labrando doblones falsos. De Enrique IV se sabe que todo el tiempo que pudo estirar la paz con nuestras Coronas, no pasó su caudal, como nos lo dijeron hombres fidedignos y lo refiere el Cardenal Ventibollo en sus relaciones de Flándes, de seis á siete millones, y este aborro fué en el tiempo de doce á catorce años que tuvo paz con nosotros, hasta el fin de su muerte, y no fué de los más desperdiciados Príncipes de la Francia, sino es ántes muy escaso, corto y miserable, como aquel que habia alcanzado el Reino en lo más alto de su vida y deseado desempeñarse de nuestros hechos y victorias. Culpan al Parlamento de nuevas cargas, y es fuerza buscar medios para resarcir la tiranía y que se depobre á los Ministros en sus derechos: alaba al Monsieur duque de Orleans de valeroso, y queria que no señalasen en qué plaza de armas y en qué ocasion, porque no la sé, y esto no es de ignorancia, cuando en estos años postreros tengo escrito todas sus empresas, que aún no ha sabido en los tiros que le han hecho los privados, valiéndose de las armas del Rey de España, y queriéndole quitar la mujer y la honra, no ha tomado una mínima satisfacción de ellos; pero no es mala materia de Estado lisonjear á los que en las adversidades se nos allegan, cuando podia hacer cosas peores y mayores; pero el mayor valor que ha tenido es no haber sido para nada, y esto es lo que le pueden alabar: encarece al Principe de Condé por haber hallado en Flandes su frontera; si fuera en tiempo de españoles le hubieran hecho piezas, y en Cataluña, que tambien lo es, diciendo que ha experimentado muchos climas, como si hubiera llegado con las armas hasta Oriente como Alejandro Magno: refiérennos otra vez las cosas que decian del Mazarini, cuando se levantó de Lórda, diciendo que le queria anublar y escurecer la honra como si fuera el mismo Alejandro, que deja-

mos dicho ántes; tan moderado capitan como su padre, y de tan pocos y flacos hechos, reclama á los vasallos para reducirlos, gran yerro desviarlos, y vése en el estado que el Rey Católico con catalanes, portugueses y napolitanos. Gran descuido y flojedad y ministerio de gobierno, dejar á Paris, ¡gran delirio! y ahora querer volver allá porque no le importa más que ser Rey; mas dicen por cosa cierta, que eran tantos los malos oficios que los hacian allí y en las demás provincias y ciudades, que si no se salen, los matan, y sólo merecian, como lo refieren aquellos vasallos en sus letras, fuera acabar de una vez, como lo hicieron los ingleses, concitados del mismo rigor. ¡Grande ejemplo para Príncipes, y que les puede hacer temblar la barba! porque aquellos hombres verdaderamente se resolvieron á castigar la tiranía, la ambicion y el querer alzarse con todo con las vidas y las haciendas de los vasallos: así se lo referia á cada paso al Rey Católico un tirano, porque las buenas leyes y la naturaleza dió por libres aquellos, y exceptuó politicamente de la maldad, de la avaricia, de los homicidios y de los ladrones, que hacen no otra cosa que representarse como leones coronados á la gente, siempre sedientos, y que no se ven hartos de la sangre humana.

Habia el Archiduque entrado en Francia, como queda dicho, con 45.000 infantes y 9.000 caballos, para cuyos progresos se enviaron de España 500.000 escudos, dejando parte considerable de gente en Valencianas ó en aquella frontera, para cualquier accidente ó mudanza de lo comenzado, porque de franceses no habia que fiar nada, como se vió, y marchaba á juntarse con el duque de Longavilla que tenia otro ejército muy poderoso por el Parlamento. Y volviendo la pluma á Cataluña, nuestra gente se iba llegando á Zaragoza para comenzar la guerra en aquel Principado, con alguna esperanza de ganar ó recobrar algo á falta de franceses, si bien nos decian los mal afectos que las cosas de aquel Rey no entraban en composicion y concordia, como era de creer; y para todo esto habia partido el Duque de Alburquerque, General de la caballería, y ordenado á D. Juan de Garay, que habia de

mandar el ejército, que partiese, respondió que aquel había de ir donde no había gente ni bastimentos; con que nuestros Ministros comenzaron á dar voces y á saltar, como si lo hubiera de proveer el Turco: así que no había que esperar ningún glorioso fin, aunque se quitase á todos la subsistencia, y de este achaque enfermaban todas las empresas sin convalcer ninguna. Sólo en nuestra Castilla andaba encendida la guerra; pero era por un camino extraño é inaudito, desarmando los vasallos, quitándoles las haciendas en són de guerra, porque los juroes, que pocos años se hizo suelta de ellos, los volvieron á asir y prender, y este año estaban condenados á desmembrar la mitad, y avisado á los que lo habían de pagar, que no lo hiciesen, que como no cesaban las armas no cesaban los Ministros de menear las manos contra las bolsas; y así se cercenaba y se quitaba á todos, y había quien decía: — «¿Por qué se daban hábitos?» — Y respondíale: — «Porque son de paño.» — «¿Por qué se dan llaves? Porque son de hierro. ¿Por qué se dan títulos? Porque son de viento. ¿Por qué no se dá el dinero? Porque es de esencia, de calidad y de sustancia, y no quieren que nadie lo tenga.» — Y añadían más á esto: que Dios los librase de aquel que era liberal para los vicios y miserable para las virtudes, y que sólo se veían acomodadas y puestas en lugares preheminentes las concubinas, las amas de cillas, mujeres bajas y ordinarias, y los que eran tan bajos que las habían recibido por esposas, sin atender á los ejemplares y manifestos recientes que hoy se publican en las otras Cortes de los Reyes, sin escarmiento de Príncipes y sin moderación de la potestad tiránica que se profesa en todas las cuatro partes del mundo, ó más legalmente en casi toda la Europa. Y la peste, que había comenzado los años atrás (porque no faltan calamidades en el Reino), desde Valencia, rodeando las costas abrasaba á Cartagena y á Múrcia, y herido en Málaga, y picado notablemente en Cádiz, en San Lucar de Barrameda y en Sevilla, y hecho estragos y mortandad en Triana, comenzando á quemar ropa, y otras injurias y ruinas; y lo que dá que admirar para conocer estos trabajos y la gravedad de nuestras culpas, que como

vá obrando por las costas de España, que no dará en el Algarbe ni en Lisboa, por ser tierra de enemigos nuestros; tomando Dios este azote para castigar pecados públicos y secretos de asiento y de escándalo, ni ménos tocar en Cataluña ni en otro lugar de enemigos nuestros por la misma causa.

Dióse el oficio de Mayordomo mayor al marqués de Castellarodrigo, y cuanto quieta que los pretendientes castellanos quedaron quejosos de la elección, se tuvo en esto su punto de reparo y providencia á sus persecuciones, á sus trabajos y servicios y peregrinaciones, por más de veinte años en Roma, en Alemania y en Flándes; habiéndole dado el Rey aquel gran gobierno sin pretenderlo él, porque si bien era de su genio, no era de su ambición: miróse en esto á la pérdida de su casa y hacienda, que ha hecho ó le han hecho hacer en Portugal, y la que tenía en Lisboa; pocos señores la tienen mejor en Castilla, reconociéndose en su fidelidad una acción de que se pueden alabar pocos, porque ofreciéndole el marqués de Ferreira, su cuñado, que mirase dónde quería que le pusiesen 2.000 escudos cada mes, dijo que no los quería, habiendo perdido 30 ó 40.000 de renta, y una encomienda mayor de Alcántara, que valía doce, que le quitó el poderoso valido, tomando algunos celos de él, sin qué ni para qué, que en materia del gobierno ánn le quiso tocar en la fidelidad cuando estuvo en Roma, y que se hacía á la banda de Urbano VIII; mas fué calumnia injusta: remuneróle la encomienda en Portugal, pero todo lo perdió; mas al fin se la dejara, ya que no para portugués para castellano; hubiérale dejado sin qué vivir, mas esto siempre fué lo que se negó á todos. Tomóse por color, para emplear el disfavor de los pretendientes y beneméritos, que era preciso dar satisfacción á los portugueses, con que se proveyeron en ellos algunos oficios; dejando desabridos y poco premiados algunos criados castellanos que tenían más derecho y acción á ello. El Rey D. Felipe II hizo á D. Cristóbal de Mora, su padre, su privado y su Camarero mayor, y el duque do Lerma, grande honrador del mundo, cuando lo fué, lo pasó más adelante, le hizo Marqués y le cubrió y le hizo Virey de

Portugal; ellos tambien murmuraban al Rey D. Felipe II que era inclinado á oscedero: el duque de Alba y el duque de Arcos pueden estar quejosos, porque el uno por su condicion, cosa muy antigua en aquella gran Casa si nos atreviésemos, porque ya lo está de mayor y más delgada pluma, á hacer memoria del muy esclarecido D. Fernando de Toledo, duque de Alba, maravilloso Capitan, y de otros muchos ascendientes y descendientes, podiamos hacer un largo prólogo; y el otro por el suceso de Nápoles, todos lo perdieron, no sé si con razon ó justicia, los demás pretendientes, no porque alli no se premiaron muchas calumnias y lo demás que ho referido. Las cosas de Palacio y las de este siglo corren así. ¿Quién le dijera al conde de Olivares, quando le arrojó de él por sus celos y tentaciones á tan distintas partes, y le quiso des- hacer, y quando al Alba le echó tambien de Palacio, que habia de venir tiempo en que el uno habia de ser Mayordomo mayor y el otro Secretario de Cámara! Si él viviera no se viera nada de esto, mas el Rector del Universo es sobre todos los Gobernadores y Regentes de este mundo, y los muda quando le parece, humilla los soberbios envanecidos y levanta los caidos.

En Francia, la Reina madre quiso tratar de medios falsamente con el Parlamento, y para llevar el engaño adelante, se interpuso para ello el duque de Orleans, tio del Rey, y llamó quatro del Parlamento de los más principales, y en el entretanto que se trataban las cosas, reconocieron los del Parlamento que el Mazarini habia hecho aquel engaño para cortarles las cabezas, que reconocido concedieron de miedo todo quanto les pidieron. Vueltos al Parlamento, vino lo que aquéllos habian hecho, y diciéndoles cómo se habian portado tan mal y concedido todo quanto les habian pedido, dijeron el trato que habia y cómo habia sido traza del Mazarini para derribarles las cabezas; que entendida la maraña todo el negocio se volvió á empeorar y pasar la controversia adelante. El Archiduquo, viendo lo que pasaba y el viento que corria, desbandoso alguna gente, y que no lo daban puesto para la plaza de

armas, ni bastimentos para la gente, ántes que el Parlamento era culpado por haber metido al enemigo en su casa, doblado las armas, y á que él que estaba tan hostigado ó ya que de España se mandó que retrocediese á Flándes á recuperar las plazas, ó que no cumplieron las que le habian prometido, no hallando calor en ellos envió al marqués Esfrondiato para que tomase los puertos de Hipre, plaza de mucha consideracion, puesta entre Cotray y Lila, y la cargase; y volvió con todo el resto á la provincia de Nápoles: salieron alistados 3 ó 4.000 infantes y 4.500 caballos para el estado de Milan, marchando por tierra para la campaña de Roma, y por el Ducado de Florencia, dando el paso franco al Pontífice y aquel Duquo para reforzar el ejército y para otra cualquiera ocurrencia del viaje de la Reina, si ya no se miraba á tomar satisfaccion de los vecinos del duque de Saboya ó de otro cualquier potentado á quien los franceses, ó el Rey ó el Parlamento, le habian vuelto las plazas que le tenian tomadas Copinarolo y Susa, como por rehenes de la liga con aquella nacion, y mandaron pasar la guarnicion al Casal de Monferrato, que debia de estar, por la contencion de ambos partidos, muy falido de gente, y no eran tan crecidas sus pasiones que cada uno no miraba por su hacienda: y de la misma manera era constante opinion y voz pública que los ingleses, aquel Parlamento y Junta de Consejos y nuevo Gobierno, ofrecian 400.000 escudos á quien les diese al Príncipe de Gales y Rey de Inglaterra, hijo del difunto Rey, á quien quitaron la cabeza y la corona por justicia, para hacer lo mismo de él y desarraigat totalmente la sucesion; pero qué haromos de los demás hijos y del Príncipe de Orange, principal cabeza de holandeses, que está casado con hija de aquel Rey? Pero yo creo que ningun Príncipe se querrá trabar con ellos en guerra ni introducirse en otro derecho, porque ellos sin duda aman el gobernarse por sí mismos, por los mejores de ellos y por el modo de la aristocracia, sin admitir Príncipe. Pero no será Reino, sino República, porque no se esperaba de los escoceses que habian de hacer, en venganza de lo cometido, para haber sido Jacobo, padre de Cár-

los, ántes de haber sido Rey de Inglaterra, Rey de Escocia; por donde ambos Reinos se juntaron en uno, y por esta causa les habia quedado en el corazon el amor filial y el dolor de lo hecho; mas no eran sus fuerzas poderosas, aunque lo pensaron hacer para embestir y contender con los ingleses y tomar la satisfaccion; pero con el hecho se ha vuelto á la separacion el ejército, y la gente de Escocia se desbizo y peleaban por el Rey en Irlanda contra los ingleses alguna gente: mas ellos llevaban adelante su intento y andaban á buscar al conde de Inuillon, que los acaudillaba, para cortarle la cabeza, y á otros, con que aquel suceso no sosegara tan presto; y por los otros embarazos que se ven y se dejan sentir en la Europa, no habia quien quisiera tomar las armas ni salir á la causa, si bien casi todos hicieron demostracion y sentimiento y se vistieron de luto. No me espanto, porque la accion ha sido tocarles en lo vivo de la conservacion y de la esperanza.

Las revueltas de Francia todavia pasaban adelante; ni soltando las armas, ni el tratar de medios, por nada se ajustaban: la duquesa de Jerosa, como mujer que se ha sabido venir buyendo de Francia á España de las iras y poder del otro Privado, y de España irse á Inglaterra, y de Inglaterra á Flándes, ahora entró en París de parte de la Reina Regente á ver si podia componer algo con aquel Parlamento, que áun estaba más indignado, como temeroso de nuevos fraudes y engaños del Mazarini, como ellos lo muestran en sus manifestos; pero nada venia á concierto, ántes hacian nuevas levas de gente para llevar adelante sus intereses y lo comenzado. Mas el Archiduque Leopoldo, viendo frustrada la correspondencia y las ofertas, y que el trato de los franceses con ningun accidente enmendaba y siempre era uno con nuestras cosas, y aunque llamado en su favor, necesitando de él, la cogida no habia sido buena, ni verdadera, ni dado á los soldados que iban en su socorro, y ainda lo necesario; vuelto á Flándes, como queda dicho, fué sobre la villa de Hipre que habia mandado sitiar, para apretarla y conseguirla, por lo que se habia reconocido en ella que no tenia defensa ni guarni-

cion más que 4.500 franceses, y que de ninguna parcialidad era socorrida ni se esperaba socorro de ellos, siendo aquella plaza de mucha consecuencia, rodeada en torno de mucho número, y jurisdiccion de Villages: al fin la tomó, y con ella á San Vinan, situada en la ribera de la Lisa: todas, como he dicho, plazas importantes, y esta postirera más que razonable, gracias á la desavenencia de franceses, que si no, no niego que el Archiduque, sin embargo, no procediera en aquella recuperacion como se esperaba de su grandeza de ánimo. Pero en nuestra Cataluña, con la pérdida de Tortosa en el año pasado y con los demás, habiendo llegado á ocupar aquella parte, sin duda ninguna éste corriera riesgo notable Valencia ó Zaragoza, ó ambas juntas, segun el ardor con que habian tomado aquello: no tanto por hacerse señores de España, cuanto por dividirla. Se les ha ocurrido á la memoria á los franceses, que el Rey D. Felipe II, en lo último de sus años, cuando tuvo las banderas en París, no quiso enseñorear la Francia, sino dividirla y extinguir la emulacion y opósito que nos tienen y nos hacen socorriendo á nuestros adversarios, y ahora haciéndonos la guerra ¡mal pecado! por falta de prudencia de nuestros Ministros y la venganza de nuestros hechos sobre aquella gente, la ejercitan ahora; mas Dios que vela sobre su grey, ha permitido ahora aquella desavenencia para castigar los hechos execrables cometidos sobre el cuerpo y sangro de Cristo, así en Flándes, así en Italia, así en Cataluña como en Tortosa; maltratando inicuamente al Obispo Campaña, de nacion italiano, General de la seráfica Orden de San Francisco, y todo hecho por la inhumanidad de los hercjes hugonotes, los mejores hijos de la Francia, que estos son los animales que apacientan y las fieras que acarician. Murió la Archiduquesa Cláudia, de la Casa de Médicis, en Expruc, córte del Condado de Tirol, y esposa que fué del Archiduque Leopoldo, hermano del Emperador Ferdinando II, que ahora habia casado una hija con el Emperador Ferdinando III, de segundo matrimonio, pasó de esta vida, Princesa de muy buenas partes.

La desavenencia y oposicion de los franceses, como queda dicho, de unos con otros, pasaba todavía muy adelante; encontrándose y acometiéndose muy vivamente, se herian y hacian pedazos, sin haber traza ni remedio de componerse, siendo ya á esta hora y corrido la mitad del año. Pero á la España no faltaban trabajos y afflicciones con la peste que abrasaba á Sevilla y la tenía destruida, acabado el comercio, siendo la puerta más importante de Occidente para ella, y á la Côte de Castilla, como la más infestada, la abrasaban con tributos y pedidos; queriendo sacar de ella aqui, y por este camino, las rentas que se habian menoscabado en Sevilla y áun las del Reino de Nápoles y Sicilia, el dinero que se habia de enviar á Cataluña, sin haber un hombre. No contentándose con que habian cargado al pobre pueblo y la villa, por el consiguiente, para los gastos de la entrada de la Reina, los arcos, los festines y las invenciones, distribuyéndolo por gremios, además de las otras gabelas que les hacian pagar forzosamente; ahora les pedian con todo rigor donativo, envuelto con rigor de amenazas, haciendo desespear á los hombres: la voracidad y la ambicion cegaba y tenía tapados los entendimientos de la humanidad y la misericordia, sin poner los ojos en la agonía y menoscabo en que nos puso la pérdida de Cataluña por pedidos semejantes, la de Portugal, la de Sicilia, la de Nápoles; tanto, que casi estuvo para acabarse la Monarquía y quebrar con todo, y es bien de considerar que tantas zozobras y sobresaltos no acababan de desengañar al inventor, ni á poder quitarle la venda de los ojos, y que no haya algun Ministro celoso que se oponga á tan peligrosa tentacion y absurdo tan inhumano, que todo sea y no haya otro consejo que chupar la sangre al miserable vasallo. Ahora andaba muy corriente por el mundo el hecho del Pontífice en favor del Protonotario D. Jerónimo de Villanueva, y de la justicia: dió orden á su Nuncio Rospillosi, que asistia en la Côte de España, para que fuese en persona al Reino, Inquisidor general, á pedirle el pleito, y que se le enviase á Roma para determinarle como le pareciese, en pró ó en contra, porque allá le

hacian muy vivas instancias, y que de no dársele, excomulgárgale, ó que pareciese dentro de tres meses en aquella Silla ó Curia romana, que queria ni más ni ménos dar, ó que entendiése España la autoridad y poder que tenía la acción pontifical. Y estaba esto bien visto si hubiera mostrado el mismo coraje con los franceses cuando le abrigaron, defendieron y sacaron de las manos, á pesar suyo, á los Cardenales Barberinos, sobrinos de su antecesor Urbano VIII, sobre querer castigar lo que no castigó el tio en el segundo sobrino; vicios y atrocidades sobre las vírgenes consagradas á Dios, contra el derecho canónico de la clausura, y dado la muerte, como ya queda dicho, y amparados de la Francia lo disimuló, sufrió y calló; demás de que esta no es causa para mostrar tanto rigor: mas el dinero dicen andaba, entre aquellos ministros de la Sede apostólica, muy á manos llenas, que convió el Protonotario, con agente suyo, pasados de 200.000 escudos; tan á manos llenas sólo dejaron tomar en España en gajes de ayuda de costa y otras mercedes. A la proposicion del Nuncio dijo el Inquisidor general queria primero, y ante todas cosas, dar cuenta á S. M. del caso: el tiempo nos irá diciendo el fin del que parece enconoso, aunque con fundamentos muy flacos y sin ser de mayor sujeto, particularmente habiendo caido de la altura en que se vió, cuando bay esto y lo que hemos referido; grandes hemos visto parar en uada. Estaban de otro rostro los parientes con el brío del Pontífice; mas esto, dentro de algunos meses, paró sin hacer otra demostracion alguna: las secretas diligencias que en esto se pusieron de otra parte, hicieron poner el dedo en la boca. La peste de Sevilla y la ruina de aquella gran ciudad pasaba muy adelante, y áun decian habia tocado en Antequera: los médicos de la Côte daban muchos avisos y escritos para no tenerla y preservarse de ella, como si estuviesse en ellos y en sus vanos documentos salir del contagio, dependiendo de Dios por castigo de muchos y graves pecados. Así se lo intimó el profeta Natan al Rey David por el pecado con Betsabé, cometido sobre la inocencia de Urias, que si bien lo lloró, le dijo aquel Profeta de

parte de Dios, que de tres castigos escogiese el uno de guerra, hambre ó peste. Discurriendo como santo, en el de la guerra dijo no alcanzaba al Rey, porque no todas las veces vá á ella, y si alguna vez vá, le aconsejan sus Capitanes, de materia de estado suya, no ponerse en el riesgo, sino en lo más seguro y lejos de la batalla. En lo de la hambre dijo, nunca llegaba al Rey, porque para ello, aunque falte á todo el campo, á ellos no les falta y se lo traen todo á la mano, particularmente cuando se vió que, incitado por la sed ó del deseo del agua de la cisterna de Belen, teniendo todo un campo de enemigos delante, apenas lo oyeron los soldados, los más ardientes y celosos vasallos, abriéndose camino con la espada y volviendo con ella, se la trajeron en un yelmo, si bien se abstuvo de ella por la sangre que habia costado, la derramó y no la quiso beber, ¡grande ejemplo para Príncipes no aventurar los soldados en hechos temerarios! En lo de la peste dijo que á nadie reservaba, ni al más retirado y guardado en alcázares, ni estaba seguro el Rey, y que este castigo escogia por penitencia y paga de su pecado; pero dado que escapo de ella y que los Príncipes se escapen, él lloró su pecado amargamente diciendo que su pan era de dolor y la bebida sus lágrimas; mas si no tienen los demás pavor de ver percer su Reino, no puede dejarles de causar terror viendo se le quitan.

¿Para qué andamos en inquirir qué es peste y sus causas y de qué proceden, si no quitamos los motivos y las raíces? Peste es un mal Príncipe que, habiendo arrasado el Reino, no deja los incentivos que le mueven contra sí: peste es un mal Gobierno podrido de vicios, usuras, cobcheos, ambiciones y deshonestidades: peste es un mal Ministro, un mal Presidente de Hacienda que no se contenta con haber inventado los tributos y beneficiádolos ni querer pagar su hacienda á los vasallos, si un año ó dos siquiera que durmieron algo los juros, los volvió á resucitar. ¿Qué tienen que ver bodas Reales con ver más agudamente á los vasallos y en són de fiesta sangrarlos de nuevo, no querer que haya Casa Real, ni que estén prontos sus adherentes para no querer cumplir con las pagas

ni que estén prontas, sino que anden todos anhelando por servir y él por quitarlos las fuerzas, y el dinero, y el poco caudal que tienen y se les debe, para sustentarse y poderlo llevar, ántes agravándolos con el monstruo horrible de la necesidad, encareciendo el comercio, ni contentándose este año con la toma y pesca de la mitad de los juros? Las bodas Reales siempre fueron de alivio y de mercedes para los vasallos, y así lo hicieron los Reyes pasados; ¿qué fiesta y gusto han de tener, con no ver ninguna, y haberlos congojado? Y así fueron estas bodas de poco contento; porque si se abrasaba la Andalucía con la peste, porque ya rodeaban á Sevilla más de cuarenta lugares de este contagio, se ardía Madrid y Castilla de pedidos.

El Parlamento de París, el Rey y la Reina Regente, viendo que el Archiduque Leopoldo recobraba las plazas de Flándes, que ellos habian tomado, y últimamente á Hipré y San Viñan, y que se disponia el ir á tomar á Gravelingas, y que todo esto era, si bien con su gran valor y esfuerzo, falta de franceses y de sus sediciones; y que demás de esto aquél habia sido llamado y salido con ejército muy poderoso en ayuda y defensa del Parlamento, y vuéltose por el mal acogimiento que halló en ellos, no por otra causa que por lo referido, por pasar con la guerra adelante y por dar á entender al mundo que, aunque diversos entre sí, tenía y le sobraban las fuerzas para hacerlo y para tentar mayores empresas ó invasiones; habiendo, pues, el Rey y la Reina hecho alto en Compien, y no queriendo aquel pueblo de París ni aquel Parlamento admitir al Mazarini, resolvieron por este tiempo, y serlo de guerrear, guardar los conciertos y capitulaciones para el invierno: y tambien que Cataluña se hallaba, por la misma causa, expuesta á que en ella no hubiera alguna novedad, mas que tambien se recobrasen algunas plazas, para lo qual habia salido ya D. Juan de Garay á prevenir y encaminar sus gentes á las partes que nos dirá el tiempo. En fin, ajustadas algunas cosas entre el Parlamento, el Rey y la Reina, porquo el fin de los Privados, y como de aquí sucede de ordinario

que unos son expulsos con más razón que otros, y en ésto la había muy poderosa, también se les hace como al enemigo la puenta de plata, porque, como digo, los más lo son y se les hacen algunos partidos, si por lo bien que han servido á sí mismos, por lo mal que han gobernado; y, finalmente, deshaciéndose de él aquel pueblo, le dieron en recompensa, ó que el Rey y la Reina se la quiso dar con algun particular designio y cautela por entonces, demás de lo que luégo diremos, como es de ordinario, el gobierno de Picardía, provincia fertilísima, confinante con los Países-Bajos, y áun de esto hay bien que admirar pasase por esto, y como ellos han sabido hablar tan claro por un extranjero. Viéndose allí el Mazarini, ó bien de acuerdo de la misma Francia, entró en altos pensamientos y en ser armigero, como fronterizo y Gobernador, y dió á entender que Perona, ciudad principal de Picardía, no le quería obedecer, diciendo que tenía Rey; y para esto, viendo algo sosgado el Reino, que áun todavía nos dicen que no está purgado de malos humores, viendo la gente de guerra que se había juntado de ambas partes, ociosa, y también la que se había traído de Alemania, Países-Bajos y de Cataluña, que todos eran 20.000 infantes y 5.000 caballos, con las inventivas de Perona, le pareció dar con ellos sobre plazas importantes y hacer empresa de memoria, y esto á costa del Rey Católico, que es la influencia de estos tiempos, sobre las fuerzas del Archiduque, vengarse el Rey y la Reina de la entrada en Francia contra su poder, pagarle el Parlamento el auxilio que le había prestado el Mazarini en quererle hacer expulso; que esto lo han hecho los Reyes tan soberbios, que quieren proceder contra ellos, y otrosí satisfacerse de las plazas perdidas, y tomando por materia paliada ó por proteger lo de Picardía, como queda dicho, viendo también que el caudal debía de estar falido ó frustrado con las diferencias, porque los tributos no debían de haber corrido ni se habrían cobrado, porque sobre esto eran las diferencias y disensiones; salió de sí el Mazarini, y para fomentar la guerra ó la venganza de no haberlo apoyado ni favorecido el Rey Católico, ántes enviado

sus armas contra el partido de la Reina, su hermana, dió 500.000 escudos que sacó del Erario y depositó que tenía en Venecia, si suyo ó hurtado, como dicen los franceses en sus manifiestos, porque dá que admirar que un hombre de tan bajos fundamentos, como también ellos dicen, tenga tanto dinero. En esto no levantamos nada de nuestra cabeza, pues ellos lo escriben en sus manifiestos públicos, ó para tratar con más decoro la dignidad cardenalicia, sería ó fué muy posible que en tiempo tan apretado ó peligroso en aquella villa, como andaba en balanza, fuese restitución ó querer captar la benevolencia á los franceses, que todas estas cosas se hallan en este linaje de gente. Con este dinero y con estos aprestos, encaminados á Perona y por caudillo el nunca vencido Capitán Conde de Arcurt, el que dejó la vanidad, el encomio, la arrogancia y el sitio de Lérída en las manos del duque del Infantado, nieto del duque de Lerma, el grande Pablo de Parada, y las otras prodigiosas gentes á quienes se debe aquella victoria, porque el Príncipe de Condé, que también se levantó de la misma plaza mal contento, aunque alabado en el manifiesto del Rey, se retiró á su gobierno del Ducado de Borgoña, y no le dieron por entonces el cuidado de la guerra de Flándes con que fielmente la Princesa á Barcelona (*sic*), que el Mazarini lo quería quitar la honra. Llegado allí, habiendo informado mejor á las espías, marcharon no ménos que á la importantísima plaza de Cambray y la cargaron, cerraron de trincheas, reductos y otras máquinas y fortificaciones: el Archiduque Leopoldo, que en este trance no dormía, perdía tiempo y ocasion; si bien no tan formidabile como el enemigo, sacó sus gentes y se puso en muy poca distancia del puesto á chocar ó echarle de allí y socorrer la plaza, que despues de el saco de Gante, del castillo de Ambéres, es la tercera llave y muralla de los Estados de Flándes: estaba por castellano de Cambray el conde de Gracies, si no faltó do viveres, con poco ménos de 3.000 hombres para la defensa.

Está Perona sentada en la ribera de la Soma; tiene, á poco trecho y á la parte oriental ó la diestra mano, como se vá á

los Países-Bajos, el fuerte de Tillet, y más, á poco más ó ménos de seis leguas, la plaza de Cambrai, sobre la ribera de la Escalda. Echóla el sitio el francés á los principios de Julio de este año; mas Su Alteza dispuso con brevedad y con decoro el socorrerla á viva fuerza y á la cara del enemigo, y enemigo tan vano, dividiendo su ejército en tres trozos aprestados á 800 caballos y otros tantos infantes á la grupa, y arriando á éstos los demás que eran menester para hacer 2.000 hombres, que era lo preciso, y avisando al castellano de Cambrai, por donde se habia de hacer el socorro, y dando por cabo de esta gente al coronel Viullel, alemán de nacion, rompieron los cuarteles y entraron con muerte de muchos franceses y ninguna pérdida de nuestra gente; con que el Conde de Arcurt, habiendo estado allí poco ménos de doce dias en el asedio, levantó el sitio, dió fuego á las barracas y se retiró á Satelet, desbandose el ejército y la gente, la mejor, sin duda, y la más veterana que tenían, y en esta manera toda la tramoya del Cardenal Mazarini y de aquellos á quien él engaña, como dicen los franceses, se desvaneció y paró en el humo; y el Conde de Arcurt iba cayendo á toda priesa de su reputacion y empresas, y le podian retirar como á los demás. Quedó Cambrai libre de asedio; y Su Alteza, tan glorioso de haber socorrido tan importante plaza y echado aquel enemigo de la tierra, hizo reforzar la frontera y proveerse de bastimentos y armas, y expúsose de nuevo á resarcir otro qualquier intento del enemigo. Hay quien dice, que esto hecho era hijo del genio y ambicion del Mazarini, y resolucion de elegir y tomar puesto y asiento en sus cosas y en su vida, por andar muy combatedo de recios temporales, porque los franceses no le querian en sus tierras, ni en Sicilia, donde él era natural, mucho ménos por estar reconocido de traidor á su nativo Señor, y ahora le querian tomar á Cambrai: en Roma era fuerza que ni en una ni en otra faccion le hiciesen lugar, y para esta causa queria ser señor libre, y potentado y Arzobispo de Cambrai y de todo el Cambresi, y hacer este tiro al Rey Católico y al Archiduque: y no discurre mal el que lo dice, pues quiso que

fuese á costa de su dinero; y áun pasan más adelante, que habian sacado Breve del Papa y pedidole dieso la investidura: muchas cosas de estas se suelen hallar en el dictámen y genio de los Pontífices; tampoco me ajusto á esto, porque ¿cómo podia dar el Papa lo que ántes fué del derecho del Imperio, y lo cedió en el Rey D. Felipe II, por haberlo tiranizado un francesillo, Mos de Volani, y ganádole con las armas católicas y por los puños D. Pedro Enriquez, Conde de Fuentes, y el maravilloso capitán D. Agustin Mejia? Podialo tomar ahora, mas estaba expuesto á que se lo volviesen á tomar, y el recurso de una guerra mortal, larga y peligrosa, al fin fuera una contentacion notable y traer allí todo el poder de la Francia, cuando las fuerzas de todo el País-Bajo están muy flacas por falta de dinero y de españoles, y nos tienen tomado mucho, y no podemos salir con ello: fuera sin duda pérdida muy sensible, mas no puedo yo creer que tomándola los franceses dejaran joya tan importante. Siempre éstos tienen pensamientos de ícaro, que volaba con alas de cera al cielo. Y era grande desigualdad tales designios y pensamientos, porque tambien pasara á querer enseñorearse de los Países-Bajos y áun se atreviera á dominar á los licjeses: arimábase á este intento querer hacer ruido y diversion para las cosas de Cataluña, porque el conde de Agramonte andaba muy vivo, y solicitó por tierra de Labort, informándose de pasos y entradas, como si lo ignorara y no los tuviera medidos á palmos, para bajar y hacer entradas por Navarra. Muchos de nuestros españoles lo entendieron así; mas era todo arma falsa y ruido hecho: no más de por torcer y descaminar designios quisieron enviar para el mismo efecto al duque de Mercurio, hijo del bastardo de Bandoma, y por Virey de Cataluña fué este hijo de Enrique IV, á quien se le encargaba la guerra y la infantería, y á M. de Crequi, con 2.000 caballos; mas esto último, si bien se trató de ello, no tuvo efecto, y como habian reñido andaban desvariando y no hicieron efecto de consideracion. Olvidaseme de referir una cosa bien ridicula: que tuvo el Mazarini por tan suya la plaza de Cambrai, que bay quien dice que

dió forma á los arcos y á la entrada y al solemne recibimiento que le habian de hacer; mas convirtiéndose este diseño en una sátira que los franceses le hicieron: digno es de alabanza y de memoria el acierto y cuidado del esclarecido señor el Archiduque Leopoldo. La causa del duque de Híjar se concluyó con enviarle cercado de guardas á la fortaleza de Leon, donde discurren los más advertidos que será su fin y sepulcro: así paga la inconsideracion del juicio mal gobernado de ruinas y flexibles fundamentos, tales ideas! El contagio de Sevilla, por la misericordia de Dios, habia parado, y aquella ciudad se iba reparando del estrago; muchos de los moradores se volvieron á ella; el trato y el comercio tornó á tomar su curso; lo cierto fué que las rentas Reales recibieron daño. El Papa y el duque de Parma andaban todavía á las vueltas, porque no le faltan rumores á Italia; el Rey Católico no habia querido arrimarse á un partido ni á otro, sino mediar: dicen que aquel Duque le habia tomado lugares; parece ser que uno de sus pasados, habiendo en Roma un Monte de Piedad, que, para hablar más claro, es propiamente casa donde se junta tesoro, que se dá á los que lo piden en empeño ó empréstito sobre prendas muy gruesas y de calidad, uno de ellos, como digo, pidió que le diesen 400,000 escudos, y dió en empeño y por resguardo el Condado de Castro; los demás Duques, éste y su padre, sin atender á la paga, no queriendo dárselo: los Pontífices decian pagasen la deuda, ó bien que el usufructo, así de equivalente al empréstito; no queriendo darles aquel Estado, han echado mano á las armas: deo aparte la justicia que cada uno tuviere, y la pongo en su lugar. El Veneciano, el Florentin, tienen, y tambien el Modenés, algunas pretensiones de tierras que los tienen los Pontífices; ahora está callado y en silencio, si bien á Urbano VIII le hicieron guerra los años pasados: ahora el parmesano la ha vuelto á refrescar con Inocencio X. Las con-
 teneciones no faltaran en el mundo entre unos Príncipes y otros, porque sólo se atiende al interés y á no más felicidad que á la posesion de las cosas y bienes humanos, olvidándose de los externos, que no son caducos ni perecederos como aque-

llos. Hemos referido en estos seis meses pasados quanto se ha podido recoger y arrastrar en la Europa, con la mayor verdad que se ha podido; lo que faltare á la verdad no es culpa nuestra ni falta de diligencia, sino ántes de las relaciones en que muchos autores de materias semejantes han tropezado; mi interés es dar una buena y expresa relacion al mundo de los acontecimientos que de nuestros tiempos han sido, en la comun esperanza, notables, dignos de notar, de admirar, y de observar el ejemplo á los venideros para huir de los no tal, y si algo hubiere bueno, aprovecharse de ello: el deseo ha sido semejante á enseñar la buena política; si las obligaciones de los Príncipes y sus casas dieren lugar á ello, creo que han do-
 scado lo mejor; mas la variedad y el peso de accidentes no dá lugar á poder ascender á lo más generoso de las acciones y de las virtudes, por distribuir las y derramarlas en los súbditos y en el bien público.

LIBRO VIGÉSIMO.

ARGUMENTO.

Discurso por el estado de las cosas de la Europa: muere la Emperatriz María Leopolda. Envía el Gran Turco Mahomet una embajada al Rey D. Felipe IV; el ejército católico entra por Cataluña. Vuelve el Rey y la Reina madre de Francia á París; vuélvese á alterar el Parlamento y el pueblo contra el Cardenal Mazarini y cercánlo en su casa, pero luego cesa el rumor. El Arzobispo y el Elector de Colonia quieren reducir á sí á los liejoses y recobrar aquellas tierras y villas, y defiéndelos el Rey de Francia con ejército: las contiendas del Papa y duque de Lerma, pasan muy adelante, y describese la jornada de la Reina Católica desde Alemania á España, con que se concluye la tercera parte de estos comentarios y los seis libros que se contienen en ellos.

Los hechos heroicos y las virtudes de los grandes varones no son más señalados de cuanto se encargaron de escribir— los los ilustres ingenios, porque estas memorias quedaron para la posteridad, para idea y dechado de la juventud y para que sigan aquellos pasos y cometan cosas árdnas y heroicas, y tambien para que sepan ir y resguardarse de lo que fuere malo. Fué esto, sin duda, muy sabroso para aquellos que las hicieron y vivieron segun lo mejor y más corporal de la naturaleza y de la ley, y todo aquello á que los animó el espíritu generoso; mas cuando estos escritores entre sus obras no callaron los vicios que tuvieron otros que poseyeron altos lugares

en el mundo contra toda razon y derecho, siendo forzoso quedar notados de infamia y de vituperio, ¿quién duda que tambien se le puso esto por delante á la juventud por medicina y por aviso, para que buyese de semejantes vicios y maldades? porque como se apetece lo uno se abraza lo otro, así en todas eras, por virtud del cielo, nunca han faltado escritores esclarecidos que saliesen victoriosamente con semejantes intentos, ilustrando con las plumas grandes Imperios y Monarquías. Los griegos y los romanos fueron muy señalados en este arte del historiar, y así son muy aplaudidos de aquellas gentes y de las nuestras que tienen letras, y crigieron escue-las para la educacion y enseñaanza de los hombres mejores.

Y viniendo, pues, á nuestro propósito y á la conclusion de los sucesos acaecidos en los seis meses que nos faltan deste año, y para fencer los seis libros de la tercera parte de estos comentarios, viniendo á las cosas de Flándes, plaza de armas la más sangrienta del mundo, y de Francia, despues de haber echado al enemigo de Cambray, el ejército del Archiduque Leopoldo y el del conde de Arcurt, no hacian otros movimientos de consideracion que estarse mirando el uno al otro, porque se habian atravesado medios de querer tratar de paz entre Francia y España, como lo pedia el pueblo, bombres de negocios y tratantes, para aumentarse, vender sus haciendas y mercaderias; reconociéndose que padecian menoscabo en esto, y que de otra manera no era posible pagar los derechos y gabelas, y muchos del Parlamento y de la nobleza se inclinaban á esto: para lo qual estaba nonbrado el conde de Peñaranda y otras personas principales del Pais-Bajo, y el Cardenal Mazarini, que ya se habia desembozado de la tramoya de Cambray, habia de ser en San Quintin, ciudad de la provincia de Picardia, y muy conjunto á nuestros países. Será esto si saliese con reputacion de nuestra parte, que lo dudo, por lo que nos tienen tomado y que no nos han de volver y es fuerza dejarlo, no por otra causa que por haberlo perdido; porque nosotros, si les tomamos algo, se lo volvemos, porque de otra manera no hay paz, y ellos, por ser la primera vez que nos han tomado

algo, no lo quieren volver. Sea la paz mala ó sea buena, será de alivio y desahogo para España, ni más ni ménos para la Francia y áun para la Europa, porque todos los Príncipes, así de nuestra parte como de la suya, serán comprendidos en ella, respirará el mundo, porque de ella pendo todo, hasta lo más apartado. Mas Jay de Portugal si quedase fneral porque sin duda ninguna será fin amargo, y atendiendo bien al caso, como se debe, el Rey Católico no la hará de otra manera que dejándosele libre en las manos y sin socorrerle, para castigar el Tirano; mas en estos lances era indubitable, como queda referido, que el Mazarini estaba herido de una sátra que los flamencos le habian hecho sobre la posesion de Cambray, los triunfos y los arcos que se le habian puesto en la cabeza, y todo lo demás que se infiere, de modo que para con nosotros tenia más dañado el corazon y ora entrecenimiento de la paz; mas aquel Príncipe, hijo de la Casa de Austria, desbarató sus intentos y fué como el Capitan de los ejércitos celestiales que arrojó al profundo al Angel de la soberbia. Tampoco me acabo de ajustar que aquel Padre de la Iglesia y de tan alto ingenio, hiciese una cosa tan desviada de la buena razon con un hijo de ella tan calificado, que le dá sus hombres y su espada en la necesidad; al fin el Mazarini, como era traidor al Rey Católico, por lo que tiene de vasallo y ser natural de Silia, queria tener parte en sus bienes y ser tirano, que es muy conjunto al traidor: más dificultosa quedaba la duda y en pió si saliera con ello, y aunque se ha referido otra vez, tenga paciencia el lector, léalo por aquella parte y por ésta, que en ambas hay una novedad que para mí es muy sabroso; si no puedo con la espada derribar un grande enemigo, con la pluma, y en lo tocante á los tratados de paz, el tiempo, que andando nos lo dirá para satisfacer al curioso, y lo inserimos aquí. Aquella ciudad de Compion, doude hicieron alto el Rey y la Reina ántes de entrar en París, que en semejantes casos no se habia de hacer pió en ella, téngola por azarosa, porque en el tiempo pasado, en semejantes casos, revoluciones y contiendas, hizo allí su alojamiento la Reina madre de Francia, Maria de Médici-

cis, de la Casa de Florencia, en las dependencias que tuvo con el Rey Luis, su hijo, y el Cardenal de Richelieu, que entonces tenía por adverso y contrario al privado, y pasó tan adelante, que hubo de salir al País-Bajo y valerse de la sombra del Rey D. Felipe IV, que ya en aquel Reino no les falta á las Reinas Regentes que sufrir más que á dos Cardenales, uno por enemigo y otro por valido: servicio fué haberla enviado á decir ántes de su entrada en París, como queda dicho, que viniese á tomar el gobierno; pero también fué cosa muy áccda enviárselo á decir también que si no lo hiciere lo darian á otro. Finalmente, en esta parte, ni en aquélla, no se ajustaban las cosas, porque todo procedía de no levantar la mano de pedidos, porque los franceses son como los catalanes, que no quieren que les toquen al real, y áun todas las naciones lo llevan mal; sólo el castellano lo lleva con más sufrimiento, y todo aquello era de odio y pasión de favores injustos y excusados. Había salido un libro en París que se intitulaba *La cortina de la cama de la Reina*, de todas maneras insolente y más libre de lo que era justo, bien así como de francés: la Reina se quejó muy vivamente al Parlamento de que le hubiese dejado salir, y publicádole; el Parlamento, frívolamente, habiendo hecho conocimiento del autor, preso y residenciado, le condenó á muerte de horea; mas como las cosas andaban todavía de revuelta, de mala fé y erecencia, sacando al hombre al suplicio se desmandaron de las escuelas y universidades 4 ó 5.000 estudiantes, y se le quitaron á las justicias: con tanta libertad andaban las cosas. A este tiempo se vió una novedad en la Côte jamás oída ni esperada: casi á los fines de Agosto de este año (quien lo creyó) un Embajador del Turco al Rey Católico: avisado del conde Oñate, Virey de Nápoles, con muy particulares fundamentos, sin parecer novela, sin declarar el caso más de que dijo al Conde que era una cosa de gusto del Rey, desembarcó en Valencia y vino á la Côte con otros turcos y mandó el Rey que le hospedasen en la fortaleza del lugar de Odon, cerca de la Côte, y á esta hora no se ha podido saber ni investigar nada, porque el Rey á la misma enfermó de unas

calenturas continuas, que fué Dios servido quitárselas; porque este mes siempre ha parecido, digo, ha sido muy contrario y fatal á su salud, como lo fué el de 27, que casi llegó á lo último, porque la calentura retrocedió con el continuo milagro de los puncillos de San Nicolás de Tolentino. Había quemado el Veneciano la Armada al Turco sobre la misma invasion de quererles quitar la Isla de Candia junta al archipiélago: acertó á dar un bala del armada adonde estaba la pólvora del Turco, y ardió de manera, con la mucha abundancia que traía, que todo voló, sin quedarlo bajel ni hombre. De esto quedaron ufanos los venecianos, y sobre esto se presume que había alguna novedad y que la venida del Embajador turquesco era sobre ello; mas los venecianos curáronse en salud con un correo que enviaron al Rey Católico á dar cuenta de sí y á depositar en las manos de S. M. la conferencia y la causa, y á tomarle por protector como Principe mayor y más soberano en Italia.

De Cataluña tampoco se sabía nada, si bien estaban allí los Generales referidos con buen golpe de infantería; mas otros decían que muy poca, y librándolo todo en la caballería, que era más que razonable. De Portugal, de la misma manera, sólo que el enemigo, que hacía algunas entradas por la frontera de Galicia, quemó algunas en el campo, mas los cabos de aquella frontera, á cuyo cargo están las armas del Reino de Galicia, como D. Francisco de Velasco, Teniente general de caballería, D. Francisco de la Cueva, Comisario general de ella y otros de la infantería, los volvieron con parte, digo, con muerte de una parte razonable y prendieron otra, quitándoles las armas. En el Reino de Nápoles no faltaban desasosiegos y cuidados, porque si bien se había trabajado con el pueblo y reduciéndole el Virey, conde de Oñate, andaba á las vueltas con alguna parte de los nobles, y el día que se entró por fuerza á sosegar la plebe, se halló en la casa del duque de Guisa (todavía prisionero): entre las cosas que se tomaron, un baulillo; en él había papeles y cartas de confianza de algunos nobles que se careaban con él caso que se toma-

sen el Reino, y esto por no perder sus casas y haciendas; ordinario modo de composicion en accidentes semejantes, que en los casos más árdnos y adversos la mayor felicidad es defender cada hombre su capa. Quien aconsejaba al Viroy que quemase aquel baulillo, que era consejo prudente para no saber las faltas de la nobleza, ya que se habian visto las demás, digo, de los populares, remediádolas y perdonádolos, que no viesen aquéllas por no volver á resucitar el fuego, y fuese el perdon general para todos: no queria el conde de Oñate seguir aquel parecer, pareciéndole que faltaba al servicio del Rey y á la buena Regencia, y que de no castigar sucedería lo contrario si éstas no las publicaba. Quería resistenciar y castigar, más la discrecion le avisó no lo hiciese, por no remover humores y porque el tiempo no era de sazón para hacerlo ántes; pues las cosas de Italia, particularmente las de aquel Reino, estaban en tranquilidad y sosiego, dejase correr prósperamente el tiempo, maestro de todas las cosas. Este particularmente nos dirá lo que resta y más en sazón que casi todas las armas de Italia, así las de mar como las de tierra, estaban en Milan y en Génova ó en el Final, como despues diremos con más extension y claridad. Para el viaje de la Reina á España, vuelvo á decir, estaban en aquella ciudad y Estado, de quien nos escriben que ha sido cosa maravillosa y rara las fiestas que la han hecho en su recibimiento y entrada, sin embargo el tener á España suspensa la tardanza de su venida, y más la indisposicion de Su Majestad en tiempo que la esperaba. Las cosas de Alemania, si bien no habia guerra, habia un estado más perjudicial que si la hubiera, así de sucesos como de franceses, porque aquellos poseian las ciudades mejores y éstos de la misma manera. Con la paz con el César, no bastando que el francés habia sacado parte de sus guarniciones de la Alsacia, de la Lorena y otras partes, para sus diferencias entre ellos mismos, como dejamos dicho, y deshechas y acabadas en el sitio de Cambray y por el Archiduque Leopoldo, los sucesos, á esta sombra vana de paz, porque no es legítima ni verdadera, disfrutaban y molestaban las ciu-

dades imperiales, y al Emperador no le era dado más que á tener su ejército en sus Estados, defender y guardar su casa y su patrimonio; y áun esto no le era posible hacer enteramente, porque áun no habia podido echar de Praga, Córte de Bohemia, hasta que con algunos partidos razonables salieron á ellos, porque las plazas que tocaban á la dignidad imperial no las habia podido mantener, y casi todas estaban en poder de suecos, protestantes y franceses, como liga de unos y otros. La respuesta que dió el Cardenal Mazarini al conde de Peñaranda, queriendo pasar adelante en los tratados de paz que tantas veces hemos repetido, fué, que si pensaba que se habia de volver á Cataluña y á Portolongo y dejar de asistir al Portugués, que no habia para qué venir á San Quintin ni tratar de nada; para que se vea que siempre están tenaces y protivos, sino que es su materia de estado, como tienen cogido llevar la guerra adelante. Respondió el Conde que no podia resolver nada hasta avisar al Rey Católico, y así todo caminaba sin timon, ni velas, ni á tomar pié en ningun ajustamiento. El Garay decia lo que todos los generales y capitanes han dicho, juntamente con cabos y soldados, que para entrar en Cataluña y hacer progresos de consideracion, que le enviasen 600.000 escudos; de suerte que en todo se veian recrecer dificultades para esperar en las cosas de España algun razonable suceso, porque esto siempre sucedia como se guardaba, que era el mayor enemigo que nos hacia la guerra, porque áun callando esto y no teniéndolo ellos, acometian á nuestra flaqueza pública por cerca de treinta años en este reinado: y lo que hoy habia de consuelo, es que el Rey, á fines de Agosto, recobró la salud que se deseaba y le faltaron las tercianas que tuvieron en cuidado al Reino. Inglaterra seguia su derrota y se gobernaba sin Rey, porque ese aborrecimiento casi habia entrado en todos los corazones de los hombres de la tierra por los malos oficios que recibian de ellos. Murió la Emperatriz María Leopolda en Viena, córte de la Austria inferior, de parto, mujer segunda del Emperador Ferdinando III, hija segunda del Archiduque Leopoldo, su tio, hermano de su padre

y de Claudia, difuntos, durándole aquella majestad humana algo más de un año, en edad de diez y siete años y medio, dejando un Príncipe. Hablábase mucho en la Corte de esta venida del Embajador del Turco, Mahomet, y como la indisposición de Su Majestad se había atravesado para oírlo hasta la convalecencia, él muy callado y cerrado, y por más que se discurría en ello, no se podía dar alcance á la novedad: enviáronle para saber algo y para pedirle las cartas de creencia, á Odon, al Secretario Coloma, que lo era de Estado, y dió por respuesta lo había de decir á boca; finalmente, por razones que le dió ser enviado por Su Majestad, y que era un Ministro de Consejo tan sagrado, no le pudo sacar nada, y se hubo de volver con esta sola diligencia á dar cuenta á D. Luis de Haro, y aquel Consejo, para que se la diese al Rey. Discurrían los demás noticia de la Corte y de su origen, demás de ser infiel; quién decía que era francés renegado; otros le daban nacimiento italiano, autorizado en la persona, versado en lenguas, así la árabiga, la española y la italiana; el séquito muy corto y la familia muy menuda, tanto, que más parecía Embajador de algun Bajá que de Gran Turco, de quien tanto dice el mundo, así del poder como de la majestad; y lo que más se ha podido rastrear de él y de los que le han asistido al hospedaje, que decía era en beneficio de la Cristiandad. Todo lo puede Dios hacer; como había sido así en daño, despues que Mahoma entró en el mundo, quicra ahora hacer alguna mudanza para su exaltación, porque á la fin lo tiene prometido que quebrantar á todos los errores de los malos y prevalecerá su Iglesia y todos militarán debajo de su estandarte; quedando, como lo dijo el mismo Hijo de Dios, ciñéndolo una palabra todo, *Unus Pastor* y *unus ovile*. No puede durar mucho ni estar escondido este secreto; diremos los que alcanzáremos, si nos fuere dado el saberlo: al fin habló á Su Majestad, que lo esperó en la pieza grande, sobre unas gradas y un dosel, sin mudanza en su traje, de aquel que usa en los Embajadores de los Príncipes; traía entonces luto por la muerte de la Emperatriz. Refirió estas menudencias, para que si leyere algun día mis papeles

se sepa lo procedido en esta acción, porque se decía que, como cosa nueva y nunca araccida (á lo ménos yo no la he topado), se andaba investigando, de la noticia de los leídos, de los archivos de nuestros cronistas, desenvolviendo todas las escrituras del Archivo de Simancas, lo que en esto se podía hallar. Esperóle, como digo, á diferencia de los otros Embajadores, que es en pié y arriado á un bufete, casi en las primeras piezas de su cuarto de Palacio, porque se quiso estirar más con éste, porqué el Gran Turco, dicea, recibe así á los Embajadores: llevóle D. Cristóbal de Gaveria, conductor de Embajadores, Teniente de Guarda española en ausencia de D. Rodrigo de Tapia, que era en conductor, en un coche de Palacio, porque él no traía, y en otro algunos turcos bien desarrapados. Comenzó su arenga, como si fuera predicador católico, en aquellas palabras de Sacra, Católica y Real Majestad; no parecieron palabras de turco, se lo mandaría así, segun su soberbia y linchazon, y do que tenemos larga noticia de los escritores; dióle la bienvenida á la Reina, y de la salud alcanzada, de que se alegraría el Gran Señor cuando le alcanzase el aviso de su jornada: habló aquel día de cumplimiento. Otro día por la mañana dijo al Rey á lo que venia, con todo secreto, dándola también al Consejo de Estado, como padres del secreto, y no se pudo saber más de que quedaron contentos de lo que el Turco dijo, ni se ha podido trascender otra cosa. La poca autoridad y lucimiento de su persona y familia, ha desconfiado mucho en el pueblo que sea de consideración, segun lo que nos dicen y sabemos de aquel bárbaro; sin embargo, prorumpió en novedades y mentiras, haciéndole rico, ya que traía presentes de joyas y leones: hospedáronle junto á Santa Bárbara, sustentándole siempre á él y á los pocos que traía á las expensas del Rey; siendo aquel día en que habló de grande ruido en la Corte, concurso de pueblo en la calle Mayor y en Palacio, por la novedad y por lo demasiado que se prometieron ver.

Pero aunque no podamos saber de cierto la verdad, no hemos de dejar este punto tan desierto de lo que se presumió, que no hemos de decir algo á la curiosidad y á los investiga-

dores de semejantes secretos: decían los que discurren, era la libertad de la Sultana presa en Malta; otros, alguna introducción en los venecianos en materia de la guerra: no siendo posible dejar de sospechar algo, porque luégo que el Embajador partió de Constantinopla y le dieron paso por Italia, avisaron los venecianos á su Embajador en la Corte de España, procurase saber lo que era aquello y qué contenía la jornada, y entónces, con más cuidado, cuando la armada turquesca había recibido otro encuentro de la Venecia, y atento el Embajador en España en la Corte del Rey, habiendo ya visto ejecutada, no se negó hasta que fué á Su Majestad y se atrevió á preguntarle lo que aquello era y el intonto de novedad tan grande, y Su Majestad, corrándose en lo demás, respondió que no era cosa que les tocaba: la verdad, sin duda, estaba muy cubierta y embozada, porque aún no había salido de la boca de los Ministros del Consejo de Estado. Pasaban adelante los ambiciosos de novedades, y deseando despuntar de agudos á dar la enigma y la brújula del misterio, que éste verdaderamente venía á recaer en la Francia, porque aquella amistad que tenía con el Turco, infame de todas maneras en odio de España y de sus Príncipes, que aceptó el Rey Francisco I cuando fué vencido y preso en la memorable batalla de Pavía de los esclarecidos capitanes del Emperador Carlos V, y que asentó cuando se vió libre, con cláusulas y pretextos, ni limpios ni cristianos; que ahora se haya faltado á ella, había socorrido á los venecianos, y en los reencuentros que habían tenido había visto franceses y no españoles, siendo el Rey Católico, en aquella region como en todas, el mayor Príncipe en Italia y ménos afecto á su ley: y esto, sin duda, es falso, porque el Rey ayudaba á los venecianos con una escuadra de bajeles, ó vayan allá, ó queden en resguardo, y que esto le había movido á tomar pretextos de venganza, querer volver el rostro al Rey Católico, entrar en amistad con él, lisonjearle, y que viendo en los trabajos en que se hallaba, concitados de aquel enemigo, le ofrecía 42.000 cristianos esclavos que tenía, y que se los pondría en la parte que quisiese, para la recu-

peración de sus Estados; convienc á saber: el Principado de Cataluña, el Reino de Portugal. Tambien me parece está muy desemejable y llena de dificultades la materia; pero no lo está tanto, que si como corren sus armadas por el mar Mediterráneo doblasen á Sicilia y sus cabos, se arrimasen á Narbona, Tolon y Marsella y toda aquella parte de la Provenzá, no le sería sabroso, y se le podia meter una guerra en casa, mucho más pesada que la que se le pensó hacer en los años en Isla deras, que están enfrente de los puertos referidos, y no deja de merecerlo, porque él la hace con armas heréticas y profanas, y aquí no se pretende hacerla sino con cristianas; y si se arrimase á Barcelona ó á Lisboa, tambien sería de cuidado. Muchas cosas se discurren que no caminaban con entero juicio, y como no se sabía la verdad ni el caso, todo era delirar; y luégo pasaban más allá de lo posible, que quería entregar á Jerusalem y los Lugares Santos para que los poseyesen los cristianos. Esto es quererse acabar el mundo, porque así nos lo tienen profetizado que será á la postre, y que como fué maravillosa y admirable en sus principios, prevalecerá en la misma majestad y volverá á ser ciudad de Dios: desonvuelven pronósticos y adivinaciones pasadas y que ha de ser el año 50, y como le ven tan cerca y tan vecino al año de 49, que vamos acabando de escribir, quieren que se haya cumplido; háules dado materia para discurrir y casi tocan en frentécicos, ¡será lo que Dios quisiere! aquí escocudo mi juicio. Otros, que se suspendiese el piratear, no captivar, extinguir los esclabones y las cadenas de la tiranía y la prisión, y dar libertad á los cautivos vivos; que pedía escala franca en los puertos del Rey para contratar: no apruebo esto postroero. Finalmente, al Embajador se le hacía un pasaje, y lo que más nos aseguran es que quiero paz con el Rey Católico: esperemos á saber la verdad, y lo cierto es esto, es escribir lo que se ha visto; pero tambien lo que no se sabe, más lo que se puede discurrir en secreto tan oculto. Sin embargo, preguntándole al Secretario Coloma qué era esto, se le oyó decir que no era otra cosa que aumentar cuidados: á él le mudaron de

la posada que tenía junto á Santa Bárbara á la casa de D. Rodrigo de Herrera, enfrente de los Carmelitas Descalzos, y D. Luis de Haro le ha hecho muchas caricias; todas son circunstancias que dan á entender efectos de consideración. Finalmente, este es un cometa que se ha aparecido en el hemisferio sobre la Europa, cuyas influencias no se verán tan presto: á él, sin duda, le agasejan; más que discursos habrá en toda ella ¿qué dirán los protestantes de Alemania, que por aquella parte confina con el Emperador; qué en Holanda; qué en Francia; qué en Cataluña; qué en Portugal; qué en las Islas Terceiras; qué en las Islas Occidentales, en admiración de nuestro Monarca; qué en el Oriente cuando lo oigan los lusitanos y los que están debajo de la ley del mahometismo, y áun los idólatras y los gentiles, que es su mayor cabeza, quiere comunicación y alcanza con nuestro Rey? qué dirán los Reyes de Africa, de otra manera se portarán con nuestras fronteras; qué dirán los Príncipes de Italia, donde aquel hombre prodigioso surca aquellos mares con sus armadas; qué gusanos no roerán el corazón de los venecianos sobre las contiendas movidas; qué pensará el Emperador hasta alcanzar el secreto; qué el frontero por la Hungría y las Austrias; qué el Polaco, que también lo es por la parte de su Reino? que todos aquellos son parientes y amigos del Rey Católico. Inglaterra y Escocia lo oirán y estarán suspensos; el mundo, al fin, no dejará de maravillarse, desde el Tártaro al Persa, la China y Japon, de un suceso no pensado ni esperado jamás. Tratábase de recaer á la correspondencia y enviarle Embajador á Constantinopla, práctico en la lengua, y así fué que le enviaron persona que lo entendiese á él, y á los suyos los sustentan allí; mas él era tan sagaz, que atendiéndose á no desplacerle en nada, pidió al Rey que lo que se gastaba en su mesa se le diese en dinero, y mandó le diesen cada mes 4.000 escudos.

Entró el General D. Juan de Garay con 40.000 infantes y 3.000 caballos escogidos por Cataluña, el día 20 Setiembre; pero eran ya los 40 de Octubre y no había hecho que nadie sospechase que había algunas inteligencias secretas en

Barcelona; con que tuvieron un tanto suspensas las empresas: grande comodidad y arte de Estado; mas todavía era protervo el enemigo, porque se valo de la suspensión que le dan, y él pelea con ella y nos detiene los pasos, para que con esto se deshaga el ejército y llegue el tiempo en que no se pueda campar, queden inútiles las prevenciones, y los gastos, y el daño, y la dificultad de la guerra como de ántes estaba: ni se hacía en la Corte de España memoria de ningún hecho, y la cosa de más felicidad de este año era que no se había perdido nada en aquel Principado; pero no lo era, porque el ganar tampoco era propio del valor de nuestra gente, porque éste no lo había mengua del tiempo, más falta del tiempo, digo, premio, y de las pagas: dejáronse hallar algunas novedades y que se quería dar Barcelona por la falta de franceses, sin embargo de haber introducido el Privado y el Consejo de Aragon algunas prácticas y medios de volver al yugo del Señor, y esto se hacía con el Margarit y otros, habiéndolo solicitado con ofertas de dineros y mercedes; medio poderoso para aquella gente y áun para todos, porque vieron al Margarit quería ser conde de Santa Coloma, que ellos mataron entre el atarazanal y Monjuí, habiéndole visto con designios de casarse con la hija de aquel Conde, cosa que llevaba muy mal hermano; si bien no sé por qué causa se había metido fraile bernardo, y aunque traía el hábito, no parecía religioso ni seglar; habiánle retirado á Galicia; des-pues vino á la Corte en aquella forma, habló al Rey de noche y en hora privada, tomó casa en la Corte, y sin haber apete-cido clausura, hacía repugnancia al efecto, y que su hermana no casase con aquel hombre, que siendo de por suerte, quería no sólo ser señor, sino grande, y abrazar con el casamiento el Estado (así lo dispusiera él como el Rey se lo dicra y premios mayores). Mas todo esto fué sueño, porque ellos están todavía más rebeldes que nunca y no creen en nada de lo que les ofrecen, temiendo no se vuelva la fortuna y caiga en la red: esto, con haber casi todo este año empetoládose los franceses unos con otros, no haber enviado gente ni ejército con-

siderable en su ayuda más que alguna caballería, y á todo esto no se verá calor en los catalanes para hacer penitencia de traidores, y arrepentirse y volver el rostro al dominio del señor que se lo ofrecia blando y suave; y esto me parece á mí queria ser sacrificar este mozo al cuchillo del olvido, para salvar á Cataluña y volverse á restituir en ella. Decíase se habian levantado pueblos hácia el Condado de Rosellon en favor del Rey muerto, al Gobernador francés, y ocupado el Portus; mas todo era mentira y nuevas falsas de algunos que querian por aquí abrir puerta á sus medros, si ya no es que se vea alguna novedad hácia el mes de Diciembre, cuando los franceses estén más imposibilitados de poder enviar gente, porque la mar estaria en su acostumbrada alteracion y los Alpes y Pirineos cerrados y impedidos de la nieve; y á esta hora no habia pasado nuestro ejército de Cervra ni Balaguer, y lo más verdadero era que los entretenian con que el invierno que se iba entrando á toda prisa en el mundo. El General nunca vencido, conde de Arcurt, con 15.000 infantes y otros tantos caballos, pasó la Escalda y fué á socorrer á los liejeses, porque su más principal colonia habia sitiado el coronel Spar, General del Arzobispo y Elector de Colonia, y de paso el conde de Arcurt comenzó á talar y abrasar el pais de Brabant, tanto, que se vieron sus tropas cerca y á la vista de Bruselas, y en la misma forma el Ducado de Luxemburgo, porque aquel Elector pretendia tener derecho y jurisdiccion á aquella provincia y sus pueblos, diciendo ser de su diócesis; mas ellos siempre se han defendido sin admitir señor y gobernándose por Burgomaestros, debajo de la proteccion de Francia, y notables para las tierras del Rey Católico, poco amigos de españoles, por estar pegados á los Países-Bajos. Si bien el Rey y la Reina madre fueron recibidos en París, no desistieron un punto de favorecer ni despedir al Mazarini, ni de ponerle on el Gobierno: el Parlamento y el pueblo, no parando la guerra de los pedidos, volvia á prorumpir con más calor, digo, rigor y más encendido ódio contra el Rey, y le cerraron y sitiaron en su casa; mas estas son tempestades de verano, que comien-

zan con mucho ruido y pasan presto, segun el primer ímpetu y cólera; y aquella nacion, quién dice que el Príncipe de Condé habia tomado la mano en esto por deshacerse de aquel hombre enemigo, usurpador de la Francia, y por las quejas que tenia de él cuando no habiendo podido tomar á Lérica le escribió su mujer, que le queria destruir y oscurecer su reputacion, y se puede bien revelar que esta vez unos con otros, mal contentos, han de conspirar contra el Rey y la Reina y contra la vida del Privado. Burdeos y Tolosa, ciudades puertanas cerca de las fronteras de España, se volvieron á rebelar, ocuparon el castillo grande y fuerte de Burdeos, llamado la Trompeta, que estaba ántes sobre el rio y por el Rey, y todo abusando del gobierno del Mazarini, y sobre que les quiten nuestras armas, pues las hay en Cataluña; pero no acertamos nada, y que sea posible que aquel ejército de cabos y gento de prez, no hayan hecho siquiera alguna brecha en aquella frontera ó retrocedido á Flix ó á Tortosa, y recobrar aquella puerta que amenaza á Valencia y á Aragon, pues es cosa asentada y regla principal de Estado, que dado por caso que si hubiera alguna plática ó composicion, apretando los puños y las armas, veo similmemente se hacen mejor. Las diferencias entre el Papa y el duque de Parma sobre el Condado de Castro, no cesaban las armas, habia encuentros y rotas, y se veia á esta hora el socorro de Parma desbaratado, que llevaba á su cargo el marqués Granfredo, su capitán. En Cataluña tenia puesto su campo con resolucion el General D. Juan de Garay sobre Cervera, apretándola todo lo posible; mas aquel pueblo se defendia por los muchos valladares y eminencias que tenia fortificados, con que hace por esta parte no ser de ninguna certidumbre nada de lo que se ha dicho; ni los de Barcelona querian entrar en algun concierto, ni reducirse á la obediencia del Rey, ántes, más duros y contumaces, perseveran en la rebelion, así con franceses como con ellos; y cuanto se habia dicho de D. Juan de Garay y el ejército de D. José Margarit, que se queria reducir, y el casamiento con la hermana del

conde Santa Coloma, si bien aquel rebelde lo deseaba y se tuvieron prácticas, todo era falso, sin poder arribar á nada, porque del ejército no se tenía noticia que en Cataluña hubiese obrado nada; siendo ya los postreros de Octubre y tiempo de alojarse en los invernales. El conde de Santa Coloma decía, que si su hermana casaba con el Margarit, al punto dejaría los hábitos de San Bernardo y se volvería al siglo á tratar de su derecho y de lo que le pertenecía: así quisiera aquel rebelde, como le hicieran fesar (*sic*); mas él estaba más protervo que jamás, y que ántes había limpiado á Barcelona de los sospechosos y afectos al Rey Católico y á castellanos, si es así que era cierta esta novedad y maravilla, de suerte que no había esperanza de tomar puerto, ni medio en las turbaciones pasadas, ni en tiempo que los franceses, por sus diferencias entre unos y otros, nos habían dejado libre el campo por este año.

Carlos Gustavo, Príncipe Palatino, fué declarado por los Estados de la Corona de Suecia, sucesor en ella, porque Gustavo Adolfo, Rey de Suecia, que murió el año de 632 en la batalla de Lutzen, en Alemania, no dejó hijo varón, sino una sola hija, y al presente es Generalísimo de las armas en Alemania, de lo que allí tienen tomado: conviene á saber, y referir por distinción, que no es de la línea de Príncipes Palatinos del Rhin, que tienen en su Casa el Electorado, sino de otra colateral, que por el apellido de sus Estados se llama la Casa Palatina de Virquefelt, por cuanto en tiempos pasados fué de Alemania aquel Reino, y nació este Príncipe en Suecia, y casó en él un Príncipe Palatino de Virquefelt: éste fué el primero, y de éste viene Carlos Gustavo, que se ha de casar con la única heredera que dejó el primer Rey de Suecia en la Casa del Príncipe de Orange. En Holanda no faltaban rumores por las cosas de Inglaterra; hizo prender á su mujer, hija del Rey difunto, diciendo trataba de matarle con veneno, desdénándose de tenerle por marido, y porque la traza de él no era del valor de los pasados, quisiera que ayudara en aquellos Estados á su hermano, que andaba peregrinando por los cantones de Inglaterra; mas esto no le era dado de hacer, porque

los holandeses no podían desfavorecer á los ingleses que los había hallado siempre de su parte y ayudádolos en las guerras pasadas, con armas y soldados, y otro Príncipe ninguno ayudó, digo, cuidó, no que no lo hará. Fueron admitidos en Francia los Embajadores del Parlamento para disponer bien las cosas, y el Rey de Inglaterra, Carlos III, se ausentó de París y de toda la Francia, publicando que iba á Jarczi, isla suya fuerte, sobre la costa de Normandía, con ánimo de pasar á Irlanda, donde se estaba peleando con los ingleses por el Rey, y ellos contra él, con varios sucesos: dado mucho que haya de prevalecer, por ser más poderoso el Reino que aquella Isla. El ejército francés no ha hecho otra cosa más que continuar la guerra, robar las iglesias y quemar las aldeas; su campo está todavía en Condé, mas con tanta necesidad, que un pan de munición valió 20 plazas, y el azumbre de mala cerveza 42 plazas, el pote de vino 44 reales y las demás cosas á esto respecto, y fué causa que muchos soldados de aquellos se huyesen, y se venían á rendir cada día á nuestras plazas hasta Valencianos, que no dejaban de estar con gente nuestra. Vino de socorro al enemigo un convoy de 700, carros enviados de Guisa, que de otra manera les hubiera sido forzoso ponerse en la retirada con mucha confusión y vergüenza; sin embargo, están de manera que lo habían de hacer al tiempo que estén juntas las tropas de Lamboy con las de Su Alteza, que trataba de quitarles el convoy, y al mismo tiempo que se daba la orden para marchar nuestras tropas, el enemigo á Mortame, con designio de cochar puente y pasar do otro lado de Salamanca ó de atacar nuestros cuarteles en los arrabales de aquella villa, que está entre Lila y Cotray; y este diseño dió motivo al Archiduque á tener las tropas juntas, no obstante que el coronel Brousch y los croatos no dejaban de picar en la retaguardia, matando algunos y tomando prisioneros carros de harina y vino. Pero lo más considerable, viéndose en tan mal estado, envió el conde de Arcurt á Francia tres regimientos de caballería, los mejores que tenía, á saber: el del Conde, *Grandepude von vac* y de Tauri, debajo el

comando de Fabú, que era sólo el que iba con ellos: cuando llegaron cerca de Quernoi, el coronel Brousch cargó en su caballería sobre ellos con tal denuedo, que de todos no escaparon 20. El coronel Fabú quedó preso con todo el bagaje y despojo de las iglesias que pudo asir del País-Bajo que iba á llevar á Francia, que este es el castigo que permite Dios por tales hechos, y siempre salen de esta manera. Tenía pensamiento este Capitán de socorrer á Lorena; pero supose por una carta suya descifrada, que enviaba aquellas tropas á Sedan para oponerse á las correrías de las de Luxemburgo, que han entrado bien adentro de la campaña á buscar á M. de Maroles, tomando la compañía entera del Príncipe de Conti, 430 caballos, con más de 4.000 bestias vacunas: habia en Flándes muchos prisioneros del campo del conde de Arcurt, que iban á socorrer á los vecinos liejeses, y con este achaque salian á destruir el País-Bajo, su principal motivo; y el brazo de Dios rechaza á los herejes, y salieron con las manos en la cabeza. Túvose por cosa milagrosa que la Virgen del Buen Socorro ayudó á nuestra gente, pues un esguizaro, queriendo romper una campana que está en la torre de la Capilla, con la fuerza de un gran martillo, quedó pasmado é inmóvil, sin que haya sido posible quitarle de allí por muchos dias, á vista del mismo campo francés: otro de esta misma gente, habiendo tomado un retablo de Nuestra Señora, de la misma iglesia, vendidolo en Condé á un vivandero, otro dia se halló en su mismo lugar en la iglesia donde le quitó, y en esta forma se quedó con la mano alzada y un pié inmóvil, quedando tullido del pié y de la mano, sin poderse menear; de suerte que sus camaradas se resolvieron de llevarlo al cuartel estando en esta postura continuamente alzado el brazo y pierna, y al cabo de algunos dias murió desventuradamente, sin hablar ni dar señas de la menor muestra del conocimiento de Dios y de sus maravillosas obras, que siempre está haciendo en defensa de su Madre; y es tan perversa la perfidia de aquellos infieles, que no les muove al escarmiento. Estando ya el año muy adelantado y gastado el tiempo de guerrear, si hubo algunas pla-

ticas entre el Rey Católico y catalanes, si por su parte fueron todas ambigüas y siniestras, ahora hablaron más claro y despejadamente, si les sucediera bien con su caballería y carabinas, exprimiendo el odio y veneno que tenían á Castilla; por lo que en 16 de Octubre del año que vamos escribiendo, marchó el ejército Real desde Siches, llevando la avanguardia el duque de Alburquerque, General de la caballería, con la mitad de ella á legua y media, ántes de llegar á aquella villa descubrieron los batidores del campo algunas tropas de caballería del enemigo: el Duque mandó al Comisario general, D. Gregorio de Castro, que para reconocer y cubrir la marcha, avanzase con tres batallones; fuese caminando en esta forma, y al acabar de bajar la montaña, avisó D. Gregorio con la caballería que llevaba, y hallando cierto lo que decia, pidió consejo al Maestro de Campo general D. Francisco Sotavila, que estaba á su lado para seguir al enemigo, aunque llevaba media legua de ventaja, atreviéndose y dando por seguro el romperlo, ó por lo ménos hacerlo huir descompuestamente. Conformose el Maestro de Campo general con la resolución y parecer del Duque, y consiguientemente envió órden á D. Gregorio de Castro que fuese á toda tienda con los tres batallones en seguimiento del enemigo, y que lo fuese entreteniéndolo mientras se iba llegando con el resto de la caballería, y que iria dándole calor para facilitar más alcance, y envió órden que de la retaguardia de nuestra caballería saliesen otros tres batallones á cortar al enemigo por la frente del camino que habia tomado, y otro batallón marchase por en medio; y dada esta órden, el Duque y D. Francisco Sotavila y el marqués Tenorio, Teniente general de la caballería, con la reserva, llevaba el enemigo media legua de ventaja, sin embargo de que la tierra era llena de barrancos, que, sin duda, cada instante no podia avanzar nuestra tropa de caballería, por no saber la tierra; (á esto se responde que los diligentes Capitanes, en semejantes casos, deben llevar hombres prácticos de ella para no errar nada y marchar con mejor fortuna); pero la de D. Gregorio iba ya, con las continuas órdenes con que el Duque le

iba refrescando, y con achaque de que iba á dar una órden á D. Gregorio, se fué con él corriendo delante, y aunque le resistió el Maestre de Campo, llegó la pica del Duque tan á tiempo, que ya llegaban las tropas á alcanzar las grupas de los enemigos, que adelantándose de las suyas, cerró con 44 batallones que componían de cuatro regimientos, el de Baltasar, del marqués de la Jara, el de la Mota y el de Moncrobía, constando éstos de 700 caballos; el Duque tenía y peleó sólo con cinco batallones, el de D. Gregorio de Castro, el de D. Francisco Saulé, el de Cristóbal Delgado, el de Leonardo Morales, el de D. Alonso de Mercado, que entre todos había 240 caballos, que por la fragosidad del terreno no pudo llegar, aunque hizo todas las diligencias posibles, el Maestre de Campo general ni el Teniente general con la demás caballería que traían consigo; muy celoso el Duque con el enemigo pelcando, llevándole en fuga más de un cuarto de legua, y viéndose tan apretado, volvió á embestirle, hallándole tan prevenido, que con dos batallones que tenía formados, de los cinco, le dió la carga tan á tiempo, que le obligó al enemigo á volver las espaldas, hiriéndole y matándole mucha gente hasta que pasó el barranco, roto y deshecho. Viendo el Duque que llegaba la noche y que los caballos estaban rendidos de la marcha que habían hecho, y de haber cargado al enemigo, y seguidole legua y media catalana, y que nos íbamos desabrigando de las reservas, se declaró por el Duque la victoria y el campo; murieron de la parte del enemigo, el baron de la Jara y el Mr. de Sausi, 42 capitanes de caballos y más de 450 soldados, que quedaron tendidos en el campo; y se tuvo noticia por un prisionero nuestro que estuvo cuatro días en Barcelona, que se les vió de su gente que llegaron los franceses rotos enteramente, casi todos los cabos y oficiales heridos; de nuestra parte murió el Capitan D. Francisco Saulé y un sargento reformado, de la misma compañía; saltó herido de un balazo en una pierna el Maestre de Campo D. Gaspar de la Cueva, hermano del duque de Alburquerque; D. Diego Idiáquez y D. Diego Briceno de la Cueva, camaradas del Duque,

atravesados de dos pistoletazos; D. Juan de Susa y D. Alonso de Mercado, Capitanes de caballos, heridos y ocho soldados; sacó el Duque el caballo en que iba, herido de dos carabinazos, y de otro le llevaron el ponleví de la bota, habiéndose portado aquel día con el valor de su sangre y valor de sus pasados, debiéndosele aquel lance; y los demás se señalaron como buenos caballeros, que pocos dejaron de tener la espada en la sangre del enemigo, y volviéronse á Villafranca de Pañadés: llegó aviso al General D. Juan de Garay, de los confidentes de Barcelona (si es cierto que haya alguno), que los franceses confesaban haber perdido entre muertos y heridos 400 hombres, y cuando ellos confiesan esto, bien se puede creer verosímilmente que serán más: de esta manera se hizo cuando se pelea con denuedo, y el haber estado tanto tiempo mezclados, así con carabinas como con las espadas en las manos. La gente de Aragón tomó la plaza del Castellon en Rivagorza y algunos lugares en el Valle de Aran: hubo otros recuentos que no son de memoria; pero todo esto pareció muy poco á la esperanza que tenían los que este año esperaron grandes cosas y mayores progresos, como D. Juan de Garay y de otros cabos de reputacion, y no recibian en cuenta el decir se habia tomado á Constantina, Mombianque, castillo de Carlot, á Sicas, porque es cosa muy averiguada y muy ordinaria que todas las veces que entra ejército por una provincia, los lugares abiertos son suyos.

Venidosenos á las manos el escribir la jornada de la Reina nuestra Señora, pues no sólo la tenemos en España, sino en San Lorenzo el Real, y cerca de hacer la entrada en la Corte, para quien se hacían tantos aprestos y prevenciones Reales y magníficas; tambien es ya hora, por estar el libro que voy escribiendo muy adelante, y por ser el último de la tercera parte de estos Comentarios, y á pique de acabarse, por estar el año de 49, y en no más término, que en los dos últimos meses, y para hacer una narracion que sea á propósito y conveniente, tengo necesidad de valirme de un autor que no tiene ménos autoridad que ser colegial de la Universidad de Sala-

manca, y pone en su prólogo que fué mandado de Su Majestad: con que me parece que no erraremos, porque entre las prevenciones de la jornada se eligió sujeto que hiciese relación de ella, no pasando de más trabajo que el de la relación. Mas yo tengo necesidad de peinarla de algunos pedazos, que por críticos son supérfluos y escusados por poéticos, y demasiadamente afectados: gran retórico, y gasta gran prosopeya; mas á mí me toca historiarla, y dar á la historia lo que pide, en primer lugar, que es enseñar y preservar de los yerros á los que se erigen para Gobernadores y cabos, de que pudiera alguno, por el oficio, las herencias y las cañas; reformar la condición, ensanchar el ánimo, el consejo y el agasajo. No se puede dar nombre de ilustre amigo, digo, al hombre que no lo ostenta, porque Su Majestad no tenga necesidad de que le aumente enemigos en Italia, más de los que le ocasiona la malicia del tiempo, porque no falta quien cada año se los doble, por la ordinaria emulación al poder de la Majestad; mas al fin es buena relación, porque dice lo que vió, que es lo que yo he menester, porque no lo ví y nunca me tendré por poco diligente ni falta de ingenio si siguiero al que trabajó mejor, porque así dijo Milan, no tengo de decir que era el estrombali de la Lombardia, sino decir que la Reina nuestra Señora hizo su jornada en Milan, y si se hallaren aquí algunas de sus palabras, no las habia de torcer y halláronlas entre las mías, que, como queda dicho, sí la he menester para el intento que digo, haré de esto lo que han hecho muchos y muy esclarecidos autores, y no los han tachado de faltos en las materias que han escrito, ántes sería hierro notable hacer lo contrario. Y siguiendo la carrera, dejamos dicho en los libros de atrás y en sus lugares, como Su Majestad salió de Viena, Côte de la Austria inferior, viénes 43 de Noviembre del año 648 acompañada del Rey de Hungría-Bohemia, su hermano en aquella Côte Imperial, hechos ya los desposorios con el mismo Rey, en nombre de Su Majestad Católica, por mano del Cardenal Arche, Arzobispo de Praga en el Reino de Bohemia, Primado de la Germania, acompañados del mismo Prelado, del duque

de Terranova, que venia haciendo el oficio de caballero mayor hasta España, por el conde de Altamira, que lo es en propiedad, habiendo ido ántes por Embajador del Emperador, quedando en su lugar el conde de Lumiares, hijo del marqués de Castel-Rodrigo, Mayordomo mayor del Rey, que habia llevado ántes la joya á la Reina, del conde de Auspergh, ayo y caballero mayor del Rey de Hungría, de la marquesa de Flores de Avila, heredera del Condado de Coruña y de la Casa de los Mendozas, que venia haciendo el oficio de Camarera mayor hasta España, y cuando lo fuera en propiedad ninguno le llevara la ventaja en partes, ni en calidad; mas tenia el Rey dado este oficio á la condesa de Medellin y estaba para partir á Dénia, así de damas como de otras personas ilustres de la Austria: bajó á la Estiria y á la Carintia el Condado de Tirol, con que felizmente hizo su próspera jornada, se puso en la ciudad de Trento á 20 de Diciembre, fué recibida y festejada en aquella nobilísima ciudad y solemnemente, y con particularidad del Obispo de ella, Carlos Emanuel. Queda asimismo dicho en los capítulos pasados, cómo llegó el duque de Nájera y Maqueda, Mayordomo mayor de la Reina, con la Casa á Génova, y si no queda dicho, el tiempo fué á 21 de Marzo de este año; fué bien recibido en aquella ciudad del duque de Tursi, Teniente de Príncipe de la Mar, y de otras personas nobles, señaladas como un gran marinero para llevar la Reina á España, en la Real, con toda la superintendencia de la armada y galeras que á esta hora arboló el estandarte Real, á quien hicieron salva general las galeras de Su Majestad como las de la señoría: partió el Duque, Mayordomo mayor, para Milan, á 47 de Abril, notado mucho de que hiciese la jornada con más espacio de lo que pedía negocio de tanta importancia, en que consistia la buena fortuna del efecto y la brevedad; mas las cosas necesarias para caminar no se debian disponer tan aprisa como era menester: llegó á la ciudad y fué recibido algunas jornadas ántes del marqués de Caracena, Gobernador y Capitan general del Estado de Milan, caballero de mucha nobleza, de otras buenas partes, así militares como

políticas, y otros Ministros de aquel Magistrado, deseosos todos de lucir y de mostrarse en el servicio del Rey, y hacer relevante una acción que fuese de crédito y de admiración en Italia, y de ejemplo para las más estradas coronas: apeóse en Palacio y detúvose aquí hasta los 10 de Mayo, habiendo gastado en aquella ciudad veinte días, contra el gusto de Su Majestad y las instrucciones que le habia dado de progresos y diligencias; envió sus avisos á Trento, donde era bien esperado, disponiendo las cosas forzosas para la marcha, como carruaje y otros aprestos; salió de Milan la Casa para la ciudad de Lodi, entró en el Estado de los venecianos, y prosiguiendo su camino, en Roveredo, puesto y lugar señalado donde se habia de hacer la entrega de la Reina, último pueblo del Condado de Tirol, aquí fué visitado; muchos pasaron á Trento por ver á la Reina, al lugar de Roveredo, con el Rey de Hungría, su hermano, y á 19 de Mayo, digo, nuestra Señora, y aquella admirable ciudad, repetida tantas veces en las historias para celebracion de aquel eminente Concilio; finalmente, vino la Reina al lugar de Roveredo con el Rey de Hungría, su hermano, y á 19 de Mayo, con demostracion de poderes, hizo la entrega al duque de Nájera, que la besó la mano, y refirió el órden que traia del Rey, nuestro Señor, para recibirla y servirla con la casa. De aquí se volvió la de alemanes, que traia, y juntamente al Cardenal Arache. Del Condado de Tirol vino Su Majestad al Estado veneciano: hizo demostracion aquella Señoría del amor y afecto que tenia al Rey Católico, enviando á convoyar la Reina con cuatro compañías de caballos, gobernados por el General de Tierra Firme, Capeli, que tambien iba á dar la bienvenida á Su Majestad en nombre de la Señoría; besó su Real mano y la del Rey de Hungría, y fué recibido con particular contento de Sus Majestades, y apeáronse en la ciudad de Bresa, donde fueron altamente aposentados. Viendo ya, pues, acercarse la Reina á sus Estados, se previno la ciudad de Milan para recibirla con toda ostentacion y grandeza, cual no se vió otra en Italia, así en ingenios, lustres de familias, arreos, galas, arcos, inven-

ciones, junta de armas, cabos y soldados, como de tan grande plaza de armas y tan temida de los vecinos y de la nacion francesa, y otras cosas maravillosas, á que no es bastante poder exprimir la pluma; todo dispuesto y ordenado por el marqués de Caracena, y aquellos consejos en que yo no podré detenerme ni cansar al lector, porque estas cosas no son de ingenio, ni lo que piden lo heroico de los preceptos historiales, ni para discurrir como iba vestido aquí ó aquélla, por que son cosas muy serias y menudas para lo que pide la alteza de estas artes. Envió la ciudad Tribunal y Magistrados, personas nobles y calificadas, que diesen la bienvenida á la Reina y al Rey de Hungría de parte suya y del Estado. Salió el Marqués General la vuelta de Lodi á besar la mano á la Reina, acompañado de mucha gente noble, soldados y capitanes de aquella gente noble, digo, plaza de armas de Italia. No sé si el Duque Mayordomo mayor, ó llevándole órden para ello, no podia encubrir su condicion, puso en plática y en dificultad, dudándolo, si el Rey de Hungría habia de comer con su hermana ó no; cosa muy usada en Alemania comer todos juntos, los hijos con los padres, y los padres con los hijos, al revés de lo acá, y decia que en España no se usaba, y que nadie comia con las Reinas. Esto lo llevó ella muy mal, y de la misma manera que en aquella funcion la dividiesen de con su hermano, cuando en Alemania no hay otro parentesco y festin que comer unos con otros; pero esto juzgo yo que habia de ir sabido y deslindado de España, y dado que no fuese, se habia de haber avisado de ello y tomado la órden, si ya no es que de secreto se lo dejaron á él que la hiciese, y por acá se retiró la mano. Fué sentido esto mucho y pienso que lo dejaron correr, y tambien lo cargaron que habia faltado en la inteligencia de los avisos y de los correos, por algunas intermisiones que hubo en cosa de tanta consideracion y esperanza, porque Su Majestad le habia mandado lo hiciese, dándole cuenta de todo muy á menudo, y más poniéndole coto de que fuese cada ocho días ó algo más. En la Corte de Castilla se reconoció la falta, porque no se sabia nada y esta-

ban los espíritus muy pendientes de los Ministros, del estado de las cosas y de lo que pasaba en Lombardia; finalmente, entre el Húngaro y el Duque hubo algunas diferencias, y se sospechó que le escribió algunos pesares, de que él se hizo del desatendido, y que no respondió. Moviéronse competencias entre los Embajadores ó Comisarios de Milan, particularmente entre dos ciudades, sobre quién había de hablar primero, y fueron éstas las de Pavia y Cremona: remitióse á suerte y salió por primera Pavia, y los demás prosiguieron en su forma, Cremona, Navarra, Lodi, como Alejandría de la Palla, Tortona y Bejeben; los demás Tribunales y Consejos se ajustaron y según sus preeminencias y antigüedades besaron la mano á la Reina. Pasó el río Soncin, que divide y parte término entre el Veneciano y el Milanés: desde aquí, el Capitán veneciano, honrado de Su Majestad con una joya ó cadena de oro, y de la misma manera á los caballeros y soldados que la vinieron sirviendo y hospedando en el camino, salió parte de la milicia de Milan, así infantiles como caballos, á la raya, haciendo con bizarría y manco sus obsequios y acciones militares, observadas en semejantes casos, particularmente en el mayor y más singular que se podía ofrecer, y de la misma manera mucha gente noble, de orden del Marqués Gobernador, pronto á todas las cosas necesarias de la entrada en aquel estado de Milan y en su ciudad, porque Italia reconociese que el poder y majestad del Rey Católico tenía fuerzas para tan grandes cosas. Entró la Reina, nuestra Señora, en Lodi, primera ciudad del Estado de Milan, donde llegó el Marqués Gobernador para entrar en la metrópoli y hacer el recibimiento al fin de Mayo; mas las aguas fueron tantas y tan recias, que se hubo de dejar hasta que el tiempo se sosogase: todos los días festivos de la Corte en Madrid, todos fueron aguados, de suerte que limitó el alegría que suele haber en ellos; el de San Marcos, que es el menos gusto; el del Angel, el de Santiago el Verde, no pudieron bajar los coches al Sotillo por causa de lo llovido y de la creciento del Manzanares, que es harta maravilla que río tan menguado no se

dejase pasar; sólo el de San Isidro tuvo alguna templanza. Así en Milan, como dia tan festivo hizo su oposición el agua; achiata que de su esposo, que en sus acciones Reales y entradas ha tenido este azar. La primera entrada que hizo en Madrid, habiendo salido de San Jerónimo, y de un cuarto que había allí decente, para recogerse á falta de Rey ó de Reina, que entonces no era retiró de tanto campo ni edificio, al tomar el pálio, como es uso, enfrente de la huerta del Duque, le cargó tan recio nublado que le hizo meterse en una moderada casilla que entonces era de un tintorero: húbole sucedido en su reinado, en los dias más públicos, y que los había mejores claros, muchas de estas cosas. Había de ser, como digo, la entrada de la Reina en Milan por Puerta Romana, y por ser el dia tan pesado y forzoso alojar en el Palacio Ducal, se entró de secreto por Puerta Tosa, hasta que el tiempo dió lugar de hacer la entrada pública.

Serenado, pues, y puesto en tranquilidad, se prescribió el dia 17 de Junio para hacer la entrada, deseándolo sumamente no sólo la ciudad sino todo el Estado y las provincias comarcanas; adornáronse las calles y ventanas ricas y lucidamente con los adornos y telas de que es maravilloso en el mundo aquella gran colonia, con singular alborozo, habiendo desde Puerta Romana dos millas buenas hasta Palacio: tal y tan populosa es aquella ciudad; habiendo entrado en ella de las ciudades vecinas, á ver tanto triunfo, más de 40.000 personas, sin entrar en esta cuenta la casa y familia de Su Majestad. Fuera de la Puerta Romana se plantaron en la campaña rasa cinco tiendas militares para la Reina y para la Majestad del Rey de Hungría, para comenzar la entrada, que guardaban soldados de las milicias de la ciudad: la misma puerta era rodeada de infantería, porque allí vivía por largo tiempo el uso de las armas para la conservación del país y del mismo Italia, para freno y terror de los enemigos de la comarca; sobre la muralla se puso el tercio de la Puerta Turinesa, y hasta la misma entrada se pobló de escuadrones de ambas naciones, de la suya y de la nuestra, que se plantaron en la

cruceca de Puerta Romana, y la caballería quedó en campaña rasa á vista de los pabellones, porque si bien era gente de valor y armigera, este día no era dado á Marte; no vivía en ellos ni en sus corazones aquel ardor, porque todo era dedicado á la Majestad de Minerva, á quien servían las musas de los raros ingenios, al fin como de Italia, ventajosos á todas las demás naciones del mundo, de la misma manera en el vulgo; en la plazuela de San Lázaro, en la Puerta de San Juan, en Conca de Carmelitas, en la plazuela del Bomo, tomadas todas las bocacalles para impedir el embarazo de las parroquias, digo, carrozas. Querer referir los arcos triunfales, las inscripciones latinas y toscanas, el ingenio y destreza de sus artífices, los disticos, los emblemas, epigramas y anagramas, los epitalamios doctos y elegantes, las pinturas primorosas de los raros pinceles de aquella region, las invenciones, las milicias, sus cabos, la nobleza, los Magistrados, sus galas y atavíos y joyas, es querer elevarnos en aquello que no puede comprender el juicio humano: hacer lista de las personas ilustres, y de sus calidades, de lamisma manera: esto lo cubro con el velo de lo imposible, y tambien sería gastar mucho tiempo, y excederse el libro de su proposicion y de más volumen de lo que pide la historia. El concurso de gentes, así naturales como forasteras, fué prodigioso y admirable en trajes y colores. Habia, pues, 8.000 infantes efectivos, todos de la milicia de Milan; su Cabo, Gobernador general y Maese de Campo, el marqués Tivanto Vizconte; demás de la Infantería estaban muchas piezas en la Puerta Romana, muchas estátuas y geroglíficos. La tarde del día referido vino la Reina y el Rey, su hermano, á la Puerta Romana, y tomaron asiento en las tiendas de campaña; fueron recibidos con salva de artillería. Partió el Marqués Gobernador con todos los Ministros que habian de hacer la entrada y servir el acompañamiento, y presentó el Marqués Gobernador y Capitan general á la Reina 80 caballeros mozos leidamente ataviados, hijos de caballeros nobles de Milan, para que asistiesen á Su Majestad, que hicieron más insigne la entrada las personas ilustres, que aquel día salieron

con sus compañías de caballos, armados de todas armas, de que eran cabos, habiendo estado por su orden y antigüedad, guardando orden y concierto, y otrosi á Ministros, caballeros titulos y las personas de la casa de la Reina, y el Mayordomo mayor con el baston al hombro, todo de admiracion. Entró Su Majestad en el Palacio con su hermano, el Rey de Hungria Ferdinand IV, á la mano izquierda, vestido á lo español, y dióse libertad á más de 400 prisioneros. El acompañamiento, en fin, fué con el modo y uso que otros acompañamientos que se han hecho en lo pasado, particularmente de la Reina Margarita, mujer de Felipe III el Grande, lucido, con majestad y decoro: el concurso fué notable, así en los trajes y en las galas, en que yo no pretendo ser molesto; ni gastar la pluma ni la narracion en pocas cosas, remitiéndome á las relaciones que han venido de esto á España. Seguian en esto acompañamiento el duque de Terranova, Caballero mayor, la Camarera mayor y damas en sillones; llegó Su Majestad al Domo, donde la salió á recibir, como es costumbre, el Obispo de Biobo, porque el Cardenal D. César Montí, Arzobispo de aquella ilustre metrópoli, se halló impedido; ministró agua bendita, dió gracias á Dios por el triunfo y las otras buenas cualidades de que la adornó; fué á Palacio, hizo la ciudad sus debidos festines de fuegos de artillería, luminarias; todo Milan era alborozo. El día 18 de Junio dió Su Majestad audiencia á los Tribunales, que la besaron la mano; el Marqués Gobernador fué relatando los nombres de aquellos que fueron, en esta forma: El Consejo secreto, el Senado, el Magistrado ordinario, el extraordinario, Decuriones y los doctores del Colegio: de la misma manera se pasaron al cuarto del Rey de Hungria y Bohemia á hacer la funcion con los mismos obsequios: no la besaron la mano, respondió en latin á las palabras que lo dijeron, y quien dice que con elegancia: á éstos siguió el Cabildo del Domo y ocho iglesias colegiales. Del Consejo general de la ciudad hicieron presente á Su Majestad de muchas piezas ricas de brocados en raros y primorosos cajones, piezas y cristal maravillosos, y es que es notable aquella Pro-

vincio; besaron la mano á la Reina los más graves religiosos del Orden de San Francisco, que en aquella sazón se ballaban en Milan: todo era tratar de entretenimiento, fiestas y regocijos; recitaron una farsa ingeniosa, con apariencias exquisitas, en el salón de Palacio, donde se admitió á toda la nobleza de Milan, compuesta de versos latinos ó italianos, hecha con agudeza de los Padres de la Compañía de Jesús; y las invenciones por el arte de un caballero cremonés, y representada por los estudiantes de la Universidad de Bresa, nombre que tienen los Estudios de aquellos Padres en Milan, y los recitantes todos hijos de caballeros y gente noble, y la traza compuesta de materias fabulosas. Hizo la Reina consiguientemente la principal acción de la majestad, y pagó la denda de lo más sagrado de las Coronas; volvió á visitar el Domo de Milan, llevando por bracerero á Juancin de Oria, su mentiro; adoraron muchos cuerpos de santos y otras innumerables reliquias, y el venerable é incorrupto cuerpo de San Carlos Borromeo, Cardenal y Arzobispo que fué de aquella ciudad esclarecida. Adoraron el clavo de la cruz de Cristo, en que fué clavado, que el Emperador Constantino puso en un freno ó bocado en su caballo para hacerle más alentado y valiente en las guerras, y vencer las batallas de los enemigos de su gloria: fué bueno el intento, pero el hecho excusado; mas aquel sacratísimo clavo, que entró y penetró la humanidad santísima de Nuestro Salvador, se había de llevar en el corazón; fué traído de Roma por el gran doctor de la Iglesia San Ambrosio, Arzobispo de Milan, lumbrera de San Agustín, que tambien le hizo doctor de la Iglesia y luz de las Escrituras Sagradas, prenda clarísima de su santidad, cuya veneracion y afecto está en alto punto de verdadera fé y conocimiento divino. Presentó el Cardenal Arzobispo á Su Majestad, con su debida y acostumbrada devocion y fé, alguna parte, si bien pequeña, de la carne del santo cuerpo de San Carlos. Visitó el tiempo que estuvo allí muchos santuarios y conventos con la Religion instituida de sus mayores, en particular los de monjas, en que nos dicen que hay 90. Introdujo el Marqués Gobernador

un sarao en Palacio en que fueron convidadas todas las señoras de título y más principales damas, en que lucieron mucho las galas y joyas de Milán; danzaron con ellas los caballeros milaneses; hizo alarde el gran castillo de Milan de su artillería y otras invenciones de fuego, arboló los estandartes en los torreones y en la roqueta; entretúvose en festines de casas de campo y jardines, recreacion de los nobles, en tanto que se prevenia la embarcacion, porque el tiempo estaba ya muy adelante para venir á España. Los enemigos del confin estaban en sus casas absortos de la majestad y suspendidos de tantas salvas, tanta artillería del castillo, de la mosquetería y arcabucería que tenían á sus puertas, porque Juan Vazquez Coronado, su castellano, Maestré de Campo del Estado del ejército de Lombardía y Piamonte, del Consejo de guerra, hacia muchas repeliciones, tanto que ponía terror al mundo, y aquellos golpes (si bien vacíos) daban en sus corazones. A 15 de Junio, concluida su jornada, se partió el Rey de Hungria con su gente para Alemania, bien melancólico por lo que dejaba, no mal alhajado de presentes, porque lo que dieron á la Reina y á él se lo llevó á su padre y á su madrestra la Emperatriz, si bien la halló ya en la otra vida. Murmuróse que el Emperador, en la jornada de su hija, se mostró corto y poco lucido, de suerte que se dijo venía la Reina muy deshalajada, y que fué menester que el Duque Mayordomo mayor la hiciese galas y bordados en Milan y se los enviase á Trento, causa y motivo de detencion en la jornada; habiendo hecho el Emperador con descuido de resentimientos entre él y el Rey Católico, que se habían despertado porquo parecían y se vieron demostraciones de que el Emperador se le había vuelto enemigo, porque el Rey había dado sus quejas de que hubiese hecho la paz con successos y franceses, porque quisiera que esperara á que la hicieran juntos generalmente, con que repartidas aquellas armas entre ambos á dos, no le cargara á él todo el golpe, porquo era dejar desembarazados á los enemigos de las cosas de Alemania; para que toda la fuerza recayese en sus Estados, dejándolo solo en

la palestra de Marte, mas el lució tanto lo que lo tocó en la jornada de la Reina, que no pudo ser mayor ni mejor. Acompañaronle hasta fuera de la ciudad el Marqués Gobernador, el duque de Terranova, y Sexto el marqués Serra y otros caballeros á que debia acudir el Duque mayordomo mayor por sí y por su oficio, que esto fué lo que le imputaron, y otros descuidos, como se verá al fin de la jornada, no debiéndose dar por entendido de ninguna digresion, por el tiempo en que estaba y por la tierra, en que se debia disimular mucho, particularmente con personas tan altas. Envió la Reina algunas millas de allí á visitar á su hermano con el marqués de Vedmar, su Mayordomo, tomando aquel Príncipe su viaje por las ciudades de Cremona y Bresa, del territorio veneciano, y no dice la relacion que sigo, que el Duque Mayordomo mayor, y debiéndolo hacer, se suspendiese; mas de todo esto se daba cuenta á España por los confidentes dedicados á dar aviso de las faltas y de las mínimas cosas, como es uso de Palacio, que de ordinario llaman á estos semejantes sujetos chismosos, malsines y hombres de cuentos, de que he visto en esta era muchos premiados, y desvalidos á los que no lo hacen. Tambien se originaron entre el Rey y el Emperador nuevas discordias de no haber querido dar al Rey de Hungría á la Infanta, cuando se pensó, y se tuvo por cierto que se habian de hacer ambas bodas en Castilla; pero el Embajador conde de Lunares habia desengañado en Viena; yo ví tan adelante que se hacian algunas prevenciones en Palacio de cuartos para la vivienda; no quiero poneme á disputar ni discutir el intento que esto lleva. A esta razon vino de Roma en una galera de Florencia el Cardenal Montalvo, para ir asistiendo á la Majestad de la Reina nuestra Señora hasta España; aportó á Génova, donde fué forzoso esperar su familia y casa, que fué á dar con algun viento á la playa del Final puerto del Rey; hizo alto en la Zertosa de Pavia, del Orden de cartujos, donde fué visitado de algunos caballeros de la casa de Su Majestad y en el Estado de Milan; finalmente entró en la ciudad acompañado de lo más grave y lucido de aquella Corte, con más

de 50 carrozas, fué visitado del duque de Nijera, hizo su funcion á la Reina, siendo recibido de aquella Majestad con grande agasajo. Tuvo tambien aquí la Embajada del Cardenal Carraña, de la república de Luca: visitóla de la misma manera el Cardenal Monti, Arzobispo de Milan, que ya habia mejorado de sus achaques; hicieron lo mismo los que estaban en aquella ciudad por los Príncipes y repúblicas que asisten en Milan: envió su Embajador la República de Génova: queria hacer demostracion en su ciudad, mas levantáronse pretensiones de querer tener á la Reina en su ciudad, y el Dux querer ser tratado de Alteza, y que su Embajador tuviese el mismo asiento en la Capilla Real de Castilla, que el de Venecia, y otras preeminencias y exenciones, queriendo usar de la ocasion, y hacer su ciudad presa de pasajeros y venderles la ocasion como buenos genoveses, como si al Rey Católico le faltarán puertos en aquel paso. Nada de esto se admitió, y si bien se pensó hacer allí la embarcacion, se tomó expediente por evitar controversias, y que se fuese al Final, puerto y tierra del Rey Católico, que á gastar allí un poco de dinero, no fuera menester otra escala, ni otro tránsito para ir á España y á todas las tierras de Italia. Todo el tiempo que Su Majestad estuvo en Milan, ya tengo dicho que todo fué festivo, particularmente en diversas representaciones, y un juego de alcancías, en que yo no he de gastar la ploma en las cifras, motes y empresas, en italiano y castellano, sortijas, estafemos, banquetes y otras cosas admirables y de gusto, presentes de joyas y cristales; cosas que es menester pasar por alto sin embarazar el estilo. El Papa Inocencio X envió por su legado á Laterra al Cardenal Ludovisio, Arzobispo de Bolonia, para que en su nombre visitase á la Reina, la diese la bienvenida, y habiendo llegado á la ciudad de Lodi, envió Su Majestad al conde de Figuera, donacion portugués, su Mayordomo, á recibirle y hacer las mismas demostraciones con él que eran justas; nombráronse criados de la casa para hospedarle: á 4 de Agosto entró en Milan (que estas fueron las principales causas de la detencion, con el conde de Figuera ó el Obispo de Cremona ó el de Lodi, y otros;

el recibimiento fué notable; tal como se podía prometer de tan gran legado; entró con todas las religiones de la ciudad, nobleza militar y política, y finalmente ceñirlo de una vez con los dos estados eclesiástico y seglar á repique de campanas, disparando la artillería; haciendo demostracion la recámara del Cardenal, con grande opulencia de acémilas, balijas, familia y sequito; los Cardenales Montalvo y Montí, á sus lados: fué accion señalada y digna de hacer memoria de ella, y de aquel nobilísimo Estado; tres seminararios de su autoridad, el mayor el Bélico, y la Canónica, en número de 350 colegiales, con sus roquetes, para ensuauza de la juventud, que crió el Santo Cardenal Carlos Borromeo; el maestro de ceremonias, el Cardenal legado; el del Estado de Milan fué recibido con pálo, y en su seguimiento el conde de Figuero; fué á hacer oracion al Domo, y desde allí á Palacio, donde hizo su legacia, dándole silla dentro del dosel de la Reina: fué hospedado en Palacio en el cuarto que llaman del Senado. Otro dia fué á visitar á Su Majestad y con targa arenga de demostraciones del Pontífice, le presentó la rosa de oro, que bendice la Dominica cuarta, funcion hecha, y dédica con que sólo favorecen á las personas Reales, y presentóla á más el cuerpo de Santa Beatriz, virgen y mártir, en una urna de plata: el retorno de la Reina fué una cadena y joya de diamantes: diéronse otras joyas á sus criados; con que cumplidas muchas de las ceremonias con él, los demás Cardenales y personas ilustres del Estado se volvió á Roma. Concluidas, pues, todas las cosas de Milan y las Embajadas de los Príncipes vecinos, así de Mantua como de Parma, Módena y otras ciudades libres y magníficas, no viéndose demostracion ninguna del Saboyano, estando el tiempo ya muy adelante, despedida de San Carlos y de una milagrosa imagen de Nuestra Señora, lunes 9 de Agosto partió de Milan. Vió la Zertosa de Pavia, por cosa grande: pasó á la ciudad; fué recibida con la majestad que en los lugares pasados, y con las mismas ferrosas ceremonias debajo del palio, que los que en España le llaman son Regidores, allí llaman Abades; esta es aquella

ciudad, la pluma delgada y el admirable ingenio de San Agustin; con su cuerpo sacrosanto pasó los celebrados rios del Terin y el Póo; hizo noche en Alejandria de la Palla, á que fué recibida con los mismos aperecibimientos Reales, brazo eclesiástico, noble y militar, arcos triunfales y estátuas, así del Rey nuestro Señor y de la Reina, como de los gloriosos y admirables Reyes D. Felipe III y la Reina D.^a Margarita. Pero mientras en aquellos pueblos se hacian las fiestas nupciales y los regocijos, marchaba el Marqués Gobernador con armas para frenar y hacer recatados á los enemigos del con-torno, si acaso se les pusiese algo en la cabeza, como lo ban hecho estos dias, porque viesen que si se tratase largamente de las delicias de Himeneo, dios de las bodas, que no dormia Marte: llevaba 4.000 infantes y 4.500 caballos, siempre con la vista y el lado derecho al Monferrato. Pasó Su Majestad por la ciudad de Agui, del duqué de Mantua, adonde el Obispo y Gobernador le besó la mano de su parte, ofreciendo su tierra y Estados. Con esta forma, con próspero viaje, llegó al Final: fué recibida ostentosamente, poniendo en el camino, para lustre y lucimiento de la entrada, 4.000 infantes del mismo Marquesado; era su Gobernador D. Diego Eguero de Alvarado, del hábito de Calatrava; recibió las llaves de la fortaleza y volvióselas á dar. Dijeron mucho de las prevenciones, arcos, escudos de armas, estátuas de Príncipes señalados y otros grandes varones, de todo lo concerniente en semejantes actos, y otros escritos, salvas, soldados de infantería y caballería, para la guarda y ostentacion de Su Majestad, porque para otra cosa más era buen gobierno que el miedo; porque el recato prudencial siempre fué alabado de los hombres sabios; porque la accion era grande y de atender á ella; porque se caminaba por tierra de enemigos y mal afectos, si bien todos los espíritus procelosos estaban recogidos en sus casas; y ántes fué este puerto asaltado de saboyanos, piemonteses y franceses, y por su caudillo el Principe Tomás; mas no pudo salir con él, y todo en recompensa de Berzeli: es pequeño, pero bien torreado, y puédesse hacer mayor combate con

cuidada de los vecinos, sin haber monester otro paso para la inteligencia de aquellas tierras, y áun más adelante; mayor grandeza fué abrirse paso que no pedirle, porque en esta era no hay república ni potentado que no esté de mal humor, y áun los naturales de los propios Reinos, y quieran pretender aumentos. Estaban en aquel puerto 49 galeras, parte de las de España y parte de las de Nápoles y Sicilia, y por su General y Cabo el duque de Tursí, hijo de Andrea de Oria, con muchos de los de su casa: querer referir los señores, caballeros y otras personas de calidad que concurrieron aquí, sería hacer una lista muy numerosa: el Cardenal Montalvo vino hasta allí, acompañando á Su Majestad: recibió la Embajada del Reino de Nápoles y de los señores del Reino, con grandes afectos y sumisiones, y honrólos Su Majestad con agrado y benevolencia, y fueron acompañados de toda la nobleza. Entraron en aquella sazón y dieron fondo en la playa dos galeras del Gran Duque de Florencia, y hicieron salva á la Real y fueron respondidos de Castel Blanco con nueve cañonazos, parte con bala y parte sin ella, en que venía el Cardenal Juan Carlos de Médicis, hermano del Gran Duque, aquél que en los años pasados, ántes de tomar el capelo, hizo Su Majestad Príncipe del Mar: fué esto en el año 42, no me acuerdo si en Tarragona ó Tortosa ó Denia, con armada de galeras: éstas solas eran las plazas de mar que teníamos entónces, dejando aparte las demás de Valencia, y esto cerca de Cataluña; y queriendo venir á besar la mano al Rey en Zaragoza, no sé por qué causa se desbizo esto, y se volvió á Florencia abandonando la dignidad y la milicia; se entró en lo celestiástico y tomó el capelo, y sucedieron los lances que dejamos escritos, y se hizo el Duque, su hermano, á la banda de franceses; vinieron con ejército, y por causa el Príncipe Tomás, á la ribera de Toscana á cargar á Orbitello, y fueron echadas de ella con grande afrenta: despues de años siguientes volvieron á tomar á Piombino, á Portolongo, plazas del Rey Católico; despues se redujo aquel Duque á su obediencia, y vino ahora, ó fué llamado, su hermano á hacer la apa-

riencia de Príncipe de Mar, porque retiramos al Sr. D. Juan de Austria al gobierno de Sicilia, porque habiéndolo dejado el hermano del Duque se lo dieron al Sr. D. Juan, y ahora por captar la benevolencia con aquel Duque, y deshacer en esta enmienda alguna diferencia si la hubo, le ofrecieron la acción, y fué visitado en su Capitana de los Generales y Gobernadores de escuadras de galeras: hospedáronle cerca del Palacio con gran séquito, acompañándole toda la Corte de más de 30 caballeros florentinos, por criados de órden militar, y otros tantos del hábito de San Estéban: dió á Su Majestad la bienvenida de parte del Gran Duque, su hermano, y suya, y díjole mucho de su afecto y amor. Si esto se puede creer de Príncipe italiano, ¿por qué todos en estos dias han vuelto la cara, desde el Saboyano hasta el Florentino? Sólo el Veneziano se ha portado más caplamente, disimulando sus fines particulares y materias de Estado. Explayóse mucho el relationista en referir las galas, bordados y librecas, colores, tabies, brocados y cuantas guarniciones llevaban los vestidos, así de señores como de criados, de suerte que por aquí se podrá hacer la cuenta de los gastos; mas es quitar el oficio á los sastres: tambien en el número de las familias, los títulos y Obispos de menor tonsura acompañantes, los criados de respecto, los pajes y otras gentes que no tienen aquí lugar; y se pone muy despacio á describir el atavío del Cardenal, como si no supiésemos que es colorado, y de qué piezas consta su vestido; hasta de la silla de manos cuenta la hechura de los clavos que llevaba, no perdonando al cohete si era volador ó buscapiés: cosa enfadosa haber de pasar por semejantes bagatelas y atarnos allí, porque le enviaron para que lo viese, y basta decir que iba el Cardenal de colorado: yendo á visitar á tan gran Reina, ¿de qué habia de ir? Dios nos dé paciencia que esto lo escriba de muy mala gana, atropellando y saltando períodos impertinentes; mas estas cosas lo piden, y otros nombres exquisitos y revesados. Mírese por qué he de escribir yo que el Macstre de Cámara y Mayordomo se llamaba el marqués Nicolini, y otros nombres y apellidos á esta

traza peores, que introduce en la relacion, desde que la Reina, nuestra Señora, salió de Trento hasta que llegó con la armada al eminentísimo lugar de Denua, grande por sus incultos anteciores, y por aquél escogido confidente del Rey Católico D. Felipe III el Grande, que si bien este viaje es admirable, el que trujo la Reina Margarita de Austria, madre de nuestro Rey, abuela de la Reina, fué espantoso á todas las naciones que le vieron; lo que pasó en Ferrara, la asistencia del gran Pontífice Clemente VIII, que los desposó de su mano al Archiduque Alberto y á la invictísima Infanta D.^a Isabel, hija del Rey D. Felipe II, si bien ambos hermanos estaban en Valencia, y los desposorios de Ferrara y de la Reina y el Archiduque se hicieron por ellos; la Majestad con que se obró; los gastos que se hicieron, sin sentirse la necesidad ni las voces, ni dar entrada á la miseria, con que quedaron absortos, así los amigos como los enemigos, que abstuvieron, por la pompa y grandezza, de tentar contra la Majestad; lo que pasó en Mantua y lo que hizo aquel Príncipe; cuán celebrada fué la representación del pastor Tídolo que al Veneciano lo que en Milan hicieron, si bien ahora no han quedado cortos; lo que los demás Príncipes de Italia, sin que la Saboya se excusase de hacer raras demostraciones, como lo llevó el muy esforzado marinero y Príncipe del Mar Andrea de Orni; que poco se descompusieron los catalanes; lo que pasó en Valencia de grandezza y bizatría; que despues en Cataluña, que en Aragon, que en Castilla, no parece sino que se rejuvenecieron los tiempos y sacudieron la laceria en tiempos de la obscuridad; digo, abismos de la obscuridad, porque todo se lució y solicitaron la paz con aquel Monarca todos los Príncipes y Estados de la Europa; el Francés, el Inglés y el Holandés y los demás, si habia alguno, que poco se dejaron sentir rumores en Italia que luego no los frenase y pudiese en felicidad y concordia (esto no es de la relacion); que el Ministro, grande con su maravilloso juicio y prudencia, todo lo screnaba, todo, y compondia; pero tambien sabia castigar la discordia, era azote y espada de la malicia y del rencor; ¿qué maravillas no obró

allí y en Plándes contra los rebeldes y sus conferados, rompiendo á las primeras luces un ejército por su traza y consejo de festines; el Cardenal Andres de Austria, que gobernó los Países-Bajos, por ausencia del Archiduque Alberto, miéntras estuvieron en Valencia; cómo casó á nuestro Rey en Búrgos; cómo llevó á la Reina Ana de Francia á Fuenterrabía; cómo trajo á la Princesa Isabel, hermana de Luis XIII á Castilla; qué gastos no excusó, ni quiso excusar, todos á costa de su caudal y de las mercedes que le hizo aquel Monarca? Y cuando los mayores señores del Reino, llamándolos para ello, todos sacaban el cuerpo, él solo lo tomó sobre sí y puso el hombro á la carga y al peso, como todas las demás fortunas y bucnas andanzas que tuvo la Monarquía. Volviendo á nuestro Cardinal y Príncipe del Mar, estando, como dijimos, la Real y las galeras en el Fínal con el duque de Tursi, Teniente de Príncipe de la Mar, provenidos soldados y capitanes, salió la Reina á la playa á ver las galeras, que todas estaban en orden en la Real: las salvas de armada y castillos fué notable. A esta hora se descubrieron 24 navíos gruesos, que, reconocidos por la Capitana de Sicilia, se vió que era la armada Real del mar Océano que habia salido de Mesina, puerto de Sicilia, gobernada por el General Francisco Diaz Pimienta: traia 3.000 españoles y 2.000 napolitanos soldados viejos; habiéndose apartado otros ocho de ellos que el Rey Católico enviaba de socorro á los venecianos para la guerra contra el turco; si bien tenemos aquí su Embajador, que aún no acabamos de saber su intencion: quedaba otro trozo de armada, previniéndose para juntarse despues para las cosas de Italia: eran ya á esta hora 24 de Agosto; fué llegándose á tierra con su Capitana; hizo salva con 70 piezas de artillería, y de la misma manera los demás navíos; siendo respondidos de los castillos. Saltó en tierra el General y fué á besar la mano á Su Majestad, acompañado del duque de Tursi y de los demás Cabos: entró Su Majestad en la Real con los señores de su casa y demás soldados, y acompañóla con arcos y preseas de soldados el Príncipe del Mar, con el baston, deponiendo aquel dia

la púrpura de Cardenal: reconoció Su Majestad la armada Real del mar Océano, recibiendo las salvas acostumbradas; siguieron á la Real las demás galeras, alargándose al mar más de dos millas: volvió Su Majestad á tierra, haciendo el General Pimienta presentes de valor. No estaba Italia á esta hora mal dispuesta de bajetes; resalta, pues, la embarcacion, arboló la Real estandarte de leva, y disparó pieza con que las demás se aprestaron á la navegacion. Salíó de Palacio acompañada del Cardenal Principe del Mar, Juan Carlos de Médicis, de los Embajadores del Reino de Nápoles, del Cardenal Montalvo, que por sus achaques no le fué posible acompañar á Su Majestad hasta España, del Marqués de Caracena, del Marqués de los Balbases y del demás séquito; finalmente, lunes 23 de Agosto dieron velas, volviéndose el Cardenal, hermano del Gran Duque de Florencia, el Cardenal Montalvo, y todos los demás, á sus puestos y casas. Corrieron las islas de San Honorato, las costas de Francia y Cataluña, con su pedazo de tormenta; descubrieron á Mataró á los 28 de Agosto; hicieron salvas á Nuestra Señora de Monserrat, y á aquel trono maravilloso de escollos, y prosiguieron el viaje: una torre, que está á la boca del río Llobregat, tiró con la artillería á la armada algunas balas; no sería hacer salva, continuando siempre el rencor y la mala voluntad: quién dice que los de Barcelona enviaron á disculparse, y que habia sido ignorancia del artillero, y que lo aborrecian; mas esto último ni lo creyó, ni lo expresaba la relacion. Llegaron á Tarragona, saludó con sus salvas, y dieron fondo cerca del muelle; salieron el Gobernador y Consejeros de la ciudad; besaron la mano á Su Majestad, como de la misma manera los demás señores; hicieron aguada y descansaron algun tanto de las fatigas y trabajos de la mar; entretuviéronla con una farsa representada en la antepeña de la Real: hizo el Gobernador y aquella memorable ciudad ostentacion de su milicia, en número de 4.000 infantes y 500 caballos, cuando nuestra gente estaba á la frontera de Cervera con los designios y pensamientos á Barcelona. Habia sido este año mejor que

otros, porque si bien se habian ganado plazas en Flandes, no se habia perdido nada, ántes derrotado el Conde de Arcourt, su infantería y caballería, y en Cataluña deshecho la caballería á los catalanes; pero el Portugués habia llegado con su gente á las murallas de Ciudad-Rodrigo, pero sin faccion de momento. Zarparon, pues, las galeras y llegaron á los alfaques de Tortosa, no sin dolor gravísimo de haber perdido tan importante plaza, por su sitio y por otras causas principales: era este el primer día de Septiembre, y de allí enviaron correo al Rey, nuestro Señor, dándole cuenta de la fortuna y felicidad del viaje, que llegado á Madrid, fué notable el alborozo de los cortesanos, celebrándolo con fuegos y luminarias; pasaron adelante y descubrieron á Vinaroz, á Peniscola y á Benicarló, tierras de Valencia; á 4 del mismo mes se dió vista á la nobilísima ciudad de Denia y su castillo, asilo de viajes de Príncipes: recibió con tres salvas de artillería, entraron en la barra y dieron fondo, echaron ferro á la mar prósperamente; ordenáronse las galeras como lo suelen hacer en dias tan señalados; llegaron á la Real en una faluca la condesa de Medellin, Camarera mayor, que habia tiempo que habia salido de Madrid para este efecto; el conde de Altamira, Caballero mayor, para ejercer sus oficios, deponiendo á los que lo venian haciendo, y otras personas principales y pueblos. Desembarcó y fué á dar gracias á Dios por la dicha del viaje al monasterio de San Antonio de Padua, de Recoletos Franciscos de la Obervancia: oyó allí misa, subió al castillo donde la tenian aposentada, domicilio noble y antiquísimo de los marqueses de Denia, despues duques de Lerma, con otros grandes ditados: la condesa de Altamira, hermana del duque de Lerma, crió á la Emperatriz, su madre, y al Rey, nuestro Señor, y á los Infantes é Infantas, sus hermanos; ahora recibian aquellas murallas altas y paredes á su hija, que pretenden darla por esposa á Su Majestad Católica, que aún todavia, aunque difuntos, están sirviendo, y están vivos sus incultos subcesores, aun que pese á la envidia, y los desposará y echará el yugo marital ou legal consorcio el Cardenal y Arzobispo de Tolodo, hijo de

la condesa de Alamira de la casa de Sandoval, y así, que ninguna presuma ni pretenda arribar á tanta alteza en tan grandes y continuos servicios. Prosigo que salieron á besar la mano á la Reina, nuestra Señora, los Diputados de la ciudad, el Obispo de Segorbe: á esta hora llegó la feliz nueva de la deseada salud del Rey, nuestro Señor, con que colmó de gozo todo el suceso y aquella Corte: allí la besaron la mano los duques del Infantado, que pretenden beredar aquella gran posesion; el Duque, por hijo de la casa, que pasaba á Roma por Embajador; el duque de Cardona, por casado con hija primogénita del último duque de Lerma, que murió sirviendo en Flándes, y no dejó razon de la hermana del Almirante de Castilla el conde de Oropesa, Virey de Valencia, el conde del Real, el conde de Elda, los Diputados del Reino y ciudad. Envió Su Majestad al Almirante de Castilla á visitar á la Reina y á darla la bienvenida. El duque marqués de Denia, cuando vino la Reina, nuestra Señora, D.^a Margarita de Austria, á casarse con el Rey D. Felipe III, le envió á Vinaroz á visitarla, y le fueron acompañando 60 títulos de España: de esta manera se hacian entónces los obsequios y las acciones Reales, y como suele suceder, que tras las propiedades venir el azar y la desdicha, llegó una carta á nuestro duque de Maqueda, Mayordomo mayor, por acibar de lo holgado (si al que sirve en Palacio le dajan holgar algun dia), en que le mandaban se retirase á uno de sus lugares de los que tenía en Valencia, por quatro cosas: por no haber enviado los correos que le mandaron en todo el curso del viaje, sospecho que habian de ser cada ocho dias; porque habló alto en la antecámara de la Reina; por las controversias con el Rey de Hungría, y para dar satisfaccion á Italia, en que estuvo poco atento á los Príncipes de ella, (no le conocian); pareco que, habiéndole manejado tanto tiempo, le podian conocer muy bien; hallaróle con dinero y parciéoles que tenía hombres para sufrir las cargas de la jornada, que es de lo ménos que gastó ántes: dicen que de lo que le dieron le sobraron gruesas cantidades; trajo alhajas, telas y otras cosas curiosas de Milan;

que pasada la tempestad volvió, llamado de la Corte, hizo almoneda, pero muy retirado de Palacio y del servicio de la Reina, como si hubiera sido mal premiado, porque las cosas que el Rey le concedió de exenciones y privilegios sobre su casa y Estados montaron más de 200.000 ducados en materia de correos: cosa muy notoria era la suspension con que estaba el Reino de los progresos de la jornada, porque mucho tiempo no se supo lo que se esperaba, porque en esto yo juzgo que no se pudo más, por los muchos accidentes que se ofrecieron, y porque el mal no está siempre del haber hablado alto en la antecámara ó en otra parte, sería de aquéllo que se pudo ofrecer del mejor servicio de la casa. En más sería de dar satisfaccion á Italia; su condicion y alizez no parece se portó con agasajo con los Embajadores de los Príncipes y Repúblicas, con el Veneciano, ni con la Señoría de Luca, con el Genovés, y muy corto con los Cardenales, á quien se debe tanta atencion, y otros encuentrecillos con las personas más superiores del Estado de Milan. Por eso dice el autor de la relacion, que á los Embajadores de Nápoles los trató de Excelencia, señal que sobre esto debió de haber diferencia, y que se la quitó á otros: finalmente, se debió de encargar en la exoneracion por que no pareciese que se habia faltado en cosa tan delicada; habia de haber encargado esta jornada á persona de buena condicion, prudente, reposado y más magnífico y liberal, porque aquel hombre amó mucho su dinero, y las acciones reales, entre los extranjeros y aun entre los naturales, han de ser muy lucidas, espléndidas y generosas para introducir en ellos el amor y el afecto al Príncipe, para que no descaezca la majestad de España, que lo está mucho, y irian diciendo á las otras partes grandes encomios y alabanzas. Yo le traté y le conocí muy bien el humor, y la condicion era dura, áspera y escabrosa; revolvió á Palacio, sin poder parar un punto; bien lo supo el Privado que falleció, y lo probó: era de aquel talento como aquel D. Joan Manuel de quien hablan tanto las historias en tiempo del Rey D. Fernando el Católico, y el Rey Archiduque Felipe I, conde de Flándes,

meiéndolos en contienciones cuando pasó á aquellos Estados, y cuando aquel Rey vino á Castilla daba contra los Infantes D. Carlos y D. Fernando en la oreja del conde de Olivares, y en ellos contra el Conde; de suerte que había en Palacio un rumor notable de desavenencias entre el Conde y ellos, alcanzándole parte al Rey, no dejando tampoco á los gentileshombres de la cámara, y á los ayudas de cámara, quejándose al conde de Olivares, á los Infantes, de lo que injustamente se veía hacer de ellos. El mejor cuentecillo que le vi llevar, fué decir al Conde se tuviese cuenta con los portugueses, y esto antes de la pérdida de Portugal, porque eran gentileshombres de la cámara el marqués de Castel-Rodrigo y el marqués de Gouvea, que comenzaron bien con él y acabaron mal, porque al uno echó por Embajador á Roma y al otro á Portugal, cuando el caso de D. Juan Herrera con el hijo del marqués de Montemayor, que se verán en mis escritos antes de éstos. Los Infantes, viéndose fiscalcar sin causa verdadera-mente justa, como yo lo sé muy bien, suplicaron á Su Majestad se averiguase la verdad, y si los hallasen en cosa que no debiesen, los castigasen, y sino castigasen al que lo decía: pienso que se puso la causa en tela de juicio en manos del confesor del Rey, Sotomayor, que lo procuró apurar. Estando en este estado esto, y muy encendida la materia, un día que fué de guarda, y yo lo fui también, le vi ir á los Infantes, que juntos le esperaban con particular cuidado para oírle, y no sé si aquel día pudo suceder algo, porque ellos estaban muy irritados. Digo que le esperaban con particular cuidado para cogarle y oírle, y dar con ello en las orejas del Conde: yo le tiré de la capa y le dije que mirase que ya no iba la danza por allí, porque los Infantes no hicieron movimiento ninguno; de que se colige que eran de estado de gran prudencia: ni él se llegó á ellos como culpado, recelando algo y valiéndose del aviso. El confesor Sotomayor había ya hecho el exámen secreto y apretadamente, dándoles por buenos hermanos del Rey y amigos del Privado, y más adelante, y que el D. Jaime Manuel, que no era duque de Najera, entónces no andaba

acertado en sus chismes y cuentecillos, á que era muy dado para hacerse lugar por allí como otros necios, y para derribar á otros, y que debía ser castigado; y con esto lo echaron de Palacio, y él se salió por la puerta segoviana abajo, á un lugarcillo suyo, que pienso era Boadilla: fuese á Lisboa, á ver á su hermana la duquesa de Avero, donde pasó algun tiempo peregrinando en peregrinación; despues enviando al Infante D. Fernando á Fiándes, y á la muerte del Infante D. Carlos y sus diligencias y las de otros, volvió á Palacio, porque verdaderamente aquel Privado, aunque era blando, era bravo (ó al contrario), porque también á los principios estuvo en alta fortuna con él, le hizo Marqués y otras mercedes, mas despues cayó. Y un día que nos hallamos juntos, me dijo que me debía mucho, que le había una vez dado un consejo que si no lo hubiera tomado, le hubieran echado por una ventana abajo: yo le respondi que muy sencillamente se lo había dado, porque había visto barruntos que prescribían algun accidente, y que de esto había servido yo todo el tiempo que había estado en Palacio, y que me lo habían pagado muy mal, habiendo excusado á algunos de muchos tropiezos. Esto se quedó así, y un gravoso de los que asisten en el Manuelillo, que debía de estar flechado de su miseria y condicion, porque éstos siempre quieren que les den y abusan de los que no lo hacen; estando en Zaragoza decía: ¿A qué pensáis que viene aquí D. Jaime? A ponerlos á vos un lazo y á vos otro para que caigais. No se le había templado la condicion con el castigo, si bien ya el Conde se había retirado: un día, despues de recogido Su Majestad, halládonos allí algunos que para entretenerle se digna, y dá lugar que se nueva alguna conversacion, me sucedió lo que me decía el gravoso; me puso el lazo delante de no ménos personas que la de Su Majestad, para que cayese, cediendo en plaza una cosa que yo no queria que la supiese. Salido afuera, y salido él, le dije que no merecia yo aquel retorno de lo que le había servido: no quiso darse por entendido tampoco, como (y así lo dicen) que quitándole la Excelencia al Marqués de

Caracena, Gobernador de Milan, diciéndole lo que le pareció, replicándole sobre ello no le dió más satisfacción que aquello habia de durar poco; y diciéndole yo mi queja, dijo: «Muy falso que he sido, porque yo os debo mucho.» Dijo que de esa manera se pagan en Palacio los servicios que se hacen á quien yerra. Desta manera era aquel hombre, y de esta manera muchos palaciegos. Decia la Marquesa, su mujer, en sus argumentos, que no le entendia, y me pasaba á mí lo mismo, cuando armaba sus pláticas y discursos: la Reina, nuestra Señora, dicen que lo dijo, y que no venia bien servida de él. Seria infinito lo que podríamos decir de su genio natural y trazos de sus movimientos, miserias y trajes ridiculos, queriendo siempre granjear con todos desazonadamente.

Al fin, leida la carta del Rey, se retiró á Elche, lugar suyo en el Reino de Valencia, donde se dijo que por conocerle los hombres honrados y de calidad de aquel pueblo, cuando le vieron entrar á heredar suplicaron á Su Majestad que las causas y originales que allí se ventilasen se cometiesen al Virrey de Valencia por no peligrar con él. Habiendo ya la Reina, nuestra Señora, descansado de la navegacion algunos dias, partió para Castilla. El Rey, nuestro Señor, al principio de Octubre, partió con la Infanta á San Lorenzo el Real, previniéndose Navacarnero, lugar entre ambos sitios, para velarse: llegó la Reina á este lugar á 6 de Octubre, y el Rey la salió á recibir de secreto y de rebozo; volvióse á Brunete, lugar entre el Escorial y Navacarnero; el jueves por la mañana á las ocho tomó su camino, y llegó á las diez á Navacarnero; cuando todas las cosas estaban ya prevenidas, entró en Palacio, hablándole solamente con las cortesías y reverencias, porque Su Majestad fué observando el tiempo y las acciones, esperando á la conclusion de la Iglesia. En aquella sazón estaba ya revestido D. Baltasar de Moscoso y Sandoval, Cardenal de Santa Cruz de Jerusalem en Roma, Arzobispo de Toledo, Primado de las Españas, que estos dictados y honores le dió su gran tío; dijo la misa y dió á Sus Majestades las bendiciones conyugales de la Iglesia con la grandeza y sacras

cereemonias que en semejantes actos se administran. Asistieron D. Alonso Perez de Guzman, Patriarca de las Indias, Capellan y limosnero mayor; D. Luis de Haro, Caballero mayor y valido; el marqués de Liche, su primogénito, gentil-hombre de la Cámara; el marqués de Grana, del Toison de oro, Embajador del César en España; el duque de Medina de las Torres, Sumiller de Corps; el Príncipe de Astillano, su primogénito; D. García de Haro, conde de Castriello, Presidente de Indias; el duque de Terranova y otros gentiles-hombres de la Cámara, Mayordomos de ambas Casas, títulos y caballeros, y, finalmente, todo lo lucido de la Corte, tanto que Navalcarnero, con ser buen lugar, pareció más que Corte por la grandeza de la accion: hubo muchas galas y fiestas, las que pedía el sitio, toros, luminarias y otros juegos. El día siguiente oyeron misa en la iglesia del lugar; fueron á comer á Valdemorillo y caminaron al Escorial, donde salió la señora Infanta á recibir á Sus Majestades á menos de una legua; viéronse y se hizo la demostracion de los afectos vivos de amor, precediendo grandes encarecimientos de cortesías: llegaron á San Lorenzo el Real, que se coronó con luces, admirable en adorno y edificio; entraron por la iglesia, salió el Prior y convento á recibirlos, dieron gracias á Dios, y estuvieron allí entretenidos en el campo, en la caza y otros festines, hasta pasados los Santos. Mientras se prevenia Madrid en arcos, en triunfos y otras máquinas Reales para recibir á la Reina nuestra Señora; pasaron al Pardo; de allí al Buen Retiro, con la misma esperanza de lograr una entrada la mayor del mundo: que si Miran cumplió con sus obligaciones altamente, su Gobernador y Capitan general, el marqués de Caracena, sus Ministros, Magistrados y Consejos, soldados y capitanes de mar y tierra, la gran Corte de Madrid hizo sus demostraciones cual no se vieron en otras cortes ni monarquias, aunque nos hagan memoria en semejantes actos de la Asiria griega y romana; por que este gran triunfo quedará por si hay dechado á los venideros siglos, y por leccion á sus Príncipes. Vió Su Majestad otro día el Retiro, fábrica no maravillosa, pero entretenida, y

saliendo al cuarto de Su Majestad, y pasando por su cámara, que nos hallamos allí, mandó que la besáremos la mano: yo so la besé, teniéndolo á gran dicha y prosperidad, satisfacción verdaderamente de esto escrito rara y encarecida. Lunes por la tarde, 15 de Noviembre, hizo Su Majestad la entrada en Madrid, y aquella mañana salió Su Majestad con la Infanta su hija en coche, y la llevó á la mano izquierda con sus damas y los demás aprestos, á ver lo que habia desde el Retiro á Palacio, y vino, muy satisfecho de lo que la villa le habia servido, á la casa del conde de Oñate, donde comió aquel día. Querer encarecer los artificios, arcos triunfales y las otras cosas maravillosas, es querer emprender un grandísimo arrevimiento; remítome á las relaciones que saldrán de esto. Salió la Reina á la tarde debajo del palio, que llevaron los Regidores con ropones de brocado; las galas y librecas notables, cual no se vieron otras en ninguna edad de hermosura. La gracia, y el aire, y el cuerpo de la Reina nuestra Señora, ponerse á describirle ni contarle es lo mismo que querer con alas de cera echar á volar al cielo, como lo intentó el otro necio fabuloso, si bien se dá por consejo y reprension de los aurevinientos, queriendo valerse de tan flexibles plumas; la fama lo es mucho, y se dá por bien dada del hecho. Fué á hacer oracion á la iglesia mayor de Santa María, donde está la admirable antiquísima y milagrosa imágen de la Virgen de la Almudena; esperaba allí, para recibirla y hacer la funcion, el Patriarca D. Alonso Perez de Guzman: dió gracias á Dios y desde allí fué á Palacio, siempre entretenida y celebrada de maravillas artificiosas de la nobleza y del pueblo. Decian si el día 29 de Julio del año pasado de 618, en que la Iglesia celebraba la fiesta del Príncipe de los Apostóles, y en que el Rey D. Felipe III el Grande hizo su entrada en Lisboa, fué tan notable, y dejando aparte la ventaja del sitio, que se compone de tierra y mar, los que lo vieron y se hallaron allí y vieron ésta, que sin duda fué mayor y mejores los arcos; hasta el tiempo, con ser 15 de Noviembre, y el haber sido el Octubre muy lluvioso y rebelde, parece que se revisió de

vasallo en la obediencia, y sirvió á la voluntad del Príncipe, porque no le he visto mejor ni más sosegado, tanto, que pareció día de primavera, con que todo se lució y gozó; pero tal era la estrella que se pareció en nuestro hemisferio, y de tan próspera influencia: así sea la sucesion. La voz comun era esta: mayor, más notable ni maravilloso, si fuera en tiempo de romanos fuera notado este día, por raro, con piedra blanca, como lo hacía aquella edad cuando les era próspero á sus intentos. Todos los pueblos cercanos y los más léjos concurren á la Côte, llevados de lo que esperaban ver por la fama de lo fabricado, y visto les pareció corta, y llevaron mucho que contar; y los Príncipes extranjeros pueden tomar modelo de la pompa y majestad de estas bodas para las suyas, hechas así en Italia como en España. Sólo se tuvo por azar el haberse esparcido por la Côte que el Emperador era nuestro, siendo la sazón muy adversa y de no más causa que de habérselo escrito al duque de Terranova, de Augusta, algun enemigo que pretende aguar todos los tiempos de España, y los que ahora se han solemnizado.

Y habiendo, pues, escrito de las cosas de Himeneo, dios de las bodas, será bien volver la pluma á las de Marte, dios de la guerra, según estilo genífico; pero en método cristiano no se debe hablar así, porque el Criador de todas las cosas es solo Dios verdadero y es Señor de los cielos y tierra. Las plazas de armas de Flándes y de Italia no nos daban materia que escribir, porque el tiempo estaba ya muy adelante, tenía la gente recogida y reposando en los invernaaderos; mas en Cataluña, plaza de armas, y que ha tomado asiento en lo más intrínseco del corazon, como la de Portugal, si bien pensamos tener otra fortuna, otro estado y buena andanza, como nos prometieron, anunciaron ya que no se restauró, que era lo que más importaba, abiérase guerra viva por el mal estado y poca tranquilidad de los franceses, por sus intereses particulares, guerras civiles y conmociones entre ellos, marchó nuestro ejército de Mombanc, sin duda con demostracion de empresa en los catalanes y franceses en la caballería que le rompimos y der-

rotamos en los días pasados. Fué esto sábado 14 de Noviembre al amanecer: iba de vanguardia casi toda nuestra caballería con el General duque de Alburquerque, de batalla; iba el barón de Butier con 200 caballos, y de retaguardia, con 300, el Comisario general D. Diego Correa, que envió á avisar al Duque que el enemigo se dejaba descubrir otra vez, á la diferencia del encuentro pasado, con ocho batallones, por aquella parte: dió cuenta dello al General D. Juan de Garay, que él condena, que quedándose con 400 caballos en la vanguardia, reforzase la retaguardia con toda la caballería; replicó el Duque, que él había de ir donde fueran todas sus tropas; permitiósele, ordenándole de nuevo que siguiese la marcha en la mejor forma que le fuese posible, sin que el enemigo se la embarazase. Al volver el duque de Alburquerque á la retaguardia, halló nuevo aviso de D. Diego de Correa, que los batallones del enemigo llegaban ya en número de 12, y que lo manifestaba la grande polvareda que traían. No debió de haber llovido en Cataluña como en Castilla y la Andalucía, que se llevó Guadalquivir una parte considerable de Sevilla, aún no bien convaldecidos de la peste, tanto que se vió el Rey obligado por la necesidad á reparar las haciendas, haciendo suelta de algunos tributos que le pagaban, con que también se remedió el estrago de aquella ciudad. El Duque, con esto, formó las tropas en batalla, dando orden á D. Diego Correa que dejasen empeñar al enemigo, y que habiendo pasado ciertos pasos que tenía contra sí para mayor conveniencia nuestra, cerrase con él; y al barón de Butier, que con 250 caballos, en comenzándose á mezclar D. Diego Correa con el enemigo, le cortase por un costado; y haciendo batir los barrancos y colinas, corrió el Duque con 12 batallones de reserva, acudiendo á todas partes á dar las ordenes necesarias, que todas fueron obedecidas de los oficiales y soldados, que embistiendo con el enemigo, le rompió enteramente 4.000 caballos, siguiéndolos y cargándolos el Duque dos leguas y media: los más principales que mandaban la caballería enemiga, el Gobernador de las armas por Francia, barón de Marsí, el Geno-

ral de caballería duque de Crequi, y los Mariscales de Campo marqueses de la Jara, y otros dos, con que todos los cabos del ejército francés fueron deshechos y desbaratados, buyendo á recta fuga, dejando muchos estandartes y más de 500 prisioneros, quedando muertos en la campaña más de 200 y muchos particulares heridos; entre los prisioneros seis capitanes de caballería, siete tenientes, un ayudante de teniente, el Maese de Campo general y otras personas particulares en puesto y en calidad. De nuestra parte no se perdió caballo, ni hubo persona muerta, sino sólo cinco heridos de poca consideración, y entre ellos el Comisario general Julio Vizconde: acción verdaderamente noble y de ponderación, por haberse hallado en ella todos los Cabos franceses de más subido punto, sus tropas adherentes, y de no poco consuelo, que haya un español que en tantos años de malos sucesos en aquella parte, haya sabido y podido hacer algo que sea de alabar para miedo y asombro de aquella nación enemiga.

El sábado 27 de Noviembre, entre las demás fiestas reales, sabo el Rey en la máscara y corrió con D. Luis de Haro, su Privado y Caballero mayor, en que entraron muchos señores, y lo más noble del Reino, aventajándose en galas y libreas á las demás fiestas; fué día de mucho lucimiento y maravilla: publicóse un bando á son de caja, en que el Rey daba licencia á los hombres de negocios y á los que tienen caudal y tragan sus haciendas por ambos mares, para que puedan armar 80 navíos, tratar y comerciar con ellos en los puertos y tierras suyas, en los aliados y amigos de esta corona; prohibiendo el tratar con franceses, portugueses y catalanes: de suerte que todas las demás naciones que estaban en la conferencia de la paz, decían los políticos que era permisión de mucha importancia para los acrecentamientos de la Monarquía, cosa muy ventilada en los tiempos pasados, y no acabada de resolver ni decidir, porque otros lo discurrían con algunos inconvenientes, y que debajo de esto, abundarían los mares de Cosarios: ahora ha parecido esto á propósito, pero á esta hora no se ha visto nada, porque se recelaba que el

Rey se valdria de ellos y los tomaria cuando los hubiese menester, y siempre los habria de menester; pero no están los caudales tan colmados que hayan podido abrazar esto. El juego de cañas, tan sepultado en nuestros dias, se hizo el jueves 17 de Diciembre de este año, tiempo muy contrario para semejantes fiestas; pero la entrada de la Reina, nuestra Señora, y lo reciente de las bodas, pedian semejantes regocijos, y éste, particularmente, tan celebrado en España, y que vise y admirase el teatro mayor del mundo tan lucido y lleno de Majestad, así por los Consejo Reales que allí asistien, como por el concurso de grandes señores y pueblo: el miércoles de la semana adelante se celebraron sus felicisimos años, en que cumplia quince, con toros y garrochones. Escribo menudecias por no dejar en silencio cómo la festejó España, y porque precisamente es accion que se debe hacer memoria della.

Sentianse muchos movimientos en Burdeos por la parte de los franceses, por sus conuociones, que no se acaban de sosagar, aprestos de gentes de armas y artilleria, porque aquellos hombres, los Gobernadores y parlamentos, y el capital, que era el de París, no acababan de ajustarse con el Rey, ni la Reina Regente, por causa del Mazarini y por las muchas cargas y tributos que habian representado y no los aliviaban de ellos; pero nuestra Corte abundaba notablemente de Embajadores, de Príncipes, y despues de los ordinarios, el del Gran Turco, alimentado á las expensas Reales, sin acabar de entender la enigma, el dictámen ni el pretexto, sólo se habia entendido de este bárbaro, que ha venido á enseñarnos á callar; en que muchos y muy graves de nuestros Ministros yerran en esto, en nuestra materia, y las más importantes al secreto han corrido riesgo y se han perdido por no haberlas sabido encubrir y ocultar, y los enemigos nos las han atrevido y atropellado. Por allí nos han llevado la delantera los Embajadores del Rey de Inglaterra, Carlos III, de parte de aquel Reino, de sus Ministros y Gobernadores sobre sus materias; el Embajador padre, ó agente de parte del Parlamento de París; otro del Archiduque Leopoldo con el parábien de

las bodas Reales y de las cosas militares de Flándes para los aprestos de la guerra del verano que viene; los de Holanda, por la paz contraida, y, finalmente, el cuidado del Archiduque era solicitar el dinero para la prosecucion de las armas, y todos la pedirán, porque eso es lo mismo que pedir ayuda y socorro; pero á fuerte ocasion para un Rey, que por las instancias no parece que ha quedado otro más soberano ni poderoso en la Europa ni en la Asia, ni en las otras dos partes del mundo: á mala ocasion, como digo, por estar rodeado de armas y de enemigos, gastados los tesoros, consumidos los vasallos en guerra brava; una en Flándes, otra en Italia y dos en España; los Embajadores tambien del gran duque de Toscana y de la República de Génova; pero como el poder es tan grande, aunque gastados los miembros, no faltaban hombres para acudir y no descacer en las ocasiones más precisas. Escribió D. Juan de Garay, General de las armas de Cataluña, que le diesen licencia para venirse por sus achaques y falta de salud, no declarando otra cosa; porque de no darsela se vendria por sus pasos contados á la Cárcel de Corte de Madrid, y esto no á otra cosa que darse á sentir de mal socorrido de gente y de dinero, y de lo necesario para alojar, porque ya el año estaba en el rigor y fin de Diciembre; y al libro no le es permitido ya pasar más adelante de algunas pocas cosas; habiendo llegado al fin y hasta la mitad, y el tomo de la fuerza de los trabajos no le permitieron alargar más la vida. Los ingleses y holandeses, como ambiciosos de libertad, habian jurado y asentado una confederacion y liga muy estrecha y apretada, al fin como vecinos tan antiguos, con mayores fuerzas y pretexto que ántes, sobre ayudarlos y defenderlos de quien los quisiero infestar sobre la muerte del Rey Carlos, de impugnarnos la libertad; y como han visto tantos Embajadores en España diferentes, Príncipes, y el hecho ha sido muy atroz, y para recelarse de alguna liga poderosa que quiera vengar la muerte de aquel Rey, y porque la Francia es más interesada en esto que otra provincia, se han de-

clarado por enemigos de ella, abandonando cualquiera sospecha, si bien esta provincia es muy antigua entre ellos desde que los ingleses les entraron por la Bretaña y por Calés. Pero es menester que las cosas de la Europa muden otro semblante; mas á mi entender, y en el buen discurso de hombres prácticos y de noticia, se tiene por dificultosa la empresa, porque si no hay una paz general, y que se restituya lo tomado, no hay poder de entrar en este partido, porque no ha de ser fácil que el francés vuelva las plazas de Flandes, el Principado de Cataluña, ni llevar por seducción á su Príncipe la esperanza de aquellos naturales, no poder entrar luego en restaurar á Portugal y echar de allí al Berganza, porque aquella nación, adversa por naturaleza á la castellana, ha de querer defender su partido, como antiguamente lo hicieron, y ha de costar mucha sangre, han de purgar y pelcar, y no se ha de salir con ello. Para volver á coadyuvar á los portugueses es menester que todo el mundo esté en paz, como en tiempo de Octaviano Augusto, y que todas las demás naciones dejen al Rey Católico con ellos, porque los trances han de ser muy adversos: ningún Príncipe le querrá hacer esta comodidad, porque los más poderosos le son más enemigos, y se los quieren conservar, no tanto en lo de Portugal como en las Islas Terceras, en África, en Oriente; y esto, ¿quién lo verá? Y será muy falso de juicio el Consejo que metiere á su Príncipe en digresion con los ingleses: el más poderoso de nuestro siglo los pretendió expugnar con todo su poder, el de España, Italia y Flandes, y apenas los pudo herir en una almena ó por malos capitanes ó por las borrascas del mar, y eran gobernados por la cabeza de una mujer. Al Rey D. Felipe III y á su mayor Ministro les pareció admitir la paz que les ofrecieron; siempre han sido muy amigos el Inglés y el Holandés, sea por religion como por infidelidad; entónces porque los habian menester los holandeses, ahora por pagarles, en cualquiera necesidad quieren á los ingleses: aquel abandonó su Príncipe y éstos le dieron la muerte por justicia en teatro público, ambas cosas bien iníquas y detestables;

pero todo por arribar á la preciosa prenda de la libertad, y por esta han causado muchas y sangrientas guerras, y esta última, si tiene salida y hay fuerzas, no sé las que causará: ahora están peleando de la una parte, y de la otra el Suoco y el Inglés en el pequeño teatro de Irlanda, sin que se haya visto favor ni socorro ninguno de Príncipe forastero, de que se presume que la pretension será muy vaga; siempre han sido amigos muy estrechos; el Holandés ha recibido ayudas y socorros de ingleses y aun de escoceses, y todas las guarniciones las tuvieron de aquella nación mientras pelearon con sus Príncipes, si bien éstos no se ajustan con los ingleses sobre la muerte de aquel Príncipe, cuyo padre Jacobo los fué Rey en su patria, ni el Príncipe de Orange ha podido hacer nada en favor del suegro, casado con su hija, ni obligar á los holandeses por el patrimonio antiguo de sus pasados á que lo hiciesen, y llevar sus fuerzas en favor del cuñado; quedando de poco valor y muy inferior en el ánimo de aquéllos, de quien viene el Guillermo Nasau, Príncipe de Orange, principal fundamento de aquella rebelion del Condado de Mauricio, de Enrique Nasau, su padre, que tanto nombre y reputacion alcanzaron en aquellas guerras por sí y por los auxiliares que los cuidaron, cuya fortuna de vasallos los hizo Príncipes y lo establecieron en la paz última contra la Corona española, llamándole de Alteza, si bien ahora podrá ser de felicidad tener mal caudillo; pero dénos muchos émulos, y fuera de recompensa si pasara adelante la guerra, porque digno es de saber cuanto han sido de prez para la nuestra y las otras naciones los hombres grandes, que en el esfuerzo y alteza de ánimo se han señalado. Pudiera traer aquí muchos, si no los tuviera expresados la antigua y moderna historia, y esto lo dejo para los versados en ellas. Corrió voz en España que se trataba de paces, siempre lo digo y nunca llega á efecto. Decía Faraon, cuando Dios le envió las plagas por no dar libertad al pueblo hebreo del cautiverio y opresion de Egipto y por no obedecerle, que el dedo de Dios andaba por allí, porque su afliccion era grande; ¡qué dijera si anduviera toda la mano!

Así anda ahora otra vez en la Andalucía, particularmente en Córdoba, abrasándose de peste, pasando á los lugares vecinos, por castigo de pecados, en que Dios se dá por ofendido gravemente, sin recaer á la enmienda, y procurando inquirir el número de los muertos en la ciudad de Sevilla, hallaron que pasaban de 50.000 personas; notable falta para tiempo de guerra y para sus levas; parece que habia bajado el Angel de Dios con la espada desnuda sobre el ejército de Sena Querubi, porque el mal Príncipe le es enemigo de Dios, y sino es fiel á sus preceptos, es infiel, y de sus amigos. La Côte de Madrid estabaapestada, porque demás de la putrefaccion de la necesidad que era grande, estaba llena de ladrones, de suerte que no habia casa segura, vida, ni hacienda, ni honra, y demás de esto llena de moneda falsa, que habia derramado un cierto Embajador de un Príncipe septentrional ó fronterizo al Turco; que á esto vienen á nuestra tierra, que ya que no pueden meter el cobre desnudamente, le dan el color de oro y plata, con que el daño es mayor, robando el natural y verdadero. Pero tambien, si atentamente lo consideramos, que es España, sino una mina de oro para las otras Provincias que nos entran á engañar con minerias, una babilonia de vicios, que es cada ciudad, sino una Nínive de desevolturas: pues que si hablamos de nuestra Côte, todo es holganza y festines, sin atender á las acciones memorables, á las necesidades del gobierno, ni al desahogo y libertad de los pueblos. El punto más esencial el tributo, y ahora el autor de ellos, queria elevar uno para despecñar el Reino, para que le acrecienten la demasada hacienda y vanidad, que tiene su vida de sisas, no alcanzando el caudal al sustento del hombre; malas pagas generalmente: el soldado mal pagado, las mercedes pocas ó ningunas, y sólo aquellas que se han de dar ó despachar precisamente: el Príncipe de poca resolucion; el Privado muy estrecho y remiso, y sólo liberal para su familia, condicion general de todos; olvidados los hombres honrados, y arrojados al profundo de las miserias, y ensalzados los ruines, mal ocupados, despreciadores de la estimacion: verdaderamente se

entorpece el ingenio y la pluma en semejantes poquedades porque, sin duda ninguna, le eligió la naturaleza y el espíritu para escribir cosas grandes y de memoria. Como quedaba como queda apuntado, con la detencion del duque de Maqueda en Elche, lugar en el Reino de Valencia, sobre las cosas de la jornada; mandáronle venir á la Côte: las turbaciones de Francia no recibian mejoría, antes se levantaban movimientos mayores y más sangrientos; la Reina Regente, herida de las cosas pasadas, envió á llamar al Príncipe de Condé, al de Coni, su hermano, á los duques de Longavila y Ballon, á Mos de Santone y á otros, y teniéndolos delante de sí, y trayendo bando pláticas con ellos, fingió al instante no hallarse buena de salud; entróse más adentro del Palacio, y de la pieza donde estaban, y mandólos esperar allí, y al instante entró un cabo de milicia, y haciendo salva de cortésia, dijo: que él quisiera traer mejores nuevas; que se diesen á prison. Ellos obedecieron, y sacándolos de Palacio los metieron en una carroza, los rodearon 500 caballos, marchando á una fortaleza á dos leguas de París, por nombre el Bosque de Vincenas: en medio del camino se les volcó la carroza, y saliéndose de ella el Príncipe de Condé, dijo al cabo que le dejase ir; respondióle que se volviese á entrar, donde no que ejecutaria la orden que traia, que á mi entender si portara ó resistiera le tiraria una pistola, que de ordinario son mandatos de la Francia en semejantes casos. Alborotóse la ciudad con novedad semejante, y huyeron algunas personas señaladas y otras del Parlamento; quien dice prendieron á Mos de la Mota, que por agraviado no debia de ajustarse con el Gobierno: al fin paró en prison larga, ni compuestas las cosas ni sobresanadas, ni sueltos los fugitivos; se huyeron á la parte de Flándes el año venidero de 50, se pusieron debajo de la proteccion del Rey Católico, entregaron algunos pueblos y admitiéndolos, socorridos con grandes sumas de dinero, con pretexto de hacer guerra al Rey y á la Reina. A esta hora, que voy acabando el libro en el año referido, no se ha oido cosa memorable más, de que el Archiduque ha entrado en Francia y tomado la Ca-

pela; esto no es del año que escribo: y, finalmente, volviéndome al que voy siguiendo, sosogada la tempestad, que se hace fácilmente con alguna pequeña oferta, ó conducidos otra vez á su patria, tomaron la pica, armaron sus gentes y se pondrán en campo contra el Rey Católico, por Flándes, por Italia y por Cataluña, ó por donde ellos hicieron su Consejo: teníanse sospecha de alguna conjuración, y afirmaban que lo habían de pagar las cabezas; mas este caso es mucho para considerar y entrar con tiento en él, porque son los personajes más altos de la Francia y podían arrastrar mucho séquito y parcialidad, y acabarse de encender todo y llegar á una ruina general. Pero los más atentos y de cerca dicen, se procederá con templanza y moderación, como suele acontecer; mas el castigo á las veces, y aún todas en espíritus tan procelosos en que se arriesga el estado, es muy necesario y provechoso, y suele screnar recios vientos de tempestades, y á la fin todo ha de ser mal para el Privado y á de recaer sobre él, porque dirán que fué pensamiento procedido y engendrado de su Consejo, en venganza de haberlo querido derribar de la fortuna y gracia de la Reina, porque en ninguna parte está la venganza ó más viva que en el corazón de éstos; porque como les han dado el poder pasan de criados á Reyes, y ellos mismos se le toman; es muy propia suya la amenaza y la vendribarlos á ellos del antiguo domicilio y prosperidad de sus estados, y de la calidad de su sangre: tal es un valido, si se dá á decir del que es malo, por lo ménos se sabe de éste, dejando aparte las demás cosas que escriben de él los franceses, que es traidor á su Príncipe natural, por ser Siliciano y haberse hecho foragido francés, y simuladose, y cubierto sus faltas con la púrpura y hábito de la Iglesia.

¿Quién podrá dar á entender (porque los presentes ya lo han creído) á los que están por venir, porque entonce se leerán mis libros, ó estarán hechos ceniza, ó sepultados en el olvido, lo que escribire ahora? y aún á mí se me hizo muy dificultoso de creer, porque mucho de esto es fábula y patra-

ña, aunque me lo den tan aprobado y discernido, y tambien parece protervia no creer lo que muchos afirman que lo vieron por vista de ojos, cosa bien rara y notable; mas los tiempos andan tan variables y tumultuosos, y llenos de tantas novedades y humores, que todo se puede creer, porque no se dejan de ver prodigios. Dicen que jueves 2 de Diciembre del año que vamos concluyendo, Hofrío Mata-Moros, Juan Jerónimo Querol, habiendo partido de Rosell para Traiguera, cuando llegaron cerca de la casa de los carreteros, vieron que de la parte del río Rosell, á un tiro de piedra de la casa, iba saliendo multitud de infantería y caballería con sus picas, que marchaban hácia Cataluña en ordenanza por la parte de la Zenia, y que no se atrevieron hablar en ello por algunos dias, porque no pensasen que los hubiesen por embusteros, hasta que otros del mismo Rosell lo declararon. En estos fueron Manuel Querol, primer jurado de la Villa, Honofrio Plá, José Algavila, Estéban Mariner y Juan Juriz, vecinos de ella, y afirmaron que yendo por el camino ordinario de Rosell á Vinaroz un dia del mes de Diciembre, cuando llegaron al camino que vá de Canet á la Zenia, descubrieron en el llano un ejército formado de mucha caballería é infantería, unos y otros vestidos de rojo y negro, armados de bocas de fuego y picas, llevando en medio de los escuadrones de la batalla dos banderas, una colorada y otra negra, ocupando en el llano la distancia que hay desde el camino de Canet hácia Cataluña, pasado el Zerbol, que vá á la Zenia, haciendo la marcha en buen orden hácia Tortosa; y demás de éste vieron al mismo tiempo tres batallones, gruesos de caballería, y delante de ellos un hombre á caballo, de grande estatura, excelsiéndolos á todos en el arte y robusta compostura y corpulencia. Durante una y otra vision, más de media hora antes de salir el sol, pasaron adelante los que lo vieron; y que en 9 de Diciembre refirió Pedro Pablo, Juan Gavaldá y Gregorio Plá y Pedro Pablo Plá, que viniendo de Rosell á Traiguera, sobre las lomas de la Cueva Alta, por el mismo camino descubrieron mucha caballería é infantería, marchando hácia Ca-

taluña, y vieron, que á tiempos, cuando se abrían los escuadrones de infantería marchando hácia Cataluña, y pasando la caballería por medio de ellos, se volvian á cerrar, y vieron esto un cuarto de hora de aquel día ántes de salir el sol, al principio del año de 650, á 7 de Enero; y Juan Cosme, natural de la Puebla de Benifalla, Honofrío Plá, Pedro Plá, Juan Plá, Himirola Menor, Gabriel Caballer, Juan Caballer, todos de Rosell, viniendo este día de Traiguera ántes de llegar á la casa de los Carros y de ponerse el sol, vieron á tiro de piedra grande un ejército, formado de caballería é infantería, todos armados de punta en blanco, con vestidos colorados, blancos, azules y negros, y en medio de toda esta gente les pareció verian una fortaleza bien dispuesta, y que escaramuceaban alrededor de ella, pelcando sin dejar de marchar: otros muchos afirmaban haberlo visto en diferentes dias despues, ya de mañana, ya por la tarde, con poca diferencia de lo referido; y habiéndoselos tomado la declaracion por escrito, se afirman en ello. Este es el caso expresado, muy contra mi condicion, porque no me inclino á creer ni escribir semejantes cosas, por no ser fácil á recibirlo el entendimiento humano; más certificando tanto, que por cosa notable lo escribo, y cuanto más queremos investigar la verdad y la causa, no hay otra más de que fué algun prodigio ó invencion de arte mágica para dar á entender ó que admirar, porque al fin no fué nada, si ya no es que dió aviso á que el Principado por este camino, no tanto por la rebelion, quanto por la union y alianza con franceses, donde está muy introducida la herejia y se sabe que se practica y lee en ella, que aunque en las otras partes de la España haya mancha de pecados, al ménos no sufre ésta ni la pasa más. Al fin, ya que no enviamos nuestros ejércitos los previenen la fantasía en vision prodigiosa, porque los errados atiendan vivamente á la consideracion ó al escarmiento de lo más conveniente: al fin, dicen, que caminaban allá, no refieren que eran de allá para cá. Hizose la representacion en el teatro de la vida, digo, de Valencia para Tortosa; de ésta nos dicen que ha picado la peste, y son tan viles los

que entraron en la ciudad, que echaron fuera á los naturales, les quitaron las haciendas, murieron en el campo pereciendo sin que hubiese quien los ayudase. Tambien dicen que l'arragoda está tocada, y si ya no es arma falsa para engañar y que no vaya allá nuestra gente, cuando ellos no pueden enviar la suya; pero en esta manera nos han engañado, ésto con pretextos y medios falsos de quererse reducir Barcelona, no por que la querian hacer, sino porque espirase el año y con él se retirase nuestra gente, gastada y alcanzada, porque no tenia defensa, ni ejército de franceses, por las divisiones entre ellos referidas, consumiendo el tiempo porque no obrasen nuestros Capitanes, como al fin se pasó, hasta que reconocido, derrotaron toda su caballería, dejándola tan desbaratada, que no quedó para servir; quedando tan heridos y con tanto miedo, que hay quien dice que una tropa de su caballería no se osaba llegar á un solo caballo nuestro. Crecian las revoluciones con la prision de los que dejamos señalados; sin embargo, el portugués armaba á toda diligencia, incitado de aquel enemigo, para salir el verano que viene: debia de ser aviso de la Reina Regente y el Mazarini, por no poder hacerlo ellos, para que divirtiese por las tierras de Plasencia. En Castilla se le estaba previniendo infantería y caballería para salirle al paso: al cabo parará en algun reencuentro moderado, como lo ha hecho hasta aqui, porque sus fuerzas no son más poderosas: el tiempo adelante nos dirá el suceso y el fin.

ÍNDICE.

Páginas.

LIBRO DÉCIMO. — Argumento. — *El Rey de Francia hace una armada y levanta un poderoso ejército para venir á jurarse á Barcelona y á acabar de sojuzgar la provincia, y áun hacer estremecer las demas hasta Navarra. El Rey de España hace lo mismo con intento de hacer jornada y de oponérsele: no sosiega el rigor de los pedidos. Piérdese Colibre, y Mos de la Mota quiere picar en el Reino de Valencia; sitia á Tortosa, y es echado de ella, y el ejército francés es roto en Flandes, con que el Cristianísimo vuelve á Paris, y el Católico se pone en Zaragoza, donde acude todo lo mayor y más grande de todo Reino, así de lo militar como de lo político. El Príncipe Tomás deja el servicio del Rey, y hace memoria de las cosas de Alemania, de Italia y de Portugal. Piérdese Perpiñan y Salsas, que habian sufrido la hambre desde la primavera hasta 10 de Setiembre. Consumese la moneda de vellon en Castilla, con grande llaga de los pueblos: no obran nada los ejércitos sobre Lerida, ni las armadas en el Mediterráneo: vuélvese el Rey á Castilla, línea 1.º de Diciembre, y muere el Cardenal de Richelieu, gran privado de Luis XIII, Rey de Francia; y todo esto en el año de 1642.....*

LIBRO UNDÉCIMO. — Argumento. — *El conde de Olivares deja el gobierno de España y de las demás Coronas y el manejo de los negocios, y se retira, y el Rey le toma sobre sí y sobre Ministros de confianza; pero no por esto cesan los tributos, cuando el pueblo pensó que se acabarían. Encárgase la guerra de Cataluña á D. Felipe*

de Silva, y dase licencia de venir al marqués de Leganes, y es detenido en Ocaña con orden expresa de no pasar de allí. El Príncipe Tomás muda de partido y entra con armas por el Estado de Milan. Toma á Tortona y vuelvela á recuperar el Gobernador. Refuézase de nuevo la guerra de Flandes por los franceses, y muere el Rey, y piden á los catalanes que juren al heredero, y suspéndense, y sin embargo acaban de echar fuera del Principado á los Prelados que lo denegaron. D. Francisco de Melo es roto. Los Príncipes de Italia se arman contra el Papa, y los enemigos ponen sitio á Tiunvila, en el Ducado de Luxemburg. La lealtad de Zaragoza envió un Diputado avisando que Mos de la Mota quiere entrar por Aragon. Pierdese Tiunvila, y los turcos levantan el sitio de Orán. El Portugués se deja ver junto á Badajoz con 42.000 infantes y 2.000 caballos, y no hace nada. El ejército de Aragon entra por Cataluña, dá vista á Lérida y á otros lugares, rompe y degüella alguna caballería francesa, y vuelve á poner sitio á Mouzon, y tomale, y el Rey vuelve á Castilla, y todo esto en el año de 1643.

79

LIBRO DODÉCIMO.—Argumento.—El Rey Católico vuelve á Zaragoza: entra en Cataluña. D. Felipe de Silva; rompe, deshace el ejército de los franceses; sitúa á Lérida y tomala, y consiguientemente á Balaguer: muere el Papa Urbano VIII, y ponen en aquella Silla los Príncipes de la Iglesia al Cardenal Juan Bautista Pamfilio, con nombre de Inocencio X: Mos de la Mota sitúa á Tarragona y no la consigue; y refiérense otros sucesos militares, si bien con precision de las otras plazas de armas: muere la Reina Doña Isabel de Borbon, y vuelve el Rey á Castilla á disponer los aprestos para la guerra del año de 1645.

464

LIBRO DÉCIMOTERCERO.—Argumento.—Prosigue el Rey su jornada al Reino de Aragon: los franceses sitúan á

Rosas y la toman: muere el conde-duque de Olivares, y púese el conde de Arcourt sobre Balaguer: jura el Príncipe los fueros de Aragon, y son llamados en Zaragoza los cuatro Brazos á Cortes: juran al Príncipe: ríndese Balaguer: sale el Rey de Zaragoza para Valencia, donde tenia convocado á Cortes aquel Reino. Refiérense de paso las cosas de la guerra que saltan á este libro, y vuelve el Rey á Castilla, donde hace el mismo llamamiento para proveer la guerra.

175

LIBRO DÉCIMOCUARTO.—Argumento.—Juntanse los Reinos de Castilla en Cortes en el Real Palacio de Madrid: el marqués de Leganes vuelve de la frontera de Portugal á ser General del ejército de Cataluña, y vánese engrosando los ejércitos de ambas partes con la venida del verano: en Italia se sienten nuevos rumores de guerra entre el Papa Inocencio y los Cardenales sobrinos de Urbano, y toma el francés la proteccion de los Barberinos, como todas, particularmente con la Embojada del Turco: el Rey Católico publica su jornada al Reino de Navarra, á la ciudad de Pamplona; envia una armada de 30 navíos al mar Mediterráneo, hace su jornada, y refiérense los demás sucesos militares: juran al Príncipe los navarros y pasan á Zaragoza: la Emperatriz Maria muere en Lince, de la Austria Superior: la armada francesa y el ejército se pierden sobre Orbitela: el casamiento del Príncipe, con su muerte: pasa el Rey, y es echado de Lérida, y del sitio el conde de Arcourt.

211

LIBRO DÉCIMOQUINTO.—Argumento.—En el principio de este año hacen Príncipe de la Mar á D. Juan de Austria, hijo del Rey: dan las armas de Cataluña al marqués de Añona, y viene por las de Francia el Príncipe de Condé. Muere Enrique de Nassau, Principe de Orange, caudillo y capitán de holandeses. Ningun tratado de los enemigos tiene efecto: este año envia el Rey Católico su armada al mar Mediterráneo, y el Archiduque Leopoldo,

hermano del Emperador *Ferdinando III*, pasa desde Alemania á gobernar los Países-Bajos: sale con un poderoso ejército á tomar á Armentieres y el fuerte de Camines á los franceses. El Príncipe de Condé levanta el sitio de Lérída, y refiérense los demás hechos de armas contenidos en los primeros seis meses de este año de 1644..... 281

LIBRO DÉCIMOSEXTO.—Argumento.—El Archiduque Leopoldo, con el ejército Real, recupera á Armentieres y á Landresí, en la frontera de la Picardia; pero entre tanto se pierden Levase y Dixmunda, mas ésta se recobra luego. Publícase la capitulación entre el Rey Católico y el César sobre el matrimonio de su hija, y refiérense los acontecimientos militares. Consiguientemente, en la primavera de este año, se le levanta en la ciudad de Nápoles un motín popular que alcanzó á mucha parte del Reino. Entran por el Milánés, con armas, algunos Príncipes confiantes; particularmente son ayudados del Francés, el Coboyano y Modenés, y rehíranse sin ningún efecto de consideracion ni importancia..... 337

LIBRO DÉCIMOSÉPTIMO.—Argumento.—Armanse de nuevo los eventos para combatir la Monarquía española. Descríbense sus acontecimientos y nuevos accidentes, sucesidos en la mayor parte de la Europa. Publícase la paz de Holanda con España. La ciudad de Nápoles y lo demás que se habia alterado en el Reino, se reduce á la obediencia del Rey Católico. La armada de los venecianos, prestada contra el Turco, parte se vá á pique y parte se remedia entre la Isla del Archipiélago, impedida de una furiosa tempestad. Y finalmente, se ha comprendido en este argumento lo más que se ha podido saber y comprender en este año..... 385

LIBRO DÉCIMOCTAVO.—Argumento.—Escríbese el suceso y pérdida de Tortosa en Cataluña, tomando los franceses la villa de Ipre en Flandes, y publícase en la Corte de

Castilla solemnemente la paz entre España y los Estados de Holanda: hácese mención de algunas cosas del Gobierno político, y hácese un breve discurso de los enemigos que invaden el Imperio germánico. Piérdese Praga, Corte del Reino de Bohemia, y asimismo no se describe de los hechos del Archiduque Leopoldo en el País Bajo: cárgase y consigue la villa de Furní y vuela á tomar los franceses; dánse la batalla. Muere *Uladislao, Rey de Polonia*, y exigen los polacos, como es de costumbre, á *Casimiro*, de la misma sangre. Quedan en los campos deshechos y sin ningún fin glorioso de la una y de la otra parte, y el Emperador, á instancias de los Príncipes de Alemania y de los Estados imperiales, hace paces con Francia, sin beneplácito y con poco gusto del Rey Católico y Coronas..... 459

LIBRO DÉCIMONOVENO.—Argumento.—Muévense nuevos y más rigurosos alborotos entre la Reina Ana, Regente, y el Parlamento. Degüellan los ingleses en teatro público, por justicia, á su Rey Carlos Estuarie. La Reina de España llega desde Viena de Austria, por sus jornadas, á Trento, sin del Condado de Tirol: embárcase la Casa en Málaga con el duque de Nájera y Maqueda, Mayordomo mayor, para recibirla en aquella ciudad ó en el principio de Italia. Las discusiones de Francia pasan muy adelante, y el Archiduque Leopoldo entra con ejército en ella de orden del Rey Católico, en favor y á ruego del Parlamento, y rehírase por la mala acogida que halla en ellos, como es de ordinario: rehírase y vuela atrás, y sitia, sin embargo, con la gente que habia dejado en la frontera de los Países-Bajos, á Ipre y á San Vianen, plazas importantes, y tomadas. Suspendense los franceses en sus diferencias, y juntan las fuerzas de ambas parcialidades; pasan á sitiar á Cambray, socorre el Archiduque valerosamente, y hácelos levantar el sitio; y refiérense las demás cosas acaecidas hasta la mitad de

éste año, en todo aquello que se pueden comprender . . . 533

LINO VIGESIMO.—Argumento.—Discurre por el estado de las cosas de la Europa: muere la Emperatriz Maria Leopolda. Envia el Gran Turco Malomet una Embajada al Rey D. Felipe IV: el ejército católico entra por Cataluña. Vuelve el Rey á la Reina madre de Francia á Paris. Vuélvese á alterar el Parlamento y el pueblo contra el Cardenal Mazarini, y cercanle en su casa; pero luego cesa el rumor. El Arzobispo y el Elector de Colonia quieren reducir así á los liejeses y recobrar aquellas tierras y villas, y defiéndelos el Rey de Francia con ejércitos: las contiendas del Papa y duque de Lerma pasan muy adelante, y descríbese la jornada de la Reina Católica desde Alemania á España, con que se concluye la tercera parte de estos comentarios y los seis libros que se contienen en ellos 621